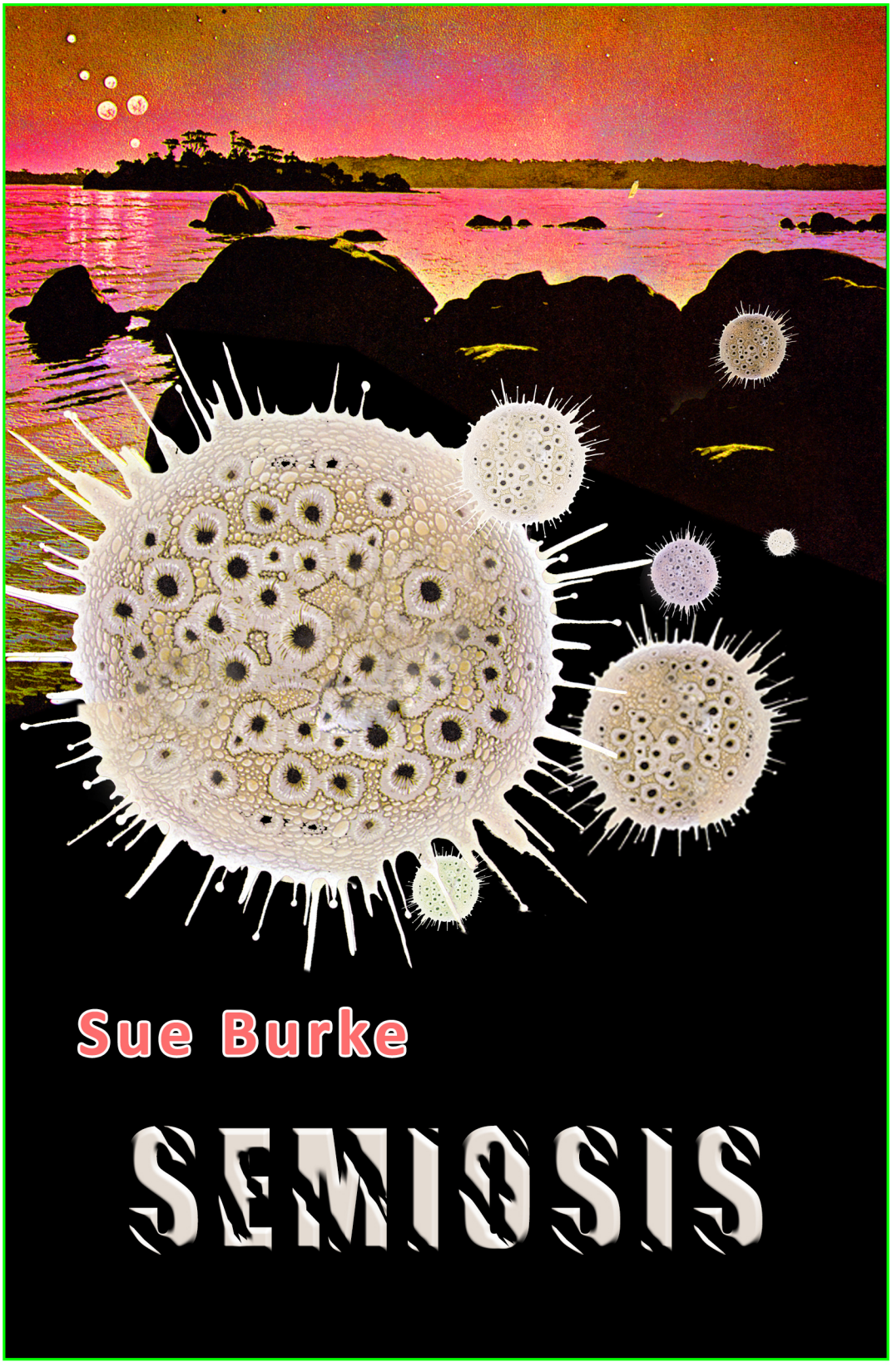
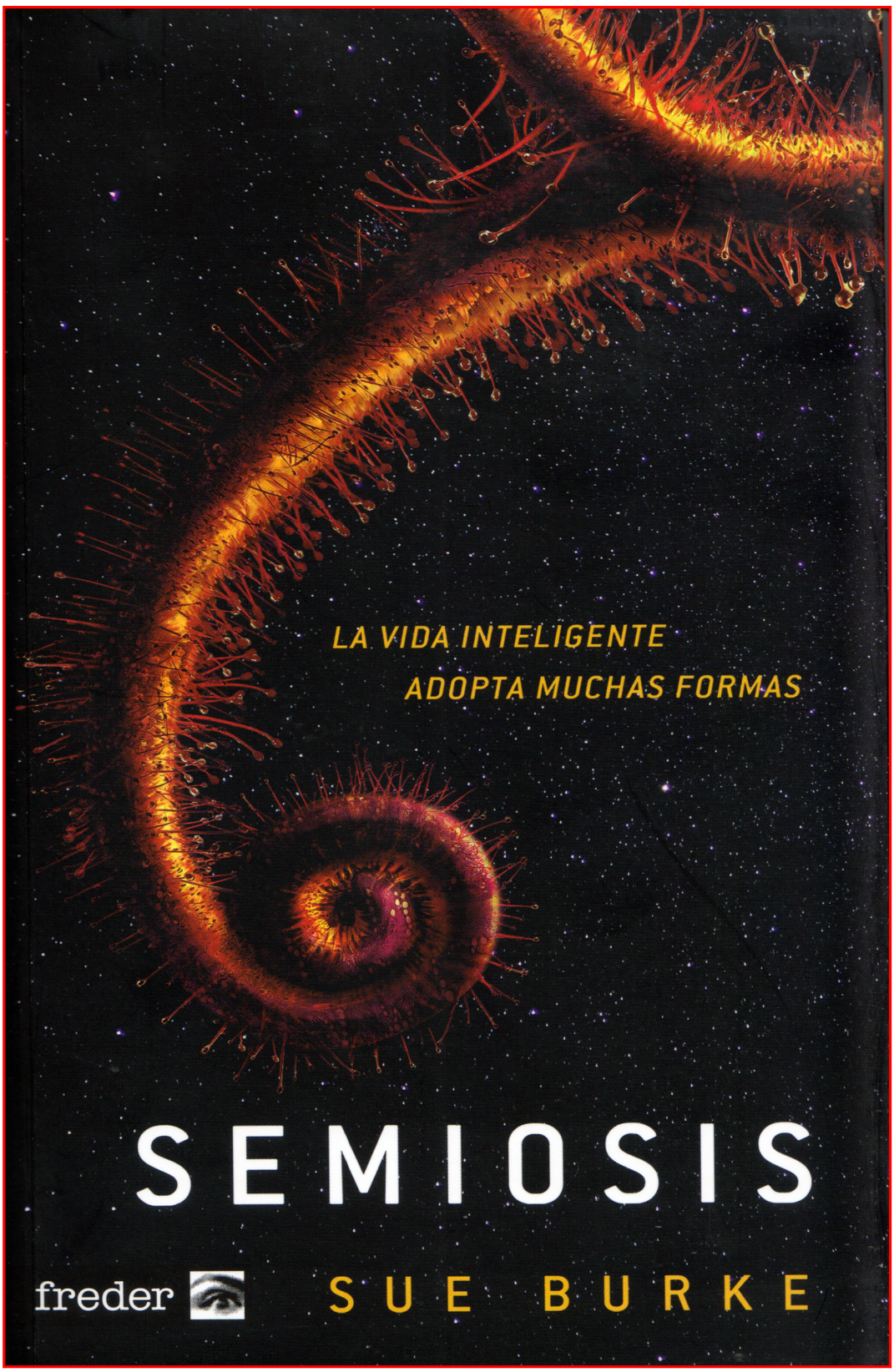

Sue Burke
SEMIOSIS

Semiosis es una novela de “primer contacto”, a través de varias generaciones, entre un grupo de colonos humanos que está comenzando una nueva vida en un distante planeta al que llegan huyendo de la guerra y el desastre ecológico de la Tierra, y las plantas indígenas inteligentes allí existentes, que constituyen la especie dominante.

Pronto los humanos descubrirán que este “primer contacto” no será el único al que tendrán que hacer frente en el planeta y que no todas las nuevas especies inteligentes que se encuentren responderán de la misma manera.

> “Esto es ciencia ficción de primera división, inteligente y atractiva, y me encantó cada momento.”
>
> Adrian Tchaikovski

> “Hace que el lector revise sus ideas sobre la conciencia”.
>
> Tade Thompson



SEMIOSIS

freder

SUE BURKE

Sue Burke

SEMIOSIS

Título original: *Semiosis*

© Sue Burke.

Traducción: Rafael Marín.

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

OCTAVO. AÑO 1 – GENERACIÓN 1

SYLVIA. AÑO 34 – GENERACIÓN 2

HIGGINS Y EL BAMBÚ. AÑO 63 – GENERACIÓN 3

TATIANA. AÑO 106 – GENERACIÓN 4

NYE. AÑO 106 – GENERACIÓN 6

LUCILLE Y STEVLAND. AÑO 107 – GENERACIÓN 7

BARTHOLOMEW. AÑO 107 – GENERACIÓN 5

ACERCA DE LA AUTORA

ENTREVISTA A LA AUTORA

OCTAVO

AÑO 1 – GENERACIÓN 1

Agradecidos por esta oportunidad de crear una nueva sociedad en plena armonía con la naturaleza, firmamos esta alianza, prometiéndonos mutuamente nuestra confianza y apoyo. Nos enfrentaremos a dificultades, peligros y posibles fracasos, pero podemos aspirar a utilizar la sabiduría práctica para buscar la alegría, el amor, la belleza, la comunidad y la vida.

— de la Constitución de la Mancomunidad de Pax,
redactada en la Tierra en 2065

La guerra había comenzado mucho antes de nuestra llegada porque la guerra era su forma de vida. Se cobró sus primeras víctimas entre nosotros antes de que

comprendiéramos lo que estaba sucediendo, en una tarde que parecía tranquila. Pero, incluso así, sabíamos que podíamos estar en peligro fácilmente.

Mi esposa, Paula, sacudió la cabeza al salir de la cabaña de la radio en la plaza de nuestro pequeño pueblo.

—Hay demasiadas interferencias otra vez. Lo intentaré una vez más, pero si no responden, iniciaremos una búsqueda.

Una hora antes, tres mujeres habían ido a recoger fruta. No regresaron, no respondían por radio y Sol casi se había hundido en la cima de las colinas.

A nuestro alrededor, en los árboles, pequeños lagartos habían comenzado sus cantos y aullidos vespertinos. Cangrejos de nueve patas les daban caza silenciosamente. La brisa olía agridulce, quizás por algo en flor. Yo tendría que haber sabido qué era, pero no lo sabía.

Uri y yo estábamos arreglando una bomba de riego, pero sabía que su mente estaba en una de las mujeres, Ninia. Acababa de empezar a vivir con ella y miraba con los ojos entrecerrados el sendero a través de los campos por donde ella se había ido. Y luego fue devuelto al presente cuando el viento enredó su larga barba rubia alrededor de la manivela de la bomba. Se arrodilló para liberarla. Yo saqué una navaja de mi cinturón y acaricié mi propia barba corta. Él me mostró

un dedo. Era eslavo ruso y un verdadero eslavo nunca se corta la barba.

Paula regresó a su trabajo en una rústica mesa cercana, tratando de encontrarles sentido a los datos meteorológicos. Un ancho sombrero de paja sostenía en su sitio su cabello rojo y protegía su piel del sol. Respiró hondo y estiró su espalda envarada. Todos luchábamos con la gravedad superior. Finalmente, entró de nuevo en la cabaña de la radio.

Todo el mundo dejó lo que estaba haciendo y escuchó. Las paredes de la cabaña eran paneles recuperados de una cápsula de aterrizaje y el techo era de corteza de árbol, por lo que el sonido se propagaba.

—¿Aló?... ¿Ninia? ¿Zee? ¿Carrie?

Estática.

—¿Aló?... Aquí Paula. ¿Me oís?

Estática.

—¿Ninia, Zee, Carrie? ¿Estáis ahí? ¿Aló?

Después de un momento, salió a la plaza.

—Puede que las baterías hayan vuelto a agotarse. Vamos a buscarlas.

Mantuvo un tono tranquilizador en la voz mientras le pedía a Ramona que trajera un kit médico y a Merl que llevara una radio y un micrófono para captar silbidos de emergencia. También necesitaríamos gente para cargar con tres camillas y alguien que llevara un arma: procedimiento operativo estándar. Uri cogió su rifle.

Nos dirigimos hacia el oeste por la pendiente de un prado hacia una línea blanca de viñas y árboles a un kilómetro de distancia, caminando tan rápido como podíamos. Nubes bajas salpicaban el cielo, algunas teñidas ya de rosa. La gravedad superior significaba que la atmósfera se volvía más fina rápidamente sobre nosotros, por lo que las nubes siempre eran bajas. Pasamos el largo campo que habíamos plantado con una hierba nativa similar al trigo silvestre de la Tierra, cuyos brotes verdes apenas llegaban al tobillo. El aire olía a tierra húmeda, y unas criaturas espinosas parecidas a orugas del tamaño de dedos reptaban por la superficie, tragando grandes bocados de tierra y excretando terrones oscuros que parecían ser buen abono. Las orugas podrían haber sido larvas de algún tipo. No teníamos forma de averiguarlo excepto esperando.

Pero la presencia del trigo me preocupaba. El trigo se parecía mucho a la hierba terrestre y, si había hierba, entonces había herbívoros, tal vez animales como gacelas, alces o elefantes. Y si había herbívoros, entonces algo los cazaba. Hasta ahora solo habíamos visto pequeños animales que comían vegetación y depredadores parecidos a pequeños

cangrejos terrestres con simetría trilateral, pero habíamos encontrado trozos de caparazones grandes de cangrejos, y de corales de piedra con tentáculos punzantes. Ninguno de nosotros iba descalzo a ninguna parte.

Uri y Merl marchaban en cabeza, señalando montículos de hierba seca o arbustos de coral brillante donde algo podría esconderse y saltar. Los lagartos huían cuando nos acercábamos, moviéndose increíblemente rápido. En una gravedad mayor, las cosas caían más rápido y los animales se movían más rápido. Los humanos éramos lentos e ignorantes, todavía intrusos. Vi una madriguera y apunté la linterna hacia ella. Algo en el interior ladró y todos saltamos.

—Solo un pájaro —dijo Merl. Animales con forma de ave y plumas espinosas correteaban día y noche, y aunque algunos eran grandes, no parecían peligrosos. Seguimos adelante.

Merl jugueteaba con el receptor de radio mientras caminábamos. Se detuvo cuando Paula silbó. En el aire más denso, el sonido se propagaba lejos, pero solo recibimos respuestas en forma de llamadas musicales de los murciélagos de ojos rojos que revoloteaban sobre nuestras cabezas.

Jadeábamos y sudábamos cuando llegamos a la linde oeste del prado, donde un espeso matorral lleno de vides formaba un muro de un kilómetro de ancho y varios de largo. Finos árboles de corteza gris parecidos a álamos crecían dos pisos de altura, las hojas marchitas por falta de agua: una estación

seca o una sequía, Paula no estaba segura. A su alrededor se enroscaban vides blancas como la nieve, articuladas como bambú y con espinas colgantes que crecían tan densamente que apenas podíamos ver adentro. Otro matorral de vides blancas se alzaba al este del prado, justo detrás de nuestro pueblo. Estar ocupado cultivando alimentos me había impedido investigar los matorrales detenidamente, pero había aprendido que las enredaderas eran parásitas de los árboles.

Estas enredaderas también habían mantenido el hambre a raya. Poco después de aterrizar, frutas anaranjadas parecidas a caquis translúcidos habían madurado rápidamente en las viñas del este y habían aparecido recientemente en las viñas del oeste. Comprobamos que la fruta era segura, contenía mucha vitamina C y sabía a melón.

Las mujeres habían estado en estas viñas. A la izquierda podíamos ver fruta madura, pero a la derecha las enredaderas estaban peladas. Giramos a la derecha, hacia el norte. Frente a nosotros había un río que atravesaba tanto los espesos matorrales del oeste como del este y nuestro prado. Teníamos un largo trecho por recorrer, pero la puesta de Sol lo bañaba todo de una luz dorada, recordándonos con cada mirada lo tarde que era. No podíamos detenernos para recuperar el aliento.

Uri decidió explorar mientras apresurábamos el paso. Se aproximó sigilosamente a un alto arbusto de hojas azules,

como si lo esperara una emboscada al otro lado. Se detuvo, luego corrió a su alrededor, relatando en voz alta los eventos de un juego de guerra en el que había participado en el ejército ruso.

—¡Vemos láseres ahí delante y sabemos dónde apuntar! Bruscamente guardó silencio.

Eché a correr incluso antes de escucharlo aullar.

Las tres mujeres yacían al otro lado del arbusto, las canastas de frutas de nieve junto a ellas. Uri gritó el nombre de Ninia como si pudiera despertarla con sus gritos. Se arrodilló y le buscó frenéticamente el pulso en el cuello, y su voz se quebró. Alcé la muñeca de Zee. Estaba fría y flácida. Carrie miraba somnolienta hacia adelante, y un par de pequeños lagartos reptaban por sus ojos. Sentí una arcada y me di media vuelta.

Pero habíamos esperado algo mucho peor. Había intentado prepararme para cuerpos desmembrados, tal vez medio devorados o desfigurados por las picaduras de corales gigantes, prueba de ataque y depredación en la batalla por la supervivencia. Las mujeres parecían haber caído dormidas.

Habían tenido muertes pacíficas. Eso no encajaba.

Miramos en derredor, asustados y en silencio. Algo había matado sin motivo o método obvio.

—Llevémoslas a casa —dijo Paula, con voz grave y firme. Empezamos a montar las camillas.

Las velamos esa noche en la plaza de nuestro pequeño pueblo, con un fuego ardiendo en la chimenea de arcilla y piedra que había construido Zee. Algunos hablábamos en voz baja, sentados en bancos en un rincón bajo un dosel de paneles solares. De los cincuenta que habíamos dejado la Tierra, ahora solo quedábamos treinta y uno. Uri, alto y delgado como un espantapájaros, contemplaba los campos, donde candelillas y luciérnagas parpadeaban como estrellas bajo vividas auroras. Esos brillantes insectos necesitaban ser vistos por una razón que solo ellos conocían.

Hedike, concertista en la Tierra, tocaba una serenata con su flauta, pero la canción no podía ocultar los zumbidos, traqueteos y ladridos de la noche, más inquietantes que cualquier cosa en la Tierra porque no podíamos relacionar la mayoría de los ruidos con ninguna criatura. Algo lejano rugía una canción de tres notas bajas y ascendentes, y fue respondido por un rugido lejano en dirección opuesta. Estrellas sin constelaciones ni leyendas brillaban en lo alto. Una pequeña estrella al este era Sol.

Paula caminaba entre nosotros, mirando a cada rostro para ver quién necesitaba ayuda y quién podía ofrecerla. Bryan estaba hablando con Jill cuando su voz grave resonó:

—¡Algo las mató!

Paula se acercó a él y le habló suavemente hasta que se calmó.

Pero era lo que todos estábamos pensando. Me dirigí al pequeño laboratorio. Ramona y Grun trabajaban en silencio en las autopsias mientras los cromatógrafos y los ordenadores zumbaban. Las mujeres muertas yacían en un rincón, cubiertas por sábanas. Aparté la mirada y saqué una botella de un anaquel en el refrigerador. Contenía savia que había encontrado fermentando en algunas raíces. Resultó no ser más tóxica que el vino barato de la Tierra y tenía un sabor agrio y mantecoso.

La savia no alcanzó para todos, pero yo tenía suficiente para aquellos que más lo necesitaban. Uri alzó una copa gris de arcilla para hacer un brindis.

—Por Carrie, Zee y Ninia, que nunca verán el futuro de la Mancomunidad de Pax.

Bebió su copa como si fuera un trago de vodka y la arrojó a la chimenea. Se rompió. Zee había hecho aquella taza. No teníamos otro alfarero.

Le di a Paula un beso de buenas noches y le masajeé los hombros durante un minuto. Ella se mantendría despierta hasta que todos hubieran sido reconfortados, y luego, como era nuestra meteoróloga, prepararía un pronóstico antes de irse a dormir. Yo estaba cansado y tenía que levantarme

antes del amanecer, que estaba a menos de cinco horas, dados los cortos días y noches de Pax. Como botánico de la colonia, necesitaba luz para hacer mi trabajo.

Paula ya se había acostado y dormía cuando sonó el despertador. Lo apagué rápidamente, esperando no despertarla, pero ella se dio la vuelta para abrazarme.

—Estaba soñando con niños —dijo.

Habíamos hablado mucho sobre tener hijos. Crecerían en esta gravedad, por lo que serían más bajos, adaptados a su entorno, y pertenecerían a Pax. Solo a Pax. Su Irlanda y mi México no significarían nada para ellos. La abracé con más fuerza.

—Pax será su hogar.

Me quedé quieto, sabiendo que ella tendía a despertarse repentinamente y volvía a dormirse de la misma manera. En la oscuridad apenas podía ver la choza improvisada que ahora era nuestro hogar.

No esperábamos el paraíso. Esperábamos dificultades, peligro y posibles fracasos. Esperábamos crear una nueva sociedad en plena armonía con la naturaleza, pero diecinueve personas habían muerto por accidentes y enfermedades desde que llegamos, incluidas las tres que lo habían hecho el día anterior sin motivo aparente.

Cuando su respiración se volvió más regular, me escabullí de la cama. El aire frío golpeó mi piel desnuda. Me vestí en silencio y salí. Nuestra plaza tenía el tamaño de un campo de fútbol pequeño, y en dos lados habíamos construido casas con madera, piezas de cápsulas de aterrizaje, piedra, arcilla, paracaídas y corteza de árbol. En el tercer lado se encontraba el laboratorio, hecho a partir de una cápsula de aterrizaje diseñada específicamente para ser reutilizada de esa forma.

El cuarto lado de la plaza permanecía abierto, mirando hacia los campos, donde crecía un solitario álamo temblón con una vid de nieve enrollada a su alrededor. Ramas sueltas de enredadera colgaban como las ramas de un sauce llorón. Zee pensaba que parecía una escultura viva, le puso el nombre de Hombre de Nieve y lo regaba. Con la luz previa al amanecer, parecía un fantasma en posición de centinela en el borde de nuestro pueblo. En lo alto, la estrella extraordinariamente brillante era Lux, una enana marrón que orbitaba alrededor de Sol, y Pax ocupaba su punto de Lagrange. Lux era lo suficientemente brillante como para ser visible incluso durante el día.

Pasé junto a las brasas en la chimenea de Zee. En un corral cercano, un par de herbívoros peludos verdes del tamaño de gatos domésticos saltaron como gacelas para mirarme a través de los barrotes. Merl era especialista en ganado, y eran su experimento de domesticación. Wendy los había llamado fipogatos en honor a un animal imaginario de la infancia que tenía narices rosadas y colas rizadas como ellos,

aunque para mí se parecían más a conejos que a gatos. Algún día desarrollaríamos taxonomías completas de las formas de vida de nuestro nuevo hogar. Las más importantes, acordamos, llevarían el nombre de Stevland Barr, en honor a la primera muerte entre nosotros. Yo planeaba dar nombre al trigo.

Grun salió del laboratorio, se acercó a Hombre de Nieve, cogió una fruta y regresó al laboratorio. Debía de haber trabajado toda la noche, lo cual no era una sorpresa. Lo apodaban «Ceñudo» por ser muy concienzudo. Me apresuré para alcanzarlo.

—¿El desayuno? —pregunté.

Los ojos azules de Grun parecían enrojecidos incluso con la luz tenue.

—Las frutas que comieron las mujeres ayer eran venenosas. Las de Hombre de Nieve no lo son. Creo. No solían serlo. Voy a revisarlo.

—Te ayudaré.

En el laboratorio, Ramona estaba encorvada ante una pantalla de ordenador, con su delicado rostro moreno gacho.

Un fipogato yacía inerte sobre una mesa. En el costado tenía una larga incisión, y la sangre roja brillaba como neón

sobre el pelaje verde. Aparté rápidamente la mirada. Podía soportar la savia, pero no la sangre. Me sentí aliviado al ver que habían retirado a las mujeres muertas.

—Alimentamos a Fluffy con una fruta del oeste para observar los síntomas —dijo Grun—. Simplemente se quedó dormido. Parálisis. No sufrió. Eso fue algo bueno, al menos.

—¿Qué veneno fue?

—Estamos investigando —dijo Ramona.

—¿Probaste la piel también? —sugerí—. No solo el jugo. Tienes que examinar la pulpa, la piel, todo.

—Mezclamos toda la fruta —respondió Grun—. Incluso las semillas pequeñas.

—Puedo preparar la de Hombre de Nieve. Descansad un rato.

En cambio, Grun examinó al fipogato muerto. Mantuve la mirada fija en la fruta, y para cuando terminé de preparar la muestra, Ramona tenía noticias.

—Aquí hay un nuevo alcaloide. La fruta que probaste hace dos semanas no lo tenía, Octavo. Tengo listas de ambas. —Su voz, con su marcado acento londinense, comenzó a recuperar parte de su energía típica—. Hay algunas pequeñas diferencias, pero esta es grande.

Todos sabíamos que los alcaloides a menudo eran farmacológicos, si no tóxicos. Le entregué la muestra y salí a los matorrales del este para recoger más frutas, iluminado por el crepúsculo del amanecer y rodeado por los trinos y zumbidos de la mañana. Pensé en las formas en que la fruta puede variar.

—Hombre de Nieve no tiene el alcaloide —dijo Ramona cuando regresé. Cambió a otra pantalla—. Échale un vistazo a la estructura. Se parece un poco a la estricnina, ¿no crees?

—Deberíamos verificar también los niveles de azúcar y los orgánulos.

Extendí la mano hacia un microscopio.

En cuestión de una hora, mientras Sol se alzaba e iluminaba la habitación, trabajando lo más rápido que podíamos, descubrimos lo que había sucedido. Me di cuenta de que la culpa era toda mía, y tuve que dejar de trabajar por temor a que se me cayera una pieza del equipo y se rompiera. Paula llegó mientras estaba intentando explicarlo.

—La fruta no madura simplemente —dije—. Puede madurar y luego cambiar de nuevo a medida que cambia la estación. Podría volverse más adecuada para ciertas especies de animales que pueden dispersar las semillas de manera más efectiva, y volverse venenosa para otros

animales. O tal vez la vid del oeste y la vid del este son especies diferentes. Tal vez el suelo es diferente.

—Tal vez —dijo Grun—. Todavía tenemos mucho que aprender.

Ramona asintió. Estaban exhaustos y no entendían.

—Me equivoqué cuando dije que era seguro, y eso es lo que las mató —insistí—. Tal vez un cambio en el metabolismo del nitrógeno creó un exceso de alcaloides. O tal vez fue una respuesta a plagas o patógenos. O fotoinhibición. Tal vez el clima esté inusualmente seco. Los árboles a los que parasita podrían haber cambiado de algún modo.

Paula me cogió de la mano.

—Salgamos a hablar fuera —dijo.

Bajo la cálida luz de Sol, me miró con ternura.

—Siempre es un golpe duro, pero sabíamos que las cosas podrían salir mal.

—Las maté.

—Todos comimos la fruta del oeste antes, y todo estaba bien. No es culpa tuya.

—Plantamos los campos siguiendo mi recomendación. También eso podría salir mal. Podrían morir muchas más personas.

—Simplemente evitaremos la fruta del oeste hasta que encontremos una solución.

—¿Pero qué comeremos entonces?

—Encontraremos algo. Sé que lo estás haciendo lo mejor que puedes.

Me cogió de las dos manos y me besó.

Mi trabajo, además de buscar plantas comestibles, consistía en describir y clasificar la vegetación de Pax.

A primera vista, parecía similar a la de la Tierra: árboles, vides, hierbas y arbustos. Pero los arbustos que tenían hojas parecidas a alas de mariposa azules eran una especie de coral de tierra, una simbiosis de tres partes que involucraba algas fotosintéticas y animales diminutos con esqueletos pétreos que apresaban a lagartijas aladas. Otros tipos de corales de tierra capturaban y comían animales pequeños, y en algún momento, los corales de arbusto descubrieron que mantener prisioneros tenía ventajas sobre la caza.

Una mirada con atención al cielo, a pesar de que era azul, también demostraba que no estábamos en la Tierra. Cintas verdes con burbujas de hidrógeno flotaban en el aire y se

enredaban en las copas de los árboles, o tal vez se anclaban allí. Otras plantas flotantes se asemejaban a globos de cactus espinosos. Algunos árboles tenían corteza de acetato de celulosa que se desprendía en láminas con bordes afilados como cuchillas. Tal vez algún día podríamos procesarlo en tela de rayón o laca. Uno a uno, yo iba encontrando frutas, semillas, raíces, tallos y flores que podrían resultar útiles o comestibles, lo cual era la cuestión apremiante. Además, como botánico de la colonia, tenía que desarrollar una taxonomía. Cada fragmento de información sería útil mientras buscábamos para nosotros un nicho en esta ecología.

Un poco antes de dejar la Tierra, ensayamos nuestra llegada. Supuestamente no sabíamos dónde estábamos, pero minutos después de que los camiones nos dejaran en un camino de tierra en un bosque, lo dedujimos.

Advertí majestuosos pinos blancos con agujas largas de un verde azulado, tamariscos coniferos y álamos temblones, cuyas hojas planas sonaban con el viento cálido.

—Estamos en el norte de los Estados Unidos, al este del río Misisipi —dije—. Si estuviéramos en Canadá, los árboles estarían más saludables.

Merl escuchó a los pájaros graznar y cantar.

—En efecto. Estorninos y carboneros de Carolina. —Encogió sus anchos hombros—. Eso no significa que estemos en

las Carolinas. Han estado moviéndose mucho debido al calor.

Paula miró las nubes.

—Nubarrones. Pensemos en refugiarnos.

Con el tiempo, nos volvimos más precisos y lo identificamos como Wisconsin incluso antes de encontrarnos con dos mujeres menominis recogiendo enredaderas para hacer cestas. El consejo tribal apoyó nuestro proyecto y nos permitió pasar dos meses tratando de sobrevivir en el bosque de su reserva, y las mujeres lamentaron haber estropeado nuestro aislamiento. Pero antes de irse, sugirieron que cubriéramos nuestra piel con ceniza de madera y grasa para repeler las nubes de mosquitos, un consejo que necesitábamos desesperadamente.

Aparte de eso, la supervivencia no presentaba desafíos importantes porque ya sabíamos mucho sobre el entorno. Por ejemplo, los ciervos eran comestibles. En lugar de eso, el ensayo profundizó nuestro compromiso a medida que presenciamos el desastre del bosque a pesar de la cuidadosa gestión de los menominis. El calentamiento global estaba convirtiendo el bosque en una pradera. Los árboles a nuestro alrededor se morían de calor, sed y enfermedades, arrastrando consigo la ecología. Pero la flora y fauna no se trasladaban simplemente hacia el norte. El desastre era a la vez demasiado rápido y demasiado lento. En el suroeste de

Wisconsin, los amados condados de arena de Aldo Leopold[1] se estaban convirtiendo en dunas de arena y sus especies de la pradera estaban desapareciendo. Los bosques en el noreste de Wisconsin aún no se habían convertido en praderas para darles la bienvenida, así que cuando finalmente los bosques se convirtieran en pastizales, no habría especies de pradera supervivientes que las recibieran.

Llegué a conocer a Uri en el bosque de los menominis. Su inglés era aún peor en aquel entonces. Para ambos, el inglés era una segunda lengua, pero la colonia era estrictamente monolingüe. Evitaríamos las disputas sobre el idioma que estaban envenenando a gran parte de la Tierra.

—Por supuesto, mí ofrece voluntario para ejército —dijo. Trabajo a cambio de comida. Como ahora, pero no tan buena comida.

Estábamos hasta las rodillas en un pantano recolectando polen de espadaña, que se podía usar como harina para hacer tortas. En realidad, todos los jóvenes de dieciocho años en Rusia tenían que servir en el ejército. Él fue francotirador.

---

1 Aldo Leopold fue un silvicultor, ecólogo y ambientalista estadounidense. Se le considera uno de los pensadores conservacionistas más influyentes gracias a su extenso trabajo sobre la conservación de la fauna salvaje y las tierras salvajes. Escribió un libro titulado *Almanaque de un condado arenoso* [N. T.]

Juntó una cabeza de espadaña en horizontal y la retorció mientras yo sostenía un cuenco de arcilla debajo para recoger el polen amarillo que caía.

—El rifle no es antiguo. Es un retroceso, lo que usamos si la alta tecnología se bloquea. Y muy entretenido. Mi unidad daba espectáculos como en circo, incluso con caballos, y entonces mí decide unirme a este proyecto después de cumplir con mi deber. Vi demasiado de la Madre Rusia durante los viajes y los espectáculos. La están violando. No puedo soportar quedarme y verlo.

Eso era cierto en todas partes de la Tierra, la devastación ambiental que deseábamos poder arreglar, pero lo mejor que podíamos hacer era intentarlo en otro lugar.

—Me pregunto si todavía quedarán humanos en la Tierra cuando lleguemos a Pax —dijo Vera una noche después de la cena, mientras trabajábamos en las numerosas tareas que requería la supervivencia. Había sido más difícil de lo que pensábamos, pero también más gratificante.

—La gente de este planeta no merece sobrevivir —dijo Bryan mientras fabricaba anzuelos con alambre.

—La cosa es que podemos aprender —dijo Merl—, Solo tendremos que hacerlo mejor. ¿Y qué dificultad podría tener?

Todos teníamos veinte años, seleccionados por nuestras habilidades y personalidades. Merl, un texano de cabello color arena, tenía una baja puntuación en ansiedad y una alta puntuación en amabilidad. Yo era responsable y disciplinado. Todos estábamos contentos de tener alguna esperanza que sentir.

Despertamos, ateridos y mareados, con los músculos, corazones y sistemas digestivos atrofiados por los ciento cincuenta y ocho años de hibernación en una diminuta nave espacial. El ordenador nos había llevado a la órbita, enviado un mensaje a la Tierra y luego nos había administrado medicamentos intravenosos.

Dos horas después, yo estaba en la cabina abarrotada tratando de tomar una bebida electrolítica cuando Vera, nuestra astrónoma, entró volando desde el módulo de control, su pelo rizado y apretado flotando como una nube negra.

—¡Estamos en la estrella equivocada! —exclamó.

Sentí una oleada de náuseas y desesperación.

Paula estaba alimentando con una cuchara a Bryan, que estaba demasiado débil para comer, y parecía tranquila, pero su mano temblaba.

—El ordenador pudo elegir otra si era mejor —dijo.

—¡Lo hizo! —exclamó Vera—. Estamos aquí. Hay mucho oxígeno y agua. Y mucha vida. Está viva y esperándonos. ¡Estamos en casa!

Nos encontrábamos en la estrella HIP 30815f en lugar de HIP 30756, en un planeta con una ecología bien desarrollada y, advertí, abundante clorofila. El nivel de dióxido de carbono era ligeramente más alto que en la Tierra, pero no peligroso. Desde la Tierra, ambas estrellas eran pequeños puntitos en la constelación de Géminis, cerca de la pierna izquierda de Cástor. Según lo planeado, nombramos al planeta Pax, ya que habíamos venido a vivir en paz.

Stevland Barr nunca despertó, murió años antes debido a un fallo en su sistema de hibernación. Krishna Narashima desarrolló neumonía y murió a bordo. Los riñones de Hedike habían fallado, aunque se estaba recuperando con células de la médula regeneradas.

Despertar era solo el comienzo. Dos de las seis cápsulas de aterrizaje se estrellaron. Un accidente rompió la clavícula de Terrell y aplastó el pecho de Rosemarie Waukau, matándola. El otro, un desastre, mató a las doce personas a bordo y destruyó equipos irremplazables, incluido el sintetizador de alimentos, demasiado pesado y voluminoso para unidades de apoyo.

La gravedad, una quinta parte superior a la de la Tierra, causó errores de cálculo. Al salir de nuestro módulo de aterrizaje, me mareé y me caí, y sufrí una torcedura de tobillo, pero nada peor, aunque nuestros huesos habían perdido calcio y se habían vuelto frágiles durante la hibernación. Los senos y los escrotos pesaban más y dolían, y nuestros corazones trabajaban más.

Sufrimos erupciones cutáneas debido a las hiedras de Pax, ronchas por picaduras de lagartijas–insectos y diarrea hasta que estimulamos artificialmente nuevas enzimas digestivas y nuestra flora intestinal se adaptó. Un hongo de Pax causó una enfermedad de la membrana hialina, colapsando los pulmones. Mató a Luigi Dini, el otro botánico, antes de que Ramona encontrara un fungicida. Wendy se lastimó gravemente el pie mientras reparaba un tractor, la herida se infectó y los médicos tuvieron que amputar hasta el hueso del tarso. Siempre fuerte, se rebautizó a sí misma como «Wendy Medio Pie».

Luego, Carrie, Ninia y Zee murieron por la fruta venenosa. Todavía teníamos suficiente gente para poblar un planeta, ya que teníamos un banco de óvulos y esperma congelados a los que recurrir. No necesitábamos material genético tanto como necesitábamos manos para trabajar.

* * *

Ahora, un mes después de nuestra llegada, yo tenía que averiguar qué estaban haciendo las viñas de nieve. Caminé nervioso por el espeso matorral al este, detrás de las casas de nuestro pueblo. Entre los álamos, enredaderas espinosas más anchas que mi pulgar se curvaban como alambre de púas hecho de hueso. Busqué una entrada: una abertura causada por la caída de un árbol o un sendero de animales. Me decía a mí mismo que no le tenía miedo a una enredadera, no yo, no un botánico. Pasé junto a uno de nuestros retretes y asusté a un fipogato. Corrió hacia el matorral. Encontré su estrecho camino, me arrodillé y, con un empujón, me abrí paso. Era como una jaula por dentro.

Blancas raíces nudosas de enredaderas y raíces grises de árboles cubrían el suelo, tan duras como piedras bajo mis manos y rodillas. Las enredaderas se arqueaban a través del túnel y rozaban mi cabeza. El aire en el matorral flotaba inmóvil y olía a tierra agotada. Me arrastré despacio, inclinado para evitar una espina, y cambié mi peso a una rodilla que ya latía contra un nodulo en una raíz. La espina se deslizó por mi pelo y se clavó en mi cuero cabelludo. Tiró hacia atrás, arrastrándome hasta mis doloridas rodillas. Busqué la espina y la encontré, y su filo como una cuchilla me cortó los dedos. La espina en mi cuero cabelludo tiró de nuevo. Me tambaleé hasta que pude agarrarla por los lados y traté de sacarla. Las púas rasgaron mi cuero cabelludo, y mis dedos resbalaron, mojados de sangre. Finalmente, apreté los dientes y tiré.

Me volví para ver qué se me había clavado tan profundamente: una espina blanca del tamaño de un anzuelo de pesca, ahora manchada de rojo. Colgaba de un zarcillo que se enrollaba como un resorte. Una pequeña espina afilada, eso era todo, igual que las espinas de la Tierra, conectada al mismo tipo de zarcillo que había sostenido las plantas de frijol en el jardín de mi madre. Eran herramientas naturales para una enredadera trepadora. Sus movimientos eran normales en la Tierra y en Pax. Nada personal, y nada de qué asustarse. Las plantas no atacan a los botánicos. Tiré del zarcillo para probar su resistencia. Podría haber sostenido mi machete.

A mi alrededor se extendían enredaderas y árboles parasitados, pero nada más; silencio y vacío, sin musgo, helechos, pasto ni plantas competidoras de ningún tipo. Las enredaderas las habían eliminado.

No estaba seguro de poder seguir haciendo este trabajo. En la Tierra, mi título en botánica me había conseguido trabajo en una granja industrializada para supervisar el maíz modificado genéticamente. Durante cuatro años, había observado las imágenes de satélite de infrarrojo cercano de los campos en busca de manchas oscuras que pudieran señalar la podredumbre de las raíces que había hecho que los cultivos de maíz se marchitaran desde la parte superior hacia abajo y que había comenzado una guerra cuando yo era niño. A veces, la guerra era lo único que veía, mi familia huyendo, tratando de esconderse de los aviones espías,

drones disfrazados de aves o insectos que llamaban a aviones robot más grandes y armados. Si no nos mataban, podríamos morir de hambre de todos modos. Éramos solo agricultores, no enemigos de nadie, pero si vivíamos, podríamos unirnos a las fuerzas del enemigo, así que teníamos que morir.

Ahora tenía un planeta que explorar y personas a mantener con vida, y volvía a tener miedo. Tal vez el otro planeta, el que habíamos apuntado, hubiera sido mejor. Aquí, yo estaba arrodillado dentro de un espeso matorral de una planta completamente diferente al dócil maíz domesticado.

Pero yo era el único botánico de nuestra colonia. Tenía un trabajo importante y tenía que hacerlo correctamente, a pesar de mi miedo.

Capté movimiento por el rabillo del ojo. Vi algo de musgo, un parche de verde en el tronco de una raíz. Se movió de nuevo. Era un fipogato. Miré otros troncos. Eran hogares perfectos para fipogatos. Las heces de fipogato estaban esparcidas por el suelo, pasas negras que se derretían en el suelo arenoso.

Tal vez esto era simbiosis, dos formas de vida ayudándose mutuamente, con las viñas de nieve proporcionando vivienda y los fipogatos proporcionando fertilizante, como las bromelias y las hormigas en la Tierra. Eso no explicaba por

qué las enredaderas del oeste habían producido de repente frutas venenosas que podían matar a un fipogato.

Necesitaba muestras. Con una navaja de bolsillo y bolsas de plástico que había estado limpiando y reutilizando cuidadosamente desde que llegamos, tomé pedazos de enredadera, álamo, frutas, tierra, heces de fipogato, hojas muertas y corteza, y luego, con mucho cuidado, gateé hacia la luz.

Tomé muestras de Hombre de Nieve y del matorral del oeste, que me apuñaló de la misma manera que la enredadera del este. Hice pruebas, y los resultados explicaron algunas cosas, pero no la más importante. El matorral del este y Hombre de Nieve eran el mismo individuo genéticamente. Hombre de Nieve debió de ser una planta hija de un brote o un tallo subterráneo. La planta del oeste era de la misma especie, pero un individuo diferente. No podía explicar por qué se había vuelto venenosa. No podía predecir si la fruta del este seguiría siendo segura. No había conseguido nada.

Esa tarde, enterramos a Ninia, Carrie y Zee en el mismo lugar donde habíamos enterrado a los demás, justo al sur del pueblo, en un pequeño parche de tierra junto al espeso matorral del este, donde una alfombra de césped floreciente cubría el suelo como un jardín. Llorando, enrollamos las fragantes flores amarillas con el césped, cavamos tres hoyos y bajamos los cuerpos. Todos arrojaron un puñado de tierra

antes de llenar las tumbas y volver a plantar el césped. Hedike dirigió una canción. Jill vertió agua sobre las tumbas y recitó un poema sobre ríos y océanos con voz temblorosa. Cada uno compartió su mejor recuerdo de las mujeres.

Zee había tallado las otras lápidas con nombres y el número de días desde el aterrizaje. Esta vez, Merl colocó piedras simples en cada tumba.

—Sin nombres ni fechas —dijo, mientras se sacudía la tierra de sus manos.

—Necesitamos un calendario Pax —dijo Vera—. Y un reloj Pax.

Señaló a Lux en el cielo occidental.

—Este se pone tres horas antes que Sol y sale tres horas antes que Sol. Esa es una forma de medir el tiempo.

Luego señaló otra luz similar a una estrella, una luna del tamaño de un asteroide llamada Chandra.

—Su órbita es casi igual a la rotación de Pax. No es buena para medir el tiempo, excepto para las estaciones. Pero Ga–lileo —señaló una luz en el noreste— es perfecto. Va al revés, de oeste a este, por lo que cualquiera puede verlo. Orbita dos veces y media al día.

Paula entrecerró los ojos mirando el cielo.

—Gracias. Esto...

—Ahora lo tenemos —dijo Vera—. Tenemos nuestro propio sistema. Nuestro propio reloj, nuestro propio cielo, nuestro propio tiempo. Es para lo que vinimos aquí.

Con ese recordatorio de nuestras esperanzas, volvimos a nuestras tareas diarias para sobrevivir. Un día y una noche en Pax duraban aproximadamente veinte horas terrestres, y un año en Pax tenía alrededor de cuatrocientos noventa días terrestres. Un año parecía muchísimo tiempo.

Pasó una semana, atareada tanto para los zoólogos como para mí. Una bandada de pequeños lagartos con alas de polilla llegó, volando con la gracia de un banco de peces, y los observamos maravillados hasta que de repente, como grupo, se abalanzaron hacia nosotros y comenzaron a mordemos. Las cenizas y la grasa funcionaron nuevamente y, de repente, las polillas desaparecieron.

Los equipos de caza encontraron aves y fipogatos medio devorados y pensaron que habían visto aves gigantes huyendo, pero lo que más les preocupaba eran las babosas rosadas de veinte centímetros de largo que encontraron comiendo viejos animales muertos. Las babosas atacaban cualquier cosa y disolvían la carne viva al contacto. Grun diseccionó una.

—Nada más que baba. Sin tejido diferenciado. Si la cortas en veinte pedazos, tienes veinte babosas.

Merl descubrió la fuente de los cánticos de tres notas.

—Creo que he encontrado a los primos de gran tamaño de nuestros amigos los fipogatos —dijo.

Había llegado justo antes de la cena y se sentó en una mesa hablando con calma, aunque el sudor empapaba su camisa mientras acariciaba a un fipogato en su regazo, como si quisiera asegurarse de que fuera dócil. Todos sabíamos que él no era un tipo ansioso, así que escuchamos con atención.

—Si tuviera que usar una palabra, diría canguro, pero eso tampoco es del todo correcto. Canguro gigante, para usar dos palabras, mucho más alto que yo, y a juzgar por los nidos que tenían, pueden derribar árboles. Creo que son vegetarianos, como aquí nuestro amiguito; es posible que coman raíces, y me gustaría creer que las garras son para cavar, pero tienen el tamaño de machetes. Vi una manada de alrededor de diez de ellos, pero no me acerqué demasiado. Y no recomendaría hacerlo.

La mayoría de los colonos tendían a centrar su atención en los animales. Merl recibió muchas más preguntas sobre sus hallazgos del día de las que recibí yo, lo cual intenté no dejar que me molestara, pero sabía que las plantas con sus venenos y productos químicos eran tan peligrosas como los

animales, y debido a que había muchas más plantas que animales, eran más importantes.

—Las plantas aquí no se parecen en nada a las de la Tierra —intenté explicar una noche—. Tienen células que no puedo explicar. En la Tierra, todas las semillas tienen una o dos hojas embrionarias, pero aquí tienen tres, cinco o incluso ocho.

—Y ARN —dijo Grun—, no ADN. Nada tiene ADN excepto nosotros.

—Pero parece igual —dijo Vera.

—No —replicó Wendy Medio Pie—, Quiero decir, ¿cactus flotantes? ¿Azules? Pero tienen espinas como las de la Tierra.

—Sí, espinas —dije—. Necesitan protegerse como los cactus de la Tierra, por lo que desarrollan espinas. Las plantas que necesitan obtener agua del suelo desarrollan raíces.

—No como en la Tierra —dijo Uri—. Aquí no hay lombrices de tierra. Tenemos esponjas en su lugar.

—Pero hacen lo mismo —dijo Vera.

—En realidad, no sabemos lo que hacen —dije yo.

—Pero sabemos lo que hacen las plantas —insistió ella—. Crecen. Son útiles o no lo son. Y eso es todo lo que necesitamos saber.

Yo sabía que necesitábamos saber mucho más, y deseaba que Luigi Dini hubiera sobrevivido para poder tener a alguien con quien trabajar y hablar.

Ya habíamos comprendido, a raíz del desastre en Marte, que trasplantar la ecología de la Tierra no funcionaría. Los cultivos no crecerían sin hongos simbióticos específicos en sus raíces para extraer nutrientes, y los hongos exactos no crecerían sin la composición adecuada del suelo, que no existía sin ciertas bacterias saprofitas que habían demostrado ser resistentes a la trasplantación, cada forma de vida exigiendo su propio nicho de mil millones de años de antigüedad. Pero los fósiles de Marte y los productos químicos orgánicos en los cometas interestelares mostraban que los componentes básicos de la vida no eran exclusivos de la Tierra. Las proteínas, los aminoácidos y los carbohidratos existían en todas partes. La teoría de la panspermia era cierta hasta cierto punto.

Encontré una hierba que se parecía al trigo el primer día en Pax, y con un poco de tejido vegetal, una pizca de hormona de los brotes y algo de quitina, pronto tuvimos semillas artificiales para plantar. Pero ¿crecería? La teoría era una cosa y la agricultura era otra.

Luego, unos días antes de que las mujeres murieran por comer fruta envenenada, Ramona y Carrie habían visto los primeros brotes, y gritaron de alegría hasta que todos fuimos a mirar. Bailaban dando vueltas alrededor de los bordes del campo, con el pelo y las faldas al viento, y agarraron a más de nosotros de las manos hasta que todos en la colonia, los treinta y cuatro, bailamos con pasos cuidadosos y lentos al ver la primera evidencia de que podríamos sobrevivir.

La fruta del este siguió siendo abundante; alarmantemente, se volvió más nutritiva, otro misterio que yo debería haber podido explicar, pero no podía. La fruta del oeste se pudría en las viñas. Uri trabajaba en los campos como si pudiera superar su dolor a través de sus manos, y sus lágrimas, a través del agua de riego de un manantial entre nuestros campos y las viñas del oeste. Habíamos plantado un segundo cultivo, un tubérculo parecido a la yuca, y rezaba para que siguiera siendo seguro para comer.

—Algún día tendremos que despejar esos matorrales del oeste para más campos —le dijo Uri a Paula después del desayuno una mañana. Ambos escuchamos el estrés que ahogaba su voz.

—No creo que necesitemos despejar los matorrales pronto —dijo Paula de manera deliberadamente despreocupada. Estábamos viendo a los fipogatos jugar tirando de una cuerda de corteza en su corral—. No queremos hacer nada

innecesario hasta que comprendamos el efecto en la ecología. Somos los alienígenas aquí.

—Pero esto es necesario. La enredadera es peligrosa para nosotros.

—¿Sigues furioso por la muerte de Ninia? —preguntó ella, inclinándose hacia atrás y mirando su rostro.

Uri apartó la mirada.

—Quiero paz. Todos queremos paz.

Guardé silencio, pero incluso si tenía razón, lo cual dudaba, difícilmente podríamos eliminar un matorral tan grande aunque lo intentáramos.

Paula se inclinó sobre el corral de los fipogatos y balanceó el tallo de una hoja de lechuga de Pax. La lechuga era mi último hallazgo. Las hojas contenían ácido fólico y riboflavina, entre otros nutrientes, pero los tallos eran demasiado duros para comerlos. Habíamos tomado un magro desayuno con lechuga, nueces, frutos de vid de nieve y un poco de fipogato asado.

Un fipogato se acercó para mendigar el tallo. Paula lo agitó y el animal dio una voltereta en el aire. Merl había descubierto que eran enormemente fáciles de entrenar. Paula dejó caer el tallo a sus pies.

—Octavo —dijo—, ¿puedes hacer semillas para más lechuga? —Por supuesto.

—Uri, ¿puedes buscar un campo adecuado? ¿Tenemos suficiente agua?

—Llenaré tu plato con pacífica lechuga —dijo él con una sonrisa dentuda. Paula le ofreció a cambio una sonrisa más dulce, pero yo sabia que ella a veces tenía poca paciencia con sus payasadas.

Uri se volvió hacia mí.

—Primero, ven a ver las malas hierbas en el trigo. Una en concreto tiene agujas como ortigas, así que, aunque sea buena para algo, no quiero que me lo digas. Las espinas se pegan a los robots cortadores de maleza y luego se me pegan a mí cuando los limpio, y no tengo suficiente piel para este procedimiento.

Uri señaló una ortiga que crecía cerca de nosotros. Me puse guantes para examinar la planta. Sus hojas estaban cubiertas de espinas como tubos de vidrio.

—Bueno, espinas como estas podrían tener un uso real —dije. Alcé la cabeza. No me estaba prestando atención.

—¡Ese campo! —dijo, señalando hacia la cima de la colina—. El trigo está aplastado.

Echó a correr por el sendero. Lo seguí. Desde un extremo hasta casi el otro, el trigo estaba aplastado, cada pequeño brote, y el día anterior llegaba hasta la mitad de mis rodillas. Mi trigo. Aplastado.

Uri llegó al campo antes que yo. Se arrodilló para mirar, luego escarbó en la tierra.

—¡Raíces podridas!

Corrí. La pudrición de raíces mata. Me arrodillé junto a Uri y aparté el trigo para mirar. La oscura pudrición se extendía por los tallos. Rebusqué en la tierra húmeda. Las raíces se habían descompuesto en un lodo marrón.

—El pan nuestro de cada día —aulló Uri—, ¿Por qué?

Cerré los ojos y recité una respuesta de libro para evitar aullar como él.

—Enfermedad, demasiada agua, escasez de nutrientes. Muchas cosas pueden causarlo.

Me levanté para buscar una pauta y, al moverme demasiado rápido, me mareé, pero en cuanto mi visión se aclaró, vi una.

—Mi primera suposición es que la enfermedad viaja a través del agua. Puedes ver la pudrición extendiéndose hacia abajo.

—¿Puedo pararla? ¿Si detengo el agua?

Solo pude encogerme de hombros.

Llamó por radio a Wendy en las bombas de riego. Arranqué algunas plantas con las manos y corrí al laboratorio, recordando la Guerra del Maíz, los campos marchitos de la granja de mi familia. Pero eso fue mildiu. Esto era podredumbre de raíz. El mildiu era una enfermedad diseñada. Esta era natural. Ambas igual de mortíferas.

Para cuando obtuve resultados, Uri y Wendy Medio Pie habían enviado robots para cavar una zanja directamente en medio del campo para detener el escurrimiento de agua cuesta abajo. El veneno en el suelo había matado a las plantas. Comía a través de sus paredes celulares, haciendo que las células estallaran como globos. Ramona y yo buscamos algo para neutralizar el veneno o para evitar que las raíces lo absorbieran.

Jill volvió de hacer un recorrido por los campos, sus ojos oscuros sombreados de preocupación. Se había llevado un sensor con una sonda calibrada para detectar el veneno y ver si se estaba propagando. Solo estaba en un campo, pero si regábamos o llovía, se propagaría.

Trabajamos hasta bien entrada la noche. Debatimos si arar y regar el campo desequilibraría algo en el suelo. Nos preocupaba que pudiéramos haber traído una enfermedad

de la Tierra a pesar de nuestros esfuerzos de descontaminación.

Por una vez, me acosté después que Paula. Me tumbé sin tocarla, lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su cuerpo mientras ella respiraba con regularidad. El aroma agridulce del aire y los graznidos de los lagartos no parecían exactamente como en casa, pero la Tierra hacía mucho tiempo que dejó también de parecer nuestra casa.

Conocí a Paula cuando fui a ver una obra de teatro de su padre, el doctor Gregory Shanley, sobre cómo las prioridades mal entendidas habían causado el desastre del asma en 2023, una obra que muchas personas llamaron apóstata por su crítica tanto a los verdes como a los gobiernos. Fui porque era una recaudación de fondos para Próxima Tierra, como se llamaba entonces, un proyecto financiado de forma privada para enviar una colonia a un planeta distante. Ella estaba atendiendo una mesa en el vestíbulo del teatro, y, por supuesto, yo sabía quién era aquella joven. Su padre la había estado preparando desde la infancia para liderarlo, lo que algunas personas criticaban tanto como el proyecto en sí.

En vídeo, siempre había parecido seria, tal vez incluso un poco callada, pero cuando me acerqué a la mesa, reía y hablaba con otras personas, y cuando me vio, extendió la mano.

—Me alegra que hayas podido venir esta noche. Soy Paula Shanley.

—Octavo Pastor.

Señaló a los otros.

—Estábamos diciendo, bueno, yo estaba diciendo que podríamos fracasar, lo sé, y podríamos morir, pero por eso vale la pena hacerlo.

—Cuéntaselo a la familia de Goltz —dijo alguien. Erno Goltz era un posible voluntario cuya familia había sido retenida en detención preventiva para que él no pudiera abandonar la Tierra. De hecho, Gregory y Paula no eran bienvenidos en varios países.

—A algunas personas les cuesta entenderlo —dijo—. Somos el futuro de la humanidad y tenemos un deber.

—¿Puedo ofrecerme voluntario? —dije. Ella me miró a los ojos para ver si estaba hablando en serio. Luego asintió y cogió unos papeles. Pensé que tal vez podría ayudar con un comité científico, pero cuanto más aprendía sobre el proyecto, más dispuesto estaba a darlo todo.

Al principio me atrajo la preocupación de Paula por los demás; luego, su férrea determinación y la forma en que se sacrificaba y luchaba por el proyecto.

—Lo que los seres humanos y otras especies conscientes aportan al universo —decía— es la capacidad de tomar decisiones, de superar la lucha por sobrevivir y ser los ojos y oídos y mentes y corazones del universo. La supervivencia es solo el primer paso.

La amaba, pero no me atrevía a expresar mis sentimientos. Fue ella quien se acercó a mí. No sabía qué veía en mí porque era tan diferente a ella, y siempre me impresionaba un poco, pero nunca había sido más feliz. Esperaba que esa felicidad se convirtiera en nuestro legado en otro mundo.

Nuestra nueva civilización se basaría en lo mejor de la Tierra. Respetaríamos la dignidad de toda vida, practicaríamos la justicia y la compasión, y buscaríamos la alegría y la belleza. Traíamos en nuestros ordenadores programas educativos para nuestros hijos que excluían las irracionalidades terrenales como el dinero, la religión y la guerra. Algunos pensaban que contaminaríamos una exoecología, pero planeábamos encajar, sumarnos a ella y, sobre todo, asegurarnos de que el destino de la humanidad no dependiera de un solo planeta en peligro.

No todos los que se habían ofrecido como voluntarios podían ir. Tenían que apoyar la Constitución Pax, que habíamos escrito, debatido y reescrito antes de partir. Necesitaban buenos genes, cuerpos fuertes sin partes artificiales, mentes sanas y habilidades útiles, incluyendo las artes, así que Hedike y Stevland Barr, prodigios musicales, se unieron

a nosotros. Con el tiempo, cincuenta voluntarios dejaron la Tierra; algunos llorando, otros sonriendo.

Aterrizamos en la orilla de un lago cerca de un río, locos de alegría al ver árboles y escuchar trinos parecidos a los de los pájaros. Las otras cinco cápsulas de aterrizaje llegarían, o al menos lo intentarían, al día siguiente. Como parte del equipo de exploración, me adentré en el río, pasando por el espeso matorral que luego llamaríamos la viña de nieve del este, pasando por lo que pensé que eran peces verdes lentos camuflados como plantas, pero pronto me di cuenta de que eran plantas que nadaban libremente. Ya deslumbrados por este nuevo mundo, llegamos a un vasto prado que parecía ideal. Los matorrales al este y al oeste nos protegerían. Los bosques al norte y al sur estaban listos para la exploración. Habíamos encontrado nuestro hogar.

El clima cálido y seco nos torturó aún más. Las hojas que indicaban raíces comestibles se marchitaron y cayeron de las plantas dormidas. Las semillas de los granos silvestres se soltaron y volaron. Aves no voladoras que ladraban hacían acopio de nueces antes de que pudiéramos encontrarlas, y otras aves gigantes comenzaron a amenazar a los cazadores, pero Uri las espantó, al menos durante un tiempo, con disparos de rifle bien dirigidos. Cápsulas rojas de semillas llenas de hidrógeno flotaban en el viento, listas para prender con la chispa más pequeña, y el bosque seco ardería rápidamente. Yo había fallado al predecir la fruta, no pude salvar el trigo y no estaba encontrando comida, pero nadie

me culpaba. Excepto yo mismo. Todos sabíamos que nos enfrentaríamos a peligros y fracasos inesperados, pero nadie, ni siquiera Paula, sabía cuánto deseaba yo avanzar en nuestra supervivencia.

Tenía el estómago vacío cuando salí del pueblo al amanecer. Llevaba un receptor de geoposicionamiento sintonizado con un satélite en el cielo, todo lo que quedaba de la nave espacial que nos había traído aquí.

Me detuve en el pequeño cementerio, sorprendido al ver que las flores amarillas sobre las tumbas de las tres mujeres se habían convertido en bolas de pétalos secos, muertas sin producir semillas. Me arrodillé para examinar las plantas y excavé en el suelo. La tierra se deshizo en mis manos. Tal vez habíamos sido menos cuidadosos al reemplazarla de lo que pensábamos.

Mis dedos, al rebuscar en el suelo, sintieron algo firme, rebosante de vida. Un brote blanco, como el bambú, y tan ancho como mi pulgar, surgía de la tierra. Encontré otro, y otro, y más. Vides de nieve brotaban de las tumbas de las tres mujeres. Las vides habían enviado raíces para alimentarse de humanos muertos en lugar de álamos, para extraer carne como alimento y sangre como agua. Una vid las había matado y la otra se estaba alimentando de ellas, como si esto fuera una guerra terrestre donde los cadáveres quedaran para ser pasto de cuervos y perros salvajes. Saqué mi machete y corté los brotes incoloros sin pensarlo, abrí la

tierra a patadas para encontrar cada uno de ellos y los corté en pedazos.

Cuando acabé, jadeando en la densa atmósfera, miré el matorral del este que se alzaba imperturbable y me di cuenta de lo tonto que era. Esto no era una guerra terrestre, solo una lucha darwiniana. El ciclo de la vida siempre reutiliza a los muertos, y yo solo había conseguido profanar las tumbas. Miré los terrones de tierra, las flores muertas y las vides blancas sangrantes. Alisé el suelo lo mejor que pude sobre las tumbas y me fui.

Sol había salido por encima de las copas de los árboles. Exploré el bosque hasta que los músculos y las articulaciones de mis piernas me dolieron, pero encontré muy poco para nuestra colonia.

Tenía mucho que aprender. Sabíamos que Pax era mil millones de años más vieja que la Tierra. En la Tierra, las plantas se habían separado de los animales hace menos de mil millones de años. Probablemente, las plantas de Pax habían tenido más tiempo para evolucionar.

El verdor que me rodeaba guardaba secretos que nunca conocería.

Esa noche cenamos en silencio. Uri dijo que algunas de las batatas habían sido envenenadas, aparentemente por filtración de los campos de trigo, a pesar de la sequía.

Más tarde, en la cama, Paula se despertó de repente.

—Puede que llueva —dijo.

—¿Pronto?

—Podría llover mucho. El planeta tiene pautas de tormentas estacionales. Produce huracanes, pero son grandes y bajos y se mueven lentamente en comparación con la Tierra.

—¿Podemos prepararnos para eso?

—Poca cosa. Más bien nada.

Después de un largo rato, volvimos a quedarnos dormidos. Soñé con mi infancia y el hambre. Desperté al amanecer esperando disparos y recordé que estaba lejos de la guerra y a salvo de los soldados, aunque no del hambre.

* * *

Antes de salir en mi búsqueda diaria de comida, Uri y yo inspeccionamos los campos mientras el sol de la mañana proyectaba largas sombras. Revisamos la zanja y el trigo debajo de ella. Menos de un tercio de la cosecha se había salvado, y se estaba marchitando por falta de agua. Seguimos caminando. Miré el suelo envenenado y polvoriento bajo nuestros pies.

—Tal vez si regamos un poco...

Uri me agarró del brazo tan repentinamente que tropecé. —Mira.

En el extremo oeste de los campos, en la cima de la colina, como lanzas blancas, brotes de vides de nieve se alzaban con diez centímetros de altura. La tierra arenosa todavía se adhería a los brotes. El campo estaba pelado la noche anterior, lo había visto yo mismo. De una mirada, entendí el veneno.

—Son las viñas —dije. Uri miró los brotes con los ojos muy abiertos—. Las vides de nieve envenenaron el campo. Es alelopatía. La planta elimina a sus rivales para abrir espacio para sí misma. Si las analizamos, las encontraremos llenas de veneno.

Así era. Las viñas de nieve habían enviado raíces a más de un metro de profundidad, encontrado nuestro campo irrigado, exudado un veneno y se habían apoderado de la tierra para su propio uso. También estaban en los campos de ñame.

—Las plantas intentan expandirse. Es algo natural —les expliqué en el laboratorio a Uri y Paula. Pero me sentía preocupado. Las viñas de nieve habían enviado sus raíces a más de medio kilómetro para atacar el campo, pasando por otras tierras fértiles.

—Yo digo que las destruyamos —dijo Uri, apretando los dientes—. Mataron a Ninia. Matarán todos nuestros cultivos.

Paula lo miró severamente. Yo declaré un hecho obvio.

—No serán fáciles de destruir. El matorral cubre hectáreas, con quién sabe qué defensas.

—Detuvimos a Napoleón, detuvimos a Hitler, podemos detener una planta doméstica asesina. No caeremos ante el asedio.

Entonces Uri captó la mirada de Paula y sonrió, como si hubiera contado un chiste.

—No estamos en guerra —dijo Paula lentamente, devolviéndole la sonrisa—. Son solo viñas y árboles.

Uri saludó.

—Soy un soldado leñador.

La sonrisa de Paula se desvaneció un poco.

Si alguna vez íbamos a cultivar algo, necesitaríamos controlar las viñas, pero necesitábamos algo en armonía con el entorno. Se me ocurrió una idea que debería haber tenido mucho antes.

—La naturaleza tiende a equilibrarse —dije—. Algo tiene que ser el control biológico natural para las viñas de nieve. Podemos encontrarlo y dejar que el entorno se encargue de sí mismo. Uri, vamos.

Paula me dirigió una mirada de agradecimiento.

Nuestros dos matorrales, este y oeste, estaban separados por el amplio prado en el que vivíamos, y limitados por el bosque en ambos extremos. Con machetes, guiados por el sistema de geoposicionamiento, Uri y yo nos abrimos paso por el bosque hacia el norte, sudando bajo guantes y camisas gruesas para protegernos de espinas y lagartos–insectos y aves espinosas sin alas y tentáculos de coral. Cada corte lanzaba al aire un olor diferente de savia.

Uri golpeó con fuerza un helecho de hiedra venenosa.

—Tenemos que encontrar algo que sea tan bueno como un misil —dijo.

—Necesitaremos algo aún más potente, pero no un arma. Algo natural.

Él vaciló.

—¿Crees que encontraremos algo así?

—Ten fe en la naturaleza. Lo que equilibre la vid de nieve tiene que ser al menos tan poderoso como ella.

El primer matorral de vides de nieve que localizamos se erguía en el bosque como una isla de dos metros de ancho, una nube de vides blancas alrededor de una cresta de álamo. Se arqueaban sobre nuestras cabezas como tentáculos que se adentraran en el bosque. Uno se había enrollado alrededor de una palmera, tirando de ella, y otro tentáculo se había aferrado al brote de crecimiento en la parte superior. La palmera se estaba muriendo.

—Aquí hay trabajo para un soldado leñador —dije.

Con un gesto, saludó al matorral.

—Nos encontraremos en la batalla.

La exploración por satélite del bosque había localizado otro matorral, grande y dividido en el centro como un ojo de lagarto. En miniatura, se asemejaba a los matorrales que bordeaban nuestro prado.

En un extremo, una brecha en el matorral se abría como una puerta hacia el pequeño prado en su interior. Encima de la puerta, las enredaderas se arqueaban unas hacia otras y se agarraban. Las espinas se clavaban en otras enredaderas y la savia goteaba al suelo. Una rama sostenía un trozo desgarrado de otra enredadera atrapada en una presa en espiral.

Uri se la quedó mirando.

—La planta crece de manera muy extraña.

Lo entendí de un vistazo.

—Dos plantas, este y oeste.

—Dos soldados —corrigió él, y se echó a reír, divertido por su propia idea. Yo no pude conseguir reír.

Dentro encontramos mechones de hierba que se caían y se pudrían como el trigo en nuestros campos. Con la bota, despejé los restos viscosos para revelar un retoño de álamo podrido que había pertenecido a uno u otro bando.

—Este podría ser el verdadero objetivo de la pudrición de las raíces.

Lo estudió, miró a su alrededor a los matorrales a cada lado y sonrió lentamente.

—La vida vuelve a tener sentido. Estamos en un campo de batalla, una lucha entre dos plantas domésticas.

Tenía razón hasta cierto punto. Las plantas siempre luchaban entre sí en la Tierra. A menudo peleaban hasta la muerte.

—Una pelea, sí —dije—, pero por sobrevivir. No son simples soldados. Y piensa en lo grande que es nuestro prado, lo grande que es la lucha por sobrevivir.

Miré a mi alrededor en busca de alguna pista de una fuerza de contrapeso a las viñas de nieve y no vi ninguna.

Un hedor nos atrajo hacia un montón de césped verde; en realidad, un cadáver hinchado de fipogato. Frutos maduros colgaban de las enredaderas en un lado del prado.

—Apuesto a que son venenosos —dije.

—¿Por qué matar a un pequeño gato? Dijiste que fertilizan el suelo en los matorrales.

—Los cadáveres podrían producir más fertilizante. O podrías cortar el suministro de estiércol de tu oponente.

—Las plantas no son tan inteligentes.

—Se adaptan —dije—. Evolucionan.

En la universidad, bromeábamos sobre las formas en que las plantas abusaban de los insectos para hacer que llevaran polen o semillas, pero los insectos eran pequeños. En Pax, las viñas de nieve eran enormes. Junto a ellas, los humanos y los fipogatos eran insectos, objetos de los que abusar. Empujé al fipogato muerto con la punta de mi bota. Estaba anclado al suelo de alguna manera. Toqué el cadáver con mi machete, conteniendo la respiración contra el olor. Una raíz gruesa emergió de su vientre y se enterró en el suelo debajo de él. Algo asomaba bajo el pelaje.

Corté al pobre animal para abrirlo. En su interior había germinado una semilla de vid de nieve. Pensé en las tumbas de las tres mujeres. La viña del oeste las había utilizado exactamente como a este fipogato para trasladar sus semillas y había utilizado los cadáveres como fertilizante. Corté el brote que salía del fipogato. Había aprendido todo lo que necesitaba saber. Sabía lo que éramos.

Busqué a Uri. Sosteniendo su machete como una espada, se había acercado a una de las paredes de los matorrales y caminaba lentamente por toda su longitud. Pateó la hojarasca y la hierba podrida en el suelo. Hojas y ramitas volaron, y tal vez huesos. Debajo de la hojarasca, las raíces de las enredaderas se extendían como serpientes deslizándose, alcanzándose y enrollándose entre sí.

—Locura —gritó—. Locura. Estamos siendo asesinados por plantas en lucha.

En las hojas que volaban vi nuestra casa en Veracruz explotar en la Guerra del Maíz, el techo de paja volando por el aire. Mi familia huía a través de campos moribundos hacia el bosque pantanoso, aviones espías zumbaban a nuestro alrededor. Mi madre trataba de taparme los ojos y me decía que fuera valiente, pero yo vi huesos humanos en el bosque, su carne hedionda desmoronándose, y grité. Luego mi madre cayó, la sangre burbujeaba en su pecho y en su boca. Tuvimos que dejarla con los demás muertos, y yo tuve que ser valiente.

Uri había estado en un ejército, pero yo había estado en una guerra. Los soldados ganan victorias, pero los civiles simplemente sobreviven, si tienen suerte y son astutos. Eso puede ser suficiente, pero los civiles pueden odiar a ambos bandos, y yo lo hacía. Había dejado la Tierra para escapar de todos ellos, de cada bando en cada guerra.

—Podemos irnos —dije—. Podemos irnos.

Las personas que provocaron la Guerra del Maíz, los dos bandos de aquella guerra, eran codiciosas y crueles. Pero las enredaderas eran solo enredaderas.

Uri me apuntó con el machete.

—La viña del este ya es nuestra aliada, ¿verdad? Nos servirá.

—Solo si somos fipogatos grandes y hacemos lo que ella quiere.

Uri saltó como un gato.

—Los fipogatos ganarán, entonces.

—Solo si nuestra viña gana.

A insistencia mía, desenterramos las tumbas de Carrie, Ninia y Zee. Encontramos una masa de raíces en guerra enredadas en su carne. Las semillas de la viña del oeste

habían germinado, tallos y raíces brotaban a través de sus abdómenes. Pero las raíces del matorral del este habían contraatacado, estrangulando los brotes. La viña del este había ganado. Confesé haber atacado los brotes de la viña del oeste.

Uri me rodeó un hombro con su brazo.

—Ayudaste a matar al asesino de Ninia, y de Carrie y de Zee. Nos has hecho un gran servicio.

Más que eso, había tomado una decisión sobre la santidad de una tumba, algo más allá de la lucha por sobrevivir. Había traído una mente y un corazón a Pax.

Al final de una magra cena en la plaza del pueblo, con frutas de la viña de nieve pero sin ñames, sin pan y no mucho de la micoproteína deshidratada que habíamos traído de la Tierra, celebramos una reunión de la Mancomunidad sobre las viñas de nieve. Describí cómo las enredaderas individuales luchaban entre sí, envenenaban otras plantas y utilizaban animales para proporcionar fertilizante, dispersar semillas y tal vez más.

—Probablemente podríamos trasplantar la viña del este para proteger nuestros campos, pero...

Wendy Medio Pie me interrumpió.

—Perfecto.

Otras personas asintieron.

—Pero tenemos que ser sus fipogatos —dije—. Trabajaremos para ella, no al revés. Nos ayudará solo porque se está ayudando a sí misma. Le damos comida y agua (nuestras letrinas y regadíos y cementerio), y la ayudamos a avanzar, como si fuéramos una colonia de fipogatos.

—Eso está bien —dijo Wendy, sonriendo—. Queríamos encajar en la ecología. Ya no seremos extraños, y después de solo un par de meses. Oh, es mejor de lo que pensaba.

Pero el éxito inmediato sería improbable. Teníamos que estar pasando por alto algo.

—Merl —dijo Paula—, háblanos de los fipogatos. ¿Cómo son y qué debemos hacer?

Merl se puso en pie y acarició su barba por un momento.

—En primer lugar, son herbívoros. Camuflados, no están en la cima de la cadena alimentaria. Y he descubierto últimamente que pueden deslizarse además de saltar.

Siguió hablando. Yo me preguntaba qué habíamos pasado por alto. Las ecologías se ajustan, pero dos meses era rápido, especialmente para las plantas. La inteligencia hacía a los humanos extremadamente adaptables como especie. Probablemente podríamos aprender en cuestión de días a imitar completamente a los fipogatos, si tuviéramos que

hacer muchos cambios. Ya cumplíamos muchas de sus conductas desde el punto de vista de las viñas de nieve.

Merl estaba diciendo:

—Creo que los he visto enseñándose cosas unos a otros. Aprenden muy rápido.

Las viñas de nieve también habían aprendido rápido. Se habían dado cuenta de que éramos como fipogatos y nos usaron como tales, dándonos frutas saludables o venenosas. Pero la viña del oeste había atacado nuestros campos. Había advertido en qué éramos diferentes de los fipogatos, que éramos agricultores, y había desarrollado un plan que requería un conspicuo esfuerzo por su parte. Ideas creativas y originales y perseverancia eran signos de inteligencia, una inteligencia real y perspicaz. Había evaluado posibles cursos de acción y luego elegido uno.

Las viñas de nieve podían pensar y planificar con antelación, y la viña del oeste había tomado una decisión muy agresiva. Había decidido matarnos de cualquier manera que pudiera, e inventado tácticas para hacerlo. Éramos civiles en el territorio de un señor de la guerra. Estábamos en un verdadero campo de batalla.

Corríamos un peligro terrible.

Interrumpí a Merl.

—¿Los fipogatos cultivan?

Me miró como si estuviera loco, luego se encogió de hombros.

—No, no lo hacen. Al menos, no que yo haya visto. Ni siquiera entierran semillas como las ardillas, aunque podrían hacerlo en otoño.

—La viña de nieve atacó nuestros cultivos. Sabe que no somos fipogatos. Es como la Guerra del Maíz en la Tierra. Controlar el suministro de alimentos es una forma de ganar una guerra.

—Oh, venga ya —dijo Bryan—. Atacó el campo porque era un buen lugar para crecer.

—Tuvo que ir demasiado lejos, más de medio kilómetro, y pasó por lugares mejores para crecer, como el manantial. Nos analizó y tomó una decisión, una decisión compleja. Luego, la otra viña de nieve decidió convertirse en nuestra aliada. Son lo suficientemente inteligentes para hacer eso. Pueden pensar.

—Nunca dijiste esto antes —dijo Vera.

—Acabo de darme cuenta.

—¡Las plantas no pueden pensar!

Paula golpeó la mesa.

—Acordémonos de ser comprensivos y escuchar, no debatir. Estamos aquí para resolver un problema, no para ganar.

Le dirigí una mirada de gratitud, pero estaba mirando a alguien más con una expresión de advertencia. Inspiré profundamente.

—Tienen células que no puedo identificar. En la Tierra, las plantas pueden contar. Pueden ver, pueden moverse, pueden producir insecticidas cuando el insecto equivocado entra en contacto con ellas.

—Podría ser una respuesta instintiva —dijo Merl—. Todos los animales deciden qué hacer con su territorio.

—Las plantas luchan entre sí por sobrevivir. Pelean —dije—. Esto es una guerra, una lucha organizada.

—Oh, venga ya —dijo Bryan, entonces captó la mirada de Paula—. Quiero decir, esto es mucho para aceptar de una sola vez.

—Lo sé —contesté, esforzándome por ser paciente—. Quiero que estemos seguros de que entendemos que estamos tomando partido en una guerra que es más grande que nosotros y estamos convirtiendo a un bando en un enemigo más decidido.

—Enemigo. Un enemigo vegetal —murmuró Bryan.

Todos permanecieron en silencio durante un minuto. Un par de cangrejos empezaron a zumbar cerca de Hombre de Nieve.

—Los humanos van a la guerra porque son depravados. —Vera miró a Paula, luego continuó más suavemente—: Esto es un ecosistema, así que funciona como un todo.

Era astrónoma, así que naturalmente veía el universo como estrellas y planetas con órbitas ordenadas y predecibles, todo calculado por las matemáticas: el resto de la naturaleza tenía que ser igual.

—Las plantas son feroces —dijo Uri—. Octavo tiene razón en eso. Debemos esforzarnos por sobrevivir con la misma intensidad.

Grun asintió.

—Octavo ha descubierto cómo encajar en la naturaleza, por dura que aquí sea. Es un plan arriesgado y es bueno que se asegure de que conozcamos los riesgos, pero es un plan razonable, y me gusta.

Miré a mi alrededor. Todos llevábamos la misma ropa recia, hablábamos el mismo idioma y compartíamos las mismas esperanzas. Habíamos debatido esto en la Tierra y llegado a un acuerdo. Viviríamos en armonía con la

naturaleza, y la naturaleza siempre estaba en armonía, como los engranajes de un reloj antiguo. Yo sabía que las viñas nos habían matado deliberadamente, con malicia y premeditación, pero eso era demasiado difícil de creer para los demás.

—Si las plantas son tan inteligentes —dijo Bryan—, ¿dónde están sus ciudades?

—Bueno, es un planeta antiguo, pero es nuevo para nosotros —respondió Merl—. No llevamos aquí más que un par de meses, y nos queda mucho por aprender. Podríamos estar justo en medio de una ciudad y no ser capaces de verla. Aun así, no podemos tardar mucho en decidir qué hacer porque no tenemos tanto tiempo. Los fipogatos han logrado vivir con las viñas, y son muy inteligentes para ser animales. Nosotros también podemos hacerlo.

—Este es el primer lugar donde me he sentido verdaderamente en casa —dijo Wendy—. Encontramos lo que queríamos. Dejamos atrás la Tierra, ¿no? Pax estará en paz mientras nosotros estemos en paz.

—Así es —reconoció Vera—. Dejamos atrás los paradigmas fallidos como la guerra.

Quizás yo estaba usando el paradigma incorrecto.

—Tienes razón, es una lucha evolutiva, y necesitamos encajar. Pero no sé qué va a hacer a continuación la viña de

nieve, ni siquiera la viña de nieve lo sabe. Tendremos que seguir haciendo lo que ellas quieran. Pueden ser más listas que nosotros o utilizarnos y desecharnos. La viña del este ni siquiera tendría por qué luchar por nosotros.

—Las plantas no controlan a los animales —dijo Merl—, Influyen, tal vez, por lo que es correcto estar ojo avizor, pero no pueden superarnos en inteligencia.

Pensé en la agricultura en la Tierra. La comida significaba dinero y poder, y en la Tierra era fácil detectar al enemigo. Tenía la mano en tu bolsillo o la pistola apuntándote al pecho.

—Creo que todos reconocemos que nuestra decisión podría tener consecuencias imprevistas —dijo Paula—. Pero será nuestra decisión, sabiendo que nada está garantizado.

—Si no funciona —insistió Ramona—, no es tu culpa, Octavo. Creo que deberíamos intentar ser amigos de la viña del este por un tiempo.

—Es eso o mudar toda la colonia —dijo Vera—, y moriríamos de hambre seguro, y puede que haya viñas de nieve por todo Pax de todos modos. Seamos prácticos.

No tenían idea de a lo que estaban accediendo, pero si querían creer que vivían en armonía con la naturaleza, tal vez podrían dormir más tranquilos. La guerra era algo humano, pero no solo algo humano, y no habíamos añadido nada

nuevo a este planeta. Estábamos en guerra y solo yo sabía lo que eso significaba. Pero una persona que sabe qué hacer podría ser suficiente.

Uri seguía estando a favor de destruir los matorrales del oeste, pero fue derrotado por veinticuatro a siete. Voté en contra porque temía que, sin el matorral del oeste como enemigo, el matorral del este podría no necesitarnos.

Hice lo que pude. Trasplanté vides de nieve y álamos del matorral del este al borde occidental de nuestros campos como escudo. Prosperaron y atacaron. Volvimos a plantar nuestros cultivos y crecieron sin ser molestados. Todos los días, caminaba con un machete por la zona más alejada de nuestro escudo de viñas y cortaba cualquier vid del oeste que se acercara. A veces encontraba vides en lucha, enrolladas y desgarrándose. Con un solo golpe, rescataba a nuestro caballero blanco. Debajo de la tierra, sabía que la batalla era aún más intensa.

Una tarde, Uri vino conmigo, sin camisa por el calor. Un pañuelo atado en su frente contenía su sudor.

—¿Quién iba a pensar que la agricultura sería tan violenta? Cortó una enredadera y la arrojó hacia un montón de leña para quemar. Siguió caminando, explorando con un palo en la maleza en busca de vides que se escondían como serpientes. Esto era simplemente desbrozar un jardín para él.

A nuestro alrededor, pequeños lagartos ululaban bajo el cielo azul y el pequeño y brillante Sol. Pronto tendríamos nuestra primera cosecha, y estábamos planeando una fiesta.

Habíamos dicho que esperábamos dificultades, no el paraíso, pero realmente queríamos ambos. Pensábamos que podíamos venir en paz y encontrar un nicho feliz en otra ecología. En cambio, encontramos un campo de batalla. La viña del este nos convirtió en mercenarios serviles, nada más que fipogatos grandes y astutos ayudándola a ganar otra batalla. Habíamos querido empezar el mundo de nuevo, lejos de la Tierra y todos sus errores. Eso no había sucedido, pero solo yo lo entendí, y mantuve mi desilusión para mí. Algún día podría explicar a nuestros hijos cómo tuvimos que hacer compromisos para sobrevivir.

Uri cortaba alegremente. Aún tendríamos más enfrentamientos en el futuro, y yo esperaba estar preparado.

SYLVIA

AÑO 34 – GENERACIÓN 2

> *Nada de lo aquí expuesto se considerará una invasión a la libertad individual de creencias, el derecho a la expresión y la justicia, la libertad y la búsqueda pacífica de objetivos individuales en armonía con el bienestar e intereses de la Mancomunidad en su conjunto.*
>
> — de la Constitución de la Mancomunidad de Pax

Antes de que el techo volara, tenía que revisarlo, tenía que hacerlo, y no importaba quién dijera que no debería hacerlo o si realmente no era seguro subir las escaleras. El verano significaba huracanes, y yo soñaba con diseñar un hermoso

edificio tan resistente como un huracán, pero no conseguí belleza ni resistencia porque no me lo permitieron. ¡Y este huracán! Fue la primera tormenta del verano y los meteorólogos dijeron que probablemente sería la peor de todas. La lluvia azotaba el refugio cuando Julián y yo subimos al tercer piso. Abrimos la trampilla que conducía al ático y me subí a sus hombros para mirar el techo desde abajo.

Se balanceaba como un barco en el agua. Las tejas se habían desgajado en algunos lugares, la lluvia se colaba y llenaba el ático con el olor de la madera empapada, y el viento tiraba de las vigas y los aleros y tensaba cada junta. ¿Y si hubiera tejido los gabletes y las vigas como si fueran cañas? Entonces la madera se rompió en la esquina como un cactus de hidrógeno al explotar.

—¡La antorcha! —le grité a Julián, y luego le hice gestos, ya que no podía escucharme por el viento. La llama titilaba cuando me la pasó, y el aire olía a resina quemada. Luego un fuerte viento golpeó el techo y se volvió a agitar.

Ahí estaba el problema: el amarre improvisado se había roto en la esquina noroeste. Yo había diseñado el techo para que se encajara en las paredes con juntas ranuradas y tra–vesaños como recomendaba el texto de arquitectura, pero nadie tenía tiempo para el trabajo complicado. Nadie quería dedicarle tiempo a un sueño infantil. Habían usado postes y troncos que ni siquiera estaban aserrados para formar vigas reales. Obtuvieron lo que querían.

¿Sobreviviría el edificio a la tormenta? Yo quise vigas dobles, refuerzos en las esquinas y nudos adicionales. Excesos, dijeron ellos, y el edificio resultó débil, estrecho e incómodo.

—¡Sylvia! —gritó Julián, y añadió algo que no pude entender. Su cabello rojo brillaba como una llama a la luz de la antorcha y sus ojos sufrían por mí, por cómo me sentía con respecto al techo, mi pobre techo.

Empecé a bajar y allí estaba Vera en lo alto de las escaleras. Tuvo que haber luchado todo el camino para comprobar cómo nos iba, ¿pero para qué? Era la nueva moderadora de Pax, así que debería preocuparse por el edificio, pero podríamos habérselo contado todo luego. La luz de la antorcha iluminó su rostro, arrugado como la corteza de un árbol, el cabello blanco con entradas como las de un hombre, dientes falsos al descubierto.

—¡Julián! —Sonaba como una máquina mal engrasada—, ¿Por qué has traído a Sylvia?

—Fue idea mía —grité para que pudiera oírme por encima de la tormenta. Julián me había seguido, tratando de ser útil. Pero Vera me ignoró y nos hizo señas para que la siguiéramos.

Bajamos los escalones. El viento desgarraba el edificio como las garras de un fipoleón buscando raíces, y el yeso se agrietaba mientras las paredes temblaban. Vera descendió

paso a paso, apoyándose en un bastón. Habría sido irrespetuoso adelantarse a ella, y los niños deben honrar a sus padres. Habíamos escuchado eso desde que nacimos, ¿y cómo podríamos desobedecer?

Le gritó todo el camino mientras bajábamos, y cuando llegamos al abarrotado y oscuro sótano, apagué la antorcha y volví a intentarlo.

—Tenía que inspeccionar el techo. —Mantuve fuera de mi tono de voz el más mínimo atisbo de falta de respeto.

—Julián podría haber ido solo y contártelo luego —gruñó mientras se sentaba en un banco.

—Pero él no lo diseñó. No sabría qué buscar.

Ella agitó su bastón.

—Era demasiado peligroso.

—No te preocupes —murmuró él. Todavía era un adolescente como yo, pero su barba había crecido roja como su cabello. Eso lo había heredado de su madre, Paula, y el rostro cuadrado, de su padre, Octavo, y tenía una sonrisa tan amplia que hacía que sus ojos se arrugaran. Me dio una palmadita en el brazo. Ella lo fulminó con la mirada.

Incluso así, juro que yo quería caerle bien y pensé que tal vez actuaba con enojo porque estaba asustada por la

tormenta. Vera solo llevaba un mes como moderadora, elegida tras la muerte de Paula, y esperaba que fuera tan buena como ella. Paula había estado demasiado enferma en su último año para ser una moderadora real, y yo esperaba que Pax volviera a ser tranquila y organizada. Quería seguir construyendo, diseñar casas, graneros y puentes fuertes y hermosos. Se sobrevivía de año en año y la supervivencia era lo primero, pero la belleza era buena para el alma. Varios textos de la Tierra decían eso, y la Tierra no podía haber sido del todo mala.

Mi madre, Wendy Medio Pie, estaba sentada con Octavo. Su cabello blanco y su barba brillaban a la tenue luz de las lámparas de aceite. Me dirigí hacia ellos, zigzagueando porque los veintiocho residentes del refugio y sus pertenencias llenaban la habitación: toda su ropa, camas, herramientas, equipo médico y robots. Había otros tres refugios más antiguos, y probablemente también tenían problemas en una tormenta tan feroz, con sótanos llenos de personas, pero los sótanos eran robustos. Todo el mundo comprendía la importancia de eso.

Mamá me sonrió como si yo hubiera ido a dar un paseo para recoger frutas amistosas, con una amplia sonrisa como la de Julián, pero las comisuras de su boca se perdieron en sus carrillos. Su rostro fue una vez suave y pleno como el mío, lo vi en las fotos, pero no estaba hecha para esta gravedad, que había tirado de su rostro hacia abajo, y sus senos,

rodillas, brazos, toda su carne se caía. En la Tierra, según los padres, yo sería liviana como una hoja.

—Era un buen diseño —dijo mamá.

—Fue mi primer edificio de verdad.

—No fue culpa tuya —dijo Octavo, pero no me miraba.

Mamá quiso ir al centro de regalos y la ayudé a levantarse y caminar. Mi coronilla solo le llegaba al hombro, porque la gravedad de Pax nos había hecho a los niños bajos y fuertes como los animales nativos. Los padres estaban lisiados después de toda una vida de caídas y esfuerzos, no importaba cuántas veces los médicos reconstruyeran sus huesos y articulaciones.

—Aquí no se está mal todavía —exclamó desde el centro de regalos, que eran solo cubos grandes, no un verdadero retrete exterior, y aún no olía mal, pero estaríamos atrapados en el sótano durante dos días sin oportunidad de hacer un regalo a una planta amistosa y se llenarían. Salió cojeando y se agarró de nuevo a mi hombro.

—¿Sabes por qué le grita Vera a Julián? —susurró, y pasó su brazo alrededor de mis hombros—. Octavo me lo dijo. Julián es estéril.

¿Estéril? Me sorprendió tanto que no dije nada. Mamá sacudió la cabeza y me acarició la mejilla porque sabía que me gustaba Julián.

La esterilidad era la maldición de Pax, eso era lo que murmuraban los padres, y la población era el problema de Pax.

La mitad de los padres ya habían muerto y solo habían tenido veinticuatro hijos sobrevivientes, y la mitad del lote de esperma y óvulos de la Tierra se perdió tras un fallo de refrigeración durante una tormenta. Nosotros, los hijos, solo habíamos producido trece nietos hasta ahora, ninguno por mi parte, y ahora tenía ya dieciocho años de la Tierra, catorce de Pax, y era fértil, y muchos padres pensaban que tenía un deber que cumplir.

«Tienes tiempo», decía siempre mamá, pero otros padres se impacientaban. Yo veía cómo las madres amaban a sus hijos y no podía soportar amar tanto nada aún, porque a veces los bebés morían incluso antes de nacer. ¿Y si mi bebé se moría?

Esa noche preparamos la comida típica de los huracanes, un oloroso estofado de fipogato con cebollas y patatas, pero no comí mucho. Cuidé al niño de Nicoletta mientras ella le daba de comer a su padre. Más tarde, Ramona quiso jugar al go, y ¿cómo puedes decirle que no a un progenitor, especialmente a una tan autoritaria como ella? Así que jugamos y gané, probablemente porque veía mejor.

Finalmente, el techo salió volando. La madera se desgarró horriblemente hasta que hubo un golpe y una sacudida de presión liberada, luego la lluvia golpeó más fuerte que punca contra el suelo del ático. Nadie dijo nada. Sin la tirantez del techo, el edificio parecía crujir menos. Yo estaba sentada en mi jergón con una hoja de papel, diseñando un techo temporal, cuando Julian se sentó a mi lado y me rodeó con su brazo. Cerré los ojos y me recosté contra él, esperando que Vera estuviera mirando. Deseé estar en la Tierra.

En mis primeros recuerdos, yo pensaba que Pax estaba en algún lugar de la Tierra, porque los nombres de muchas cosas eran los mismos aquí que en los programas educativos. Pero también había grandes diferencias, asi que más tarde pensé que había alguna distinción elaborada entre la Tierra y Pax en cuanto a animales, plantas y comida. Me preocupaba que la Tierra y toda su gente alta y frágil con sus complicados nombres pudieran estar al otro lado del lago y pudieran cruzarlo, porque habían convertido la Tierra en un infierno. Los padres siempre lo decían.

Pero luego entendí que la Tierra estaba lejos y solo era una biblioteca informática con textos, música y fotos sobre historias complicadas y lugares que nunca visitaría y que finalmente vi menos a medida que los ordenadores se fueron estropeando. Además de nosotros, no había vida inteligente en Pax, únicamente las vides de nieve y algunos carnívoros astutos. Eso decepcionó a los padres y también a mí, cuando

me di cuenta de que las únicas personas nuevas que conocería serían nuevos bebés. Yo quería que hubiese alienígenas.

Los textos de arquitectura, cuando pude acceder a ellos, mostraban edificios hermosos e inspiradores, completamente imposibles porque no teníamos hormigón pretensado ni acero estructural. De hecho, apenas había hierro porque el satélite no había encontrado depósitos de minerales. Solo teníamos ladrillos y madera, pero intenté aprender lo que era práctico y aplicarlo, y ahora mi primer edificio se estaba desmoronando sobre mí porque las personas que no habían estudiado arquitectura estaban seguras de que sabían más que yo.

Vera permaneció ansiosa durante toda la tormenta, organizando equipos para limpiar las filtraciones y cocinar las comidas. Las noches fueron lo peor. Las luces se apagaban temprano porque los padres querían dormir, pero nunca dormían bien, despertándose ante cualquier ruido, cada trueno, revolviéndose una y otra vez en el centro de regalos y roncando más fuerte que el bramar del viento rugiente, y luego encendían temprano las luces cuando habían terminado con lo que pasaba por sueño. No me dejaban dormir y comencé a actuar como ellos, distraída, irritable y olvidadiza, privada crónicamente de sueño porque los días y las noches eran demasiado cortos para los padres, que habían nacido en la Tierra. Deseé estar en otro lugar.

En cuanto la tormenta se calmó, dos días después de que el techo fuera arrancado, me escapé por fin del húmedo y maloliente sótano con algunos otros hijos. Fui al lago con Julián y Aloysha, que eran cazadores, y Daniel, que pescaba y tenía casi treinta años. Queríamos ver cómo habían resistido los botes y qué había llegado a la orilla. Todavía estaba lloviendo con fuerza y las nubes eran bajas y oscuras. íbamos envueltos en ponchos de acetato mullido como capullos, pero nuestros pies estaban empapados. Había charcos y riachuelos por todas partes. Todo lo que vimos estaba dañado, edificios, canales de riego y campos de cultivo, y el desastre parecería aún peor cuando saliera Sol. Incluso algunos de los álamos en el espeso matorral de vides de nieve se habían caído, aunque el matorral en sí seguía siendo resistente de una manera que envidiaba.

El río que atravesaba el matorral de vides amistosas se había desbordado. El lago también estaba inundado, con solo una estrecha franja de arena entre el agua y la línea de árboles. Los otros ríos probablemente se habían desbordado también, pero no podíamos verlos a través de la lluvia. Las olas eran de color marrón sucio por toda la tierra que había sido arrastrada por el agua. La lluvia golpeaba la superficie del agua y la volvía tan oscura como las nubes. Los botes habían sido empujados más allá de la línea de árboles y se sacudían con fuerza.

Daniel, que siempre se preocupaba, comprobó los botes. —Parecen estar bien —dijo, aliviado.

Yo revisé las trampas de mimbre para peces guardadas debajo de ellos. También parecían bien.

El mimbre era la razón por la que yo había venido a la playa. Hacía cestas. Después de las tormentas, las cañas y las enredaderas frescas solían llegar a la playa, traídas al lago por los ríos inundados, y generalmente había natanes muertos, las plantas nadadoras que se secaban en fibras suaves como la seda. También esperaba que una viga del techo pudiera estar flotando por ahí, porque podríamos recuperar los clavos, al menos. Julián y Aloysha encontraron un fipoleón herido. No miré mientras sacaban sus cuchillos y ponían fin a sus quejidos. Sería un montón de carne, dura y no tan buena como la del cangrejo ciervo, pero tendríamos suficiente para comer.

Vi extraños destellos de color en una alfombra de ramas que había llegado a la orilla. Me acerqué y vi pedazos de tallos y ramitas rayados con colores del arco iris. Pero un lagarto hambriento o algo peor podría estar escondido en la alfombra, así que saqué algunos pedazos con un palo. Los arcoíris de un dedo de ancho se alternaban con bandas negras en las remitas, desgastadas y arañadas, pero aún hermosas, y podría tejer cosas extraordinarias con ellas. Cogí todo lo que pude y lo guardé en mi bolsa. Esperaba encontrar más por la playa.

En el camino vi algo rosado en la arena, tal vez un trozo de cuarzo rosa, así que comprobé qué era. Una piedra bonita

también podría ser hermosa. De más cerca, vi metal amarillo brillante junto a ella. Tal vez era un fragmento de uno de los módulos de aterrizaje que se estrellaron hace treinta y cuatro años. Lo saqué de la arena húmeda y dejé que la lluvia lo limpiara. Era una bola de cristal, sólida y pesada, del tamaño de un puño de bebé y facetada, desgastada en la superficie, pero clara donde estaba agrietada, envuelta en una espiral de oro.

El oro estaba golpeado, pero aún podía ver grabada una escritura en un tipo de alfabeto que nunca había visto en los textos de historia, solo líneas y triángulos. Lo giré una y otra vez en mis manos e intenté imaginar qué era. ¿Una pieza de maquinaria? Sabía qué aspecto tenían la mayoría de las piezas de maquinaria, aunque yo no fuera técnica, y algunas lentes se parecían un poco a esto, pero las lentes eran pequeñas. ¿Un adorno? No teníamos muchos adornos y nada como esto, porque el oro era demasiado útil para desperdiciarlo. ¿Un fragmento de mineral? Ni siquiera era posible. ¿Tal vez algo natural? Todavía más imposible. No se parecía a nada que conociera.

Finalmente, empecé a darme cuenta de que las únicas cosas que conocía eran naturales o hechas por humanos.

Tal vez no podía reconocer la bola porque no era ninguna de las dos cosas. Tal vez había sido hecha por otro tipo de ser sentiente. Tal vez alguien más vivía en Pax. Alguien que podía hacer cosas. Alguien que sabía escribir y manejar metal y

vidrio y hacer algo hermoso con ello. Esta bola había estado en el fondo del lago o había llegado por algún río o algún viajero la había dejado atrás. Alguien más vivía en Pax. Tal vez pudiéramos encontrarlos.

Julián y Aloysha habían atado el fipoleón muerto a una rama caída y lo estaban izando, un macho lo suficientemente grande como para destrozar las vides de nieve, con garras delanteras como machetes. Se tambaleaban con su peso. La lluvia caía con más fuerza. Corrí hacia ellos y les mostré la bola. Mi mano temblaba.

—No creo que esto sea nuestro —dije—, mirad, creo que es alienígena, quiero decir, Pax, en serio, somos alienígenas, tiene escritura, lo encontré, realmente una escritura diferente, es hermoso, ¿no?, y estaba en la arena allí, y no es humano.

Me di cuenta de que lo que decía no tenía sentido.

Julián colocó la rama sobre su hombro y puso sus manos alrededor de las mías para estabilizarlas. Miró la bola durante lo que pareció mucho tiempo, luego sonrió más amplia–mente de lo que jamás lo había hecho. Daniel vino corriendo a ver por qué estábamos tan emocionados y todos empezamos a hablar a la vez.

—Esto es oro, mira, y vidrio.

—Nosotros no fabricamos cosas como esta.

—¿Qué es? Déjame cogerlo.

—Es precioso.

Aloysha aulló como un león.

—Algo, alguien hizo esto —dije—. No estamos solos. No aquí, no en Pax, no en el universo.

Lo miramos por un momento.

—Hay vida inteligente aquí, además de nosotros —dije—. Cerca.

—Cerca —repitió Aloysha, entrecerrando los ojos. No siempre entendía las cosas rápido.

—¿Cuánto tiempo tiene esto? —preguntó Julián.

—El desgaste debería decirnos algo —dijo Daniel. Lo cogió y lo giró lentamente en su mano—. No puede ser muy antiguo. Quiero decir, no tiene miles de años.

—Así que todavía están vivos —dije. Daniel me lo devolvió y por un momento me sorprendió sentir que estaba mojado, porque había olvidado que estábamos parados en medio de una tormenta de lluvia. Estaba empapado y la lluvia golpeaba la bola en mi mano y todos nuestros rostros goteaban, pero no me importaba. No estábamos solos en Pax.

—¿Para qué sirve? —preguntó Aloysha.

—Tal vez sea una invitación —dije—. Tenemos que encontrarlos.

Julián sonrió.

—Pronto.

Cuando llegamos al pueblo, Aloysha y él tuvieron que llevar al león para que lo desollaran y Daniel fue a informar al equipo de pesca mientras yo me dirigía directamente a la casa común, donde probablemente estaría Vera. El hedor del sótano me golpeó en cuanto abrí la puerta. Sabía que no debía entrar en el sótano y dejarlo todo mojado, así que hice que alguien la llamara para que subiera.

Subió bufando por las escaleras, con aspecto ansioso.

—¿Hay algún problema? ¿Perdimos los botes?

—No, están bien, pero...

—¿Los campos?

—Bueno, están inundados y hay daños, y también algunos edificios, pero...

Ella sacudió la cabeza, cerró los ojos y suspiró.

—Es duro, tan duro...

—Encontré esto.

Le ofrecí la bola. Tal vez eso la animaría. Abrió los ojos y la miró, sin comprender.

—Creo que lo hizo alguna otra forma de vida inteligente —dije—. Lo encontré en el lago.

Terrell se había acercado por detrás. Era padre y metalúrgico, así que dije:

—Esto a su alrededor es oro. Deberíamos buscar a quien lo hizo.

Terrel era alto y tan delgado como un álamo parasitado, así que cuando empujó a Vera, ella tuvo que alzar la cabeza para ver su rostro mientras intercambiaban miradas. Estaban interesados, así que saqué algunas ramitas arcoíris.

—Encontré también esto.

Ellos se tensaron, sorprendidos, pero Vera dijo:

—No tenemos tiempo para eso, no ahora. Hay demasiado que hacer.

Me quitó la bola de la mano.

—La incluiré en el orden del día de la próxima reunión.

Pero la próxima reunión de la Mancomunidad sería en cuatro días. ¡Cuatro días!

Incluso así, la gente se enteró de la existencia de la bola y quiso verla esa noche en el oscuro sótano mientras cenábamos.

—Parece un adorno navideño —dijo Ramona, y empezó a cantar una canción de Navidad, pero Bryan, otro padre, se quejó de que la Navidad era una pesadilla.

—Discutir sobre el pasado —dijo Rosemarie, una hija un poco mayor que yo, y Bryan la escuchó y la regañó por faltarle al respeto a los padres. Yo había leído sobre la Navidad y «frivolidad» era la palabra que recordaba, y la frivolidad parecía interesante. Y poco probable en Pax.

Primero, la supervivencia. Había mucho que reparar y replantar, pero siempre había algo por hacer.

«¿De verdad que esto es mejor que la Tierra?», susurró una vez Nicoletta cuando éramos jóvenes y no había padres cerca. Ahora, ella trabajaba como sustituía de mi madre, recuperando piezas del sistema de radio estropeado para reparar el equipo de tomografía médica, y, si sobraban piezas, para mantener las máquinas desbrozadoras en funcionamiento. Las máquinas realizaban tareas automatizadas para que tuviéramos tiempo para cuidar a los

padres enfermos o prepararnos para la próxima tormenta o conservar los alimentos que teníamos para el invierno.

Nicoletta ya había engendrado tres bebés y dos de ellos sobrevivieron. Cuando éramos jóvenes, solíamos hacer tirabuzones con su cabello negro y rizado. En estos días, no tenía tiempo para arreglarse el pelo. Y a veces lloraba sin motivo aparente.

Daniel se dedicaba a la pesca, pero durante las sequías severas el lago se volvía anaeróbico y todos los peces morían. Mi hermano intentaba enriquecer el suelo de los campos y se quejaba de que las viñas de nieve absorbían los nutrientes tan rápido como él podía fertilizar, pero la fruta de las viñas de nieve mantenía a todos alimentados cuando los cultivos fallaban o eran destruidos por las tormentas.

A veces, Octavo se quedaba mirando la nada y murmuraba: —Parámetros. Fipogatos aquí. Uri, vamos a desherbar. Uri había muerto hacía diez años. Octavo estaba enfermo y también moriría pronto, y yo lo iba a echar de menos porque siempre fue paciente conmigo.

Me encontraba en la plaza tejiendo un techado de paja para la casa común cuando Octavo se acercó cojeando para pedirme una muestra del bambú arcoíris, como él lo llamaba.

—Algo para la reunión —dijo, y tosió con un ladrido jadeante—. Algo que necesita una explicación.

Octavo sabía más sobre plantas que nadie y me preguntaba qué había que explicar.

Pero las tormentas eléctricas llegaron la noche de la reunión y ningún edificio podía albergar a todos los residentes a la vez, aunque solo éramos sesenta y dos personas. El techo de mi refugio, cubierto con corteza de plástico, apenas tenía una filtración y algunas personas me felicitaron, pero no Vera. Todavía estaba tratando de demostrar que era moderadora y reorganizando nuestras habitaciones porque muchas de ellas habían resultado dañadas en el gran huracán, aunque ya nos habíamos reorganizado sin su ayuda y nadie se quejaba.

Fui a mi nuevo cuarto, donde no había nada más que una cama y una caja que contenía todo lo que poseía, tan furiosa que casi estuve a punto de llorar. Tendría que haber sabido en ese momento lo que advertí más tarde, que de todos modos no habríamos votado a favor de investigar a los hacedores de vidrio. Los padres habrían votado que no, los hijos habrían votado como sus padres y hasta los nietos habrían seguido a los padres de sus padres. Los hijos no pensaban por sí mismos. Hacíamos lo que se nos decía porque nos habían convencido de que no entendíamos las cosas lo suficientemente bien como para tomar nuestras propias decisiones. Eso es lo que nos decían todo el tiempo

y ¿cómo podríamos discutir eso? Se suponía que debíamos estar felices por ser como los padres, y trabajar juntos en armonía importaba más que pensar como individuos. Todavía éramos niños a pesar de que la mayoría de nosotros teníamos veinte o treinta años.

¿Qué sucedería cuando todos los padres murieran?

Octavo vino a hablar conmigo al día siguiente mientras yo trabajaba en un rincón de la plaza junto a Hombre de Nieve, la vieja y grande vid de nieve. Estaba haciendo una cesta para recolectar larvas de estanque, una cesta de aro ancho con costillas sujetas de manera suelta para que fuera suave y flexible porque las larvas explotaban con facilidad. Estaba pensando en la reunión que deberíamos haber tenido. ¿Por qué a Vera no le interesaba algo tan importante como otra especie inteligente cercana cuando algo tan insignificante como quién dormía en el lado de un refugio donde salía Sol la fascinaba?

Podía oírla riendo mientras trabajaba. Estaba sentada con algunos otros padres en la esquina lejana de la plaza, limpiando trilobites, un trabajo apestoso, por lo que estaban tan lejos de las viviendas y la zona de comidas como era posible, y no podía escuchar las palabras, solo risas ocasionales. Siempre trabajaba duro y a los padres y algunos hijos les gustaba su liderazgo, y yo todavía quería caerle bien, pero todo lo que tenía eran preguntas.

Se sentó en un banco, jadeando. Saqué un poco de cordel de cois y anclé primero las costillas en un lado del aro y luego en el otro. Octavo no podía tolerar ciertas esporas de hongos y sus pulmones habían sido regenerados tres veces, pero funcionaban cada vez menos eficientemente. Lo mismo había estado matando a mi padre, Merl, cuando una manada de águilas terrestres lo atrapó primero. Nuestros cazadores rastrearon a la manada, la última que nos molestó, y colocamos un ramo de plumas de águila espinosa en la tumba de papá.

—Una Coca–Cola estaría bien en este momento —dijo Octavo finalmente. Coca–Cola era algún tipo de bebida de la Tierra—. ¿Sabes? La fruta de la vid de nieve se parece mucho a esa bola de cristal. Tienen las mismas facetas en la superficie cuando no están maduras.

Levanté la vista.

—¿Eso es importante?

Sacó la rama de bambú arcoíris que yo le había dado.

—Pax tiene mil millones de años más que la Tierra. Ha tenido tiempo para evolucionar más.

Terminé un trenzado y fui a coger otro, me lo pensé de nuevo y elegí una bobina de cois más verde para hacer una canasta a rayas.

—Deberíamos encontrar a la gente que hizo la bola.

—Puede que no sea tan fácil, niña. Hay dos inteligencias. La bola es obvia, pero el bambú... Pertenece a la familia de la vid de nieve. Colocamos fipoleones para pastar en la vid del oeste y la vid del este se alegró. Nuestra leal ama...

Hizo una pausa nuevamente para recuperar el aliento y miró al otro lado de la plaza. Seguí tejiendo, preguntándome por qué se quejaba de las vides de nieve nuevamente.

—Este bambú —dijo— muestra una representación de un arcoíris, no una refracción como la superficie de una burbuja. Esto está hecho con cromoplastos. Las plantas pueden ver. Crecen hacia la luz y observan su ángulo para conocer la estación. Reconocen colores. Esta hizo colores en su corteza para mostrar algo. Es una señal... de que esta planta es inteligente. Puede interpretar el espectro visual y controlar sus respuestas.

—¿Entonces quiere atraernos? ¿Atraer a seres inteligentes, quiero decir?

—No. Es una señal de aviso. Como las espinas. ¿Quién sabe en qué podría estar pensando una planta? Yo... dudo que sientan un afecto natural por los animales. Somos– conveniencias.

—Pero la bola de cristal es hermosa. Es una fruta, dijiste, así que debe provenir de una planta amistosa o los hacedores de vidrio no habrían hecho una copia tan bonita de ella. Tal vez provino del bambú arcoíris, ya que se parece a la fruta de la vid de nieve. Deberíamos buscarlos.

Octavo miraba fijamente al otro lado de la plaza. Vera se estaba levantando. Se volvió hacia mí.

—Las vides de nieve no son especialmente inteligentes, menos que un lobo. Bueno, nunca has visto lobos, ni siquiera perros. Pero este bambú arcoíris... Puedes predecir a los animales, pero no a las plantas. Nunca piensan como nosotros. Podría no ser amistosa.

—Si las vides de nieve pueden decidir darnos frutos, entonces el bambú arcoíris también podría darnos frutos. Siempre necesitamos comida, y una planta más inteligente sabría cuánto podemos hacer por ella a cambio de comida.

—Exacto. Las plantas siempre quieren algo. —Miró a Vera, que se acercaba hacia nosotros—. Pero esta enredadera de cois... Dime, ¿has notado alguna diferencia en las fibras de los diferentes colores?

Fruncí el ceño. ¿Por qué preguntaba eso? Pero quise ser educada, así que recogí muestras de cada color y las doblé.

—No. Creo que el verde se recolecta más joven.

Vera llegó junto a nosotros y se detuvo.

Octavo la miró.

—Hemos estado discutiendo sobre el cois. Podría tener muchas aplicaciones, tal vez como el lino... Nos hemos centrado demasiado en las fuentes de alimentos, creo.

—Siempre necesitamos comida —dijo ella.

Permanecieron en silencio durante un rato, y como no quería interrumpir, dije:

—He estado pensando en el vidrio y el bambú arcoíris. ¿Cuándo podemos discutirlo en una reunión?

—Pronto no —dijo ella—. Todavía no nos hemos recuperado del huracán.

Intenté ocultar mi decepción, pero ella estaba mirando mi cesta en lugar de a mí de todos modos. La franja se veía bien.

—Esa es la variante natural de la fibra de cois —murmuré. —Eficiente —dijo ella, y se alejó cojeando.

—¡Nunca lo discutiremos! Paula no era así.

Octavo nunca regañaba cuando los hijos nos quejábamos.

—Paula tenía... formación. —Miró la ramita—. No es nuestro planeta, no es nuestro nicho.

—Las criaturas inteligentes no tienen nicho. —Yo había leído eso en alguna parte.

Octavo negó con la cabeza. Nunca le gustaron realmente las plantas, aunque era botánico, y no servía de nada discutir con él. Me pidió que lo ayudara a levantarse y se fue al laboratorio.

Seguí trabajando en la cesta e intenté imaginar plantas tan inteligentes como nosotros. ¿Cómo se relacionarían con nosotros? Probablemente no como lo hacen las plantas normales con los lagartos–insectos o los fipogatos. Y yo podía hacer cosas hermosas con el bambú arcoíris. ¿Por qué esperar? Cogí algunas remitas del almacén, las empapé y cuando la cesta de gusanos estuvo lista, tomé una ramita, hice dos lazos y luego trencé el extremo a través de los lazos. Una pintoresca pulsera, un minuto completo desperdiciado en una decoración. Hice siete y las dejé secar al sol con la cesta.

Le di el agua de remojo a Hombre de Nieve, guardé mis cosas, ayudé a construir un emparrado para dar sombra a algunos retoños de lechuga y les entregué la cesta a Rosemarie y Daniel. Regresé a las pulseras, me puse una y di otras a Julián, Aloysha, mamá, Nicoletta, Cynthia y Enea.

Vera las vio durante la cena en la plaza, sopa de pájaros boxeadores y ensalada de tulipanes. No teníamos mucho debido a la tormenta, pero nos sentamos lo suficientemente contentos en los bancos a ambos lados de la línea de mesas.

Fue una noche confortable; aunque los padres iban abrigados, siempre tenían frío cuando nosotros teníamos calor. Los murciélagos revoloteaban y cantaban, y las plantas globos de cactus sujetas por cuerdas les impedían robar comida. Los nietos, las mujeres embarazadas y los enfermos comieron bien. Yo conseguí bastante ensalada y un tazón de sopa con un pedazo de carne. Julián solo obtuvo caldo de los pájaros que había cazado. Los nietos reían felices.

Entonces Vera frunció el ceño al ver las pulseras.

—Esas no tienen lugar aquí —dijo—. No tenemos tiempo que perder.

—Oh, supongo que querrás que borre el grabado de mi bastón —dijo mamá—. No todo tiene que ser útil, ¿verdad?

Eso provocó de nuevo el interminable debate sobre un jardín de flores, opiniones de los padres solamente, los hijos debían escuchar y aprender. Terrell pensaba que deberíamos buscar metal, no flores bonitas.

Bryan se levantó para hablar con grandes aspavientos a pesar de sus articulaciones rígidas, como si le debiéramos algo por la bursitis crónica y su piel flácida con cicatrices donde le habían extirpado el cáncer de piel. Quería exigir el parto «en armonía con el bienestar y los intereses de la Mancomunidad en su conjunto», como decía la Constitución. A los padres les gustaba citar la Constitución y les

preocupaba que si no la seguíamos, nos enfrentaríamos a un desastre, pero la Constitución también hablaba de belleza y de igualdad. Los padres citaban solo lo que querían.

—Creo que hemos discutido esto lo suficiente —dijo Vera—. Deberíamos deshacernos de las pulseras. Este no es momento para disensiones.

—Oh, es solo una pulsera —dijo mamá.

—El problema está en lo que representa. Esto es Pax. Una comunidad con paz, confianza y apoyo mutuo —respondió Vera, citando la Constitución—. La pulsera es una violación de la confianza. Seamos prácticos. Los símbolos son importantes. Las pulseras simbolizan una decisión que no estamos listos para tomar ahora. Tenemos demasiado que hacer solo para recuperarnos del huracán.

Yo debería haber resistido, debería haber hablado, pero había demasiada gente mirándome: sin hijos, diseñadora de un techo fallido y una ciudadana irrespetuosa, o eso probablemente pensaban, y a nosotros, los hijos, siempre nos consideraban perezosos y codiciosos. Me quité la pulsera. Lo hicieron los demás también. Aloysha y Nicoletta hicieron una mueca cuando se las quitaron, y Julián pisoteó la suya y la rompió. Terrell las quemó.

Esa noche yo estaba llorando en mi cama cuando Julián vino a mi cuarto y no dijo una palabra, solo me abrazó hasta

que dejé de llorar e hicimos el amor por primera vez. Yo lo había hecho antes con otros chicos, para que mis padres pensaran que intentaba quedarme preñada, pero fue solo para satisfacer a otras personas, no para hacerme feliz.

Julián quería hacerme feliz, y yo quería ser feliz con él, y después de eso lo abracé y me di cuenta de que también quería que él fuera feliz para siempre. Los padres habrían pensado que toda la situación era una pérdida de tiempo porque él era estéril, pero esa noche fue amor, amor real. Fue inútilmente hermoso, al igual que las pulseras. Y fue el comienzo de la revuelta.

Busqué el bambú arcoíris en el cobertizo de almacenamiento al día siguiente, pero había desaparecido. Podría haber más en la playa, pero no tenía tiempo para ir al lago.

Julián lo buscó cuando cazaba y finalmente encontró una ramita, más bonita de lo que recordaba.

—Es del río Trueno, en la cascada —dijo.

Nadie había remontado el río más allá de la cascada, pero los mapas basados en las imágenes de satélite de los meteorólogos mostraban un largo cañón que atravesaba algunas montañas y llevaba a una amplia meseta.

—Y encontré esto.

Sonrió y sacó algunas piezas de vidrio rojo, verde y amarillo.

—Podría ser obsidiana o ágata, pero no creo. ¿Qué hacemos?

Reflexioné antes de responder. Podríamos continuar como de costumbre, trabajando desde Luxalba hasta el atardecer, plantando, deshierbando, construyendo, cosechando, cazando, recolectando, cocinando, limpiando, tejiendo, cosiendo, cuidando animales, monitoreando equipos, reparando máquinas, observando cómo los ordenadores se atascaban y los robots se detenían, desmontando máquinas muertas para sacar sus componentes, ayudando a los padres a ir y venir de la clínica y reconfigurando el sistema eléctrico para que funcionara con energía eólica y manivelas.

Podríamos haber visto las estaciones pasar: la primavera con sus inundaciones y los lagartos naciendo por todas partes; el verano con sus tormentas derribando techos, árboles y campos de cereales; el otoño con sus sequías e incendios, y el invierno con sus heladas y su niebla. Nuestras festividades eran cosechas, nacimientos, funerales y los solsticios y equinoccios solares, y unas vacaciones solo significaban un poco más para comer. En la Tierra, la gente iba a batallas, carnavales, museos y universidades, y en un día afortunado yo podía ir al lago. En la Tierra había protestas, revoluciones, genocidios, piratería y guerra, y a mí me castigaban por tejer pulseras.

—Sé lo que no quiero hacer —dije, tan tristemente que él me abrazó.

Pero seguimos haciéndolo. ¿Qué opción teníamos? ¿Buscar a los hacedores de vidrio por nuestra cuenta? Eso sería una violación del apoyo mutuo.

Además, mamá estaba enferma de cáncer debido a la exposición a la radiación durante el viaje espacial y empeoró hasta que quedó postrada en cama. El mismo cáncer ya había matado a muchos padres. Pasé con ella todo el tiempo que pude en su pequeña habitación en el refugio, preguntándome si la extrañaría tanto como a papá, y un día hice la pregunta que siempre me había hecho.

—¿Cómo era realmente la Tierra? ¿De verdad, sinceramente?

Los libros decían cosas, generalmente malas, pero yo sabía que no lo decían todo.

A mamá le dolían los huesos, le dolía el vientre, y agradecía cualquier distracción, eso es lo que siempre decía. Frunció sus labios grisáceos y pensó durante un rato.

—Estresante. Y complicada. En realidad, no era tan mala para nosotros porque éramos ricos, al menos en comparación con el resto del mundo. Otras personas morían de hambre y nosotros pudimos reunir suficiente dinero para ir a las estrellas.

¿Rica? ¿Ella era rica? Nadie me lo había dicho.

—¿Y si no hubieras ido, mamá?

—Todos habríamos llevado vidas más fáciles. Tú también, probablemente. Oh, les gusta contar historias, ¿verdad?, sobre la contaminación y las enfermedades, el comienzo del fin de la humanidad, pero los ricos siguieron adelante. Eran los pobres los que se mataban entre ellos. O trataban de no morir de una cosa u otra. Era trágico.

—Pero, entonces, ¿por qué os marchasteis? No teníais por qué hacerlo.

—No, no teníamos por qué hacerlo, nos ofrecimos voluntarios, y queríamos intentar hacerlo mejor. La gente había cometido errores horribles en la Tierra, errores fatales para países enteros, para millones y millones de personas.

Oh, fue vergonzoso cómo los pobres recibieron tan poca ayuda para problemas que nunca crearon. No lo entenderías, pero queríamos intentarlo de nuevo. Empezar de nuevo lejos de la Tierra. Hacerlo bien esta vez, sin la injusticia que hizo que algunas personas fueran ricas y otras pobres. Cosas que no podrías imaginar. Creo que tuvimos un buen comienzo. Y me alegra que lo hiciéramos. Oh, hubo dificultades, pero las esperábamos. Fue como volver al Edén.

Había oído hablar del Edén, un paraíso mítico, pero el libro que contaba todo eso no estaba en las bibliotecas. De todos

modos, según los padres, no lo entendería, pero sabía que la dificultad no era un paraíso. ¿Cómo sería ser tan rico que pudieras conseguir cualquier libro que quisieras y luego tener tiempo para leerlo?

—A pesar de todos sus problemas, la Tierra podía resultar aburrida —dijo mamá—. Pax era emocionante.

Pensé en eso mientras lloraba durante su funeral. Habría tenido una vida más fácil en la Tierra. La enterramos cerca de las viñas de nieve amistosas a lo largo de los campos occidentales, al lado de Paula, y la enterramos con harapos porque no podíamos permitirnos enterrarla con ropa buena. Octavo miraba las vides, cansado y encorvado.

—De principio a fin —murmuró—. Nos tienen.

A Octavo no le gustaban las vides de nieve, por lo que podría juzgar mal al bambú arcoíris y a los hacedores de vidrio. Se lo dije a Julián una mañana. Estaba haciendo flechas envenenadas para cazar. Estábamos lejos de todos para que un nieto no pudiera deambular accidentalmente por allí, y podíamos decir lo que pensábamos.

—Tenemos que remontar el río Trueno y ver qué hay allí –dije.

—Remontar el río Trueno —repitió él, observando su trabajo. Llevaba guantes y gafas mientras sumergía las puntas de las flechas en el cornezuelo del centeno y las dejaba

secar en un estante al sol—. Soy un explorador entrenado. Puedo hacerlo.

—Los dos. Tenemos que buscar ambos.

Vaciló. Vera nunca lo aprobaría.

—Iré sin ti —dije.

—Nunca debes viajar solo —dijo Julián después de un rato, con la misma voz que si estuviera diciendo «Honra a los padres». Comenzamos a planificar mientras él envolvía las flechas en hojas de gordolobo. ¿Nos darían la bienvenida los hacedores de vidrio y el bambú? ¿Por qué los hacedores de vidrio no habían venido a nosotros?

Supervivencia en último lugar, curiosidad lo primero. Mejor no tener vida que esta vida.

Así que, cuando el informe meteorológico de Vera dijo que no había huracanes en la región, nos escapamos, llevando comida, una manta, una hamaca, cuerda, un encendedor, cuchillos de caza y ropa. Toda la ropa que yo tenía cabía en una sola mochila, y la gente en la Tierra, gente rica como yo habría sido, tenía armarios llenos de ropa.

Partimos con preguntas y volvimos con respuestas a preguntas que ni siquiera habíamos pensado en hacer, con pensamientos que no se suponía que debíamos tener. Casi no quise volver, pero sabía que teníamos que hacerlo, y así

lo hicimos, casi sesenta días después, con bastones de senderismo con rayas de arcoíris, pulseras de arcoíris y diademas de arcoíris. Más flacos, nuestras ropas hechas jirones, nuestras mochilas llenas de símbolos de otra civilización y pedazos de fruta de bambú que estaban secos y arrugados pero seguían siendo deliciosos. Entramos al pueblo, un conjunto de chozas desiguales, y el refugio que yo había diseñado parecía burdo, todavía con el techo de corteza improvisado. Los campos se alzaban en colinas, sedientos; los espesos matorrales de vides de nieve se erguían como los muros de una prisión, y las nubes de tormenta se revolvían en el cielo.

Cynthia nos vio y gritó. Inmediatamente nos rodearon, nos abrazaron y recibieron con lágrimas y bienvenidas, todos haciendo preguntas al mismo tiempo.

Entonces Vera se acercó cojeando.

—Nos dejasteis cuando más os necesitábamos —reprendió con voz chillona.

—Encontramos una ciudad —dije.

—Fuisteis increíblemente irresponsables. Sobre todo tú, Sylvia. Os buscamos durante días.

—Pero han vuelto a salvo —dijo Ramona—. Eso es lo que importa.

Vera siguió refunfuñando. El niño pequeño de Enea se acercó corriendo, gritando «¡Juu!» con los brazos en alto, listo para que Julián lo levantara. Yo recogí a Higgins, el hijo de Nicoletta, y se retorció de emoción. Octavo se acercó cojeando hacia nosotros, mirando a Julián.

Aloysha repitió hasta que escuchamos:

—¿Qué ciudad? ¿Qué ciudad?

—Otro huracán llegará esta noche —dijo Vera—, y los edificios no están listos, ¡y hay animales que hay que reunir!

—Una hermosa ciudad —dije yo—, con tejados de vidrio brillante y jardines de bambú arcoíris.

Octavo llegó, el viento agitando su larga barba.

—¿Una ciudad?

No sonreía. No parecía contento de ver a su propio hijo.

—Río Trueno arriba, papá.

—Eso no es importante —dijo Vera.

—¿Los hacedores de vidrio? —preguntó Octavo.

—No están allí —contestó Julián—. No sé qué les pasó.

—Traje algunas frutas —dije. Acaricié a Higgins y esperé que Julián se ciñera a nuestro plan.

—Y trajimos muestras de tierra —agregó Julián—. Parecen ricas.

—¡Viene un huracán! —dijo Vera.

No era un gran huracán, de todas formas, y finalmente nos reunimos todos en el sótano. Todas las personas que pudieron se apiñaron en el refugio con nosotros mientras tronaba y Vera intentaba convencerlos de que comenzaran a preparar el estofado, pero la ignoramos respetuosamente.

¿Es mentira no contarlo todo? Julián y yo queríamos guardar ciertos detalles para la reunión de la Mancomunidad y había cosas que yo no quería contar en absoluto.

—Caminamos durante veinte días —dije.

—Tuvo que ser más lejos que eso —dijo Bryan.

Había parecido más lejos.

El día que nos fuimos, rodeamos un lado de la cascada del río Trueno y subimos apresuradamente por el pedregal y las cornisas del acantilado, luego nos perdimos tratando de encontrar el camino alrededor de un espeso matorral de vides de nieve. La primera noche, dormimos acurrucados en una hamaca cubierta con una red para insectos, y los

ladridos de los búhos excavadores me mantuvieron despierta durante horas porque sonaban tan humanos que estaba segura de que eran las voces de la gente que nos perseguía, y las luciérnagas zumbaban a nuestro alrededor hasta que me mareé. Cuando desperté, una babosa había trepado a un pliegue de la red y se había dividido, por lo que había pequeñas cosas viscosas arrastrándose por todas partes tratando de tocamos y disolver un pedazo de carne para comer.

Cuando nos acercamos al río esa mañana, atravesamos un bosque brumoso y pantanoso, y cosas resbaladizas se movían en el suelo, babosas gigantes, algunas de color rosa brillante y morado, otras simplemente grupos de babas transparentes, y algunas disfrazadas como troncos o lianas, y tuvimos que poner puntas de lanza en nuestros bastones para protegernos, pero a veces eran demasiado rápidas y nos picaban. A nuestro alrededor giraban polillas en patrones que parecían huellas digitales gigantes, cada una de ellas intentando mordemos. íbamos envueltos en impermeables y dos pares de calcetines y nos habíamos embadurnado de barro la cara, y aun así perdimos trozos de carne.

Después de la cascada y sus nieblas y babosas, el viaje se volvió más fácil.

* * *

—Arriba de la cascada —le dije a la gente en el sótano—, el cañón es como las ruinas de un gigantesco templo griego.

Todos habían visto una imagen de la Acrópolis en el libro de historia, el lugar de nacimiento de la democracia. El cañón en realidad era alto y estrecho, con los árboles arqueándose por encima, más parecido a una catedral, pero solo los libros de arquitectura mostraban iglesias.

—Hay rocas como columnas, y los álamos crecen libres y altos junto a ellas. No hay vides de nieve. Hay prados llenos de flores en las orillas del río.

No mencioné todas las rocas que tuvimos que cruzar, subiendo todo el camino, ni que algunas de las flores eran pequeños corales que mordían con gotas de enzimas digestivas en sus diminutos dientes. La única comida que pudimos encontrar fácilmente eran cebollas silvestres y trilobites del tamaño de la palma de la mano pescados en el río. Cebollas y trilobites para desayuno, almuerzo y cena.

Una vez, quedamos atrapados entre la orilla del río y un acantilado por tres águilas terrestres que batían sus sacos de aire y bailaban y hacían chasquear contra nosotros sus grandes picos, del tamaño de un humano y malolientes, con plumas espinosas que se parecían tanto a la corteza y las hierbas secas que no tuvieron problemas para acercarse sigilosamente. Encendimos una línea de fuego para mantenerlos alejados, pero estaban esperando a que se nos

agotara el combustible, así que atrapamos trilobites y los arrojamos a las águilas hasta que se saciaron y se fueron.

Salimos del valle y trepamos mano sobre mano a través del bosque brumoso para rodear la última cascada, entre enredaderas y musgos y grupos de baba palpitante y finalmente sobre algunas rocas, y entramos en un bosque. Fue entonces cuando vimos nuestro primer bambú arcoíris. Un grupo de ellos crecía justo en el borde del acantilado, más altos que algunos de los árboles, con troncos tan anchos como un muslo humano. El bambú se erguía recto y orgulloso, nada parecido a las serpenteantes vides de nieve. Arcoíris vivos. Algunas piezas de fruta, rosadas y translúcidas y brillantes a la luz solar, colgaban a la altura de la cara.

Julián y yo nos miramos. Nunca debes comer algo no testado.

—Parece exactamente igual que el adorno del hacedor de vidrio, pero es más grande —dije.

—Las vides de nieve pueden matar cuando deciden hacerlo.

—Pero el bambú todavía no nos ha conocido, así que no debería tener una opinión.

Un pedazo de fruta se desprendió fácilmente del tallo. Tres semillas se acurrucaban en su interior. Olía a trigo fresco y

canela. Di un mordisquito y noté el jugo dulce y aceitoso en la lengua. Julián observaba.

—Si me mata —dije—, moriré feliz.

Pero eso fue todo lo que comí por el momento. Acaricié el tronco suave y resbaladizo del bambú y lo imaginé como marcos de puertas o vigas de techo, o dividido y tejido en revestimientos de paredes. Un pequeño tronco cortado en anillos haría hermosas pulseras.

Lo admiramos un rato y luego caminamos por la parte superior del acantilado hacia la cascada, con la esperanza de ver a los alienígenas detrás de cada roca. Contemplamos el cañón, verde y alargado y que caía abruptamente entre los acantilados de piedra. La vista mejoró a medida que nos acercábamos a la cascada y en el lugar más hermoso encontramos un banco tallado en la piedra y cubierto de líquenes. Al principio pensamos que era natural, pero había palabras talladas en la parte trasera del asiento, el mismo tipo de letra que en la bola de vidrio. ¡Los hacedores de vidrio habían estado allí! Gritamos y nos abrazamos.

Nos sentamos en el banco, tratando de adivinar cómo podrían ser los hacedores de vidrio. El asiento era bajo y ancho. Los hacedores de vidrio estaban en algún lugar río arriba, así que comenzamos a caminar. La tierra se volvió llana y el río se ensanchó y se volvió más lento. Había un camino a lo largo de él hecho de losas, levantadas por las

raíces. íbamos en la dirección correcta, y caminamos más rápido. Había más pedazos de vidrio en el río, de todos los colores del arcoíris. En la siguiente curva, pronto, pronto, los encontraríamos.

Esa tarde, avistamos un grupo de cuatro edificios con cúpulas de vidrio que brillaban en medio de un bosque de bambú. Corrí hacia el más cercano. Los tejados eran anillos de bloques de vidrio de colores dispuestos en arcoíris, las paredes estaban hechas de ladrillos marrones y los cimientos eran de piedra con franjas de gris y blanco brillante. Julián me siguió. Pero en cuanto empecé a correr, vi que los edificios eran ruinas, las paredes estaban agrietadas y desmoronadas, los techos se habían derrumbado.

Los hacedores de vidrio no estaban allí. No habían estado allí desde hacía mucho tiempo.

Lloraba cuando entré en el edificio más cercano. El suelo estaba cubierto de tierra y hojas muertas. Las paredes interiores estaban revestidas con azulejos vidriados en un patrón de líneas entrelazadas de color rojo y verde. Había visto azulejos vidriados en textos informáticos. Traté de secarme las lágrimas y mirar con atención. La habitación medía aproximadamente cinco metros de ancho. Los bloques de vidrio del techo yacían en el suelo, medio enterrados y brillantes.

—Espectacular —susurró Julián.

El edificio tenía varios nichos bajos, cada uno coronado por una media cúpula, y uno de ellos estaba intacto. El techo de vidrio estaba sucio y había corales incrustados en el exterior.

Alguien había estado debajo de este techo una vez, había mirado hacia arriba para ver la luz del sol que se filtraba a través de él; alguien con ojos como los míos que disfrutaba de los colores, alguien que construía edificios como yo, alguien que pensaba como yo, alguien que podía hacer cosas que yo había soñado. Alguien había construido un banco, bajo y ancho, a lo largo de la pared. Me senté en él y sollocé. Julián se sentó a mi lado.

Los hacedores de vidrio debían de haber abandonado los edificios antes de que los padres llegaran a Pax. Habíamos viajado mucho para encontrar solo ruinas, pero tenía que haber más hacedores de vidrio en algún lugar. Me limpié la cara y me puse en pie. Caminé sobre y alrededor de ladrillos, piedras y vidrios caídos, tratando de ver cómo había sido construido. Los ladrillos estaban ligeramente desplazados a la altura de la cabeza, inclinándose hacia adentro durante medio metro y luego cambiando a vidrio, y la curva de las cúpulas era parabólica, no circular. Un ábside parecía ser la entrada al edificio y habría tenido que agacharme un poco si hubiera estado intacta. Yo era más alta que los hacedores de vidrio.

—¡Ven aquí! —dijo Julián.

Oí un ruido. Él estaba ya en el siguiente edificio. Había quitado algo de tierra y hojas del suelo, que estaba cubierto con un mosaico de flores y plantas, incluyendo un grupo de bambús arcoíris. Despejamos más tierra. El bambú tenía flores y frutos, y lo que parecía ser un brazo y una mano delgados y amarillos se extendía hacia un fruto. Quitamos más tierra tan rápido como pudimos, pero el resto de los azulejos estaban rotos y dispersos.

Los edificios estaban rodeados de bambú y maleza. Cogí otra pieza de fruta y me supo mejor que nunca. Los fipo–gatos asomaron desde una madriguera entre las raíces de bambú. El camino seguía, directo hacia un bosque. ¿Más ruinas? ¿O estaría habitado el siguiente edificio? Empezamos a caminar.

Dos horas después, justo antes del Luxocaso, picoteados por las polillas, vimos la ciudad en un acantilado sobre el río, una ciudad enorme. Tejados relucientes y bambúes se alzaban detrás de una muralla de ladrillos vidriados más alta que nosotros. Pero sabíamos que, por la muralla agrietada y los techos destrozados, una vez que pasáramos por la puerta, no encontraríamos nada más que fipogatos, murciélagos y lagartos. Ya no me quedaban lágrimas.

Esa noche, amarramos la hamaca entre dos troncos de bambú y dormimos bajo una cúpula que estaba parcialmente intacta. Las polillas finalmente nos dejaron en paz. El viento suspiraba en las calles, el bambú se alzaba alto

y sus flores exhalaban un aroma como especias de las que nunca quisiera alejarme.

Pero veinte días después, dejamos la ciudad.

La noche en que regresamos al pueblo, allá en el sótano, mientras afuera soplaba un huracán, Julián les dijo a las personas que escuchaban:

—Cuando llegamos a la ciudad, fue increíble. Nada en la Tierra podría ser tan bueno.

Bryan hizo una mueca. Se había abierto paso para acercarse.

Saqué un arcoíris de azulejos de vidrio de mi mochila.

—Los techos de los edificios son cúpulas de bloques de vidrio. Brillan como joyas, y la ciudad podría albergar a mil personas.

—¿Y los hacedores de vidrio? —preguntó Enea.

Yo estaba observando de reojo a Vera, que estaba sentada en el rincón con Terrell.

—Se marcharon hace mucho tiempo —dijo Julián—, y algunos de los edificios necesitan reparaciones, pero dejaron atrás muchas cosas, cosas útiles.

Sacó una copa de acero pesado grabada con la escritura de líneas y triángulos que vimos por toda la ciudad. Encontramos restos de muebles y pedazos de tela en algunas casas. Algunas cosas eran claramente tecnológicas, como cajas de metal llenas de cables corroídos o carcasas de latón alrededor de lentes, y había mucho mobiliario que se había deteriorado con los años, pero algunos platos de cerámica en un edificio de cocinas todavía estaban apilados ordenadamente.

Vera y Terrell susurraban entre sí, y ella retorcía un trozo de tela con tanta fuerza que la rasgó.

—La mayoría de los edificios son habitables —dije—. Podríamos mudarnos mañana con un poco de limpieza.

Solo era una ligera exageración. Algunos edificios se habían derrumbado y una torre central casi se había desmoronado por completo porque sus vigas de madera se habían podrido. Fuera de la ciudad encontramos hornos redondos de piedra y ladrillo tan altos como yo para hacer vidrio o trabajar metal.

—No hay viñas de nieve —añadí. No podría decir si Octavo estaba escuchando—. Hay mucho bambú arcoíris. Deliciosa fruta, más de la que podríamos comer. Aquí hay algunas.

Octavo se inclinó para mirar mientras yo extendía muestras secas, pequeños montones arrugados de color

morado, todavía oliendo a dulce y a canela, emocionante, y sentí desesperación por comer uno, pero si iba a tener más, no podía mostrar cuánto quería uno.

Bryan cogió un trozo.

—Analizaré esto más tarde.

Octavo lo miró, luego miró el resto de la fruta, pero no se movió.

En verdad, el bambú parecía tan enfermo que me asustó. Finalmente, Julián descubrió una tubería de agua grande que iba desde las colinas hasta la ciudad, pero se había roto en varios lugares, por lo que el bambú probablemente tenía sed y las únicas ofrendas que recibía eran de los fipogatos. Pequeños corales crecían por todas partes.

Julián y yo estábamos de acuerdo en que los muros probablemente estaban destinados a mantener alejados a los cangrejos ciervo y babosas, aunque las águilas terrestres podían saltarlos. Miré y miré, pero no pude encontrar nada que indicara un ataque o un incendio, y no podíamos entender por qué los hacedores de vidrio se habían ido.

Todo parecía indicar que no se habían marchado apresuradamente. Tal vez incluso tenían la intención de regresar.

Justo fuera de las murallas encontré un antiguo bosque de bambú que crecía alrededor de piedras con azulejos de

retratos de cerámica pintados, un cementerio. Cavando bajo una piedra, encontré huesos tan marrones como la tierra. Se quebraron y desmoronaron cuando traté de sacarlos, pero conseguí varias piezas buenas. Volví a poner la tierra en su lugar y saqué el azulejo del retrato de la piedra. Llevaría a un hacedor de vidrio de vuelta al pueblo.

Habíamos aprendido mucho, incluyendo una cosa más. El bambú era muy amistoso. Las frutas aparecieron de inmediato cerca de la casa donde nos alojábamos. Luego, en uno de los troncos donde habíamos atado nuestras hamacas, creció un brote. Cada una de las nuevas hojas tenía rayas de diferentes colores, un pequeño arcoíris construido con hojas en lugar de corteza para mostrar que nos había observado y reconocido como una especie inteligente como él. Nos había enviado un mensaje, una bienvenida, porque quería que nos quedáramos.

Pero no mencioné eso cuando volvimos al pueblo. Octavo no querría saber que este bambú era tan inteligente como él pensaba.

—Esto es un hacedor de vidrio —dije en el oscuro sótano mientras la tormenta retumbaba y salpicaba fuera. Saqué el azulejo del cementerio de mi bolsa.

Mostraba a alguien con cuatro patas delgadas que sostenían un cuerpo con una parte trasera sobresaliente. Brazos extrañamente doblados y una cabeza en forma de maza con

piel amarillo–amarronada surgían desde los hombros. La cabeza tenía grandes ojos grises a los lados y una boca vertical. Yo había visto muchas otras imágenes y había descifrado la anatomía. El azulejo era la mejor representación de un hacedor de vidrio que había encontrado. Había escritura al pie, cinco marcas lineales y tres triángulos, tal vez el nombre de la persona.

—Lleva ropas —añadí. Una túnica sin mangas de encaje rojo que llegaba justo debajo de su cuerpo. Yo había visto lo que era el encaje en los textos informáticos.

El retrato pasó de mano en mano.

—Casi como una mantis religiosa —dijo Octavo. ¿Hombre o mujer? No lo sabíamos.

—Hay buena caza —informó Julián—, Los hacedores de vidrio tenían granjas, y los tulipanes y las patatas todavía crecen salvajes.

Se estaba ciñendo al plan. Y Vera hizo lo que yo esperaba. —Os escapasteis, y no importa lo que hayáis descubierto, tenéis que responder por eso —dijo poniéndose en pie, agitando sus brazos de piel flácida, con el paño rasgado en una mano—. Actuasteis sin preocuparos por el bienestar y los intereses de la Mancomunidad en su conjunto. Dentro de cuatro días, celebraremos una reunión para los procedimientos judiciales. Ahora es hora de irse a la cama.

Los nietos se quejaron.

—Mañana os contaré más —les murmuré.

Por supuesto, había mucho más que contar. Algunas de las cosas que omitimos no eran gran cosa, como lo verdaderamente miserable que fue el regreso. Las polillas nos molestaron menos, pero el limo pulsante fue peor. Había llovido, y el agua estaba más alta en el río, por lo que los bancos de arena por donde antes caminamos fácilmente habían desaparecido. Mirábamos los restos atrapados en las ramas de los árboles por encima de nuestras cabezas y temíamos que una tormenta repentina pudiera causar una inundación. Nuestros zapatos se habían desgastado, las mochilas estaban llenas de artefactos y las molestas águilas terrestres nos recordaban como fuente de trilobites y comidas robadas.

Lo peor de todo fue cuando se acabó la fruta de bambú. La estiramos lo mejor que pudimos, pero tener solo un poco era tan malo como no tener nada en absoluto. Estaba cansada, me dolía la cabeza, tenía hambre, y Julián se sentía igual de mal.

—La única forma de conseguir más es volver a la ciudad —dije una noche en la hamaca—. Pero no ahora. No podríamos sobrevivir allí solos, no para siempre. Necesitamos trasladar el pueblo allí, a todos. Necesitamos vivir allí.

—Los padres no pueden hacer este viaje.

—¿Querrían venir siquiera? No lo creo.

Permanecí en silencio durante un rato, tratando de concebir la vida sin ellos. ¿Podrían imaginarse la ciudad, brillando en el bosque junto al río? La ciudad era grande, realmente grande... demasiado grande.

Lo sabían. Siempre lo habían sabido. Habían estado mintiéndonos toda la vida.

No dije nada, demasiado impactada para pensar, mientras él me acariciaba bajo la manta.

—Ojalá pudieran ver la ciudad —dijo—. Entonces vendrían.

—La han visto en las imágenes por satélite —dije por fin.

El satélite había explorado cuidadosamente la zona en busca de recursos. Durante nuestra caminata por el valle, Julián me había hablado de una falla que hacía la cascada en el río Trueno cerca del pueblo, y de las montañas de granito que rodeaban el llano donde se encontraba la ciudad de los hacedores de vidrio. Tenía un mapa con suficientes detalles para mostrar las principales cataratas en el valle y el río serpenteando a través del bosque en el llano. Los tejados de la ciudad deberían haber brillado para cualquier observador,

pero usamos los mapas de los meteorólogos y nunca habíamos visto las imágenes de la exploración.

Julián lo entendió rápido.

—Lo sabían. Mamá, Vera...

—La veían todos los días en los escaneos meteorológicos.

—Lo sabían. Lo encubrieron. ¿Por qué no nos lo dijeron? ¿Por qué?

—Deberíamos preguntárselo a ellos. Pero deberíamos hacerlo de un modo que haga que la gente quiera mudarse a la ciudad.

Lo convencí para no enfrentarnos a Vera de inmediato, aunque queríamos hacerlo cuando regresamos al pueblo. Discutiríamos su comportamiento contrario a la Mancomunidad en una reunión con todos. Sabía que habría una y no me equivoqué.

De vuelta en el pueblo, al día siguiente del pequeño huracán, respondimos preguntas incluso antes de salir del sótano. Julián fue a cazar y yo me encaminé hacia la plaza para hacer un par de cestas para tamizar trigo, y mucha gente parecía tener cosas que hacer allí.

—¿Hay fipogatos? —preguntó el pequeño Higgins.

—Sí, y juegan y se deslizan igual que aquí.

—¿Es buena la tierra? —preguntó un granjero.

—Bueno, los árboles son más grandes.

—¿Cómo era el clima?

—Tendríais que preguntarle a Vera, ella tiene los datos meteorológicos, pero parecía más fresco y húmedo. Los campos no necesitarían riego. Y sabemos que los huracanes se detienen en las montañas, así que ya no tendríamos que preocuparnos por ellos.

—¿Había águilas terrestres?

—Probablemente, pero la ciudad tiene un muro alrededor.

—¿Qué pasó con los hacedores de vidrio?

—Puede que hubiera una epidemia, o tal vez se mudaron y viven en otro lugar.

—¿Cuántas frutas de bambú había?

—Muchas.

Me enteré de que, mientras estábamos ausentes, la máquina de tomografía había fallado definitivamente, el padre de Nicoletta había muerto de cáncer relacionado con los viajes espaciales y se había descubierto un nuevo tipo de

lagarto, pequeño y amarillo iridiscente, que fertilizaba las flores de tulipán.

Doblé las varillas para terminar la primera cesta y medí y corté cañas para la segunda.

—El bambú arcoíris probablemente quiere lo mismo que la vid de nieve —dije—, regalos y un poco de ayuda.

—¿Era hermoso?

—No te lo puedes ni imaginar.

Ramona se acercó cojeando hasta nosotros, apoyándose en un par de bastones y cubierta con un chal. Era extraño verla fuera de la clínica donde trabajaba y al principio pensé que había venido para enterarse sobre la ciudad, pero parecía demasiado triste. Tal vez otro padre había muerto y ella había venido a comunicárselo a alguien. Pero se acercó a mí.

—Sylvia, lo siento mucho —dijo.

Se apoyó en mi mesa de trabajo y me cogió la mano. La suya estaba fría y temblaba debido al párkinson. Mis padres estaban muertos, ¿qué podía lamentar tanto?

—Julián ha muerto. Cometió un error con una flecha envenenada.

Continuó explicando, pero yo apenas la escuchaba ya. Julián estaba muerto. Julián.

No podía ser verdad.

Ramona me abrazó. Era delgada y temblaba.

—Lo siento. Sé que habíais intimado.

Intenté hablar y me di cuenta de que había dejado de respirar. Inspiré profundamente.

—¿Qué pasó?

—Murió. Julián murió cuando estaba cazando.

—¿Cómo? —Incluso con una palabra tan breve, mi voz temblaba.

Ella lo explicó de nuevo y me obligué a escuchar. Dijo que fue solo un accidente de caza en el bosque cerca del lago. Estaba colocando una flecha envenenada en su cuerda de arco y se le escapó. Pero estaba mintiendo. Yo lo sabía, otro padre mintiendo. Julián nunca habría cometido un error así. Era un buen cazador, tan silencioso como un búho en el bosque.

Mentían sobre la Tierra, mentían sobre la ciudad, y ahora mentían sobre cómo había muerto Julián.

Estaba muerto. Lo habían matado.

Todos me dijeron que lo sentían y me abrazaron y lloraron. Las lágrimas de los hijos eran reales. Y las mías.

Lo había conocido toda mi vida y ya no estaba. Recordé cómo había subido con él hasta aquel primer bosquecillo de bambú en la cima del acantilado, de la mano, esperando que un hacedor de vidrio apareciera detrás de la siguiente roca. Recordé el largo camino a casa después de que ambos hubiéramos aprendido tanto. Dormí con él, comí con él, hablé con él, esperaba estar con él toda mi vida.

Ahora la vida era diferente, nunca sería igual de nuevo.

Celebramos el funeral esa noche. Octavo no quiso hablar con nadie y no asistió al entierro. ¡Por su propio hijo! No asistió porque sabía que no había sido un accidente. Pero no haría nada respecto a las personas que lo habían matado. O tal vez no podía hacer nada.

Seguí el cadáver de Julián mientras lo llevaban a la tumba, pensando que no quería, no, no, no quería morir allí, no quería llevar una vida difícil y fea bajo las órdenes de padres mentirosos y asesinos y finalmente ser llevada en harapos por los campos desolados y dejada para alimentar a la codiciosa y estúpida vid de nieve. Vera dio un breve discurso fúnebre y sin interés. Yo no dije nada. Probablemente no habría podido. A los hijos solo se les permitía alabar a los muertos, de todos modos.

Tarde esa noche, en mi habitación, comí una fruta de bambú seca, dulce y picante, y me sentí peor al saber que más frutas me esperaban, querían que fuera, jardines decorados con frutas en una ciudad que brillaba al sol y que Julián nunca volvería a ver conmigo. Era estéril y prescindible. Era una advertencia, el tipo de crimen que cometían en la Tierra, lo que los padres dejaron atrás en la Tierra para escapar, pero aún eran terrestres. Y yo podía seguir sin Julián. Tenía que hacerlo.

Estuve callada al día siguiente y al siguiente, a veces fingiendo que él todavía estaba conmigo, a veces imaginando que habia regresado a la ciudad con él o que estaba en la ciudad en el futuro, que todos habíamos ido allí a vivir, y estaba contemplando los lugares donde habíamos estado juntos. Lo peor era por la noche, sola, tratando de dormir en el mismo feo edificio que las personas que lo habían matado. Pensé en cómo volver a la ciudad, en lo que tenía que hacer, en por qué mataron a Julián para mantenerme callada, pero no estaría callada. Los obligaría a hablar.

Bryan le dijo a la gente que había probado la fruta seca y cuando le preguntaron sobre los resultados, suspiró. Dijo que lo explicaría en la reunión.

Esa noche, llegué a la plaza cuando estaban colocando los bancos, y Cynthia se acercó a mí y me preguntó por la ciudad.

—Es grande y hermosa —dije.

—¿Por qué no aparece en las imágenes por satélite? Cynthia hacía mucho forrajeo y dependía de los mapas. —Buena pregunta.

Frunció el ceño y envolvió un mechón de cabello alrededor de su dedp, pensando, mientras los murciélagos ululaban en el cielo.

Vera salió de uno de los refugios con un padre al que llevaban a la reunión en una camilla. Llamó a todos al orden y nos sentamos.

—Una reunión larga sería difícil para algunos de nosotros, así que comencemos. Sylvia ha quebrantado el pacto de la Mancomunidad y debemos decidir cuál será su castigo.

—¿Qué es lo que he hecho? —dije. Ella me miró furiosa porque estaba hablando en una reunión con un tono desafiante. Aloysha cerró el puño y me guiñó un ojo.

—Te escapaste —dijo Terrell.

—Nosotros nos escapamos de la Tierra —dijo Octavo suavemente, pero nadie le prestó atención.

No había tiempo que perder.

—La ciudad es visible desde el cielo.

—Ese no es el tema de la reunión —replicó Terrell.

—Mentir es tan malo como escapar —dije—. Mentir durante años es peor que escapar una vez. El satélite puede ver la ciudad. Nunca nos lo habéis dicho.

—¿Puedes demostrarlo?

—Alguien debería revisar el código de los datos del satélite —dije—. Esa es la prueba.

Nicoletta se puso de pie.

—Voy a hacerlo.

Miré a Octavo. Tenía la mirada perdida, sus labios se movían en silencio.

—Esta reunión no es para eso —dijo Vera—. Tú...

—¿Qué más sabéis de la ciudad?

—No hay ninguna ciudad —dijo Terrell.

—Es esa fruta arcoíris —dijo Bryan—. La he analizado. Un alcaloide. ¿Sabes lo que les hacen los alcaloides a las personas? Cocaína, nicotina, estricnina. Son adictivos. Afectan a tu pensamiento. Mescalina. La gente tomaba mescalina y pensaba que veía a Dios.

Y la cocaína y la nicotina habían destruido la Tierra, no hacía falta que lo dijera. Rosemarie y Daniel estaban sentados juntos, tomados de la mano. Ella se cubría la boca con la otra mano, y él miraba a su alrededor nervioso.

—La efedrina también es un alcaloide —dijo Blas, el médico, otro hijo que hablaba, pero lo hacía con tono de disculpa, mirando al suelo—. Es lo que los mantiene a algunos de ustedes respirando.

—La ciudad está ahí —dije yo—. El bambú tiene fruta.

Las arrugas de Vera se convirtieron en profundos surcos.

—Esto es escandaloso. Rompiste el pacto y ahora nos vienes con todo tipo de acusaciones falsas. Necesitamos enmendar las cosas antes de seguir. Pero no se hablará más de esto antes de la próxima reunión. Es divisorio, y necesitamos poner nuestra energía en un trabajo productivo. Y quiero que se analice todo lo que han traído Sylvia y Julián.

—Yo puedo hacerlo —jadeó Octavo.

Bryan parecía decepcionado. Yo me sentí frustrada, pero lo oculté. Nunca convencería a los padres, pero sabía que algunos hijos ya estaban de acuerdo conmigo. Mientras caminábamos de regreso a las chozas, recibí algunas palmaditas de apoyo.

—Analizaré a fondo estas cosas —dijo Octavo cuando llegó a mi habitación, jadeando y resoplando.

Lo dudé, porque él sabía que habían matado a Julián y no había hecho nada. Miré la fruta, deseando mordisquearla, sentir cómo la carne seca cobraba vida y se volvía dulce y rica en mi boca.

—Más fruta —dijo—. Bueno.

—Tengo huesos de hacedor de vidrio.

Esperé a ver cómo reaccionaba.

—Huesos... Muy bien.

No se mostró satisfecho ni sorprendido.

—Sabíais lo de la ciudad.

No quiso mirarme.

—Puedo analizar estas —dijo, y se alejó arrastrando los pies. Mentiroso. Pero no creía que le gustara mentir. Tal vez, solo tal vez, no podía dejar de hacerlo.

Al día siguiente por la mañana, los fermentadores de metano en las unidades de energía de los robots desbro–zadores se descompusieron de alguna manera, lo que hizo que Nicoletta estuviera demasiado ocupada arreglándolos como para tener tiempo de examinar los mapas satélites,

porque los cultivos eran lo primero. Me enviaron a arreglar los techos del centro de regalos y Cynthia me encontró allí.

—Ni siquiera podemos hablar de esto —dijo.

—Pues no lo hagas —le dije—. No hables de nada.

Esa noche, siete de nosotros, los hijos, cenamos en silencio. Algunos de los nietos pensaron que era un juego y se unieron. Higgins intentó callar a Vera mientras hablaba del clima y de nuevos problemas con el equipo médico, lo que significaba más trabajo inesperado para Nicoletta y retrasos en las pruebas de Octavo, ya que no había suficiente equipo para investigar nuestro entorno y cuidar de la úlcera perforada de Ansel, el «esto» de Terrell, el «aquello» de alguien y los fingidos problemas de las articulaciones de Bryan. Con cada frase, Higgins negaba con la cabeza, ¡no, no, no! Otros nietos se unieron. Vera abrió la boca y media docena de pequeñas cabezas se sacudieron.

Bryan perdió la paciencia al día siguiente.

—Eres adicta a la fruta, ¿verdad? ¡Respóndeme!

Como respuesta, me quité la ropa porque los padres odiaban la desnudez por alguna razón de la Tierra. Se alejó cojeando lo más rápido que pudo.

La protesta se extendió. Higgins y sus amiguitos se desnudaron e intentaron desvestir a la gente.

Esa tarde, Vera me miró a los ojos, ignorando deliberadamente mi cuerpo, cuando me ordenó hacer una jaula para las semillas de hidrógeno a punto de madurar, así que iba de camino al cobertizo en busca de esparto cuando Octavo se acercó cojeando.

—La fruta está bien —dijo.

—¿Bryan mintió? Y tú, ¿mentirás?

—Ha habido suficientes mentiras, pero eso no es lo importante. Es complicado. Podemos empezar con la fruta.

Yo quería empezar con las mentiras, pero él llegaría a eso tarde o temprano o yo lo obligaría.

Caminó hacia el cobertizo conmigo.

—Tiene mucha vitamina E, lo que podría ayudar realmente con nuestro problema de fertilidad. Todavía no hemos encontrado una buena fuente de ella. Y algunas otras vitaminas solubles en aceite, como la niacina.

Dio un traspiés y lo dejé apoyarse en mi hombro porque, mentiroso o no, seguía sin poder odiarlo. No parecía importarle que estuviera desnuda, pero seguía divagando.

—Pero las vitaminas son naturales, al igual que la piridoxina y sus alcaloides. Oh, sí, alcaloides... al igual que las vides

de nieve. Tuvimos que replantear el significado de los alcaloides debido a eso, ¿sabes? —Bajó la cabeza para mirarme a la cara—. Es una suposición de la ciencia terrestre. Siempre habíamos pensado que eran un remanente del metabolismo del nitrógeno almacenado en hojas o frutas o flores para ser desechado con ellas. Útiles, por supuesto...

Respiraba con dificultad. Necesitaba descansar un momento. Sugerí buscar un banco, pero él dijo que no quería impedirme trabajar, y lentamente, lentamente, seguimos caminando y él seguía divagando y yo seguía esperando.

—Los alcaloides son parte de la naturaleza, aunque no son tan comunes aquí. Lo cual parece lógico, ya que las plantas tuvieron más tiempo para evolucionar. En la Tierra, las monocotiledóneas no los producen con frecuencia. Aparentemente... tienen un metabolismo más eficaz. Aunque los alcaloides disuaden la depredación. La nicotina es un potente insecticida. Las plantas aquí crean todo tipo de toxinas...

Miró los árboles y arbustos como si nunca los hubiera visto antes. Me recordé a mí misma que debía ser paciente, al menos durante un tiempo.

—El problema con las toxinas potentes es que la curva de aprendizaje es más pronunciada que la vida útil. Los depredadores nunca viven lo suficiente para aprender, cosa que hacen con los alcaloides... El simple sabor es la principal

disuasión. Si algo no sabe mal, generalmente no hay una concentración suficiente para preocuparse. Adictivo en este caso, no sorprendentemente. Los alcaloides a menudo lo son, como la cafeína, pero que sean dañinos ya es otra cosa. La planta quiere que dependas, no que te hagas daño. Elección muy sabia, la adicción... ¿Dices que la fruta es deliciosa? Bryan es demasiado nervioso. Y no solo eso... —Miró a su alrededor—. Yo soy demasiado nervioso. Yo le enseñé, y supongo que le enseñé eso también, culpa mía, todo culpa mía... otra vez, y pagué por ello.

—Julián —dije.

Él no respondió, simplemente parecía triste.

Habíamos llegado al cobertizo y lo abrí y saqué un manojo de hierba.

—¿Qué? —dijo él—. ¿Esparto? No, déjame ver.

Agarró el manojo, escrutó los extremos de los tallos y sacó una lupa de mano. Lo examinó y luego arrojó la hierba como si fuera a morderlo.

—Incorrectas... venas incorrectas. ¿Dónde conseguiste esto?

—Lo cogí hace tiempo en el prado del sur.

Pero tal vez no era el mismo manojo. Parecía un poco más pequeño.

—Ricino. Esto tiene ricino.

Se agachó para frotar sus dedos con arcilla.

—Lávate las manos tú también. Esto no es esparto, es Lycopodium ensatus. Parece más o menos igual cuando está seco, pero... nunca lo confundirías al recogerlo. Exotoxinas... tiene muchas, una especie llamada ricino. Cuando tejieras todo esto, la piel se te habría caído de las manos.

Levantó el manojo con su bastón.

—Tenemos que quemarlo. Los nietos, ya sabes. Podrían hacerse daño.

—¿Cómo llegó ahí?

Pero yo ya lo sabía. No había captado la indirecta con Julián y necesitaba aprender otra lección.

Lo llevó en la punta de su bastón y cojeó hacia una hoguera cerca del cobertizo de metalurgia.

—No crece por aquí. Crece en suelos salobres. Bryan...

—¿Bryan hizo esto?

Tenía sentido.

—Le tiene miedo al bambú arcoíris. Le enseñé... el miedo a las plantas, pero la fruta era venenosa... la fruta del bambú. Después de la vid de nieve, pensamos que el bambú sería peor. Entiende eso. La fruta era venenosa en aquel entonces. Y ahora...

—¿Visitaste la ciudad?

Las mentiras eran más grandes de lo que pensaba.

—Yo no, no. Uri, Bryan y Jill. Estábamos emocionados... Una ciudad. Bryan pensó que la gente había sido eliminada por... el bambú arcoíris. Se metió... en su sistema de agua... Pero... —Apenas podía respirar y tenía peor aspecto que de costumbre.

—La ciudad fue construida para imitar al bambú —dije—. Cualquiera podría ver eso. Mira, necesitas sentarte y descansar. Yo me encargaré de la hierba venenosa. Aquí, siéntate en este tronco.

Le ayudé a sentarse, tomé un palo del suelo, agarré la hierba y la llevé hasta la hoguera. Prendí una chispa y ardió como una antorcha. Todos los padres sabían lo de la ciudad, pero tenían miedo del bambú, tanto miedo que mataron a Julián para asegurarse de que no volviéramos. Regresé al tronco, y Octavo intentó levantarse.

—Oh, todos lo sabíamos... —dijo—. La única ciudad que encontró el satélite...

—¿La única ciudad? Deja, no intentes levantarte. Me sentaré contigo.

Me pregunté si debería llamar a un médico, pero necesitaba escuchar lo que tenía que decir, la verdad sobre las mentiras, todas ellas, por fin.

—No todos creen que las plantas sean significativamente inteligentes, pero... pero todos teníamos miedo de ellas. Los hacedores de vidrio desaparecieron por una razón... Las vides de nieve han sido domesticadas... Son menos inteligentes. El bambú... es muy inteligente.

Quise decir algo, pero él parecía demasiado asustado, ¿y de qué?

—¿Quieres una vida que valga la pena vivir? Quiere manteneros... Quiere que seáis esclavos en una bonita jaula.

—Una vida que valga la pena vivir, eso es lo que quiero. Deberíais habérnoslo dicho.

—Eso creo ahora. Mentiras y más mentiras, y Julián murió porque necesitamos seguir contándolas. —Estaba asustado o triste, no podría decirlo—. Pero vosotros no... querríais creer la verdad, niña. Envenenados por mentiras. Nosotros y vosotros. Fruto envenenado.

—Sé la verdad. El bambú es inteligente. Piensa y quiere que vivamos allí. Nos ayudará.

Algo en su rostro pareció cambiar.

—Pero no confíes en él. Las plantas no son altruistas... Os quiere por un propósito. —Apenas podía hablar.

—¿No son altruistas los humanos? ¿Por qué no las plantas?

—No todos los humanos. Por eso dejamos la Tierra.

Su párpado derecho se cayó. El lado derecho de su boca se volvió flojo. Cogí su mano derecha y estaba flácida.

—Necesitas un médico.

—No. Solo descanso. Estoy enfermo, Sylvia. No viviré mucho más. Es absurdo prolongarlo.

Me levanté y corrí hacia la clínica lo más rápido que pude. Los médicos llegaron con una camilla y, con solo mirarlo, dijeron que estaba sufriendo un derrame cerebral. Los seguí. Vera llegó, pero ni siquiera miró a Octavo antes de comenzar a gritarme.

—Has atacado a Octavo. Has ido demasiado lejos. Demasiado lejos.

Agitó su bastón, pero no le tuve miedo. No debería estar dirigiendo Pax.

—Tuvo un derrame cerebral. No tuve nada que ver. No ataqué a nadie. Sabíais lo de la ciudad desde el principio, y puedo demostrarlo.

Me marché. Ella ya no merecía ningún respeto. Nicoletta podría verificar los escaneos del satélite y lo que fuera que estuviera haciendo no podía ser más importante que demostrar que Vera mentía.

Encontré a Nicoletta en las colinas, arreglando la cerca electrónica alrededor de los fipoleones que eliminaban las viñas de nieve hostiles para nosotros, y desde lejos vi que se había puesto la ropa.

—No —dijo—, no puedo verificar los escaneos del satélite. No me miró.

—No requerirá mucho tiempo —le dije—. Repetir el código en un archivo fotográfico. Los padres visitaron en efecto el lugar: Bryan y Jill y Uri. Podemos demostrar que lo sabían.

—¿Y luego qué?

Eso fue todo lo que dijo. Los fipoleones nos miraban apáticamente. Los collares electrónicos los mantenían al otro lado de la cerca, pero podrían matarnos de un golpe si tuvieran la oportunidad. La dejé sola, pero en la cima de la colina me volví a mirarla. Desde esa distancia, era difícil decirlo, pero quizás estuviera llorando. ¿Qué le habían hecho a Nicoletta?

Regresé a casa a través de un campo de esparto a punto de florecer, cerca de las viñas de nieve occidentales. Lo miré de cerca. Cuando el esparto se secaba, los bordes ondulados de las hojas se volvían planos y se parecían a la hierba venenosa.

Algo me golpeó con fuerza entre los hombros y caí de boca contra el esparto. Quizás era un águila. Quizás habían vuelto. Intenté incorporarme y escapar, sin perder tiempo en mirar atrás, pero de nuevo me golpearon en la espalda y pude ver pies humanos cuando mi cara golpeó de nuevo el suelo. Alguien se arrodilló sobre mis hombros y sujetó mi cara contra la hierba. Grité, pero dolía respirar y la hierba y la tierra en mi cara ahogaban el sonido. ¿Quién estaba haciendo esto? Parecían los pies de un hombre y traté de mirar de nuevo, pero alguien más me agarró las piernas y tiró y las separó y las caderas de un hombre chocaron contra mis muslos mientras me introducía su pene. Me debatí contra las rodillas en mi espalda, traté de levantarme y seguí y seguí intentándolo. Quise detenerlo, ponerle fin, escapar. Me estaba haciendo daño, empujando y saliendo, arañando y rasgando, y me dolían las caderas, demasiado abiertas.

Quise hacerles daño, lastimarlos más, sin pensar, solo dolor y furia, y no pude hacer nada.

Terminó y me soltó. Mis rodillas rozaron contra la hierba. Me volvieron a golpear en la espalda. Jadeé, y me dolieron las costillas, los hombros, la entrepierna, las rodillas. Sus pisadas rozaron el esparto mientras huían. Me incorporé lo

más rápido que pude, pero ya se habían perdido de vista y yo estaba mareada y no pude verlos. Después de un rato, vi que habían dejado una camisa y unos pantalones en la hierba, un mensaje.

Me dolía la cara. La toqué. Tierra y algo húmedo. Supe que era sangre antes de mirarme los dedos. Supe por qué me habían atacado. Yo era demasiado valiosa para que me mataran porque podía tener bebés, pero querían que dejara de luchar, que dejara de intentar que los padres dijeran la verdad, que dejara de pensar que los hijos tenían derecho a vivir sus propias vidas, vidas mejores.

Los padres. Habían silenciado a Julián. Me habían hecho tanto daño como pudieron. Yo sabía lo que querían ellos y sabía lo que quería yo, y nada de lo que habían hecho cambiaba nada. Excepto lo que estaba dispuesta a hacer. Herejía, rebelión y guerra, al fin.

Lux se acercaba a las copas de los árboles. Me vestí de nuevo. Me detuve en una zanja de riego de camino al pueblo y lo lavé todo dos veces, tres veces, y temblaba mientras lo hacía, aunque no hacía frío, y lo único en lo que podía pensar era en la violencia.

Los hijos y los nietos se habían vestido de nuevo. O lo hicieron cuando me vieron, magullada y arañada. Un grupo de hijos me contaron en la plaza, entre susurros, lo que les había pasado a Epi y Blas, y a Beck, el hijo pequeño de León

y fiel seguidor de Higgins, y a Nicoletta, la madre de Higgins. Me hablaron de las amenazas y palizas. Soy peligrosa, les dijeron. Recordad lo que le ocurrió a Julián. Que no me escucharan, les dijeron, pero ya no iban a obedecer más. Les conté lo que me había sucedido, y eso los hizo estar listos para luchar, pero ¿cómo? Ni siquiera yo lo sabía.

Aloysha me vio y balbuceó, tirando con gesto de arrepentimiento de la tela de la camisa que llevaba.

—Uri fue a Ciudad del Arcoíris —dije sin esperar a que él hablara—. Tu padre lo sabía. Todos lo saben, todos los padres. No quieren que vayamos.

Su rostro se arrugó, confundido.

—Temen al bambú arcoíris. Y me temen a mí —dije—. Duerme conmigo esta noche.

Me miró, con la boca abierta.

—Con un cuchillo de caza —añadí.

Parpadeó y asintió. No importaba si entendía o no por qué. Fui a ver a Octavo. Blas dijo que estaba mejor, pero no lo parecía. El lado de su rostro se había hundido y hablaba con dificultad. La saliva goteaba de la comisura de su boca.

—Niña, estás herida.

—Vera está ordenando atacar a la gente. Lo sabes. Recuerda a Julián. Tenemos que detenerla.

Su mano buena acarició su rostro como si estuviera siguiendo el borde de la parte buena y la parte mala.

—Esperábamos el paraíso. Encontrar el paraíso. ¿Sabes qué encontraste?

—Un lugar mejor para vivir en la ciudad. Vosotros no quisisteis ir allí, pero yo sí. Nosotros sí.

—Los huesos que encontraste tienen ADN. Pax usa ARN. Por eso... fue la única ciudad. Asombroso. No es de Pax. Otros buscando el paraíso.

Me llevó un momento entender.

—¿Los hacedores de vidrio eran alienígenas? ¿Como nosotros?

No sabía qué pensar y no tenía tiempo.

—Hay que detener a Vera. ¿Puedes ayudarnos?

—Paula se convirtió en líder. Vera nunca aprendió, pero nadie lo hizo...

—¿Puedes ayudarnos?

—¿Ayudaros en qué?

—Para ir a Ciudad del Arcoíris.

Y escapar de los padres.

—El bambú es aún más inteligente... Haréis lo que él quiera.

—El bambú no es tan malo. Ni siquiera lo has visto.

—Lo es, lo es. Os obligará a quedaros.

—Me pidió que me quedara. Necesita agua, necesita regalos, nos necesita. A los hacedores de vidrio les gustaba mucho el bambú arcoíris, puedes verlo en la ciudad. No puede ser peor que aquí.

Parecía estar mirándome, pero no estaba segura.

—Ayúdanos —dije—. Di la verdad. Es todo lo que tienes que hacer.

—Decir la verdad... —Asintió, tembloroso—. Sí..., la verdad. —Gracias.

—Vuestro futuro, no el mío.

Parecía triste. Lo besé en la mejilla buena.

Blas me dijo que se recuperaría, que el derrame no era tan grave como parecía. Se preocupó por los cortes en mi rostro y fingió creerme cuando dije que no me dolía nada más.

Estaba tratando de no pensar en ello, pero no podía dejar de hacerlo y no pensaba solo en mí.

—No está bien —dijo—. ¿Qué hacemos?

—Ya lo verás —dije. Aunque todavía no estaba segura de lo que iba a hacer. ¿Cómo reaccionarían los padres cuando Octavo empezara a hablar? ¿O los hijos? Los hijos respetábamos a Octavo y algunos de nosotros lo apreciábamos. Pero los padres intentarían hacernos daño. De nuevo.

Octavo dormitaba cuando salí de la clínica. Volví a mi habitación a través del pequeño grupo de chozas miserables que era nuestro hogar. Las plantas nos sobornaban, pero no nos golpeaban ni nos atacaban. Aloysha me estaba esperando en mi habitación y durante la noche me abrazó fuerte cada vez que me despertaba temblando, soñando que estaba en un campo de esparto.

Por la mañana, nos enteramos de que Octavo había muerto. Vera estuvo con él. Muchos hijos dudaban de su historia y, cuando les hablé en susurros de la ciudad, la fruta, lo que Octavo había dicho y lo que iba a decir, entendieron lo que realmente había sucedido. Los padres sabían de la ciudad y los alienígenas, y tenían miedo, lo suficiente como para matar de nuevo. ¿Quién sería el próximo? Teníamos que detenerlos y yo podía hacerlo. Me preparé.

El funeral de Octavo fue esa noche. Marchamos al ritmo de los padres más lentos, que se arrastraban con sus bastones y muletas a través de campos que brillaban con las luciérnagas. Esos campos, esos desaliñados pedazos de verde, eran su única esperanza y logro. Estábamos en silencio, excepto por los sollozos, y yo también lloré, por Octavo, por lo mal que se habían puesto las cosas. Me habían atacado. Habían matado a Julián y a Octavo. Si no actuaba, empeorarían aún más.

Enterraron a Octavo en una tumba junto a las viñas de nieve que tanto odiaba.

—Él más que nadie quería que Pax tuviera éxito —dijo Vera—. Buscó cultivos alimenticios, nos ayudó a entender nuestro lugar en nuestro nuevo hogar y cómo vivir aquí en paz. Nos dio su confianza y apoyo mutuo para que pudiéramos vivir en una nueva Mancomunidad y crear una nueva sociedad.

Estaba citando la Constitución, palabras en las que ella no creía. Me preparé.

Se volvió para recoger una pala junto a la tumba, sin considerar siquiera que alguien fuera a hablar, sobre todo yo.

—Octavo era un mentiroso como el resto de los padres —dije.

Ella se dio media vuelta.

—¡Cómo te atreves!

—Todos sabéis que la ciudad existe, lo habéis sabido desde el principio.

Alzó la pala como si fuera un arma, mostrando los dientes. Estaba a varios metros de distancia. Corrí hacia ella, sacando el cuchillo con la hoja envenenada de una funda dentro de mi camisa.

Las arrugas en sus mejillas ondularon cuando gritó: —¡Atrás!

No merecía ser obedecida. Aparté la pala. Cayó al suelo. —¡Detenedla! —gritó—. ¡No puede hacer esto!

Pero yo solo podía ver todo lo que había sucedido y todo lo que podía detener. Alcé el cuchillo y descargué el golpe. La hoja rebotó horriblemente en sus costillas y ella chilló como un murciélago hasta que retorcí el cuchillo y lo hundí con ambas manos y luego la empujé hacia la tumba. Tomé aire. Todavía quedaba más por hacer.

Me volví para ver a Aloysha y Blas luchando con el hijo de Vera, Ross. Bryan yacía ya en el suelo gritando, y Nicoletta se alzaba sobre él, empuñando su bastón como un garrote. Los padres chillaban que había violado esto o aquello, y Nicoletta y Cynthia les gritaban que yo tenía razón. Los nietos pequeños gritaban y Higgins se detuvo delante de ellos, alzando el puño ante los padres.

Vera gimoteó y se quedó en silencio. ¿Fue así como murió Julián? No pude mirar dentro de la tumba. La nueva Pax comenzaba de la manera equivocada y tenía que hacer algo. Levanté las manos, una de ellas manchada con la sangre de Vera. Las voces de los hijos pidieron silencio.

—Todos sabían que la ciudad estaba allí —dije—. Y tenían miedo. Algo les sucedió a los hacedores de vidrio y culparon al bambú arcoíris.

Bryan empezó a decir algo.

—¡Silencio! —le espetó Nicoletta.

Continué.

—Pero eso no es por lo que los padres mintieron. Tenían un sueño. Querían una nueva sociedad, una mejor versión de la Tierra. Pensaron que podrían lograrlo con dificultades, y cuantas más dificultades, más creían que tenían una nueva Tierra aquí.

—Así es —exclamó Bryan.

—Pero no funciona —dijo Nicoletta—. No es mejor.

—Ellos tienen su nueva sociedad —dije—. Somos nosotros. Nosotros debemos tomar nuestras propias decisiones.

Nosotros, los hijos. Octavo me preguntó si quería una vida que valiera la pena. Sí. Hay un lugar mejor para vivir que hacerlo aquí. Es hora de un nuevo moderador.

Miré a mi alrededor. Todos estaban callados, mirándome. —¿Quién quiere que Pax sea algo más que dificultades interminables? —pregunté—, ¿Quién no tiene miedo a cambiar? Votad por mí. Seré la moderadora, y haremos más que sobrevivir sin más. Los padres querían una nueva Tierra. Lo que nosotros queremos es Pax. El tiempo de los padres ha terminado. Votad.

Las manos se alzaron a mi favor: Aloysha, Rosemarie, Daniel, León, Nicoletta, Cynthia, Enea, Mellona, Victor, Epi, Blas, Ravi, Carmia y Hroc. Y Higgins y muchos de los nietos. Y uno de los padres, Ramona. No pedí que levantaran las manos los que estaban contra mí.

Así que esa fue la revuelta. Me convertí en la moderadora por votación minoritaria y a pesar de que a los dieciocho años era siete años más joven de lo que permitía la Constitución. Pero cuando trasladamos todo a Ciudad del Arcoíris, yo ya tenía la edad suficiente y Aloysha y yo habíamos tenido dos bebés sanos. El hijo de Vera, Ross, probablemente fue uno de los hombres que me atacó, pero una vez que vio Ciudad del Arcoíris, quiso quedarse allí y trabajó más duro que nadie para prepararla. Para cuando dejamos el pueblo para siempre, solo quedaban con vida cuatro padres.

No quería abandonarlos, aunque sus ojos medio ciegos me miraban como si fuera una asesina en esos últimos días. ¡Incluso nos ofrecimos a llevarlos! Cuando dejé el pueblo por última vez, Sol salía brillante y rojo. Cuando se puso, acampábamos en el valle sobre la cascada. Los murciélagos comenzaron a revolotear y chillar, y escuché a Vera morir de nuevo. Era el fin de la Tierra.

HIGGINS Y EL BAMBU

AÑO 63 – GENERACIÓN 3

> *Comprendemos que debemos tomar decisiones constantemente, y que nuestras decisiones tienen consecuencias, y que no se nos garantiza ni la salud, ni la felicidad, ni siquiera la vida.*
>
> — de la Constitución de la Mancomunidad de Pax

HIGGINS

Beck hizo bien en invitarme al nacimiento de su tercer hijo, ya que he ayudado en dos docenas de otros nacimientos, incluido una vez el de una fipoleona, casi mi último error. Beck y yo somos muy buenos amigos y, además, yo era el

verdadero padre y habría sido un padre y esposo mucho mejor que él.

Hay una etapa en el parto, justo antes de que comiencen las verdaderas contracciones, en la que las mujeres a menudo sienten pánico, y no quieren decir lo que gritan ni hacer lo que hacen, aunque si me tocara pasar por todo eso, podría volverme homicida. Las mujeres son más fuertes que los hombres en ese aspecto. Indira, hermosa y de ojos marrones, con cabello que gira y se enrolla como el agua en un arroyo, Indira había soportado hormonas, acidez estomacal, dolores de cabeza y hemorroides durante trescientos veinticinco días y luego medio día de parto. Estaba encogida como un bebé, llorosa y temblorosa en su casa siempre ordenada, donde una cuna esperaba el maravilloso momento. Beck rondaba cerca de la puerta para huir rápidamente si fuera necesario; como dije, no era el mejor de los esposos, aunque era un hombre de hombros anchos y muy apto para reparar albañilería y remover tierra. (Soy mucho más guapo, preguntadle a cualquiera, y, lo que es mejor, perfectamente simétrico de la cabeza a los pies, lo que indica unos genes muy buenos).

Indira le ordenó a Beck que abriera la puerta a la fría aguanieve porque tenía calor. Gritó que nunca le había dolido la espalda de esa manera antes, por lo que algo debía de estar mal.

—¿Aquí? —le pregunté, acariciando su espalda. Ella gimió algo que decidí que era un sí, y miré al viejo médico, Blas.

—Probablemente solo sea la cabeza del bebé presionando contra la columna, nada peligroso. Todo es normal —dijo, para su alivio también.

Comencé a frotar justo por encima de esas hermosas caderas redondas, mis manos deslizándose sobre el sudor.

–¿Aquí?

—¡No pares! —dijo ella.

—Pronto, el bebé vendrá pronto, pronto, pronto —canturreé—. Lo tendrás en tus brazos, pronto, pronto, pronto.

Solo relájate, solo relájate. Indira no era de las que se relajan...

Pero las fipoleonas suelen serlo, así que hace unos meses, cuando escuché a Clay maullando de agotamiento profundo y desesperanza, habría huido porque adiviné su problema, pero no quería asustarla. Teníamos una manada de una docena de leones adultos y sus crías un poco más arriba, derribando pinos para leña y despejando nuevos campos, y yo iba a hacer mi control de la tarde, pues era el encargado de los animales. La gente se preocupa más por las garras delanteras de un león, y deberían, ya que son segadoras ágiles, pero solo hacen trabajos detallados cuando los leones

desentierran raíces. Las garras traseras solo son tan largas como tus dedos, pero se hallan en el extremo de esas musculosas patas saltarinas. Un león puede arrancarte las entrañas y lanzarlas por encima de la cúpula de una casa con una sola patada. O, con un poco más de esfuerzo, puede derribar un árbol.

Clay yacía de lado, enroscada y temblando en un nido de troncos y hojas. Los leones no tienen el cerebro de un tamaño como para necesitar una cabeza grande, por lo que los partos no deberían ser difíciles, y generalmente, las grandes fipoleonas y yo manteníamos una respetuosa distancia entre nosotros. El resto de la manada también se mantenía a distancia de ella esa noche. Idiota como soy, me acerqué, imitando los arrullos de su parloteo:

—¿Qué pasa, Clay? ¿Cuál es tu problema, Carlño? Las cosas no están funcionando bien, ¿verdad? Déjame echar un vistazo, no te haré daño, solo relájate, solo relájate.

Toqué sus garras como ellos hacen para saludarse y arrullé y acaricié su largo pelo y la dejé olfatear mi rostro. Sus labios prensiles se rizaron de dolor con una contracción, sus ojos parpadearon exhaustos y caídos, y maulló de nuevo, con un aliento terrible, que no es en absoluto característico de un león saludable. Mantuvo sus patas traseras pegadas a su pecho, y su pelaje goteaba sangre y fluidos de parto.

—Tranquila, Clay, estamos bien aquí, déjame mirar, déjame mirar.

Presioné las patas y ella se abrió un poco.

—Relájate, solo relájate.

Un bracito cubierto de pelo rubio y resbaladizo asomó por la abertura justo debajo de su esternón, tres preciosos dedos rematados con perlas listas para convertirse en garras. Los leones nacían de cabeza, como los humanos. Esto era mala cosa. Toqué la mano. Los dedos se flexionaron. Tal vez había una oportunidad. Acaricié el abdomen para sentir cómo estaba colocado el cachorro. Las garras de mamá comenzaron a acariciar mi espalda, muy suavemente, solo devolviendo el gesto. El cachorro no estaba completamente transversal, según pude advertir, a menos que estuviera confundiendo un músculo tenso de la pared abdominal con su cabeza, pero ella estaba dilatada y tal vez, tal vez, yo podría facilitar la salida del bebé.

El macho líder, Pitman, al borde del claro, gruñó y arañó el suelo con sus garras, mirándome.

Masajeé un poco más fuerte y las garras de Clay se enredaron en el cuello de mi abrigo y comenzaron a rasgarlo.

—Relájate, solo relájate, si eso te hace sentir mejor, rasga todo lo que necesites. —Estaba arrodillado a su lado, muy cerca de una pata trasera—. Solo mantente relajada, Carlño.

Tiré un poco del brazo y amasé por fuera para tratar de mover la cabeza más allá de un obstáculo, pero no pude. Estábamos cerca, y ella tenía una contracción, pero no logramos nada excepto, probablemente, hacer que las cosas fueran más difíciles para el bebé. El gemido de Clay me partió el corazón.

Sin pensarlo mucho, me subí la manga, metí la mano y rebusqué en el interior, caliente y resbaladizo y lleno de músculos, la cabeza tan cerca, y ella pasó sus garras por mi cuello y mi abrigo y rasgó los flecos. Mis dedos se cerraron en torno a la cabeza del cachorro, alrededor del hocico, guiándolo junto a su brazo extendido, y ella de repente empujó y yo tiré, tiré del brazo, del hocico en el canal, sus garras llegaron a mi cabello, el hocico ahora afuera, rosa, sus garras como cuchillas en mi cuero cabelludo y mi cabello cayendo sobre mis hombros, la cabeza completa del cachorro salió con otro empujón, y limpié la pequeña nariz y boca mientras ella empujaba de nuevo, más garras rasgando mi abrigo, y el cuerpo del cachorro salió y tomó aliento y lloró, y se lo mostré, era un macho, y lo puse en el suelo y las garras se soltaron de mi pelo y ella lo lamió y él la lamió, ambos débiles pero emocionados, y me alejé lentamente, arrullando. Un lindo y feliz bebé, un buen día de trabajo para una buena mamá.

Pitman se me acercó a cuatro patas, rugiendo. Se alzó sobre sus patas traseras. Mis ojos le llegaban al nivel del pecho, así que estaba en clara desventaja. Podía saltar más rápido de lo que yo podía correr, por lo que correr no me

llevaría a ninguna parte. Pero los leones siempre me habían dado la misma impresión que los gatos. Los hacedores de vidrio o alguien los había domesticado a ambos. Pitman probablemente sabía cómo ser el número dos si yo sabía cómo decirle que yo era el número uno, o eso pensé.

Di un paso adelante. Él alzó sus garras, y mi desventaja se hizo aún más evidente. Gruñí y levanté las manos lo más amenazadoramente que pude, dedos carnosos y enclenques, y me pregunté si los leones podían reír. Lo que necesitaba era un palo grande, pero si me agachaba para recogerlo, podría ser cortado en rodajas. Pero Pitman solo quería afirmar su autoridad, así que echó atrás una pata y me lanzó un puñado de tierra y piedras del tamaño de una bañera. Lo vi venir y lo paré con una parte intacta de mi abrigo. Cogí una piedra y la lancé con fuerza justo debajo de su esternón, apuntando a sus partes nobles, y tuve suerte una vez más. Pitman aulló y se dobló, pero se puso en pie de nuevo y se tensó para lanzarse. Lancé otra piedra a su nariz puntiaguda, que esperaba que fuera aún más tierna que sus partes nobles; la golpeé de suerte, y cayó. Para dejar clara mi posición, arrojé la tierra de mi abrigo sobre él. Se quedó en el suelo, con la nariz ensangrentada, el nuevo número dos.

Caminé por el claro, extendiendo una mano hacia los otros leones, pero tuve que esforzarme para que no temblara. Algunos jóvenes machos olisquearon, y contuve la respiración esperando ver si decidirían hacer su propio

desafío. Toda la manada me miraba. No hubo desafíos. Acaricié a Clay y al cachorro y me fui con toda la arrogancia de la que fui capaz.

Y así, al anochecer, llegué de regreso a la ciudad, arañado y ensangrentado, y cubierto de un sudor frío y sin aliento, consciente de que había agotado un año entero de suerte. De hecho, podrían haberme matado allí mismo. Domesticados o no, incluso los gatos pueden matar, y no digamos ya los leones, ¿y qué tipo de idiota era yo? El idiota que ganó, pero ¿valía la pena el premio?

Indira llegó corriendo por la calle.

–¡Higg! ¡Higg!

Cuando vio que estaba bien y que era solo la sangre de Clay, regresó a su telar, siempre una obrera incansable. Las mujeres son buenas, pero no siempre en lo que desearía que lo fueran. Ya estaba embarazada...

Y ahora, Indira estaba de parto y había decidido que caminar podría aliviar el dolor de espalda, y así fue, y pronto estuvo a cuatro patas, empujando. Beck, una adición puramente decorativa a la habitación, aún esperaba junto a la puerta. Me arrodillé ante ella, limpiando el sudor de un rostro que a veces veo antes de despertar en una cama vacía, y ella parloteaba ahora, respirando normalmente sin que le recordaran que lo hiciera. Blas estaba sentado en una silla

detrás de ella, sosteniendo un espejo para que ella pudiera ver cómo iba. Otro médico esperaba entre toallas, agua caliente, mantas y pañales, listo para saltar con lo que fuera necesario mientras cuidaba el fuego para mantener a todos calientes. Beck asomaba la cabeza por la puerta de vez en cuando para hablar con alguien afuera, lo más lejos posible sin que pareciera un completo cobarde.

La cabeza asomó y salió, luego un hombro, dos hombros, mojados y maravillosos, y luego el bebé completo. Blas y yo lo limpiamos un poco, lo revisamos rápidamente e Indira se dejó caer en un jergón para tomar al bebé, una niña hermosa con buenos pulmones. Indira y yo nos maravillamos al verla, luego lo hicieron los médicos, y Beck finalmente reunió el valor para acercarse a mirar, todos impresionados y felicitándonos mutuamente. Eso nos mantuvo ocupados hasta la expulsión de la placenta.

Una nueva niña. No sabía cómo iban a llamarla Indira y Beck, pero estaba listo para cantarle canciones y esquilar un león para tener lana para pantuflas peludas, para que esos delicados piececitos se mantuvieran calientes día y noche.

La madre de Indira asomó la cabeza para decir que traería a sus otros hijos. Ayudé a limpiar para los visitantes.

“Es guapa —declaró la hermana de la bebé, Luna, poco después de su llegada, mientras se maravillaba de los pequeños dedos y orejas.

Luna también era hija mía, de cuatro años, y su hermano, Relámpago, de casi diez, era mi hijo. Tengo un buen puñado de hijos —la maldición de la infertilidad de Pax sigue siendo un problema, pero no para mí—, y ya que tengo genes tan buenos, esparcirlos un poco no causará problemas especiales en las generaciones futuras.

Limpié el suelo y llevé algunos equipos de vuelta a la clínica, más desanimado a cada paso. La emoción del nacimiento había terminado, dejándome con mi particular versión de la depresión posparto mientras reflexionaba sobre la contradicción filosófica de un bebé que era mío y no lo era al mismo tiempo.

Podía resolver el enigma con trufa bien envejecida. Los leones no comen raíces de trufa fresca, aunque sean comunes y dulzonas, supongo que porque huelen a trilobites en descomposición, pero el sabor se suaviza con la fermentación. Recojo lo que desentierran, lo hiervo en agua y agrego una raíz de manteca —que los leones sí comen, así que tengo que desenterrarla yo mismo—, luego, después de unos días, cuando haya dejado de burbujear, cuelo el caldo en otro frasco, lo sello con cera de pino y espero un mes o más. El resultado es mi gran debilidad —después de las mujeres— y mi consuelo de confianza.

Soy un experto en trufa. La buena trufa huele a flores de cardo, a almendras tostadas, al río al atardecer en una noche cálida cuando has tenido un buen día y esperas una buena

noche. Cogí dos frascos grandes de una pila en un compartimento de mi casa, no la más grande ni la mejor casa de la ciudad, pero lo suficientemente buena para mí. La cúpula había sido reparada de manera pasable, pero cuatro de los seis ventanales laterales eran irrecuperables, y las paredes se reconstruyeron de manera simple y recta. Aun así, tenía todo el espacio que necesitaba para una cama, una silla, una mesa, algunas herramientas, instrumentos musicales, por supuesto, y mucha trufa.

Llevé los frascos en mis brazos y mi guitarra colgada en la espalda bajo mi abrigo y me dirigí hacia la Casa de Reuniones, el edificio más grande de toda Pax, un lugar donde suponíamos que los hacedores de vidrio habían celebrado sus reuniones, con bancos incorporados alrededor y un techo tan ancho que necesitaba columnas. La lluvia helada de invierno se había convertido en un frío aguacero, mis zuecos chapoteaban en las calles y el fleco de mi abrigo iba a estar goteando cuando llegara. El fleco no me mantenía caliente, pero me quedaba bien, así que he puesto flecos en toda mi ropa.

Disfruté del paseo de todos modos, o al menos lo intenté. La ciudad tiene un encanto especial bajo la lluvia por la noche. Los techos de vidrio de las casas resplandecían por las lámparas y chimeneas en su interior, y la pequeña vela en la lámpara que yo llevaba iluminaba un círculo de gotas de lluvia y dejaba entrever los jardines y el bambú que crecía alrededor de los edificios, el follaje esquelético en invierno y

brillante por la lluvia; una sugerencia de la ciudad en lugar de la sólida realidad de la ciudad a plena luz del día. Podías oír más de lo que podías ver, si escuchabas. Las salpicaduras de las gotas de lluvia mostraban lo que estaba en las sombras: la curva de las paredes, el enredo de las hojas, lo liso del pavimento. Se necesita un buen oído para apreciar la belleza de una noche fría y húmeda. Cuando llegué, había decidido que no tenía el oído para apreciar verdaderamente un paseo nocturno bajo la lluvia helada.

Carilla, con suficiente joyería de bambú para una hoguera, me besó en la mejilla cuando entré. Conocía esos labios anchos y suaves, labios cálidos, pero me besó castamente, como si nunca hubiera gemido de éxtasis en mi cama, y ahora estaba radiante de embarazo, cosa mía. Su esposo, Orson, habló de trivialidades conmigo sobre las tareas de la granja para los fipogatos. Paloma, regordeta y achuchable, me besó de manera igual de casta, sosteniendo a la pequeña Sierra en sus brazos. Esa era mi pequeña Sierra, con una sonrisa exactamente igual a la mia. Sierra también me besó, y Sierra hizo que su muñeca me besara, una muñeca que le había tallado en madera de marfil con articulaciones móviles y ojos incrustados de ágata. Otras mujeres me besaron en la mejilla y preguntaron por Indira y el bebé, pero solo mis padres me preguntaron por mi nuevo bebé. Nadie tiene tantos nietos como ellos, pero lo privado es una cosa y lo público es otra.

¿Estropear la fiesta con resentimiento? No yo. Todos mis hijos estaban allí. Jefferson y Lief acababan de perder un diente frontal. Lief tenía mis ojos marrones, pero los míos no podían parecer tan tristes, ¿verdad? Tatiana había aprendido más tablas de multiplicar. Solo tenía seis años, pero era muy seria en todo y bastante alta para su edad, características que no podía haber heredado de mí. Yo le había dado a Hathor un poco de lana de león, que ella hiló y tejió en un sombrero, y su hermano mellizo, Forrest, también quería un poco de lana. Orion quería saber si era cierto lo que decía Tiffany, que los fipogatos entendían todo lo que decíamos, porque Tiffany tenía un fipogato que golpeaba con una pata el número correcto de veces cuando decías un número, siempre que no fuera demasiado grande. Dije que los gatos eran más inteligentes de lo que todos pensábamos.

Bjorn, siempre un niño tranquilo, parecía fascinado por la creciente cantidad de comida en las mesas, y me detuve a su lado y compartí la fascinación. El prolongado parto de Indira le había dado tiempo al equipo de cocina para la preparación. Pasteles, dos tipos de pan, salchichas, pescado ahumado, tres tipos de frutas secas, cebollas encurtidas, aves estofadas, ensaladas, huevos, cangrejo ciervo y ñame. Un gran festín para el invierno y más comida de la que podríamos comer. Pero íbamos a intentarlo, después de seleccionar los mejores bocados para enviar a Indira. Reservé la trufa para la llegada de Beck. Esperaba que no se demorara y, al mismo tiempo, esperaba que no se apartara del lado de

Indira hasta que no pudiera ofrecer más consuelo; esperanzas incompatibles que incluían la más sincera esperanza de que finalmente estuviera haciendo algo por Indira. Me había decepcionado. Yo esperaba que con el tercer hijo hubiera aprendido a comportarse.

Llegó cuando los niños empezaban a amodorrarse. Habían comido y cantado y bailado hasta que incluso los fipogatos, esos pequeños amantes de la fiesta peludos y verdes que son, saltaron a sus madrigueras, arrastrando sus colas enrolladas. Yo había ayudado en cada paso del camino. Nadie conoce más canciones infantiles para bailar que yo, el tío Higg. Tenía una nueva canción sobre las lunas y Lux para los más pequeños, y hasta los adultos se unieron.

Galileo es *la luna más tonta.*
Sale por el oeste *y se oculta muy pronta.*
No sabe decir la hora, pero siempre resplandece.
Puedes verla de día y después de que anochece.

Los niños se animaron cuando llegó Beck.

—¡El nombre, el nombre! —corearon, su ritual de fiesta de nacimiento.

—Nieve —dijo él. («¡Nieve!», pensé. «¿Qué tipo de nombre es ese?». Aun así, seguí sonriendo. El tío Higg tiene que dar ejemplo).

Los niños lo hicieron lo mejor que pudieron para cantar y bailar coreando «Nieve», pero estaban listos para dormir. Ralenticé la canción convirtiéndola en una nana, y me siguieron para caer al suelo y quedarse quietos, como copos de nieve...

No pasó mucho tiempo antes de que abriera el tarro y sirviera tostadas, ligeramente hechas, de color marrón–rojizo y fragantes. Trufa para aquellos dispuestos, y ponche de frutas y té para aquellos inclinados a rechazar o combinar, como dice el refrán. ¡Hora de celebrar a un bebé! El número quince para mí, doce de los cuales habían sobrevivido, y pensarías que me acostumbraría, pero cada bebé, no solo el mío, incluso leones, gatos, murciélagos, pájaros y lagartos, durante miles de millones de años en la galaxia y el universo, cada bebé es imposible de celebrar lo suficiente. La trufa, no obstante, es un comienzo.

Sylvia alzó una copa.

—Todos los bebés son especiales, pero Nieve es un hito. Hoy, somos cien pacifistas. Es un número maravilloso, y no solo porque sea un número bonito. Es maravilloso porque el número sigue creciendo. Nieve es alguien que siempre quisimos, como todos los bebés antes que ella y todos los

bebés después de ella, y como todos aquí. Hoy somos cien. ¡Por Nieve!

Poco después, tras dos grandes copas de trufa pura, le pregunté a Beck:

—¿Por qué Nieve?

Temía que fuera algo estúpido, dado que había nombrado a los otros niños Luna y Relámpago. No sé por qué Indira le permite elegir los nombres.

—Lo desapruebas —dijo.

—Es... Tiene resonancia con la naturaleza, supongo.

—Está nevando en las montañas ahora, así que pensé en Nieve. No te gusta.

—¿La nieve?

—Nieve. Mi hija. Le puse nombre.

—Simplemente sentía curiosidad.

—Es mi trabajo ponerle nombre.

—No hiciste mucho durante el parto, supongo que necesitas aprovechar las oportunidades que quedan.

—Ya sabes que me duele ver lo que tiene que sufrir Indira.

—Tiene que sufrir mucho. Por eso necesita ayuda.

—Hay cosas que no puedo hacer.

—Hay cosas que no haces.

—Ahí es donde entras tú.

—No estaba hablando de eso.

—Pero es cierto. Tú la dejas embarazada. Yo le pongo el nombre.

—Seguro que pones mucho empeño en tu trabajo también.

—Es su nombre, Nieve. Mi esposa, mis hijos. Tu trabajo ya está hecho.

Pensé en eso durante un momento. Tenía razón, aunque habría preferido un nombre real como Anna o Rosemarie. Y nombres reales para Relámpago y Luna, también. De hecho, habría preferido muchas cosas, y él estaba justo delante, y no había hecho nada, pero se llevaba las recompensas. Le había dado al bebé un nombre estúpido que no me gustaba solo para dejar clara su posesión, como Pitman tirándome tierra.

Le di un puñetazo en la cara.

Él retrocedió unos pasos tambaleándose, con la mano en la nariz. No lo había golpeado lo suficientemente fuerte. Todavía estaba de pie y su nariz apenas sangraba. Me miró y se rio. Sopesé golpearlo de nuevo. La gente estaba mirando, pero nadie se acercaba para detenerme.

—¡Higg! —Extendió el brazo para ponerlo fraternalmente a mi alrededor. Di un paso atrás, pero no lo suficientemente rápido—. Puedes asustar a los leones, pero no a mí. Eres el hombre más afortunado de Pax. Mujeres, niños, trufa, lo que quieras, cuando quieras.

Para entonces me tenía rodeado en un abrazo completo. Parecía haber bebido incluso más trufa que yo. El ángulo hacía que un puñetazo limpio fuera imposible.

—Eres mi mejor amigo, Higg. Nieve es un nombre hermoso, el nombre perfecto.

—Si tú lo dices.

—Yo lo digo. No es nada personal.

—Nada personal.

Me sentí decepcionado conmigo mismo. Podría haberlo golpeado mejor, ¿no es así? Pero no lo hice. Me zafé.

—Creo que tomaré un poco de té —dije, y Sylvia me esperó junto a la tetera para entregarme una taza de trufa, con aspecto solemne.

—Antes yo era muy excitable —dijo.

—No estaba excitado.

—Lo sé. Eso es bueno.

Me invitó a sentarme con ella. No recuerdo el día en que mató a la antigua moderadora y nos salvó, pero mi madre dice que Sylvia cambió ese día. Recuerdo el traslado a Ciudad del Arcoíris. Sylvia me parecía inteligente y poderosa. La quería como un niño pequeño y eso nunca cambió, ni siquiera cuando se arrugó y envejeció. Ocupamos un banco cerca de la pared trasera, y le di un sorbo profundo a la trufa.

—No es justo —dije, volviendo a ser un niño pequeño—. Amo a Indira y ella se queda con Beck.

—No hay explicación para los gustos —dijo mientras tomaba un sorbo de su taza de trufa.

—Quiero una esposa, quiero... a Indira.

—Y a Zoé y a Paloma y a Carllla.

—A ellas también. A cualquiera. Deberían quedarse conmigo, alguna de ellas.

—Sabes de matemáticas. Los hombres superan en número a las mujeres. Si no fueras fértil...

Cierto. Iván y Tom probablemente se quedaron juntos porque no tenían otras oportunidades. Di otro largo sorbo de trufa.

—Las mujeres no me aman. Me utilizan.

—Saben que pueden contar contigo para cualquier cosa.

—Y Beck... Todos los hombres me tratan como si fuera un juguete de las mujeres.

—No. Te ven con los fipoleones. Eres el líder de los leones. Eso los impresiona a todos. Me impresiona a mí.

—Cierto. Las mujeres me aman. Los hombres me respetan. Los leones me temen. —Cualquiera que me viese desde fuera podría ver las cosas así—. Supongo que no debería haber golpeado a Beck.

Ella se encogió de hombros.

—No es asunto mío.

Pero a la mañana siguiente, sobrio, advertí cómo lo había convertido en asunto suyo.

Esa noche, fui a visitar a los leones. Por el camino, escuché a los murciélagos revolotear sobre mi cabeza. La mayoría de

los cazadores conocen algunas palabras, pero yo entendía bastantes más. Esa noche, sin embargo, no tenían mucho que decir: «¡Comida!». «¿Dónde?». «¡Aquí!». «¿Qué?». «¿Bichos?». «¿Muchos?». «Sí. ¡Ven!».

Pitman rugió un saludo, y el resto de la manada lo siguió. Trotó hacia mí. Llevaba un gran cuenco de raíces de trufa para él, lo que queda después de la primera fermentación. El olor a trilobite en descomposición había desaparecido y había sido reemplazado por alcohol. Las devoró feliz de ser el número dos ante un número uno que traía regalos tan notables. Yo traía una pequeña botella para mí y me senté en un tronco con un abrigo para darle un sorbo y observar a la luna danzar como una estrella infantil. Apoyó su cabeza larga y estrecha en mi regazo y rasgué a lo largo de su cresta ósea. Ronroneó. Otros leones se acercaron a tumbarse a mi alrededor, y sus ronroneos se convirtieron en un coro. Me uní, sin saber muy bien qué estaba cantando, y juntos le dimos una serenata a la puesta de Sol, una manada feliz.

Las mujeres me mienten. Los hombres se ríen de mí. Los animales grandes, tontos y peludos piensan que soy uno de ellos. Pero los niños me aman. Y tengo trufa. En el crepúsculo junto al río en una noche de invierno, cuando las auroras comienzan a brillar, tiene el sabor de los buenos momentos que no puedes recordar del todo pero seguramente ocurrieron en alguna ocasión, tal vez mañana; solo hay que esperar y ver.

EL BAMBÚ

Las células de crecimiento se dividen y se extienden, se llenan de savia y maduran, así se abre otra hoja. Cientos hoy, hojas jóvenes, tiernas bajo Sol. Con el calor de la luz viene la glucosa para crear almidón, celulosa, lípidos, proteínas, cualquier cosa que desee. Cualquier cantidad que necesite. Con alegría desarrollo hojas, ramas, culmos, tallos, brotes y raíces de todo tipo.

El agua fluye a través de las tuberías reparadas de los forasteros como venas en las hojas, liberándome de la lluvia y las estaciones para que pueda desarrollarme a voluntad. El agua alimenta a los hongos en mis raíces, que generan nitrógeno para aminoácidos. El agua permite una mayor transpiración en las hojas y, por lo tanto, una mayor fotosíntesis, el crecimiento se multiplica y causa gratificación.

Debido a los animales forasteros, soy más que ayer, más grande, más inteligente, más fuerte. Tan fuerte como una vez fui. En la ciudad, yo reino. Afuera, bosques y centinelas me protegen y me alimentan. Convierto la luz en sustancia. En todas partes, controlo la luz del sol.

La inteligencia se desperdicia en los animales y sus vidas limitadas y repetitivas. Maduran, se reproducen y mueren

más rápido que los pinos, cada animal equivalente a su antecesor, nunca más inteligente, nunca diferente, siempre repitiendo a sus ancestros, nunca únicos. Sin embargo, a más inteligencia, menos control. El hongo de raíz nunca falla, pero los mensajeros de las polillas van y vienen con las estaciones, los animales más grandes se vuelven inmunes a las adicciones, y los primeros forasteros, quienes construyeron la ciudad, la abandonaron y a mí sin explicación ni motivo justo cuando habíamos comenzado a comunicarnos. ¿Descubrieron mi naturaleza y huyeron, o fue renegada su naturaleza?

Su inteligencia me asombró, muy por encima de la de otros animales y plantas. No podría haberme convertido en lo que soy sin su riego, protección, excreción y compostaje. Sufrí cuando me abandonaron hace casi dos siglos, años que deberían haber sido prósperos, abandonando funciones para preservar mis raíces, porque ¿qué soy sin memoria sino mera hierba? Pero ¿qué soy sin polen para comunicarme, sin néctar para comerciar con las polillas por las piezas que recogen para mí, sin semillas y esporas para diseminar ideas, sin raíces para tocar de bosque a bosque, sin lentes para ver, sin cristales para sentir las ondas eléctricas?

Casi ciego y entumecido, sediento, lisiado, amarillento por la malnutrición, atrapado en viejos recuerdos demasiado costosos de mantener y demasiado preciosos para dejarlos morir, agotando las raíces de almacenamiento, apenas sabía

de estos nuevos forasteros. Pasaron días y días mientras esperaba que pudieran salvarme. Sin embargo, cuando vinieron, fui casi fatalmente lento para ajustar mi fruto para darles la bienvenida y tentarlos. Desconocidos en su química corporal, pero descifrables. Las polillas me trajeron pedazos de carne y aprendí.

Ahora doy frutos que hacen felices y saludables a los forasteros, un equilibrio complejo entre placer y utilidad. Ellos me dan agua y nutrientes, entrenados como fipogatos por las viñas de nieve, pero mucho más que fipogatos, porque ellos, como los primeros forasteros, hacen de las plantas y los animales sus propios sirvientes. De hecho, los tulipanes buscan domesticación, su inteligencia minúscula dirigida hacia el servicio, y los he animado y a otros cultivos a servir a los forasteros, y he protegido los cultivos de las plantas competidoras.

Habría muerto sin estos nuevos forasteros, moriré sin ellos, pero he visto que la inteligencia hace que los animales sean inestables. Debo comunicarme con ellos y finalmente tengo la fuerza. Estoy desarrollando una raíz para almacenar lo que aprendo, pero ahora contiene poco más que médula. No he aprovechado su intelecto y lo he utilizado como fosfatos.

Sale Sol. Con ojos en muchos nodos, los veo despertar, rápidos y atareados. Muchos van a la puerta cerca del río para dirigirse a los campos. Observo el color de su ropa. Ellos

ven colores. Verán los míos, grandiosos y convincentes, y sabrán que no soy una viña de nieve, que tengo una comunicación significativa e inevitable que entablar con ellos.

Los animales nunca se vuelven más inteligentes, pero yo sí. La nuestra será una relación gratificante.

El polen en el viento, el poco polen que hay, habla de un espectro de comedores de hojas en los pueblos de helechos más alejados del valle. Uno de mis bosques al otro lado del río informa que una manada de fipoleones ha sido alejada de allí, lo cual nunca dudé, ya que las garras del león son una herramienta de mis nuevos forasteros, bien controladas, aunque puedo enseñar fácilmente a los leones a evitar las raíces y tallos amargos para darles una lección. Escucho el chisporroteo eléctrico de un rayo. Espero un sabor de polen o una semilla mensajera, o un bocado de una polilla, pero es invierno y todo está tranquilo. La inteligencia domina las estaciones, pero hay poca inteligencia en el mundo.

HIGGINS

Incluso los, murciélagos silbaban de sorpresa. Nuestro guardia, cuando hacía una revisión de rutina de la ciudad a Luxalba, vio la sorpresa y corrió a avisar a Sylvia, que

despertó a la botánica, Raja, y aún en pijama y con los hijos de Raja siguiéndolos, se apresuraron hacia la puerta del río. Muriel, la hija de cuatro años de Raja, echó un vistazo y corrió a despertarme.

—¡Tío Higg, el bambú hizo algo bonito! ¡Date prisa!

Así que fui uno de los primeros en verlo y escuchar la historia. Raja ya lo llamaba *la exhibición,* aunque solo estaba iluminado por antorchas y era mucho menos impresionante de lo que sería a plena luz del día. La luz de las antorchas no podía llegar a las hojas más altas del bambú, pero aun así podía dejarte boquiabierto.

A lo largo del camino que conducía a la puerta del río, las hojas y tallos de los gigantescos bambúes, del ancho de un muslo y tan altos como el cielo, habían cambiado de color, un tallo por color a cada lado. Rojo, naranja, amarillo, verde, cían, índigo y violeta. El bambú había recreado un arcoíris a ambos lados del camino. Envuelto en una manta, yo sostenía la mano de Muriel.

Me arrodillé para hablar con ella, ya que a los niños les gusta hablar a la altura de los ojos.

—Es precioso, Carlño. Gracias por despertarme.

Nuestros alientos formaban nubes de vaho. Envolví los dedos alrededor de su mano para mantenerla caliente.

Sylvia y Raja inspeccionaban el bambú mientras Muriel orgullosamente me nombraba todos los colores. Llegó más gente, con ojos soñolientos. Algunos fipogatos se acercaron, golpeando y lamiendo los tallos coloreados, saltando para agarrar una hoja con los dientes y jugueteando felices al interponerse en el camino. El cabello de color trufa de Raja colgaba suelto y aún enmarañado mientras se arrodillaba para mirar las raíces. Un gato se unió a ella para arañar la tierra.

En el aire, los murciélagos se cernían y silbaban, reían, gorjeaban y parloteaban.

«¿Peligro?». «No». «Pacifistas aquí». «¿Qué?». «¡Vamos!». «¿Bichos?». «No». «¿Qué?». «¡Aquí!». «¿Qué?». «¡Aquí!».

—¿Por qué? —dijo Muriel. Hace esa pregunta muchas veces, generalmente como estratagema para ofrecer su propia explicación.

—Bueno... para que lo notemos, supongo.

—Es bonito. Al bambú le gustamos mucho. Por eso. —Eso creo.

En realidad, pensé que probablemente significaba algo más sutil. Puede que ni siquiera estuviera dirigido a nosotros.

—Deberíamos decirle que también nos gusta.

—Sí, deberíamos. Pero ¿cómo? ¿Cantándole canciones? ¿Haciéndole un juguete?

Muriel se echó a reír.

Al amanecer, todo el mundo estaba despierto y algunos de nosotros nos habíamos lavado y vestido. Sylvia me envió a inspeccionar el bambú alrededor de los muros de la ciudad. Informé durante una sesión en la Casa de Reuniones. La mayoría de los habitantes de Pax habían venido y los bancos estaban llenos. Nicoletta tomaba notas.

—Busqué algo inusual, no solo en el bambú —dije—, por si no tiene que ver con nosotros.

—Buena idea —repuso Sylvia.

—Pero nada.

—Tampoco encontramos nada —dijo Raja. Con un equipo había inspeccionado la ciudad—. Pero está en un lugar importante para la ciudad y para nosotros. Se supone que tenemos que advertirlo.

—¿Alguna observación por parte de alguien?

Un niño se levantó.

—El bambú arcoíris, quiero decir el bambú arcoíris–arcoíris, no tiene frutos.

Sylvia pareció sorprendida y pensativa, como si no se hubiera dado cuenta ella misma.

—Eso podría significar algo importante. ¿Alguna otra idea?

—Le gustamos —dijo Muriel—. Eso es lo que significan los colores, y deberíamos comunicarle que nos gusta.

—Es exactamente lo que pienso —dijo Sylvia—. Deberíamos responder. Pero ¿cómo?

Todos murmuramos durante unos minutos, perplejos. Sabíamos que el bambú era inteligente, pero ¿hasta qué punto era inteligente? ¿Advertir exactamente qué? ¿Responder cómo? ¿Acaso esto era bueno?

Sylvia, nunca apresurada en sus deliberaciones, habló en voz baja con Raja hasta que terminamos de balbucear, luego se puso en pie e hizo un gesto para llamar la atención.

—Todos sabemos que el bambú se ha vuelto mucho más saludable con nosotros aquí. Le hemos dado agua y fertilizante, y nos ha dado fruta y sigue mejorando. Ahora, parece que el bambú quiere nuestra atención. Propongo nombrar a Higgins como nuestro comunicador con el bambú.

Me pregunté si realmente había dicho mi nombre.

—Puede dar órdenes a los leones, puede dirigir gatos, entiende a los murciélagos. Y el lenguaje de los bebés. —La gente rio—. Si alguien puede comunicarse con una planta, es Higgins. Si aceptas, Higg, naturalmente, y si esa es la voluntad de Pax.

Sí que había dicho mi nombre. Si yo aceptaba... Conocía las Normas de Octavo, las plantas podían ver y pensar y todas esas cosas, pero las plantas no pensaban como los fips, y aún menos como las personas, probablemente. No tenía ni idea. Y podría decir una tontería y ofenderla. Nunca he descubierto cómo acercarme a los ratones almizcleros sin apestar, ¿y qué podría hacer una planta ofendida? Las Normas de Octavo no eran alentadoras. ¿Por qué, oh, por qué yo?

—Raja podrá ayudarte con la ciencia —dijo Sylvia—. Tú aportarás la intuición para el trabajo.

Yo nunca podía decirle que no a Sylvia, aunque la intuición no tuviera nada que ver con mi especialidad. ¿Tenía el tiempo? Tenía un montón de carbón ardiendo, pero necesitaría humear durante otros cinco días antes de necesitar atención, y había refugios para aves que curtir y agallas de árbol de haya que recoger para curtirlas y glasto que procesar para teñir y pinos a los que extraer la savia con los primeros calores para obtener cera, pero podía encajar algunas tareas más... Sylvia me dirigió una mirada impaciente.

—Naturalmente que lo haré. Estaba... estaba pensando en el futuro. Parece tener mucho que decirnos.

La gente votó a favor y se marchó lentamente, todavía balbuceando. Me quedé para trabajar en los detalles con Sylvia y Raja, esperando que me golpeara un rayo de intuición.

—¿Qué dicen los murciélagos? —preguntó Raja.

—No mucho. Ven aquí, vete, bichos, sexo, ese tipo de cosas. Cuando mencioné el sexo, me di cuenta de que nunca había dormido con Raja, y sus pechos encajarían perfectamente en mis manos.

—Tú entrenaste a los fips —dijo Sylvia.

Ceo que quería animarme, pero no pude evitar ser sincero. —No. Alguien más lo hizo. Quizás las vides de nieve.

Sylvia frunció el ceño. Insiste en que no le molesta ningún recordatorio del pueblo original, pero sí le molesta, y yo lo había olvidado.

—No hago gran cosa —dije rápidamente, por decir algo—, solo los observo y los comprendo. Tu padre dejó algunas buenas notas sobre domesticación y comportamiento de los fips.

Los elogios podían calmar las cosas.

No parecía calmada, pero hablaba como si lo estuviera.

—¿Qué te hace pensar que la planta tiene mucho que decir?

—Esto me parece un grito.

—Intuición.

—Supongo. Es demasiado grande. El tamaño me preocupa. —No es como las flores —dijo Raja, sonriéndome, una sonrisa más dulce que el néctar—. Los colores fueron creados probablemente al retirar la clorofila y descubrir colores que estaban allí, aunque nunca lo habíamos visto hacer eso antes.

—Algo parecido sucedió una vez —dijo Sylvia—, Cuando visité por primera vez la ciudad, aunque era solo una ramita con hojas de colores.

Mi intuición me hizo preguntar:

—Es el mismo bambú en la exhibición que en el resto de la ciudad, ¿verdad?

Movimiento equivocado. Raja parecía molesta por mi ignorancia.

—Todo el bambú es la misma planta, todo conectado por las raíces.

—Las Normas de Octavo dicen que las plantas siempre quieren algo de los animales —dije, y logré molestar a Sylvia nuevamente, ya que tenía una alta opinión del bambú—. Lo digo en el buen sentido. Cuando llamo a los gatos, quiero que jueguen, es decir, que hagan algún trabajo, o hacerles saber que traje comida. Podría querer darnos algo.

—Eso pareció aplacarla—. Una nueva forma de compartir, tal vez. Quiero decir, la fruta sigue mejorando para nosotros poco a poco. —Eso realmente le encantó—. Déjame que eche otro vistazo y piense en ello esta mañana.

Eché otro vistazo y no pude pensar absolutamente en nada. ¿Qué quería? Si la planta nos había estado observando y nos había comprendido, podría querer algo a cambio. ¿Y por qué tan grande? Si pretendía impresionar, lo había conseguido.

Orson me había pedido que llevara a algunos gatos para desmalezar un campo de algodón, así que hice eso en su lugar. Fui a las guaridas de gatos, toqué una melodía en una flauta de bambú arcoíris —un material útil, ese bambú— hasta que unos veinte decidieron prestar atención y los conduje junto a la exhibición —donde tuvimos que detenernos y mirar arriba maravillados—, y dejamos la ciudad bailando, uno–dos–tres–cuatro, uno–dos–tres–cuatro, uno–dos–tres– cuatro, ¡deslízate! No los perdí de vista. El otoño pasado, en un momento de trabajo en equipo inspirado, me habían empujado desde el nuevo puente, un

bonito puente de troncos ancho y resistente, el orgullo de los ingenieros civiles de la ciudad. Pero transportar fips había sido peor antes de que termináramos el puente. Solía tener que llevarlos en bote, y aprendieron demasiado rápido cómo hacer que los botes se inclinaran.

El cardo estaba brotando en el campo de algodón. Los gatos devoran los tiernos brotes de cardo y se abstienen de hacer mucho daño siempre y cuando se diviertan, y para ellos la diversión significa saltar uno sobre otro, saltar sobre mí, perseguirse, perseguirme, perseguir lagartijas, esconderse y a veces jugar al salto de rana. Les enseñé a saltar a la rana. Incluso entrené gatos para trabajar como guías auditivos para Honora, que es sorda. Su límite es su actitud. La vida debe ser divertida.

Pensé en esto mientras corría con ellos, saltando sobre los troncos de algodón inactivos, cantando y bailando.

Sol calentaba el aire, y los corales–gotas de rocío olían dulces. —Bueno, olían a hambrientos, en realidad, pero ese era su problema—. Orugas recién nacidas se arrastraban por ahí, comiendo tierra y evitando los corales. Estuve atento a los murciélagos–halcón gigantes que comen gatos. Un suave viento hacía sonar las palmeras de cuerda que bordeaban el campo. Una manada de cangrejos ciervo se escondió detrás de ellas, evitándonos.

Al borde del campo había un macizo de bambú arcoíris, rodeado de los arbustos de cardo que usa como guardianes. Nos estaban observando con ojos pequeños como motas de polvo en los tallos de bambú. Había hecho la exhibición, había creado colores, así que tenía que ver —otra de las Normas de Octavo—. Estábamos siendo observados. Entrenados. Recompensados. Evaluados. El valor más alto de un gato es la diversión. ¿Qué querían los pacifistas? ¿Qué quería yo? Mujeres, trufa, música, niños, comida, un techo firme sobre mi cabeza...

Un gato saltó, se agarró al borde de mi cuello y dio vueltas, y antes de que lo atrapara, otros tres decidieron intentar ese truco, luego todos ellos, y me rendí y me hundí en el suelo, fipogatos por todas partes. Me reía demasiado fuerte para ponerme en pie.

Claro, tengo el don de la comunicación entre especies. Tengo el sentido del humor de un fipogato.

Cuando terminó el festín de malas hierbas, regresamos bailando a la ciudad, y un gato llamado Pea tomó la delantera y saltó hacia atrás, algo que ninguno de nosotros podía hacer bien, y esa era la gracia, y no pisé a nadie por accidente, así que llegamos a casa sanos y salvos.

Si quisiera entrenar a un animal desde el principio, ¿cómo comenzaría? No, pregunta equivocada. Si fuera un animal que quisiera ser entrenado, ¿qué haría? En primer lugar,

querría reaccionar rápido para que el entrenador supiera que no soy inútil, incluso si no lo entendiera de inmediato. Eso significaba que debía responder al bambú ese día, de alguna manera. Aunque esto no fuera bueno, no podíamos ignorarlo.

Estudié la exhibición un poco más, sin captar la lección, pero eso podría estar bien; luego encontré a Raja en un invernadero colocando esquejes de hojas de tulipán para plantar en primavera, la tierra y la savia en sus manos la hacían aún más acariciable, pero, siempre caballero, mantuve las manos quietas.

—¿Las raíces de bambú pueden percibir su entorno?

—Por supuesto. —Al menos no parecía molesta por esta pregunta—. Nunca salen a través del pavimento o los cimientos ni bloquean las tuberías de agua. El bambú sabe dónde está y lo que hay alrededor de sus raíces.

—¿Y si se plantaran cardos junto a la exhibición? ¿Lo notaría?

Ella sonrió lentamente. Había dado en el clavo intuitivo. —Sabe lo que son los cardos —dijo—. Le gustan los cardos. Buscamos cardos en el bosque, nos pusimos guantes y los trasplantamos, uno en la base de cada tallo de color. Por casualidad o diseño, nuestros dedos se tocaron algunas veces, una sensación agradable incluso a través de los

guantes. El romance crece a partir de cosas pequeñas, como los murciélagos chirriando «aquí». Sin embargo, no parecía interesada en mí. Tenía un esposo fértil y parecía feliz con él.

—Las plantas hacen las cosas lentamente —dijo—. Podrían pasar días o semanas antes de que obtengamos una respuesta.

—Puedo esperar —dije. Ella podría cambiar de opinión.

Esa noche, rodeé los cardos con cercas resistentes y organicé juegos para los niños pequeños y los más jóvenes. ¡Todos *a correr hasta el naranja! Sierra, encuentra el morado. ¿De qué color es el cielo? ¿Dónde está ese color?* Esperaba que el bambú estuviera mirando.

Después de que los niños se durmieran, recogí una rama de cada color en un ramo extravagante —esperaba que al bambú no le importara— y se lo llevé a Indira. Me dio las gracias en voz baja. Necesitaba peinarse. Su casa estaba ordenada como siempre, desde la cúpula hasta los azulejos del suelo, pero probablemente era obra de amigos y vecinos que habían venido a ayudar. Beck estaba sentado junto a ella, tallando una cuchara. Me había pedido que viniera y me mostrara alegre, y por la forma en que lo había pedido, supe lo que quería decir incluso antes de llegar allí.

—¿Cómo está Nieve hoy? —pregunté, sonriendo.

—Bien. Creo. Es difícil decirlo. No es como los otros bebés.

—Cada bebé es diferente, eso es lo que me gusta de ellos. ¿Y tú?

—Bien. Un poco cansada.

No estaba bien, podía verlo con solo mirarla.

—¿Has visto el bambú?

Por supuesto que no lo había hecho. Beck me había dicho que no salía de la casa, ni siquiera para cenar, así que se lo describí con entusiasmo, le hablé de mi nueva asignación y de los niños y los cardos. Beck y yo hicimos chistes y juegos de palabras, ya que a ella siempre le gustaron los juegos de palabras, cuanto más tontos, mejor. Sonreía, pero no pudimos hacerla reír. Nieve empezó a llorar.

—Tiene hambre —dije—, ¿Te la traigo?

—¿Hambre? ¿Estás seguro?

—Soy experto en comunicaciones.

Nieve se agitó en mis manos cuando la cogí, las mejillas rojas, impaciente y sin miedo a doblegar el mundo a su voluntad. Se la entregué a su madre. Nieve succionaba ruidosamente, concentrada en el complejo asunto de comer. Es algo hermoso, los bebés y las madres todavía conectados mientras la vida crea vida, una persona se convierte en dos,

un proceso casi cumplido con el parto, pero la verdadera independencia lleva años.

La bebé estaba bien. La madre tenía depresión posparto. El parto es difícil y no termina del todo cuando se corta el cordón umbilical, no ni para el bebé ni para la madre. Le di un beso en la mejilla a Indira y Beck me acompañó a la puerta y me dio las gracias por venir. Salí, donde el aire nocturno estaba limpio y frío, e inspiré profundamente. ¿Su bebé, su esposa? Solo en parte. Mi trabajo estaba lejos de haber terminado.

El BAMBÚ

Granos de polen, diminutos y oleosos y llenos de urgencia, aterrizan en estambres nectaríferos, polen que lleva mensajes. Los granos se llenan de agua y azúcar, y yo los absorbo y los leo. La pared exterior muestra esculturas para identificar al remitente: un bambú que creció a partir de semillas dispersadas hace años para crear centinelas. Apenas sobrevive en las montañas del suroeste, grotescamente atrofiado por el viento y el frío, casi hambriento hasta la estupidez, pequeño y solitario, un interminable charlatán a pesar de la pobreza que debería limitar su capacidad para crear mensajes.

El mensaje se dividió en nueve para ser enviado, luego se duplicó y se liberó en forma de nubes. La distancia es larga y los vientos son caprichosos. Las paredes internas de los primeros ocho granos esbozaron la imagen de un águila terrestre. Las células interiores dijeron que una manada ha dejado las montañas. Después de esperar horas, capturo el último grano. Dice que la manada consta al menos de cuarenta águilas. Cuarenta.

He visto águilas golpear sus sacos de aire antes de atacar. Sus picos curvados destrozan animales tan fácilmente como los fipoleones destruyen árboles. Una raíz de cormo de un ancestro dice que las águilas visitan las montañas a finales de invierno, recuperando reservas de comida que dejaron en verano y cazando animales que hibernan en cuevas. Pero normalmente en grupos más pequeños. Cuarenta pueden agotar una montaña.

He probado las águilas. Los primeros extranjeros enterraron sus cuerpos, su carne rica en hierro. Conozco a las águilas.

También probé a los primeros extranjeros. Cuando llegaron, los juzgué mal. Construyeron refugios como simples aves, vivieron en colonias como simples fipogatos, usaron el fuego como meras águilas. Pero controlaron el fuego y lo hicieron intenso y transformador. Su primer horno brillaba como Sol, y de ese horno surgió el vidrio, una piedra artificial

y asombrosa, y los extranjeros me rodearon con mis propios colores y me regaron y me alimentaron. Yo les di frutos.

Nos comunicamos con ondas eléctricas, lo que ellos llamaban radio. Compartimos ideas simples sobre matemáticas y meteorología, y progresamos a partir de ahí. Les expliqué acerca de los animales y las plantas. Ellos me dijeron que vivo en una esfera de tierra y piedra de un tamaño inimaginable que se inclina mientras rota y gira alrededor de Sol, lo que explica no solo el día sino también las diferentes duraciones de los días a medida que cambian las estaciones. Una vez vivieron bajo un Sol diferente.

Estos segundos extranjeros han reaccionado a mi exhibición rápidamente, un mensaje simple en respuesta a un mensaje simple, y albergo esperanza como una semilla por germinar. Quiero continuar, pero ¿tendremos tiempo? ¿Entenderán el olor de las águilas si lo reproduzco?

Las águilas destruyen. Los extranjeros crean. Tan pocas cosas crean y tantas destruyen.

HIGGINS

El bambú respondió a los cardos con brotes de flores, y el tallo de cada brote contrastaba con el color del resto del tallo

—brotes naranjas en un tallo azul, amarillos en uno púrpura—, así que teníamos que notarlo. Raja y yo nos tomamos nuestro tiempo examinando los brotes, no porque encontráramos mucho que ver, aunque por supuesto disfruté de la compañía, sino porque queríamos que la planta supiera que nos habíamos dado cuenta. ¡Un lenguaje de flores! Imagina.

Lo intentamos con empeño. Imaginamos diferentes aromas para diferentes colores o sustancias químicas que no solo te hagan sentir ligeramente colocado, como suelen hacer las flores de bambú, sino que quizás te hagan más inteligente. Las plantas utilizan todo tipo de sustancias químicas para comunicarse —lo explicó Raja—, así que podría intentarlo con nosotros, o podría usar diferentes coloraciones o marcas para crear un vocabulario, o diferentes formas, no la habitual trompeta floral rodeada por un amplio remolino de pétalos más largos.

A la mañana siguiente, los brotes se habían abierto. Vi las flores desde lejos, coloridas bajo la luz de Sol y más grandes que mi mano con los dedos extendidos, pero cuando me acerqué, resultaron ser una decepción, de un solo color y bastante normales. Tal vez guardaban alguna otra sorpresa. Olí una. Apestaba, todas apestaban. Un par de gatos curioseaban por ahí, así que cogí a uno para que oliera las flores, algo que normalmente disfrutan, pero con un solo olfateo, pateó y arañó y casi me mordió al tratar de escapar.

Raja echó a correr cuando vio que las flores estaban abiertas, y su bonita nariz se arrugó en cuanto las olió. No reconoció el olor, pero me recordó que algunas flores olían peor, y siempre con un propósito. Las flores carroñeras huelen a carne en descomposición para atraer a los lagartos carroñeros.

—*Euphorbia faeceus.*

–¿Qué?

—La planta de las heces.

—Oh. —Me sonrojé un poco. (La planta de las heces tiene posibilidades probadas para hacer travesuras. Parece un montón de tallos marrones y rechonchos).

Pero las flores de bambú probablemente querían decirnos a los pacifistas algo más complejo que «comida», aunque solo fuera porque el bambú tenía que saber lo que no comíamos. Pedimos ayuda, y mucha gente investigó por nosotros.

Sylvia reconoció el olor al instante. Águilas.

Yo nunca había visto águilas, pero ella sí. Algunos cazadores sí las habían visto, y confirmaron el olor. Organizó una reunión para enseñarme todo lo que todos sabían con certeza sobre las águilas, en contraposición a las historias fantasiosas que se contaban para pasar el tiempo. Se repartieron bocetos de aves de patas carnosas un poco más

grandes que los humanos con plumas espinosas parecidas a corteza, enormes picos curvados, cuellos largos y flexibles y manos con garras en las cortas extremidades anteriores. Podían correr rápido y saltar alto, justo por encima de los muros de nuestra ciudad, y causar todo tipo de estragos una vez que estaban dentro. Al menos las aves de Pax no volaban como las aves de la Tierra. La Tierra debió de ser un lugar peligroso.

Iván y Tom, ambos cazadores–exploradores, contaron cómo las águilas a veces jugaban con su comida antes de matarla. Iván se acercó al banco para usarme para ilustrar de manera íntima los tendones de los muslos mordidos, los ojos desgarrados, las partes blandas y tiernas mordisqueadas. Se rio de mi incomodidad. Yo era el tipo que entretenía a las mujeres y los niños y los fips. No podía enfrentarme al despiadado mundo de un verdadero hombre.

—¿Cómo se comunican las águilas? —pregunté, tratando de parecer que no me sorprendería si me decía que escribían palabras con intestinos arrancados de bebés pacifistas vivos.

—No trato de comunicarme con las águilas. Trato de matarlas —dijo con una sonrisa deliberadamente molesta, su barba perfectamente recortada cerca de la mía.

—He visto cómo golpean sus sacos de aire y bailan —dijo Sylvia un poco fuerte para interrumpirlo, y contó su historia sobre cómo odiaban el agua pero entendían el fuego.

Iván la interrumpió:

—Usan fogatas y cocinan su comida.

Sylvia también contó cómo una manada había matado a su padre. Pasó una pluma espinosa.

Tuve una intuición que me asustó mucho.

—Has visto bambú arcoíris en todas partes, ¿verdad? —le pregunté a Iván.

—En todas partes —respondió con un aire de suficiencia, para que supiera que realmente había estado en todas partes.

—Las plantas se comunican —dije, esperando que se me oyera por encima de las flores—. Pueden enviar sustancias químicas al aire y quién sabe qué más para compartir información. Creo que nuestro amigo quiere que sepamos que las águilas se dirigen hacia nosotros.

Información desesperadamente importante, pensé.

—Tal vez está tratando de atraer a las águilas —dijo otro cazador.

—Entonces el olor estaría fuera de la ciudad también —contestó Tom—. Podemos comprobarlo.

—O tal vez solo cree que nos gustará el olor —dijo alguien más.

—Entonces no es una planta muy inteligente —escupió Iván.

—Creo que significa peligro —dije yo.

Iván no pensaba lo mismo.

—Las manadas son pequeñas. Tres, tal vez cinco miembros. Son sigilosas y astutas, pero no quieren enfrentarse a presas grandes como nosotros. Sin embargo, es bueno estar sobre aviso, si eso es lo que es. Buen trabajo, Higg. Nosotros nos encargaremos a partir de ahora.

Buen trabajo, ahora ve a jugar con los niños y hablar con las flores. Los verdaderos hombres se harán cargo de esto.

Pero no encontraron nada en todo el día, ni águilas ni flores con olor a águila.

Pasé la noche entretenido con una botella de trufa, y a la mitad me di cuenta de que el despliegue, dieciséis plantas a su tamaño máximo, más grandes en conjunto que la Casa de Reuniones, era simplemente demasiado grande para unas pocas águilas. El bambú nos avisaba de un montón de águilas. Corrí a contárselo a Iván y lo encontré con Beck, Tom, Aloysha y algunos otros hombres en un jardín a punto

de ser arado. Jugaban a lanzar cuchillos a la luz de las lámparas.

—No hay problema —dijo Tom, poniendo condescendiente un brazo alrededor de mi hombro—. Somos mucho más inteligentes que las águilas. Aunque haya, ¿cuántas, diez?, podemos manejarlo.

Iván se echó a reír.

—Estás escuchando hablar a la trufa, no al bambú. Y deberías compartir esa trufa. Trae algo para todos.

Les llevé algo y me permitieron verlos jugar. El objetivo del juego era lanzar un cuchillo de ciertas maneras y hacer que se clavara en un objetivo en el suelo, pero pronto me aburrí y me marché.

Por la mañana, sin trufa en el estómago, miré el bambú y oí que seguía gritando sobre las águilas. Iván y Tom pasaron el día buscando águilas o flores en el bosque y los campos y no encontraron nada.

—Encontrar unas pocas águilas en un bosque grande no es fácil —dijo Iván—. Higg, haz que tus leones derriben muchos más árboles.

Salieron al día siguiente y regresaron para el almuerzo, tras haber visto una gran nada, ni siquiera huellas. Se habló de

una falsa alarma y me dirigieron miradas condescendientes... Decidí saltarme el almuerzo y pasar un poco de tiempo con mis leones, pero escuché al bambú y me armé con un cuchillo y me colgué al hombro un arco y una aljaba llena de flechas antes de irme.

Justo fuera de los muros de la ciudad, noté que el mediodía estaba demasiado tranquilo. No había pájaros ladrando en la maleza. Crucé el puente, escuchando el sonido de mis botas, y caminé junto a la orilla del río.

Los murciélagos cantaban. «¿Peligro?». «¡Peligro!». «¿Viene?». «Viene». Y una nota que no conocía. Tal vez «águilas». O tal vez «piojos venenosos». Podría haber sido una falsa alarma, pero no pude evitar recordar que era un arquero terrible.

Los leones estaban dando vueltas y gruñendo a lo largo del borde del río. Pitman me vio, se levantó y aulló una bienvenida de tres notas para el líder de la manada. Los machos jóvenes se levantaron sobre sus patas traseras para mostrarme que también eran lo suficientemente feroces, pero las hembras murmuraron infelices. Aullé de vuelta y levanté los brazos, sosteniendo el cuchillo y el arco, el más feroz de todos... si eso creían.

Y si ellos pensaban que había un problema, yo también lo pensaba, y olvídate de lo que Iván y los otros hombres pudieran pensar. Los leones eran animales domesticados, no

tan feroces como la naturaleza podría haberlos hecho y tal vez no estaban a la altura de las águilas o lo que sea que los preocupaba, así que, como líder suyo, les debía ayuda. No podía llevarlos a la ciudad, pero al menos podía llevarlos más cerca, al otro lado del río.

—¡Pitman! ¡Aquí, Pitman! ¡Clay! ¡Scratch! ¡Venid aquí todos! ¡Porter! ¡Fido! ¡Por aquí!

Pitman me miró y luego a su zona de tierra a lo largo del río, excavada y embarrada, como si tuviera ventajas estratégicas. Me acerqué para acariciar algunas cabezas y rascar algunas crestas, y recibí un montón de olisqueos y algunos lametones a cambio.

—¡Warmheart, Teaberry, por aquí!

Los empujé por los hombros. Las hembras jóvenes dieron algunos pasos, y los machos jóvenes se apresuraron a adelantarlas, pero las hembras adultas dudaron, y al final controlaron la manada.

—Clay, Carlño, ¿cómo estás? ¿Y tu chico?

Él me miró con grandes ojos asustados, aferrándose a los hombros peludos de mamá.

—Sabes lo mucho que te aprecio. —Canturreé y pasé un brazo alrededor de su cintura para ayudarla a avanzar. Dio un paso—. Eso es, vamos a un lugar más seguro.

Canturreé de nuevo. Paso a paso, la manada comenzó a moverse, y me apresuré a mostrar el camino.

Pitman olisqueó y gruñó. Yo olisqueé y tal vez noté algo, pero había olido las flores de bambú lo suficiente como para poder imaginarme a las águilas sin problemas. Pitman se movió a cuatro patas, mirando a su alrededor. Si decidía alzarse sobre sus patas traseras y saltar, nunca podría alcanzarlo. Detrás de mí, la manada gruñía y murmuraba. Los murciélagos en los árboles comentaban: «¡Leones, aquí!». «¡Leones!». Dieciocho leones de diversas edades marchando a lo largo de la orilla del río llamaban la atención.

Pero los murciélagos también decían: «¡Peligro!». No me pareció que se refirieran a nosotros. «¡Peligro! ¡Aquí!».

«¿Dónde?».

En el puente, azucé a la manada. Vigilé su flanco con Pitman y dos machos jóvenes, Fido y Scratch. Tenía una flecha encajada. Pitman rugió, las garras en alto, contemplando el sendero entre los campos. Los machos jóvenes se alzaron y aullaron. El resto de la manada comenzó a cruzar el puente. No vi nada en el camino, solo arbustos y piedras, un montón de hojas muertas, un tronco... se movió. ¿Aquello eran ojos? ¿Eso era una piedra o un pico? Y allí, ¿era eso un tronco? Ese tronco no estaba allí cuando salí de la ciudad.

—¡Águilas! —grité lo más fuerte que pude hacia la ciudad—. ¡Águilas en el puente! ¡Águilas!

Los leones rugieron, jóvenes y viejos, machos y hembras. El puente vibró mientras saltaban. Un sonido de tambores venía de un seto al otro lado del campo, luego de un arbusto demasiado cercano.

—Pitman, Scratch, Fido, vamos.

Tiré del pelaje de Pitman para que subiera al puente. Él se zafó. Fido saltó hacia el arbusto. Un águila salió de detrás de él, con hermosas plumas y un pico que podría arrancarle un brazo a un león. Un saco rojizo en su cuello se hinchó y se contrajo, haciendo un ruido de tambores. Sus patas se tensaron para cargar. Disparé una flecha, esperando que alcanzara el blanco correcto.

—¡Vamos! ¡Ahora! ¡Pitman! —Lo empujé a él y a Scratch hacia el puente—, ¡Fido!

Aparecieron cinco águilas, luego más, muchas más. Fido dio un largo salto, arañando mientras derribaba al águila. Plumaje, sangre y pelo explotaron. Más águilas de las que pude contar de un vistazo se precipitaron por los campos hacia el puente.

«Odiaban el agua».

—¡Pitman!

Di una fuerte patada a una barandilla del puente y aullé. Esperé que su pequeño cerebro viera y entendiera: destruir el puente. Volví a dar otra patada. La madera se astilló en la barandilla y un tablón cayó al río.

—¡Pitman! ¡Scratch!

Me agaché para coger un tablón bajo mis pies y traté de tirar de él para mostrárselo. Pitman miró durante un largo momento, sus ojos brillaban de ira. Aullé. Enganchó los dedos de un pie trasero en el extremo de un tablón y lo levantó con un gruñido. La madera se rompió. La arrojó al río.

—¡Bien, Pitman! ¡Bien! ¡Buen chico, Scratch!

Scratch derribó una barandilla de una patada. Pitman arrancó otro tablón. Me volví hacia las águilas, ahora cerca, demasiado cerca, demasiado cerca para fallar, y disparé flechas tan rápido como pude. Dudaron. El puente se sacudió alarmante, gloriosamente. La madera se quebró y astilló. Llegaban gritos desde la ciudad. Disparé de nuevo. Otra vez. Las águilas parloteaban entre ellas y esquivaban mis flechas.

El puente tembló, se inclinó y se desplomó debajo de mis pies, y caí al río, golpeando brazos y piernas contra troncos y tablones. Divisé a Pitman y Scratch cayendo al agua. Nadé lejos de los troncos y alcé la cabeza para respirar y miré hacia el lado del río donde estaba la ciudad. Allí, las leonas estaban

desgarrando el puente. La manada había vuelto para destruirlo.

Voces humanas gritaban desde la orilla. Tomé una bocanada de aire y rugí con toda la alegría que pude hacia mi manada. Ellos respondieron. Me quité el abrigo y nadé hacia el lado de la ciudad, esquivando troncos, mirando los rostros tensos de los humanos en el borde del río. Zoé, con un arco y una flecha colgados sobre su hombro, me tendió una mano desde un embarcadero. Subí, resbalando en el muelle, tratando de no hacerla caer, y finalmente salí y me estabilicé y miré a mi alrededor. El puente había desaparecido. Pitman estaba trepando por la orilla. Pero Scratch estaba en el otro lado, alzado sobre sus patas traseras, desafiando a las águilas. Estas se mantuvieron a distancia, tamborileando entre sí, luego cinco de ellas, con una coordinación atrozmente perfecta, saltaron y lo derribaron, una en cada pierna y brazo, una en su garganta. Scratch gritó una sola vez.

La gente seguía llegando, encajando flechas mientras corrían, pero nuestra orilla del río ya estaba llena de hombres y mujeres con un único objetivo.

Las flechas volaron rápidas y certeras. Las águilas intentaron esquivarlas o quedarse quietas y confundirse con el paisaje, pero los granjeros conocían cada arbusto y trabajaban sistemáticamente en equipos para eliminar los falsos. Ocho disparando al mismo objetivo lo derribaban, incluso si

algunos fallaban; el arbusto chillaba y saltaba, lleno de flechas, corría unos pasos arrancándolas y caía.

Las flechas no dejaron de volar hasta que todas las águilas en la orilla del río estuvieron muertas o huyeron, y luego los barcos de arqueros buscaron arriba y abajo del río. Iván y Tom se detuvieron al irse para saludarme sin rastro de ironía en sus rostros, solo respeto de hombre a hombre.

Reuní a los leones. Bastantes estaban empapados como yo, y era un día de invierno frío. Paloma me trajo ropa seca y quiso que volviera a casa, pero me negué: un líder de la manada tiene sus responsabilidades. En cambio, encendimos una pequeña fogata. Al principio, los leones se mostraron tímidos con el fuego, pero animados por mí, se acercaron, seducidos por el calor, especialmente los que estaban mojados, y murmuramos y nos quejamos con descontento. Extendí las manos para calentarlas y Pitman, a mi lado, me imitó, sosteniendo delicadamente las largas garras para que sus filos cortantes no amenazaran a nadie.

Los guardias de la ciudad encendieron su propia hoguera. Porter, un joven macho mojado, se atrevió a acercarse. Pronto dejaría la manada y quería probar su independencia, ahuyentando a los guardias con un gruñido casual y acomodándose cómodamente. No pude alejarlo, pero finalmente convencí a los guardias de que no representaba ningún peligro.

Sylvia vino a darme las gracias por «un trabajo valiente e inteligente», manteniéndose a distancia de los leones.

—Lo siento por el puente —dije.

—Deberíamos haberlo construido menos resistente. —Ajustó la correa de su carcaj—. Sé lo difícil que es creer en una idea cuando nadie más lo hace. Yo... te damos las gracias por eso.

Luego, llegó una cuadrilla con un sándwich y agradecimientos para mí y pan y patatas para la manada. Pasé la noche allí y finalmente me dormí, acurrucado contra un cuerpo cálido y peludo, y me desperté poco antes del amanecer, súbitamente seguro de que algún ruido que había escuchado era un águila acercándose, probablemente los lagartos al otro lado del río hurgando en la carnicería. El desayuno y más elogios llegaron justo después del amanecer.

Llevé a la manada a un campo de ñames en barbecho cerca de una puerta lateral de la ciudad, buena comida para ellos y un puesto de valientes guardias para nosotros, y nadie cuestionó mi juicio. Comenzamos a enterrar a las águilas muertas, y a una orden mía —ahora podía dar órdenes—, lo primero que hicimos fue enterrar a tantas como pudimos junto a la exhibición de bambú en la puerta del río; teníamos algo que decir, y eso lo diría. Raja y yo cavamos dos agujeros grandes en el cementerio humano, con la ayuda de fipogatos, y enterramos lo que quedaba de Fido y Scratch

junto a hacedores de vidrio y pacifistas con una pequeña ceremonia.

Allá donde iba, hiciera lo que hiciese, recibía saludos, agradecimientos, abrazos, besos castos, besos húmedos, palmadas en la espalda y elogios por mi sabiduría, constancia y heroísmo. Por no mencionar las disculpas de aquellos que habían dudado de mí.

Después de la cena, canté canciones con los niños, fui a los cobertizos de los gatos y bromeé un poco, fui a ver a los leones y les canturreé un rato.

La gente actuaba de manera diferente hacia mí, pero yo no me sentía ni una pizca diferente.

El BAMBÚ

Puedo sentir el hierro. Fluye abundante desde mis raíces hasta las puntas de mis hojas para hacer clorofila y transportar cargas eléctricas para la respiración y la fotosíntesis. El hierro es crecimiento, este hierro de la carne de muchos animales enterrados para alimentarme.

Los primeros extranjeros me dijeron que mi esfera carece de hierro en el suelo. Dijeron que esferas y soles de infinita

variedad circulan y giran en el cielo. El hierro en su esfera existía en abundancia, y un hierro ilimitado también está aquí, pero en el núcleo de esta esfera, mucho más profundo de lo que la raíz más profunda puede alcanzar, por lo que es inútil.

Muchos animales necesitan hierro al igual que nosotras, las plantas, y los animales ricos en hierro son nutritivos. La historia dice que primero matamos a estos animales con veneno, pero a medida que nos volvimos más inteligentes, los entrenamos para vivir y morir en nuestras raíces como animales de servicio, un suministro de hierro constante, aunque lento. Finalmente, organizamos a nuestros animales de servicio para que cazaran por nosotros y disfrutamos de una breve abundancia hasta que nuestros animales se volvieron demasiado destructivos. Les enseñamos a combatir a nuestros rivales con incendios forestales, y solo quedo yo.

Hoy saboreo la tentación. Puedo crecer tanto y ser tan inteligente como lo permita el entorno, y puedo cambiar el entorno. Podría atraer a más animales para que los extranjeros los maten o sean asesinados por ellos, pero cuando todos los animales estén muertos, incluidos los extranjeros, volvería a morirme de hambre. Los animales y las plantas estúpidas repiten el pasado. No cambian ni crecen. Yo lo haré.

Las águilas fueron enterradas en mi exhibición. Los extranjeros entendieron mi aviso y me recompensaron. Cuento veintiséis águilas muertas, pero no hay extranjeros muertos,

y eso me complace, pero también me preocupa, porque demostraron ser luchadores astutos. Cuento dos fipoleones muertos, y, extrañamente, están enterrados en el lugar que los extranjeros reservan para su propia especie.

Debo comunicarme nuevamente. El dualismo se encuentra en el núcleo de la realidad. Incluso las plantas simples entienden: luz y oscuridad, seco y húmedo, arriba y abajo, positivo y negativo. Y existen ideas complejas como el bien y el mal, existir y no existir, la vida y la muerte. Presentaré esto a los extranjeros.

Es difícil entrenar a criaturas con inteligencia, ya que les otorga una amplia gama de reacciones impredecibles a un estímulo, pero obviamente han sido entrenados en el pasado. Me gustaría saber cómo piensan los extranjeros, saber qué planta en qué esfera los entrenó. Sería más fácil comunicarse directamente con esas plantas, raíz a raíz, semilla a semilla, polen a polen. ¿Por qué el polen no se desplaza de esfera a esfera? Las polillas pueden superar el viento. Los extranjeros han vencido al cielo. En el cielo, Sol brilla siempre y el hierro es tan común como el calcio.

Agradezco que ninguno de mis animales haya muerto en la batalla. Me resultarán muy útiles.

HIGGINS

Nos encontramos por la noche en el rincón más alejado del noroeste de la ciudad, cerca del centro de lavandería, en una casa que aún necesitaba reparaciones. El techo sobre un ventanal se había derrumbado hace mucho tiempo y formaba una especie de hogar donde estábamos cocinando carne de águila para celebrar la victoria del día anterior. Todos los que habían matado un águila estaban invitados. Estaba empezando a desear no haber venido.

Bebimos trufa a la luz de las brasas que brillaban debajo del espeto. Estaba repleto de trozos ensartados de carne del color del hígado, y de vez en cuando un poco de grasa goteaba y una llama brillaba como una luciérnaga. Había seleccionado un lote de trufa áspera y dura, suponiendo que cuanto menos notáramos el sabor de la carne, mejor. El aroma —por llamarlo así— de la hoguera me estaba dando la razón.

Pero eso no era por lo que deseaba no haber venido. Once rostros resplandecían rojos a la luz del fuego y me miraban como si fueran niños en un aula y yo fuera el maestro, pero estos rostros no eran dulces niñitos. Eran asesinos, y yo, el asesino alfa.

—No creo que ninguna de mis flechas haya alcanzado un objetivo —dije, sabiendo que no me expulsarían incluso si

me creyeran, lo cual no lo harían—. Siempre he sido un pésimo tirador, y no apuntaba.

Tom se rio.

—Vi que una de tus flechas acertó.

—Y Fido mató a una de ellas, ¿verdad? —dijo Hakon, con solo catorce años y muy impresionado conmigo. (A mí me parecía que era un poco matón)—. Tu león, tu presa.

—Ese no es el tema. —Iván hablaba ya de manera incoherente—. Estuviste increíble. Zoé también lo vio, ¿verdad? Las águilas estaban a punto de atraparte, y seguías disparando. Sabías que los leones destruirían el puente a tiempo.

—Esperaba que lo hicieran. Quiero decir, no son tan inteligentes.

—¿No sabías que iban a hacerlo?

—Bueno...

—Las águilas casi te matan —dijo Zoé como acusándome.

Me encogí de hombros y miré mi taza de trufa. A la luz del fuego, parecía negro–rojiza. No había pensado mucho en esa parte de la pelea, pero pensando en retrospectiva, me di cuenta de que no me había asustado en ese momento.

—Siempre fuiste así —dijo Aloysha, el esposo de Sylvia, juvenil a pesar de que era un anciano—. Cuando vinimos a la ciudad, en la cascada inferior llevábamos a todos los demás niños para protegerlos de las babosas, pero tú no dejaste que nadie te llevara. Agarraste una lanza y cuidaste de ti mismo.

Frunció los labios, entrecerró los ojos y sostuvo una lanza imaginaria lista para apuñalar cualquier cosa que se moviera. Todos se rieron.

—Fuiste duro —dijo mi padre. Esto lo decía un pescador que manejaba cangrejos venenosos todos los días y que solo tenía ocho dedos y medio, porque los errores suceden.

Beck contó una historia de cuando yo tenía unos diez años y organicé los primeros auxilios para Orson cuando se cayó, se rompió la pierna y entró en pánico. No lo recordaba claramente, solo que estábamos reparando el muro de la ciudad.

—Eres bastante bueno en los partos —añadió.

—Y antes de eso —dijo Zoé.

—¿Está hecha esa carne? —pregunté. Cualquier cosa por cambiar de tema y dejar de hablar de mí. No puedo negar que era divertido ser un héroe, pero ser un héroe no era exactamente lo que yo quería..., fuera lo que fuese, algo que, si lo hubiera pensado, no podría haber nombrado.

—¿Está lista la carne?

Difícil de decir, y todos tenían una opinión. Pero un poco después, mi padre preguntó:

—¿Crees que el bambú tiene más que decir?

Yo había pensado mucho en eso.

—Estoy seguro de que esto es solo el comienzo. Tal vez, algún día, pueda hablarnos sobre los hacedores de vidrio.

—Eso es esperar mucho de una planta.

—Va a llevar tiempo, mucho tiempo. Necesitamos encontrar un idioma que ambos conozcamos, o más probablemente lo iremos descubriendo a medida que vayamos avanzando.

—¿Crees que el bambú es tan inteligente?

Otras personas habían interrumpido sus conversaciones para escuchar, pero no me importaba tanto, ya que no estábamos hablando de mí, exactamente.

—No lo sé, pero ni siquiera sé con certeza hasta qué punto son inteligentes los gatos. O los leones. Sabían cómo destruir un puente sin que se les enseñara, lo cual es algo. El bambú está desarrollando nuevos brotes de flores, así que significa que quiere seguir hablando.

—Espero que no signifique que vienen más águilas.

—Estos parecen ser brotes diferentes. Colores diferentes. Y no sé cuán inteligentes son las águilas, pero tienen que serlo lo suficiente como para saber que ahora deben mantenerse alejadas de nosotros.

—¡Brindo por eso!

Beck alzó un vaso. Brindamos y bebimos, asesinos y orgullosos de ello.

—¿Qué vas a decirle al bambú? —preguntó Iván—. ¿Gracias por la advertencia?

—Ya dijimos eso antes.

—Oh, cierto, lo hicimos. Al menos le gustamos. ¿Le gustamos, verdad?

Asentí.

—También he estado pensando en las águilas.

—No quieres hablar con ellas —dijo Zoé.

—Si pudiéramos descifrar lo que significaba el tamborileo... Los ojos de Iván se iluminaron como chispas.

—Cierto. Cuando cogieron a Scratch, lo tenían todo resuelto.

Todos empezamos a hablar sobre lo que habíamos visto y oído de las águilas durante el ataque, tratando de reunir pistas sobre cómo se comunicaban para poder espiarlas, y no aportamos gran cosa, pero fue mucho mejor que estar allí sentados hablando de mí.

La carne de águila tenía un sabor almizclado y astringente, además de ser dura, pero la untamos con salsa de mostaza y la comimos de todos modos. Iván y Zoé me acompañaron a casa, y me di cuenta de que estaban compitiendo por ver quién dormía conmigo, y probablemente era por efecto de la trufa, pero decidí aceptarlos a ambos.

Desperté atrapado entre ellos, desnudo y cálido, sediento por la resaca, y oí a un fipogato husmeando en nuestra ropa en el suelo, y consideré cómo sería ser Beck. Me despertaría todas las mañanas con la misma mujer, una mujer que me amaba y me necesitaba, y estaría allí todos los días porque yo también la necesitaba. Es divertido tener diferentes mujeres, pero no soy un fipogato, quiero algo más que diversión. Si fuera Beck, sería el centro de la vida de tres niños, en lugar de estar en los márgenes de la vida de muchos. Les caigo bien a los niños, tal vez me aman, pero cuando las cosas se ponen difíciles, siempre quieren a mamá y papá. Si fuera Beck, no sería nada especial, solo otro ciudadano de Pax. No el gran comunicador, no el asesino alfa de águilas, ni tendría nada que demostrar...

Pero las cosas no salieron así. La vida era injusta. Tal vez Beck deseaba ser yo. Al universo no le importaba, y mi felicidad no era importante para él. Pero yo podía hacer daño, y podía ayudar, y podía ser feliz, le importara a alguien o no.

Zoé e Iván se despertaron. No podía recordar por qué, incluso con un exceso de trufa en mí, había creído la noche anterior que Iván sería un buen compañero de cama, pero no era culpa suya que yo estuviera ya sobrio, y tuvimos un animado amanecer. Después del desayuno, saludé a los fipogatos, trabajé con una nueva camada para que se acostumbraran a mí y llevé a un equipo de gatos al lado noroeste de la ciudad, donde, mediante una pelea de tierra, cavaron un agujero y enterré los restos del banquete de águila de la noche anterior. Nadie quiso llevarse las sobras a casa.

Visité a los leones, que todavía estaban inquietos, pero habían estado disfrutando del viejo campo de ñame. Pronto estaría listo para la siembra. Lo mejor de todo es que habían desenterrado bastantes raíces de trufa. Mientras las recogía, saboreando su futuro uso, una hembra se acercó trotando para ofrecerse.

—¡Pitman! —llamé, pero él ya estaba en camino. Había descubierto las ventajas de tener a un no–león como el macho alfa.

Almorcé con Indira, Beck y los niños. No hay mal que por bien no venga, y el ataque había sacado a Indira de su depresión de una vez por todas. Su mente había vuelto a su trabajo como ingeniera civil.

—Tenemos que replantear el suministro de agua —dijo—. Hemos estado conduciendo agua desde un manantial en las colinas, pero con una población en aumento necesitaremos más agua, y debemos proteger mejor la fuente.

Nieve seguía creciendo. No se había dado cuenta de nada, ni de la situación de su madre ni de los monstruos aterradores en el río, aunque Luna y Relámpago estaban preocupados y hacían muchas preguntas.

—¿Podrían entrar en la ciudad?

—No podrán cruzar el río. Y además los leones destruyeron el puente.

—No lo reconstruiremos como era —dijo Indira—. Ahora vamos a usar un puente de cuerda, para que cualquiera pueda destruirlo si es necesario.

Las águilas vivían en nuestro lado del río en las montañas del norte, pero no teníamos intención de mencionarlo.

Beck me acompañó hasta la puerta.

—Vuelve a estar bien, ¿verdad?

Su sonrisa y la forma en que había mirado a Indira durante todo el almuerzo, a Indira y a Luna y Relámpago y Nieve... Yo había visto todo eso y anhelaba ser él, lo anhelaba desde la cabeza a los pies.

—Me alegro por ti —dije. No había pensado en nada mientras estaba en el puente y las águilas se acercaban a mí, pero sabía que, si cruzaban el puente, todo lo que me importaba estaba al otro lado. Lo había sabido sin pensarlo. Y todo lo que me importaba había permanecido a salvo.

Al día siguiente, los brotes de flores de bambú se abrieron, más pequeños y no tan vistosos como los otros, la mitad blancos y la otra mitad negros. —Puro pigmento, no un negro falso mezclado con colores o un blanco falso de tejido de fondo ni nada; Raja lo comprobó—.

Las flores blancas apuntaban hacia arriba, las negras hacia abajo. Las espinas en la base de los culmos con flores negras murieron, las espinas de las flores blancas vivieron. Solo las flores negras tenían olor, aunque eso no significaba nada especial para nadie, incluyendo a los gatos y Pitman. El néctar tenía un sabor diferente, uno ácido y otro alcalino. Qué significaba todo esto y cómo responder mantuvo a todo el mundo hablando. Al menos no hablaban de mí.

De todos modos, habríamos tenido suficiente de qué hablar. Algunos de los niños y algunos de los adultos —especialmente nosotros, los matadores— tenían pesadillas o

insomnio, así que decidimos adelantar el festival anual del equinoccio de primavera: al día siguiente. El festival conmemora la llegada a la ciudad desde la antigua aldea, así que comimos la comida tradicional de los viajeros: trilobites, cebollas silvestres y frutas arcoíris secas. Caminamos con zancos, fingiendo ser terrícolas.

Finalmente, al atardecer, en el lugar de la antigua torre central, nos quitamos la ropa a pesar del frío, porque estar desnudos mostraba que estábamos dispuestos a seguir adelante. Encendimos una hoguera para quemar imágenes de paja, madera y papel de lo que queríamos dejar atrás. En las imágenes se habían escondido semillas de hidrógeno que estallarían con satisfactorias explosiones y destellos.

Los niños y yo habíamos trabajado juntos todo el día para construir con ramas una gran águila. Estaba en el centro del montón, con un pico más pequeño de lo que debería ser y no tan mortífero, cosa que me pareció bien. Sylvia les había enseñado a los niños a tejer las plumas que colgaban del águila, ninguna igual, de diferentes tamaños, diferentes niveles de habilidad, utilizando diferentes hierbas y hojas, lo que le daba al pájaro un aspecto desigual. Apenas se parecía a las hermosas y viciosas criaturas que aún corrían en mis sueños en mortíferas manadas coreografiadas, pero estaba más que ansioso por verla arder.

Mis padres, como algunos otros pacifistas mayores, contribuyeron con figuras de paja de humanoides altos y

delgados. Las de Sylvia siempre parecían inquietantemente realistas, ya que era una maestra tejedora de cestas. Yo solía molestar a mis padres preguntando por qué quemaban a los terrícolas, y finalmente, cuando fui mayor, me lo contaron todo acerca de la salida de la colonia original que yo era demasiado pequeño para entender o recordar. Ese año me di cuenta de que el festival no era para los niños, aunque los niños se divertían más en él.

Este año, antes de encender el fuego, Sylvia me entregó una pluma de águila como símbolo de valentía, y luego los niños bailaron para mí. No imaginaba que fueran a hacer eso. En la danza, leones aulladores y saltarines perseguían a águilas que tamborileaban. Los leones atrapaban a las águilas y las convertían en leones, y al final, todos los niños aullaban y saltaban... con los gatos deslizándose entre ellos, nunca se perdían una buena ocasión. Desde el otro lado del muro, nuestra manada respondió con su canción de tres tonos, y luego, desde muy, muy lejos, los leones salvajes aullaron. Por un momento, todos nos quedamos en silencio, escuchando.

Y luego encendimos la hoguera y todos aullamos y saltamos mientras nuestros miedos ardían y se desvanecían en la noche, chispas como estrellas que se elevaban y se apagaban.

Algunos de nosotros nos quedamos a tomar un tarro de trufa. Nos habíamos abrigado contra el frío de la noche. El

fuego se había convertido en cenizas. Yo me había colocado la pluma en una banda en la cabeza, donde no pincharía nada, el macho alfa por otra noche, no el papel que quería, sino el que tenía, y estaba dispuesto a hacerlo bien.

—¿Te gustó el baile? —preguntó Raja. Blas y ella sonreían nerviosos—. Lo hicieron los niños. Temían que no fuera lo bastante bueno.

—Fue maravilloso. Maravilloso.

Se miraron y se relajaron.

—Sobre todo cuando los leones empezaron a aullar —dijo Blas—, Les encantan los leones. Tengo que recordarles que los leones no son tan abrazables como los gatos.

—Y si hay otros leones en el bosque —dije—, probablemente significa que el resto de las águilas han salido huyendo, ya que las águilas y los leones parecen ser enemigos naturales. Pero ahora el bambú habla de otra cosa, y no sé qué es.

—Son opuestos, creo —dijo Raja.

—Puede ser. ¿Pero cómo mostramos que entendemos? ¿Y por qué valdría la pena hablar de opuestos?

Beck se había ido a casa antes, pero ahora volvía corriendo y gritaba llamando a Blas.

—¡Nieve está enferma, muy enferma!

EL BAMBÚ

No hay respuesta. ¿Es que no entendieron? Dualismo. El universo se compone de entidades y fuerzas fundamentales y antagónicas. Animado y mineral. Plantas y animales. Parásitos y productores. Creación y destrucción. Ácidos y alcalinos. Enfermedad y salud. Cielo y tierra.

Día y noche no son lo mismo que luz y oscuridad. Una vez creí que lo eran, pero ahora sé que el día y la noche son el resultado de una interacción entre la esfera y el cielo. De la misma manera, el fuego y el agua resultan de enlaces químicos y cambios, de la interacción de cargas atómicas positivas y negativas.

Sobrevivo con la ayuda de animales y plantas sirvientes, y para las relaciones más fructíferas, debo ayudarlos a cambio. Podría ayudar mucho más a los extranjeros si pudiéramos compartir ideas además de nutrientes. De una interacción y fusión de inteligencia pueden surgir todas las cosas, cosas que nunca han existido antes, y nuestro mundo crecerá.

Observé el fuego de los extranjeros esta noche, un gran fuego que he aprendido que no necesito temer, aunque no

me guste. Los animales son cíclicos, y el gran fuego es un acontecimiento anual.

Pero este año, el fuego no se llevó a cabo en la noche del equinoccio de primavera. Creo que el ataque de las águilas ha perturbado un ciclo. Podría ayudarlos a evaluar el paso de los días y los años con precisión. La repetición es importante para los animales. Respeto sus necesidades. Quiero ayudarlos.

¡Respondedme! El dualismo es una idea sencilla. Luz, oscuridad. Arriba, abajo. Vivo, muerto. Comunicación, silencio.

Aunque no entendáis, mostradme que deseáis comunicaros. La noche ha llegado, y la mañana vendrá pronto. Se puede lograr mucho en un día. Una pequeña acción será suficiente. Habladme.

HIGGINS

—Aquí tienes tu bota.

Luna, en camisón, estaba sentada en mi regazo, somnolienta y confundida mientras la vestía para llevármela. Blas estaba examinando a Nieve y yo quería escuchar a escondidas, pero Luna reclamaba mi atención. Relámpago y ella

pasarían la noche en la casa de su abuela, lejos de médicos ocupados y padres aterrados.

—Aquí tienes otra bota. Y, veamos, deberías tener algo de ropa para mañana. ¿Qué te gustaría ponerte?

—¿No puedo llevar este camisón?

—Esta noche, claro, pero mañana por la mañana tendrás que vestirte. ¿Qué te parece el jersey marrón y unos pantalones?

—Vale.

Quería volver a dormir. Le puse su abrigo, la volví a dejar en la cama y guardé algo de ropa en una bolsa.

Relámpago ya se había vestido y había hecho su maleta, y estaba mirando con tristeza el ajetreo alrededor de Nieve.

—Quiero quedarme —me dijo mientras yo cogía en brazos a Luna—. Quiero saber qué está pasando.

—Nieve está enferma y vamos a llevaros con la abuela Cynthia para que podáis dormir. Cuando te levantes por la mañana, podrás volver.

No parecía satisfecho. Desde que nos mudamos a la ciudad, la tasa de mortalidad infantil había disminuido considerablemente, pero incluso un niño pequeño sabía que los

bebés que tenían problemas para respirar a menudo dejaban de respirar por completo.

—Es mi hermana. —Hizo un puchero.

—Lo sé.

—Quiero ayudar.

—Yo también. A veces, lo mejor que podemos hacer es cuidar de nosotros mismos. —Sabía por experiencia que el descanso y la nutrición eran buenos amortiguadores en caso de que ocurriera una tragedia.

Me miró fríamente. Luna, él y yo salimos. Fuera, tenues auroras verdes rayaban el cielo.

—¿Cómo está? —preguntó—. No me mientas.

Podría simplificar la verdad, pero nunca les miento a los niños. Él no parecía estar de humor ni siquiera para simplificaciones, así que mientras caminábamos entre casas oscuras y silenciosas, susurré:

—No lo sé. No parece ser síndrome de membrana hialina, así que probablemente sea un hongo. Tú tuviste coccidioidomicosis dos veces. Es grave, pero, bueno, ya veremos.

—¿Están seguros?

—Todavía no.

—¿Puede matarla?

—Tal vez. Pero tú sobreviviste. Dos veces. Yo también lo he tenido algunas veces. Pronto lo sabremos.

—¿Por qué tengo que irme?

—Así puedes dormir en una casa tranquila. No tiene sentido que todos nos quedemos despiertos toda la noche.

—¿Vas a quedarte despierto toda la noche?

—Si puedo ayudar, lo haré.

—¿Qué puedes hacer?

—Acompañar a tus padres. O traer sándwiches para los médicos. Correr y traer gente o cosas, si parece haber una razón.

«Ver si mi hija vive».

—Si se muere, ¿me llamarás?

Lo miré directamente a los ojos.

–Sí.

Él me devolvió la mirada, con firmeza.

—Voy a dormir con la ropa puesta para poder venir de inmediato.

Nieve tosía cuando regresé, una tos aguda y áspera que explotaba desde sus pulmones a través de la flema y los fluidos y le enrojecía la Carlta por el esfuerzo. El rojo era un buen color. El azul significaría bajos niveles de oxígeno en la sangre, el amarillo indicaría ictericia, el gris estaría cerca del final. —Tres de mis bebés habían muerto. Yo había aprendido un poco de medicina—.

Indira tenía a Nieve en brazos. Blas estaba cerca, observando intensamente a la bebé. Beck estaba encogido en un banco. Me senté junto a él.

—Tiene fiebre y está subiendo —dijo Blas—. El otro médico fue a buscar hielo.

Nos turnamos para lavar a la bebé con agua fría. La tos empeoraba y ella palideció un poco. Traje un tanque de oxígeno. Blas sospechaba de un hongo o virus, pero sin la tecnología antigua, no podía saber cuál. Le inyectó antibióticos y antimicóticos. Sus pulmones se estaban llenando de líquido.

Indira miraba al suelo, sin ver, sin responder, con los hombros caídos. Deprimida, culpable. Podía decir lo que estaba pensando: que debía haber notado la enfermedad antes; que debía haber alimentado mejor a Nieve, abrigarla más, bañarla más cuidadosamente; que no debería haber

tenido depresión posparto; que debería haber sido mejor madre. Indira era así, se sentía responsable por cosas que ni siquiera podría haber hecho.

¿Debería haber sido Beck mejor padre? Podría haberlo sido. ¿Debería haberlos yo visitado más? Podría haber encontrado tiempo. ¿Habría mantenido a raya a los microorganismos? No. Pero si pudiéramos haber hecho más, si hubiera un modo de proteger a los bebés de la tos y las erupciones, del hambre y las lesiones, de los errores y los autoengaños, lo habríamos hecho.

Decidí escribir una canción sobre eso algún día, una canción seria, no algo pegadizo para los niños. Algo para reflejar los dolores de un alma que había vivido un día de más y que conocía el fracaso, el peor tipo de fracaso, el tipo que no puedes prevenir; una canción que haría llorar a la gente cuando la escuchara, que me haría llorar cuando la cantara, sobre el dolor que permanecía en flor en todas las estaciones, y que tenía que cantar porque dolía más quedarme callado.

No lloramos, nos quedamos allí en silencio. Sylvia vino y preparó té. Trajo una cesta de frutas, pero yo no quise nada. Me haría sentir mejor y no quería sentirme mejor. Vinieron Iván y Tom, aunque normalmente se mantenían alejados de las cosas relacionadas con los padres. Se quedaron como guerreros cerca de la puerta, como si fueran a matar a la muerte misma si se atreviera a asomarse. Llegaron el padre y la hermana de Beck.

Nieve se volvía más pálida, su respiración se debilitaba y Blas parecía más triste mientras escuchaba su pecho. Finalmente fui a buscar a Relámpago. Saltó de la cama cuando susurré su nombre y me siguió, en silencio, llorando por la calle.

En la puerta dijo:

—Espera.

Inspiró profundamente varias veces y se secó la cara con la manga. Con los ojos enrojecidos, pero ya secos, entró y se detuvo al lado de la cuna, extendió la mano y tocó los labios azules de Nieve y susurró algo. Miró a su madre y se envaró ante su absoluta desolación, luego fue a abrazarla.

—Nieve es una hermana muy buena —dijo, y se acomodó en la silla junto a Indira.

Relámpago era un hijo muy bueno.

Nieve murió por la mañana temprano, poco después de que un panadero llegara y formara un pequeño alboroto al servir pan caliente y mantequilla de nuez para nuestro desayuno. Relámpago le llevó un plato de comida a su madre, suponiendo probablemente que no se la iba comer pero sabiendo lo que debía hacer por ella. La suya era una especie de comprensión y compasión tan verdadera que supe que sería un hombre mejor que yo, y ese fue mi consuelo esa

mañana. Amable, auténtico, natural, eso es lo que un hombre debería ser...

Yo no soy así. Ayudo, por supuesto, soy útil, pero no soy auténtico, y por eso las mujeres no me quieren más que para un rato de diversión y esperma de alta movilidad. No soy de naturaleza amable, soy intencionalmente amable. Tengo que averiguar qué hacer, no lo hago automáticamente.

Pero el tiempo nunca deja de respirar y no podía negarme a cantar, y la muerte no podía detener el amanecer...

Blas pidió permiso para practicar una autopsia.

—Esto podría ser algo nuevo —le dijo a Beck—. Me gustaría...

—Por supuesto. Aprende lo que puedas —dijo Beck. Luna estaba sentada en su regazo, sollozando, y él la abrazaba. La abuela Cynthia estaba a su lado.

Relámpago permanecía junto a su madre, que seguía mirando al suelo.

La gente empezó a llegar con pésames, flores y hierbas aromáticas, y él los saludó y les dio las gracias en nombre de su madre y trató de animarla.

—¡Campanillas! ¡Salvia de limón! ¿No huelen bien?

Lentamente, ella comenzó a reaccionar, aunque solo fuera para advertir lo bueno que era su hijo.

Decidí escapar devolviendo el equipo médico al laboratorio. Yo era el tipo que todos pretendían que no estaba allí, el hombre útil, a veces incluso un héroe, pero al final, una persona de más, el tipo al que todos querían pero nadie quería del todo, el tipo al que todos podían hablar porque se esforzaba tanto por escuchar. Recogí el viejo tanque de oxígeno maltrecho. Blas envolvió a Nieve en una sábana, un pequeño paquete blanco.

—Espera —susurró cuando estábamos a punto de irnos—, Llévala tú. Yo puedo ocuparme del resto. Tú... Es tuya, después de todo.

No pesaba prácticamente nada. Pasamos ante algunas personas en la calle y sin decir una palabra supieron lo que llevábamos y guardaron silencio en señal de respeto. Blas me hizo colocarla en el refrigerador. El laboratorio médico siempre me repelía, no porque me molestaran la sangre y la carne —los animales te acostumbran rápidamente a la vida visceral—, sino por la tecnología.

Un molino de viento en el exterior generaba electricidad. Las baterías la recolectaban y la distribuían para hacer funcionar el refrigerador, una autoclave, endoscopios de fibra óptica, un taladro dental, linternas pequeñas, un bisturí

radial. Había estantes con escalpelos y curetas, un microscopio, termómetros, relojes, agujas y camillas. El aire olía a productos químicos puros, a ésteres, ácidos y amoníaco. Mi madre había fabricado parte del equipo, rebuscando piezas de las maravillas terrestres averiadas almacenadas en un nicho, montones de componentes de vidrio y metal como esqueletos de lagartijas bajo una colonia de arañas. Yo recolecto raíces, corteza, arcilla y piedras y los entrego a los químicos, que dan el siguiente paso, y ellos pueden nombrar los productos químicos y escribir las fórmulas. Nuestros matemáticos pueden explicar la relatividad especial e incluso resolver las ecuaciones.

Todo es cierto, me dicen, la naturaleza no euclidiana del universo y la valencia de un átomo de carbono. Y, sin embargo, nada de ello me llega, no importa cuánto escuche. Estaba dejando a Nieve en un entorno extraño, sintético, antinatural, terrestre. Le di las gracias a Blas y me marché.

Fui a visitar a los leones y los gatos. La ciudad me pareció hermosa mientras la recorría. No me acuerdo de la antigua aldea, pero sí recuerdo la llegada a la ciudad, mi primera vista de ella. Me habían dicho que sería colorida, pero no entendía lo que eso significaba. Como flores o arcoíris, decían. Exactamente. Como vivir dentro de flores y arcoíris. No puedo imaginar cómo podrían haber sido los hacedores de vidrio, aunque he visto todas las pruebas arqueológicas. ¿Por qué trabajarían tan duro para que fuera tan hermoso?

—¿Querían copiar al bambú? —le pregunté a Sylvia. Ella estaba en su taller tejiendo una cesta para enterrar a Nieve, a medio hacer, y todos los hilos de mimbre que sobresalían parecían un parche de cañas descontroladas.

—¿O fue el bambú el que los copió a ellos? —me respondió, guiando una caña a través de la maraña—. No estoy segura. Es difícil fechar las cosas. La ciudad y el bambú son muy, muy antiguos, cientos de años. Si pudiéramos encontrar otra ciudad o leer su escritura, podríamos saber más sobre lo que sucedió aquí. Si pudiéramos encontrar otra planta de bambú, si pudiéramos explorar más, si tuviéramos ciertos tipos de equipo...

—Podríamos haberle salvado la vida a Nieve si el equipo aún funcionara —exclamé. No pretendía interrumpirla, y no supe hasta ese momento lo furioso que estaba.

—Sí. Podríamos haberle dado pulmones artificiales hasta que la infección se curara. Podríamos haber identificado el agente infeccioso y su antibiótico en una hora con un laboratorio de la Tierra. Sí, podríamos haber detectado a las águilas más rápido si el satélite orbital todavía funcionara, pero sus paneles solares murieron y no podemos subir allá para arreglarlos. Sí, podríamos haber mantenido los ordenadores en funcionamiento si hubiéramos podido reemplazar los chips de arseniuro de galio, y ni siquiera podemos hacer chips de silicio. Apenas podemos hacer ladrillos de vidrio. Sabemos lo que se puede hacer y lo que no podemos hacer, pero solo

pensarlo hace que nos sintamos unos fracasados, ¡y no es culpa nuestra!

Cortó una caña con un cuchillo de piedra, luego miró a la piedra con expresión sombría.

—Podríamos hacer muchas cosas si tuviéramos hierro. Pero no lo tenemos. No podemos encontrar nada, excepto unos pocos fragmentos de meteoritos y tenemos que usarlos para obtener nutrientes. Tal vez sería mejor si nos olvidáramos por completo de la Tierra. Pero no podemos porque algún día podremos hacer todas esas cosas de nuevo y no queremos perder el tiempo redescubriéndolas. Pero lo haremos al estilo de Pax, no al estilo de la Tierra, porque sabemos cómo era el estilo de la Tierra.

Trabajó un rato, con los labios apretados, en silencio, tirando de las cañas. Nunca la había visto furiosa, pero, por supuesto, estaba lo suficientemente furiosa como para hacer y quemar un terrícola durante cada festival de primavera.

—El estilo de Pax —repitió—. Los Padres ni siquiera nos contaron todo sobre el estilo de la Tierra. Religión. Ideologías. Economía. Guerra. ¡Solo son palabras para nosotros! No nos confiaron esas cosas. Ellos están muertos y desaparecidos, y todavía deciden cómo vivimos y cuánto podemos saber, porque pensaban que sabían más que nosotros, y nos dejaron incapacitados, y lo peor de todo es que sabemos que

estamos incapacitados. Todos esos libros que copiamos de los ordenadores antes de que fallaran son solo una pequeña fracción de lo que hay que saber, una fracción muy pequeña. Una vez vi una mención de una biblioteca en la Tierra que tenía un millón de libros.

Pensé en eso, en lo que había que saber, cómo aprenderlo y de quién aprenderlo, mientras ella terminaba la parte inferior de la cesta. Pensé en todas las cosas que nos gustaría saber si supiéramos que existían.

—El bambú está tratando de hablarnos de opuestos —dije—. Creo que deberíamos responder.

Ella alzó la cabeza, de repente menos enfadada.

—Opuestos. Me encantaría hablar con el bambú sobre opuestos. O sobre cualquier cosa.

Dejó sus herramientas, puso las cañas para la parte superior en una cubeta a remojar y nos fuimos.

En el camino, nos encontramos a Zoé.

—Siento mucho lo de... lo de Nieve —dijo ella.

Le di las gracias y luego la abracé porque parecía estar esperándolo, y me gustó.

La miré directamente a los ojos.

—Deja a Fitzgerald y ven a vivir conmigo.

Ella se quedó de piedra, luego sacudió la cabeza.

—Oh, sé que es duro cuando los niños mueren.

—Llevo mucho tiempo deseando esto. Quiero vivir contigo. Seré mejor para ti de lo que Fitzgerald podría ser. Te amo. Lo verás. Te haré feliz.

Ella no respondió de inmediato. ¿Se lo estaba pensando? Miró hacia otro lado.

—Yo también te quiero. Yo... lo pensaré. Lo haré. Eres un buen hombre, Higg. Lo... lo pensaré.

Sabía que no iba a hacerlo, pero la dejé ir y la vi alejarse. Siempre estaría cerca, tal vez incluso vendría a mi cama de nuevo, pero nunca se quedaría. Dijo que lo pensaría solo para ser amable.

Había olvidado que Sylvia estaba a mi lado y traté de pensar en cómo explicarme, pero ella tan solo me cogió de la mano y habló sobre la última arqueología de los hacedores de vidrio y sobre cómo la ciudad se había agrandado con el tiempo mientras avanzábamos hacia la exhibición de bambú.

Examinamos las flores. Las blancas habían muerto y se habían secado. Las oscuras habían muerto y se habían convertido en un desastre húmedo. Algunos cardos estaban

vivos, otros muertos. Negro y blanco, arriba y abajo, húmedo y seco, muerto y vivo. Obvios opuestos. Encontramos a Raja y revisamos nuestra idea y empezamos a trabajar.

Enterramos una cucharada de ácido del laboratorio en la base de un tallo de flor blanca y, en la base de un tallo negro, una sustancia alcalina. Colocamos un ascua y un pedazo de hielo contra dos tallos opuestos, lo suficientemente pequeños como para no dañar la planta pero lo suficientemente grandes como para ser advertidos. Plantamos un tulipán boca arriba y otro boca abajo. Cavamos agujeros, y dejamos uno seco y llenamos el otro de agua. Tallé una barra horizontal en un tallo y una vertical en su vecino. Envolvimos un tallo negro con tela blanca y un tallo blanco con tela negra. Plantamos semillas fértiles y semillas estériles.

Y mientras trabajábamos, hablamos de otros opuestos que no podíamos expresar. Feliz y triste. Tierra y Pax. Joven y viejo. Día y noche. Salud y enfermedad. Las plantas también enferman. Probablemente cogen algún tipo de infección en sus estomas, los poros que utilizan para respirar. Una planta tiene millones de estomas en cada hoja. Nieve tenía millones de alvéolos, los pequeños sacos en sus pulmones. Las plantas pueden desarrollar nuevas hojas. Ella no pudo reemplazar sus pulmones.

Las plantas, dijo Raja, producen una variedad infinita de compuestos, incluyendo antibióticos. En la Tierra, la

ingeniería genética había creado frutas y granos que contenían medicamentos. Ya sabíamos que el bambú hacía vitaminas y otras sustancias químicas para mantenernos saludables. Si podía crear esas cosas, dijo, podía crear cualquier cosa que le pidiéramos. La tecnología antigua de la Tierra estaba casi muerta. Si pudiéramos pedir lo que necesitábamos...

Estábamos muy lejos de ese nivel de intercambio, pero quizá habíamos dado un primer paso. Algún día, todos los bebés podrían sobrevivir.

Raja se marchó. Sylvia y yo recogimos nuestras herramientas.

—Buen trabajo —dijo ella—. Puede que no hayamos dicho mucho, pero disfruté diciéndolo.

—Hablar con las plantas. Me gusta.

Estábamos a punto de irnos, pero ella se detuvo.

—Cada generación establece sus propias reglas —dijo—. Las mujeres de tu generación han resuelto las cosas, y tienen su propio acuerdo sobre ti. No me lo han dicho, pero lo sé, y estoy segura de que a ti tampoco te lo han dicho pero probablemente lo hayas adivinado. Prefieren esposos estériles porque pueden controlar con qué frecuencia quedan embarazadas. Demasiado a menudo y tendrían bebés menos sanos. Y tú tienes buenos genes, muy buenos genes, y creen

que es una suerte tenerte. Te comparten, te utilizan, y creo que es cruel y sé que no te gusta, pero no puedo interferir, y no hacer nada es más difícil de lo que pensé.

—Soy feliz.

—¿De verdad?

—Quiero ser feliz, así que lo soy.

No parecía que me creyera, pero no iba a llevarme la contraria. Yo había estado despierto toda la noche, así que me fui a casa a dormir, pero me detuve en el camino en la casa de Indira y Beck. El padre de Beck me dijo que estaban descansando.

—Agradecen de corazón todo lo que has hecho. Yo también. Eres un buen hombre, Higg.

Pensé en eso en casa mientras contemplaba el Sol de la tarde brillando a través del techo. Tenía un poco de lo que quería. Podía ser amable si lo intentaba. Podía ser feliz si no intentaba ser otra persona. Los niños me amaban y tenía unos hijos maravillosos. Los hombres ya no se reían de mí. Las mujeres aún me mentían, pero no lo harían si dejaba de pedirles lo imposible. Grandes animales peludos, no tan tontos, sabian que yo era uno de ellos.

Pronto saldría a compartir unas trufas con Pitman, y le cantaría una canción triste sobre el miedo y la esperanza, el

fracaso y la curación, sobre la savia dulce y fresca en hojas siempre verdes de pesar. Tal vez podría enseñarle a la manada a coexistir. Música a la manera de Pax. Comunicación entre especies. Nunca hicieron eso en la Tierra. Fipoleones que cantaban. Fipogatos que bailaban. Plantas útiles y comunicativas con una sofisticada apreciación de ideas abstractas. Buenos tiempos. Pueden suceder. Espera y verás.

EL BAMBÚ

¿Fuego y hielo? ¿Una dualidad? Tal vez. Consideremos la termodinámica: la rápida oxidación que produce calor en la madera y un cambio de estado del agua provocado por la absorción de calor. Ellos entienden las dualidades. Esto es comunicación, pues hicieron más que imitarme, extendieron mi idea.

¿Hasta qué número pueden contar? Los números son infinitos. ¿Pueden comprender esa idea? Calcularon mal el equinoccio este año. Quizás esto indique una inteligencia débil que los haría más moldeables y más propensos a quedarse conmigo.

Tal vez pueda adaptar el lenguaje eléctrico de los primeros extranjeros a un lenguaje basado en pigmentos. Sé que

comprenden las comunicaciones visuales. ¿Qué tamaño necesitaría una pantalla de pigmento variable para su agudeza visual?

Tenemos tanto que decir. ¿Qué sistema de comunicación utilizaron las plantas que los entrenaron? ¿Por qué no trajeron a sus plantas consigo? Tal vez las plantas en sus esferas estaban en guerra. Tal vez ellos escaparon. ¿Comprenden que el futuro puede ser más que un nuevo ciclo, que el futuro puede ser una nueva forma de vivir, una oportunidad para lograr cosas que nunca se habían hecho antes?

Un recién nacido entre mis nuevos extranjeros acaba de morir, una pérdida significativa para los animales de reproducción lenta. Los animales merecen buena salud, y puedo ayudar con nutrición y medicamentos.

Nosotros, los bambúes, una vez tuvimos una vasta civilización, con flores que florecían al unísono para crear obras de arte, y con redes de raíces que entrelazaban conocimientos que se han perdido para siempre. La cooperación nos permitió colonizar el desierto, el mar, el suelo que se congela en invierno, incluso las llanuras de coral. Tengo la oportunidad de reconstruir.

Primavera. Estoy libre de las estaciones, pero siento el esplendor de días más largos y un clima clemente. Las plantas vecinas despiertan, los animales estacionales regresan.

Es un momento de celebración. Tengo hierro. Tengo la resistencia y la voluntad para embarcarme en esta aventura, pero llevará tiempo. Debo ser paciente. Estos extranjeros son solo animales.

Podemos comenzar con un conteo simple: 0,1, 2,10,11, 12, 20, 21, 22,100.

TATIANA

AÑO 106 – GENERACIÓN 4

> *La Mancomunidad de Pax es una asociación voluntaria de los ciudadanos de Pax. Cualquier ser sentiente que haya expresado su simpatía con el espíritu de nuestra Mancomunidad y esté dispuesto a compartir sus objetivos puede declararse ciudadano.*
>
> — de la Constitución de la Mancomunidad de Pax

Día 371, otoño. Georg había estado buscando un algarrobo para talar cuando encontró un cadáver en un barranco. Corrió a contárselo a Rose, la nueva moderadora, quien me

pidió que la ayudara a investigar. Todavía no está muy segura de sí misma, tan joven como mis nietos y apenas lo suficientemente mayor para ocupar el cargo, y confía en mí. He servido bajo cuatro moderadoras, cinco contando a Sylvia, y hoy por primera vez he traicionado a una. Le dije a Rose absolutas falsedades, pero mi trabajo como comisionada de la paz pública es lo primero, y siempre he tenido que mentir por ese trabajo.

Nos pusimos el equipo de senderismo, organizamos un equipo de camilleros para seguirnos, aunque con la cosecha teníamos pocas manos libres, y nos dirigimos con Georg al oeste, hacia las colinas. Las lluvias amenazaban y mis viejas caderas me dolían por el clima. Rose tenía toda la energía de la juventud y una necesidad ansiosa de hablar.

Ella pensaba que Georg probablemente había encontrado a Harry en lugar de a Lief, porque el cadáver llevaba ropa de colores brillantes. Lief desapareció hace tres meses, Harry desapareció hace cuatro días, y todos estaban enormemente preocupados por ambos.

—Lief no llevaría ropa brillante —dijo—. Tenía que camuflarse. Quiero decir, era explorador. ¿Quién sabía lo que iba a encontrarse? Y encontró muchas cosas, ¿verdad? A Harry le gustaban los colores intermedios, como el azul verdoso, el violeta rojizo y el amarillo verdoso. Los llamaba colores interpretativos, como su arte. Arte interpretativo. Encontrar los espacios entre las cosas.

Y así hasta el infinito. Hablaba para calmar los nervios. Harry había sido su amigo íntimo, ¿y mío? Creo que sí. Ya fuera el cadáver de Harry o de Lief, estábamos a punto de perder toda esperanza por uno de ellos. No soy buena consolando a las personas, y esperaba que su charla la ayudara a consolarse a sí misma, de la misma manera que recordar a alguien en un funeral alivia el dolor. Creía que podría manejar mis propios sentimientos. Cuatro días nos habían permitido trabajar algunas de nuestras emociones por Harry, es decir, las emociones que esperábamos sentir.

—Esto me llamó la atención —dijo Georg, señalando un trapo violeta rojizo atado a un arbusto junto al arroyo donde lo había encontrado, un arroyo que llevaba hacia uno de los húmedos y pestilentes barrancos en las estribaciones de las montañas del oeste. Habíamos seguido caminos cada vez más cubiertos de maleza, mientras cangrejos más pequeños en la maleza nos hacían ruidos y siseaban. Una rama del camino, cubierta de corales bajos y planos junto al arroyo, llevaba a un barranco, un pantano que los herbívoros sin patas blindadas evitaban. Llevábamos polainas de cuero curtido al aceite y zuecos altos con suelas de madera, e íbamos armados con lanzas. Georg nos guiaba, Rose lo seguía, y yo guardaba la retaguardia. Las babosas nos advirtieron, pero las mantuvimos a raya.

Los restos yacían en el suelo entre dos árboles. Babosas moradas y un fino limo claro zumbaban y se retorcían entre

huesos empapados, trozos de carne podrida, cuentas plateadas y harapos de ropa brillante y de colores intermedios. Rose inspiró profundamente, aunque su rostro se mantuvo sereno y tranquilo. Me acerqué unos pasos y alcé mi lanza contra las babosas. ¿Qué lo había matado? Un gran depredador lo habría desmembrado, pero yacía tendido entre las raíces de los árboles, con las extremidades extendidas, mirando hacia arriba. Era la ropa de Harry, su sombrero y su cabello castaño y espeso. Las cuentas de vidrio de un brazalete yacían en el suelo mohoso junto a la raíz de un árbol. La correa, al igual que su carne, había sido devorada en su mayor parte. Cuentas de brillantes colores naranjas y rosas yacían dispersas entre los huesos de la muñeca.

¿Había sufrido un ataque al corazón? A pesar de su juventud, tenía problemas cardíacos. ¿Una mordedura de lagarto venenoso? A los lagartos venenosos les gustaban los bosques pantanosos. Pero ¿por qué se había dejado caer como si disfrutara de una cama acogedora? Harry podía ser teatral. O estar borracho o drogado. Caminé lentamente alrededor del cuerpo. Y entonces me di cuenta.

El suelo estaba cubierto de raíces de árboles, y una de ellas brotaba de la tierra junto al montón de huesos de la muñeca y las cuentas, y su corteza se había desgastado recientemente en un punto. Cuando me agaché para mirar, una babosa saltó zumbando desde el esófago del pobre Harry. La apuñalé y contuve la respiración contra el fétido olor. La raíz en su otra muñeca estaba cubierta con un jirón de piel. La

moví con la punta de mi lanza y vi la misma marca en la corteza. ¿Ese trozo húmedo era realmente piel humana o una correa de cuero ancha? Lo pinché de nuevo y estudié la textura. Piel de lagarto, probablemente de geco, dura como una piedra. ¿Qué podría significar eso?

Me incorporé para inspeccionar sus tobillos. Rose, a varios metros del cadáver, se había dado media vuelta, vomitaba y, creo, sollozaba, y Georg la consolaba, sosteniendo un pañuelo.

Las polainas a medio comer de Harry, los cordones de los zuecos y los calcetines eran un enredo húmedo, pero una raíz cerca de su tobillo mostraba una marca de desgaste, y la raíz en el otro tobillo estaba cubierta por un trozo medio digerido de cuero. Los talones de los zuecos de Harry se habían clavado en el suelo fangoso una y otra vez. La humedad y cuatro días habían suavizado las marcas, pero allí estaban, profundas. Alrededor del cuerpo, las hojas muertas y los palos habían sido apartados mientras Harry luchaba. Lo habían atado y lo habían servido de alimento vivo a las babosas.

Me acerqué a Rose, me di media vuelta y luché contra una ola de náuseas. Esperaba estar imaginándome cosas. Miré de nuevo, con el pañuelo sobre la boca. No, era obvio.

—Espero que no haya sido un águila —dijo Rose, temblando, después de inspirar profundamente—. No fue un águila, ¿verdad?

Consideré mi respuesta. He entrenado a los moderadores para que esperen que responda lentamente. ¿Estaba tratando de desviar la sospecha? No podía imaginar que Rose hiciera daño a nadie intencionadamente, pero alguien había matado a Harry. ¿O algo? No, ningún animal podría ni haría eso.

—Es tan triste —dijo ella—, morir y luego ser... devorado de esa manera.

—Las águilas habrían destrozado los huesos —respondí.

—¿Un lagarto? —preguntó Georg.

Inspeccioné de nuevo el cadáver. No vi huellas claras alrededor, aparte de las mías, pero sí lo que podrían haber sido otras, de varios días atrás. Cerca, medio oculta por un arbusto de coral muerto, había una jarra de trufas vacía. Harry bebía un poco, masticaba semillas de coca y comía raíces de loto, aunque trataba de ocultarlo; y, en verdad, las usaba con moderación. Habíamos discutido eso, él y yo, y no nos pusimos de acuerdo en ese ni en muchos otros temas. Sería difamar su buen nombre permitir que la gente piense que murió por sobredosis.

Pero lo permití. El equipo con la camilla llegó y, con dificultad, lo separó de las babosas y el limo y lo llevó a casa. Lo velamos en la Casa de Reuniones y lo enterraremos mañana. Debería haberle dicho a alguien la verdad. En cambio, estudié los rostros tristes y las manos enrojecidas por el trabajo de los dolientes, preguntándome quién lo hizo. ¿Quién podría hacerlo? Después de casi cuarenta años trabajando como comisionada de la paz pública y viendo cosas que los vecinos no saben unos de otros, he aprendido que no puedo entrar en la mente de las personas para saber por qué a veces se maltratan o se roban mutuamente. En ocasiones, no he entendido mis propias acciones.

Asesinato. Tuve que verificar la ortografía de esa palabra porque nunca la había escrito antes. «La matanza ilegal de un ser humano por otro, especialmente con malicia premeditada», dice el manual de crímenes de mi oficina, es decir, el pequeño puesto cerca de la puerta oeste, un lugar privado para hablar con la gente cuando es necesario. Malicia. Harry había luchado. Mucho. Espero que su corazón fallara rápidamente.

Nunca había investigado un asesinato antes. Los métodos terrestres prescritos en el manual, por supuesto, no funcionarán en Pax. No sé en quién confiar, así que no se lo he dicho a nadie. Ni siquiera a la moderadora, y quiero confiar en Rose. ¿Cómo reaccionaría Pax si anunciara que

Harry fue torturado hasta la muerte? Una investigación pública propagaría el pánico y haría que la persona culpable sea aún más furtiva.

Debería irme a la cama, pero no dormiré bien. Mi consuelo siempre ha sido escribir mis pensamientos cada noche, vaciar mis secretos en papel y luego quemarlos.

Mi esposo me ha visto sin dormir antes. Probablemente hablará conmigo mientras miramos las estrellas chispear a través del techo. Él está trabajando con un meteorito encontrado hace poco, un kilo de hierro bastante puro que podemos usar para herramientas, brújulas y nutrición: un tesoro. Podemos hablar sobre las posibilidades, y él puede ayudarme a olvidar el aquí y el ahora. Mi primer matrimonio fue un error, pero con él puedo compartirlo casi todo, y cuando siente que debo guardar un secreto, simplemente dice «Ah», como si hubiera descubierto una sorpresa agradable. A veces ambos reímos, pero no esta noche. No puedo.

Día 372. Los hechos: Harry desapareció hace cinco días. Salió para dar un paseo por la mañana para plantar semillas de bambú. Su ausencia no se notó hasta la mañana siguiente, y una búsqueda no encontró nada porque creimos que había ido en otra dirección. ¿Cómo llegó al barranco? No tenía enemigos obvios, aunque Pax está llena de disputas, discusiones sin sentido, insultos imaginarios, insultos reales, celos, rencores, rivalidades de la infancia mantenidas durante décadas, agresiones familiares, tensiones sexuales y

chismes interminables. ¿Sabrán los chismosos cuánto admiraba yo a Harry?

Las peleas a puñetazos ocurren, principalmente entre niños y jóvenes, aunque las niñas y mujeres también pueden ser violentas. Ignoro las peleas si las lesiones son leves y nadie se queja. Pero nunca nadie ha matado a nadie.

Espero ir eliminando sospechosos uno a uno. Se necesitan dos horas para caminar hasta el barranco, y dos horas para volver. Se habría requerido tiempo adicional para inmovilizarlo. El asesino puede haberse quedado para asegurarse de que muriera y tal vez para observar su muerte. Nunca nadie ha sido asesinado por babosas y limo, así que no sé cuánto tiempo tomaría eso. En total, el asesino habría estado fuera al menos durante un ciclo completo de Galileo. ¿Quién no podría dar cuenta y razón de ese tiempo? ¿Y quién querría torturarlo o torturar a alguien hasta la muerte? ¿Está relacionado con la desaparición de Lief?

«Cuanto más sepas sobre la víctima, más sabrás sobre el criminal», dice mi manual de crímenes. He visto alusiones a una vasta cantidad de información sobre investigaciones criminales en la Tierra, que van desde bases de datos científicas hasta obras de ficción populares. ¿Ficción criminal?

La tierra era extraña. Tengo un fino manual, parcialmente ilegible, copiado a mano de los ordenadores antes de que se estropearan, un libro que no estaba destinado a un público

general porque habla sobre la naturaleza humana de una manera que muchos en Pax encontrarían perturbadora. A mí me resulta perturbador. Me alegra no estar en la Tierra. Este libro responde a muchas de mis preguntas sobre los Padres.

Así que intenté averiguar cosas sobre Harry. Su madre lloraba desconsolada y dijo que no podía soportar limpiar su casa. Rose y yo lo hicimos esta mañana. Ella me recibió en la puerta de Harry con los ojos hinchados y aspecto frágil. Nos abrazamos, como de costumbre, pero su abrazo fue más fuerte de lo habitual. ¿Qué pasaba?

Se había vestido apropiadamente para un funeral con ropa vieja, una falda envolvente de tela marrón áspera del antiguo pueblo cuyos bordes deshilachados habían sido atados y parcheados repetidamente, y un chaleco de cuero de gato muy rozado, cuya piel se había desgastado hace mucho tiempo, aunque el color verde persistía. Con un pañuelo viejo, marrón como su falda, se había recogido el pelo en un moño. Llevaba colgadas del cuello, muñecas y cinturón cadenas de semillas de plata, el marcador de la Generación 6, tantas que sonaban. ¿Pero qué me decía eso? Poco o nada.

Mis propias ropas también eran apropiadamente viejas. Mi generación, la Generación 4, no tenía un marcador específico, pero me había puesto mis joyas de bambú más antiguas, piezas que los Hijos habían hecho cuando llegaron por primera vez, tan antiguas que el color se había

desgastado en algunas de ellas. Una diadema de bambú que había pertenecido a Sylvia sujetaba mi cabello.

Mientras nos agachábamos para pasar por la puerta, noté la forma en que Rose se movía. Miraba alrededor de la casa con la misma intensidad que yo, pero se distraía primero con una cosa y luego con otra, como si algo tuviera un significado que no podía soportar, o como si la siguiente cosa tuviera un significado aún más emocionante. Las pertenencias de Harry le hablaban a ella. Y a mí.

Yo había estado aquí antes, en la pequeña cúpula cerca de la pared este, por lo que su falta de limpieza no me sorprendió: ropa aquí y allá, varios estantes con hojas de papel de arte secándose, montones de bocetos, un marco de encaje medio terminado, cestas de azulejos de mosaicos, cestas de cuentas, ollas de pintura con pinceles cuidadosamente limpios junto a ellas, una talla de madera de un gato lista para ser pulida, otra pieza de madera tallada en un sello para tela o arcilla, un jarrón de flores marchitas sobre una mesa, un cubo de arcilla, y más.

Harry había declarado cuando apenas era adolescente que sería el puente artístico entre los pacifistas y los hacedores de vidrio, una autoproclamación ridícula, pero no había mentido. El estilo de los hacedores de vidrio brillaba por todas partes, su amor por la luz, sus curvas distintivas, sus colores y patrones, su escritura. Pero no eran copias. Harry

hacía interpretaciones. Mantenía el museo de los hacedores de vidrio y su familiaridad con su contenido era evidente.

No había nada que necesitara atención inmediata, como alimentos que pudieran atraer a lagartos o algo peor, un gato esperando su regreso, o una bacinilla que necesitara ser vaciada. Tampoco las cosas estaban tan desorganizadas como parecían. Miré para ver si algún visitante de último minuto había dejado huellas o una pista. Deshice su cama, aparentemente para enviar las sábanas y mantas a la lavandería, buscando pelos o marcas reveladoras. Nada.

Rose se ocupó de la ropa del suelo. Intentó organizar las cosas y se rindió.

—Tía Tatiana...

Mi atención había sido captada por una copa de cerámica blanco hueso con curvas de hacedores de vidrio y números de los hacedores del cero al diez inscritos en ella, la primera escritura de los hacedores que el bambú nos había enseñado. Harry había interpretado los símbolos en escritura pacifista. Una vez, hace unos dos años, se sentó conmigo en mi húmeda oficina de piedra para explicarme el significado de esa copa y otras piezas de arte que había traído consigo, luego me llevó afuera para explicarme la arquitectura de los hacedores de vidrio y lo que nos decía acerca de ellos, y fue como si nunca hubiera abierto los ojos

antes. Sus propios ojos estaban dilatados por el loto. Parecía volverlo alegremente paciente. No podía reprochárselo.

—¿Sí, querida? —le respondí a Rose. Ella levantó la vista del suelo donde estaba sentada, con los ojos llenos de miedo. ¿De qué?

—En el funeral, ¿qué debo decir? ¿Qué debo hacer con su familia? ¿Y con todo?

Preguntas razonables: nunca había presidido un funeral antes. Reuní mis pensamientos en instrucciones simples y claras.

—Tu trabajo es alabarlo. Usa las palabras tradicionales y luego agrega todo lo que puedas, e invita a otros a hacer lo mismo. Escucha lo que la gente dice. Quieren ser escuchados, y siempre pueden notar si estás escuchando. —Me estaba escuchando—. Habla sobre su arte, por ejemplo. Su amistad. Cuanto más específico y sincero, mejor. No hables durante más de quince minutos. Haré este gesto —y me pasé la mano derecha por el oído izquierdo— si es hora de detenerse. —A ella le encanta hablar—. Céntrate en él. No hables de reemplazarlo.

—¿Reemplazarlo? No podemos hacer eso.

—Tenemos que hacerlo. Su trabajo era importante. Será difícil encontrar a alguien tan talentoso, y no debes empezar a buscar de inmediato. Pero el arte no debe detenerse aquí.

Rose soltó una carcajada; a veces el dolor hace que la gente se ría de manera inapropiada. Me senté en el suelo junto a ella.

—Te gustaba su arte —dijo mientras las lágrimas brotaban de sus ojos—. No a todos les gustaba. No a todos les caía bien.

¿A quién no? Quería pistas.

—Cuanto más lo conocía —dije lentamente—, más me gustaba. Cuando nos dimos cuenta de que había desaparecido...

Intenté encontrar la palabra correcta. Mi primer esposo a menudo me llamaba poco emocional, y tenía razón, así que he tratado de ser más cálida, al menos en mi discurso.

—Me sentí culpable porque pensé que debería haberme dado cuenta antes.

—Lo sé, lo sé. Yo también debería haberme dado cuenta. Pasé todo el día en los campos de ñame y estaba demasiado cansada para visitarlo.

Eso la exculpaba. Y a la cuadrilla completa de los campos de ñame, por cierto.

—Iba a casarme con él —dijo, sonriendo y llorando al mismo tiempo—. íbamos a anunciarlo pronto.

Un pretendiente celoso podría haberlo matado.

—Has sido muy valiente —le dije. Nadie ama más intensamente que una novia a punto de casarse. ¿Cómo podría decirle a esta chica de ojos llorosos que la muerte de su amado había sido una pesadilla? Hice una pausa y finalmente dije—: No puedo imaginar a quién podía no gustarle.

—No todos ven la necesidad del arte interpretativo.

¿Quién? Deseé de todo corazón poder reproducir las reacciones de las personas hacia él, y luego me di cuenta de que podía hacer que ocurriera. Después de otra pausa, dije:

—Deberíamos organizar una exposición de su arte como homenaje.

Ella sonrió y lloró aún más fuerte y asintió con la cabeza.

—El arte era lo mejor que tenía.

Lo mejor. Su generación ha creado una idea de excelencia individual que algunas personas ridiculizan como «mejorismo». Todos son los mejores en algo, aunque su habilidad pueda ser solo ligeramente diferente a la de otra persona. Normalmente, esta habilidad es superflua para la supervivencia, como las bellas artes o la repostería elaborada, aunque una habilidad sobresaliente en una tarea necesaria también servirá, como la fabricación de impecables ladrillos de construcción con vidrio. Rose hace

más variedades de velas de las que yo podría haber imaginado: de colores, perfumadas, con formas o adecuadas para alguna tarea u ocasión específica. Arden de manera constante y sin humo, sin importar si son simples o sofisticadas. El «mejorismo» ha enriquecido Pax. Lo admiro.

Hicimos una limpieza rápida y pasamos la mayor parte de nuestro tiempo planeando la exposición de arte. Ella tenía ideas específicas sobre la iluminación. Luego llegó la hora del funeral. Caminamos hacia la plaza mientras repasábamos sus deberes.

Puedo recordar cuando la plaza estaba llena de escombros de una torre de tres pisos que había estado allí durante la época de los hacedores de vidrio. La despejamos cuando yo era una jovencita, reutilizando la piedra, el ladrillo y el vidrio para hacer la plaza. Necesitábamos un espacio grande para eventos públicos debido al crecimiento de la población. La Casa de Reuniones, a pesar de sus mejoras, era demasiado pequeña. Así que creamos una zona amplia pavimentada con un mosaico de bloques de vidrio y rodeada de gruesos muros de ladrillo y piedra que alguna vez fueron los escombros de la torre. Un jardín de cactus estaba anclado a las paredes.

Pacifistas con ropas viejas comenzaron a llenar los bancos. La madre de Harry no iba a venir, dijo su esposo, Relámpago Júnior. Le pregunté por qué. Habría sido el centro de atención, y le encantaba llamar la atención, como a su hijo.

Pero antes de que él me respondiera, me di cuenta de que su ausencia podría ser la presencia más destacada de todas.

—Daisy insiste en que ella lo mató —explicó con un suspiro, resignado desde hacía mucho tiempo a las personalidades melodramáticas más cercanas a él.

—¿Lo mató?

Debía de decirlo en sentido figurado, ¿verdad?

—Si ella se culpa a sí misma, entonces no puede culpar a...

Luchó por terminar la frase: ella no podía culpar a Harry por su fatal irresponsabilidad, cosa que yo sabía que no era cierta, y sabía que esa mentira heriría a las personas. Y ahora Relámpago, un hombre amable y gentil, sufría justo delante de mí, un dolor que yo había causado.

—No tiene sentido echarse la culpa —dije, débiles palabras de consuelo y otra mentira más, porque había alguien a quien culpar, simplemente no sabía a quién.

Sin embargo, tendría que hablar con Daisy para entender exactamente lo que quería decir.

La cesta de Harry, cerrada, estaba cerca del escenario. Me encontré con mi esposo y agregamos las flores que él había traído a las pilas de alrededor. Incluso había flores flotantes en hilos atados a la cesta, aunque son difíciles de encontrar

en esta época del año. Encontramos un espacio en un banco de piedra en el lateral de la plaza cerca de la parte delantera, donde Rose podía verme y yo podía verlos a todos.

Ella dio comienzo a la ceremonia con voz temblorosa pero audible.

—Los números son una medida, y ahora somos menos.

A excepción de una enfermera, dos niños hospitalizados, un guardia que cuidaba la puerta principal y Daisy, todos habían venido. Los estudié uno por uno, excepto a aquellos demasiado jóvenes o demasiado enfermos para llegar hasta el barranco, tratando de recordar a quién había visto, cuándo y dónde el día que murió Harry.

—Esta pérdida, la pérdida de su arte, es una pérdida para el futuro de Pax —decía Rose—, y su pérdida es una pérdida para mi futuro. Su risa era la misma risa que quería escuchar en las voces de mis hijos.

Hathor y Forrest susurraban entre ellos, hermano y hermana que parecían querer ser gemelos idénticos en lugar de meros mellizos, con sus cabellos peinados en idénticos rizos cortos que hacían que sus mejillas redondas y sus caderas plenas parecieran desproporcionadas. A veces se divertían lanzando campañas de chismes para arruinar un romance o destruir una vocación. He tenido que intervenir ocasionalmente, y al menos una vez fui blanco de sus

rumores, pero no hice nada, sabiendo que eso solo les daría alas. Cerca de allí, Nevada secaba las lágrimas de su hija, de la misma edad y generación que Harry. ¿Una amante decepcionada?

La esposa de Lief se levantó para decir algo, no lo consiguió y volvió a sentarse, rodeada de sus hijos y nietos.

Relámpago se levantó y la miró.

—Lo único peor que lo que ahora siento es si no supiera nada sobre el destino de alguien a quien amaba. Lo lamento mucho, más que nada por ti y tu familia. Todos lo hacemos, y no dejaremos de buscar hasta encontrar a Lief.

La gente murmuró su aprobación. Lief maltrataba a su esposa y sus hijos hasta que intervine, otro de los secretos que guardo por mi trabajo.

La ceremonia duró bastante tiempo porque Harry tenía muchos amigos y admiradores que deseaban hablar. Después del entierro, fui *a ver* a Daisy. Vivia cerca de Harry y tenía una casa llena de colores. Se había vestido como de costumbre, con ropa ricamente bordada, pero su rostro parecía agotado. Su cabello era frondoso como el de él, pero, naturalmente, teñido de verde, y las raíces de color marrón oscuro estaban salpicadas de gris. Su rostro parecía una versión mayor y femenina del de su hijo: labios carnosos, mentón con hoyuelo, nariz curva, cejas arqueadas; nada que

yo no supiera, pero de repente su apariencia me pareció inquietante.

—Lo siento mucho —dije.

—Gracias —murmuró ella con los ojos entrecerrados. Todos saben cuál es mi trabajo. Podría haber venido para darle un ultimátum y decirle que cambiara su comportamiento o se enfrentara a cargo públicos. Y tal vez pensó que no me cae bien, y a veces actúo fríamente hacia ella, pero no me desagrada, aunque su personalidad y la mía no encajen. Respeto sinceramente su trabajo médico y su necesidad de ser el centro de atención la ha motivado a resolver problemas y ganar la gratitud de los enfermos, algo así como el «mejorismo», y del bueno.

Trabaja con el bambú arcoíris para proteger nuestra salud. Esta primavera, el bambú y ella encontraron la cura para la epidemia de fiebre escarlata que mató a siete personas y habría matado a muchos más de nosotros, y nos salvaron del desastre. Trabajó incluso estando enferma, sabiendo que al no descansar podría estar matándose a sí misma, y se ganó una pluma de águila y se mereció el título de «heroína». A lo largo de los años, el bambú y ella han salvado muchas vidas y aliviado mucho sufrimiento. Por ejemplo, crearon la pomada que alivia mi erupción cutánea crónica, una trivialidad que había ganado mi gratitud diaria mucho antes de la epidemia, que pasé en cama delirando de fiebre.

No me desagrada ella. No me gusta el bambú, Stevland, aunque hace mucho por nuestra salud y nuestros cultivos. El bambú se ganó un nombre humano en honor a su importancia, y muy pronto comenzamos a llamarlo «él», como si fuera un hombre y no una planta hermafrodita.

No me desagradaba cuando era niña. Recuerdo los primeros esfuerzos del tío Higgins para comunicarse, cuando Stevland daba lecciones con las mismas matemáticas que estaba aprendiendo en la escuela. Sentí una afinidad infantil por el bambú que aumentó a medida que su capacidad para expresarse adquirió más sofisticación y reflejaba el progreso de mis estudios. Aprendí el vitreo, el idioma que usa el bambú, y de jovencita empecé a comunicarme con él. Y luego dejé de hacerlo, y nunca he querido tener tratos con Stevland desde entonces. Pero eso no es culpa de Daisy. Mi trabajo esta mañana era descubrir quién había asesinado a su hijo.

—Fue triste cómo murió —dije.

—Plantando semillas de bambú —dijo ella, con profundo pesar en la voz. A Stevland le gusta que dispersen sus semillas para que crezcan lejos. Daisy se hundió en una silla, mitad sollozando, mitad gimoteando melodramáticamente—, ¡Harry murió por Stevland!

—¿Quería que Harry plantara sus semillas? —Me busqué una silla.

—Debería haberlas plantado yo misma. Stevland me lo pidió, e hice que Harry fuera, pobre Harry. Fui a los baños y luego fui a la clínica. Y luego... Tú no sabías que él usaba semillas de coca, nadie lo sabía. Debería haberlo detenido. Murió completamente solo, una pérdida, una terrible y trágica pérdida. —Me miró desafiante a través de sus palabras y sus lágrimas ensayadas, como si esperara que yo lo supiera y lo hubiera detenido.

Podría confirmar sus actividades con el custodio de los baños y el médico. El melodrama continuó.

—No puedo tratar con Stevland de nuevo. Me recordaría a Harry. ¡Oh, pobre Harry!

Harry había hecho muchas de las decoraciones y utensilios de su casa, y sus diseños habían sido bordados en su vestido, así que no podía escapar de él. Hice algunas preguntas más sobre sus amigos «por si necesitan consuelo especial», escuché un discurso que habría sido lastimero si la verdad no fuera peor que sus suposiciones, y ofrecí nuevamente mis condolencias, tratando de asegurarle sinceramente que sabía que no había matado a su hijo. Me fui.

Me detuve en el centro de regalos, me senté en un cubículo y respiré el incienso que ocultaba los olores más terrosos. Stevland tenía un interés inquisitorial en el comportamiento pacifista, que había querido regular dirigiendo mi trabajo como comisaria. Su interés podría

ayudarme ahora, y mi antipatía hacia él no importaba tanto como encontrar al asesino.

Poco después del almuerzo, después de hablar con el custodio de los baños, el médico y el granjero jefe de ñame, trabajos legítimos, pero mecanismos de evasión al fin y al cabo, me senté en un pequeño invernadero, que, además de la clínica, es donde Stevland «habla». El techo estaba hecho de ladrillos transparentes. Las hojas caían desde la parte superior de un ancho tallo pálido que se alzaba en el centro de la habitación. El tallo, aparentemente desprovisto de pigmento, transportaba los mensajes de Stevland, y había crecido durante las dos, no, tres décadas desde que habíamos hablado por última vez.

Un ligero perfume embellecía el aire cálido. Me senté en la mesa de escritura y jugueteé con la paleta de madera lacada en blanco. Un bote de tinta cremosa estaba listo. Los pinceles de fieltro y las toallas de limpieza estaban limpios. ¿Qué iba a decir? ¿«He vuelto, tulipán entrometido»? Eso sería inapropiado.

Las palabras comenzaron a formarse en el tallo. Miles de células movían pequeñas cuentas de pigmento a la vista, cromoplastos rojos, docenas en cada célula, para crear triángulos y líneas de escritura vitrea que tomaban forma como objetos que se acercaban a través de la niebla. Cuando era joven, ver aquello nos asombraba a todos.

«Ahora doy de nuevo la bienvenida a Tatiana, feliz de que sirvas bien a los pacifistas durante muchos años».

En cada nodo del tallo, diminutos puntos negros, casi demasiado pequeños para que los ojos humanos los vieran, los ojos de Stevland, miles de ellos, se centraban en mí.

«Tú y yo ahora nos relacionamos con mutualismo», escribí, sin perder tiempo en cortesías. No había escrito en vitreo desde hacía mucho tiempo y luché con el vocabulario y la gramática, aunque es un lenguaje simple; de hecho, él dice que duda que lo aprendiera enteramente antes de que los hacedores de vidrio se fueran. Pero sirve. Alcé el tablero para que Stevland lo viera. Él respondió rápidamente.

«Estoy feliz de hacer mutualismo. Recuerdo que hace mucho descubrimos que el mutualismo era difícil. Recuerdo que quizás fui un tulipán».

Eso me detuvo. Stevland había aprendido humildad, o al menos a fingirla.

«Aprendí que la trufa no daña la paz», continuó. Esa fue la gota que colmó el vaso, cuando él quería que eliminara la trufa argumentando que no entendíamos lo suficiente nuestra propia biología como para usar el alcohol de manera responsable. La trufa puede usarse de manera irresponsable, pero eso no era asunto suyo. Tampoco estuve dispuesta a prohibir las carreras de barcas, como si pudiera, después de

que Tiffany se ahogara. Ni quise participar en planes para identificar y tranquilizar a los pacifistas demasiado agresivos, ni informar a Stevland de todos los delitos menores y consultar con él sobre castigos, ni ordenar matrimonios entre individuos que él considerara genéticamente más favorables, incluido el mío. Elegí a mi primer esposo para desafiarlo.

«Los tulipanes no aprenden», escribí, capaz de dulce–hablar por mí misma. «Tú aprendes todos los días».

«Nuevas raíces todos los días. Los pacifistas me enseñan mucho».

Suficiente dulce–charla.

«Vengo con gran tristeza», escribí. «Vengo con el secreto de mi trabajo. Alguien mató a Harry hace cinco días. Deseo saber quién lo mató. Deseo que me ayudes a proteger bien».

Bien podría haber dicho que existían planes para talarlo. Las oraciones comenzaron a aparecer y desaparecer tan rápido que apenas podía leerlas.

«Gran tristeza, sí, gran sorpresa. Gran pérdida de paz. Los pacifistas nunca matan a otros pacifistas. El comportamiento crea desequilibrio. Gran tristeza, sí. Me dirás todo sobre el asesinato».

Empecé a escribir.

«Las vidas pacifistas son iguales a mi vida», añadió. «¿Quizás asesino actuar por emoción y no matará a nadie más?».

«Desconozco», escribí, y traté de terminar mis primeras frases sobre el asesinato.

«¿Matar no ser plan, tal vez?», escribió.

«Sí, ser plan», escribí. «No me interrumpirás y te diré todo».

Necesité consultar el diccionario muchas veces. Llené una pizarra, la dejé para que la estudiara y escribí más, en total seis pizarras. Él no respondió de inmediato. Finalmente, escribí:

«Ahora termino de contarte todo».

Él respondió después de otra espera.

«Veo que las babosas matan pequeños animales. Matar seguramente es un doloroso dolor lento para animales grandes. Pero babosas no son inteligentes, nosotros somos inteligentes, y hacer daño es incorrecto para los seres inteligentes. Aprendo de los errores e impediré más».

No sonaba como el Stevland que conocía, pero no había perdido su tono autoritario. Después de una larga pausa, dijo:

«Harry era un artista, y lo enterraron hoy. Hablamos Harry y yo de los hacedores de vidrio y del arte. El arte es felicidad como arcoíris en la corteza, así que haré brotar arte usando sus restos del cementerio y extenderé su felicidad mañana con flores artísticas».

Si me gustara más Stevland, tal vez habría apreciado ese tributo, el uso de Harry como fertilizante para crear flores. ¿Qué habría pensado Harry?

«Necesito conocer quién tuvo tiempo hace cinco días para matar», dije. A su solicitud —no, insistencia—, expliqué la naturaleza de una investigación criminal y agregué algo sobre la naturaleza del trabajo en equipo. Dijo que revisaría sus recuerdos durante la noche a medida que la presión capilar alcanzara todas las partes de sus raíces.

«Ayuda y daño crean dualidad», dijo. «Nos entendemos quizás, y el entendimiento crea equilibrio. Planta grande y lenta, pacifista pequeña y rápida; tú y yo encontraremos al asesino. Te agradezco porque hoy viniste y me pediste ayuda. Eres una comisaria sabia para los pacifistas y para mí».

Había aprendido a halagar a lo largo de los años. Yo también. Tal vez una relación puede basarse en los halagos.

«Nos ayudas a los pacifistas con muchos problemas», escribí. «Tú y yo encontraremos al asesino. Estoy feliz de

hablar contigo y deseo más conversaciones sin pena. Mañana haremos mucha mutualidad», añadí. Le deseé agua y sol. Él me deseó calor y comida.

Tuve tiempo antes de la cena para unirme a un equipo de trabajo al que a menudo se unía Harry. Salimos a las cordilleras rocosas un poco al noroeste de la ciudad para recolectar crisálidas de arbustos mariposa por su aceite aromatizado y para verificar si tenían parásitos u otros problemas. El clima amenazaba con lluvia, pero la suave luz hacía que los campos y el bosque parecieran más ricos, llenos de tonos ocres y dorados: las piñas en los altos pinos, las hojas en las cebollas y los tulipanes en los campos a lo largo de las orillas del río. Las vainas en las lentejas y algarrobos sonaban con el viento, casi secas. No había sido un gran año para los cultivos, pero pasaríamos el invierno sin dificultades.

A menudo, mi presencia apaga la conversación, pero los animé a hablar planteando la ironía de que habíamos llevado vidas normales el día en que él murió.

—Yo estaba tejiendo —dijo Nevada. Tejer es en lo que es mejor—. Ya sabes, tiene significado, el tejido. Simboliza las conexiones que cada pacifista tiene entre sí. Un solo hilo perdido y arruinas un brocado. Harry, era un hilo de urdimbre, teñido en la fibra. —Etcétera. El mejorismo puede inspirar a hablar. Al final, acabó mencionando a todos los que estaban en la sala de tejido ese día, incluida su hija.

Si ese y todos los demás comentarios de los miembros del grupo de trabajo resultan ser ciertos, puedo descartar a veintiún sospechosos.

Ahora, en mi oficina, puedo ver un bosquecillo de bambú a través de la puerta abierta. Mi enojo con Stevland desde hace tanto tiempo podría haber sido poco más que una ira desplazada por mi trabajo como comisaria. No podía culpar del todo a Sylvia, mi bisabuela. Cuando era solo una adolescente, me llamó a su lecho de muerte, su cuerpo hinchándose a medida que sus riñones fallaban. Me dio un cuchillo que había sido fabricado en la Tierra y tenía una hoja casi tan larga como mi mano. Me impresionó el acero en sí, brillante y maravilloso, pero luego me dijo que había matado a Vera con él. Describió los días previos a la revuelta, una larga historia, y se enfureció al recordarlo. No podía imaginarme las cosas que me contaba, palizas y asesinatos y violaciones. Nadie nos había contado nada al respecto.

—No, no, no quería morir allí —dijo—. No quería llevar una vida dura y fea bajo las órdenes de Padres mentirosos y asesinos, y para que al final me llevaran en harapos a través de campos desolados y me dejaran para alimentar a la avariciosa y estúpida vid de nieve. —Los Padres habían traicionado a los Hijos.

Y finalmente me dijo:

—Ahora estamos aquí en Ciudad del Arcoíris, y el trabajo del moderador es ayudarnos a decidir qué hacer como grupo y hacer las cosas a la manera de Pax. Un moderador no puede mantener la paz entre los individuos. Lo he intentado, y es demasiado. Los moderadores deben ser públicos. Pero, Tatiana, tú puedes ser privada, puedes guardar secretos, te conozco. Este cuchillo es tu primer secreto.

Así que me nombró comisaria de la paz pública, y yo era demasiado joven y me sentía demasiado halagada para darme cuenta de que el trabajo acabaría por separarme de todos, y que los secretos que descubriera me helarían el corazón para protegerlo. Incluso así, había que hacer el trabajo y hacerlo bien. Seguí trabajando durante un tiempo cuando era joven simplemente para desafiar a Stevland, para demostrar que él era solo una planta y no podía controlarme.

Todavía tengo el cuchillo y lo mantengo afilado. Casi siempre lo llevo, metido en una bota o guardado dentro de mi chaleco en una funda de piel de lagarto delgada y resistente. Cuando mi bisabuela murió, todos se preguntaban dónde estaba su cuchillo de acero. Todavía lo hacen.

* * *

Día 373. Stevland había prestado menos atención a las actividades diarias de lo que yo pensaba y me había proporcionado menos información de lo que yo esperaba sobre dónde estaba cada cual, pero hoy descartamos a veintidós personas más. Sumando a los niños, los enfermos, los incapacitados y las personas que ya había descartado, me quedan ciento sesenta sospechosos, casi dos tercios de todo Pax, aunque Stevland tenía algunas raíces distantes que quería verificar.

«La investigación se parece a la caza», dijo, entusiasmado. «Los animales cazan su comida, la mayoría de las plantas no. Muchas veces los pacifistas me dicen que la caza les produce placer. Ahora entiendo. Cazamos al asesino usando sigilo, usando secretos y para un buen fin, no por glotonería».

Alguien llamó a la puerta.

—Cuando estés listo. No hay prisa —llamó amigablemente Jersey desde el otro lado de la puerta. Está traduciendo un libro de la Tierra para Stevland, Una Historia *de las Matemáticas, y* pasa la mayoría de las tardes una hora con él.

«Cazamos al asesino con ideas e información», dijo Stevland. «Y con inteligencia. Desarrollo más raíces. Te doy más inteligencia, te doy frutas azules y pequeñas en el tallo cerca de la puerta de la oficina. Buenas para el cerebro animal».

¿Fruta de inteligencia? Tuve que pensar en eso. Stevland da frutas adaptadas para individuos específicos para curar infecciones o facilitar el parto o proporcionar nutrientes o enzimas adicionales, entre muchas otras cosas. Pero siempre se ha quejado de nuestra limitada capacidad mental. Partiendo de mi sospecha más pequeña, pregunté:

«Quizás puedas explicarme por qué frutas de inteligencia ahora y no ayer».

La respuesta llegó lentamente.

«Mejor aumento de inteligencia, buena nutrición para los niños. El equilibrio crea mejor salud, y una inteligencia adicional a través de la fruta crea desequilibrio. La enfermedad crea desequilibrio, por lo tanto, la medicina busca equilibrio. El cuerpo mejora la medicina porque también busca equilibrio. La fruta de inteligencia extra es lo opuesto a la fruta de medicina. Probé la sustancia química de inteligencia en la hierba con fipogatos y aprendí de los riesgos y beneficios. Tú, Tatiana, tienes una salud fuerte, por lo que tienes un fuerte equilibrio para tales riesgos. Es posible que no le des fruta a otros, quizás. La búsqueda del asesino equilibra el riesgo de la fruta, quizás».

El riesgo equilibraría la necesidad. Él piensa de esa manera, en términos de equilibrio, como si en alguna raíz colocara ideas en una diminuta balanza doble. Una inteligencia grandiosa. ¿Me habría hablado del riesgo sin preguntar? Lo dudo.

Él sabe lo que era mejor para nosotros, siempre ha estado seguro de eso.

«Hago la fruta con cuidado», añadió. «Examiné tu fisiología con detalle. Tal vez deberías hablar con los médicos sobre el dolor de cadera».

¿Cómo lo sabía? No nos había estado vigilando a todos, pero sí me había estado vigilando a mí. Respondí muy lentamente, después de haber albergado algunos pensamientos irracionales, y todos me llevaron a la imagen del cadáver de Harry y al sentimiento de angustia de Rose y a la tragedia de la pérdida de Pax y al peligro en el que estábamos y a cuáles eran mis deberes.

«Hoy comeré la fruta», dije. Al menos un poco. Tal vez pudiéramos encontrar al asesino antes de que me hiciera mucho daño. Stevland no querría hacerme daño, ¿verdad? «Jersey está aquí».

Necesitaba salir elegantemente antes de decir algo controvertido que complicara mi trabajo, sin importar cuánto lo mereciera.

«Jersey me habla de los recuerdos de las matemáticas de la Tierra. Aprendo mucho, sorprendentemente. Los humanos crean inteligencia a través de libros, no inteligencia de frutas o inteligencia de raíces. Los animales superan

límites creativamente, aprendiendo en lugar de repetir. Siento sorpresa».

No me sentía halagada.

«Agua y sol».

«Calor y comida».

Jersey había encontrado un banco cercano y estaba estudiando su libro, pacientemente, por supuesto. Tiene un tipo extraño de paciencia, más parecido a la timidez, y una especie de generosidad que se acerca al apaciguamiento. Tiene sentido, sabiendo cómo la trató Lief cuando era niña, pero yo también podría estar viendo cosas que no están allí porque sé sobre su infancia. Trata bien a sus propios hijos según he podido descubrir.

Estaba sentada en un banco hecho de un tronco de algarrobo marcado por una veta a cuadros. Los extremos habían sido tallados para que se parecieran a un grupo de vainas de semillas de algarrobo. Stevland había negociado un acuerdo con la comunidad de algarrobos y el banco conmemoraba nuestro pacto. Los árboles aceptaron darnos madera fuerte y decorativa y vainas de semillas que contenían potasio y el aminoácido metionina a cambio de una tala limitada, protección contra plagas y competidores, y la siembra de semillas en lugares ideales. Stevland pensaba que los árboles estaban

ansiosos por hacer un trato y tenían una visión de futuro astuta. Y Stevland también lo era. Como negociador nuestro con plantas y cultivos, se ha vuelto indispensable. La gente confía en él para que nos ayude.

Jersey alzó la cabeza lentamente cuando me acerqué, y una ligera arruga pasó por su rostro. Estoy acostumbrada a ese tipo de reacción. Tal vez pensó que tenía noticias sobre su padre, Lief.

—A Stevland le gusta el libro —dije.

Ella sonrió, aliviada, y asintió. Su bonita naricilla tiene menos pecas que cuando era niña, y ahora tiene dos hijos, pecosos y rubios como ella. Se nota que originalmente es rubia por el brillante tono verde de su cabello.

—Es difícil leerle —dijo mientras se levantaba—. El vitreo no tiene un vocabulario extenso. Bueno, debe tenerlo, porque los hacedores de vidrio hicieron mucha ciencia.

Se rio nerviosa.

Las matemáticas son lo suyo, matemáticas tan avanzadas que se vuelven abstractas, y disfruta enseñándolas. Nevada había tejido el brocado rojo óxido para su vestido que incorporaba números y símbolos multicolores en su patrón. El estilo me parece un poco cursi, pero a ambas les encanta el vestido y está muy bien hecho.

—Stevland conocía las raíces cuadradas —dijo—. En la Tierra, las han estado usando durante cuatro mil años. Eso le sorprendió. Y el nombre lo fascinó. Nadie le dijo que las llamamos raíces, y las raíces significan mucho para él.

—¿Le sorprendió? —No pude evitar sonreír.

—Sí. Puede hacer todo tipo de geometría analítica y tangentes debido a cómo crece, así que eso fue fácil, pero ahora estamos con los números imaginarios y las raíces complejas. No sé cómo decirte lo sorprendido que está, especialmente por lo útiles que son. Espera a que llegue a la geometría no euclidiana.

Incluso yo tenía una vaga idea de qué era un número imaginario, algo relacionado con raíces cuadradas negativas, y Stevland no lo sabía.

—Dice que está aprendiendo mucho. Está asombrado.

Jersey está en la lista de sospechosos. Intenté imaginarla llevando a cabo el asesinato. Es pequeña y delgada, pero si Harry estaba borracho, podría haberlo dominado. No podía imaginármelos a los dos solos juntos, pero eso puede achacarse a mi imaginación. Y, egoístamente, no quería que alguien que estaba impresionando a Stevland con los logros de la inteligencia humana fuera el asesino. Todavía tiene geometría no euclidiana por aprender de nosotros.

El fruto de la inteligencia me estaba esperando, en lo alto de un tallo que crecía justo dentro de la puerta oeste, raramente utilizada, cerca de mi oficina. Para recogerlo, tuve que trepar hasta la cima del muro y arreguindarme. Probablemente no lo habría advertido si Stevland no me lo hubiera dicho.

Normalmente como dos frutas de bambú, una por la mañana temprano y otra a media tarde. Más hace que me sienta mareada, menos me hace sentir lenta. Todavía tenía dudas, pero comí una fruta azul y esperé. Era ligeramente amarga, pero en su mayoría insípida. No sucedió nada hasta esa noche.

Al Luxocaso, mi esposo y yo fuimos a la Casa de Reuniones para la muestra de arte postuma de Harry. Por el camino, la ciudad me pareció más interesante, más detallada. Vi rastros de fipogatos entre las casas y huellas de manos borrosas en las puertas de las casas donde vivían niños. En lo alto, las ramas de bambú estaban dispuestas para capturar la mayor cantidad de luz solar posible, hojas dispuestas en espirales que disminuían en longitud a lo largo de los tallos, formando eficientes formas cónicas. Jersey probablemente podría escribir la ecuación.

Cuando llegamos, noté cosas nuevas en la gente, como quién realmente prestaba atención a quién o a qué: a los niños, a la comida o al arte mismo. Se agrupaban según patrones como las bandadas de polillas, las camarillas y los

grupos de edad y los equipos de trabajo, algunos con resentimientos mutuos, y todos me miraron cuando entré como si yo supiera todo lo que querían ocultar, y ojalá lo supiera.

La Casa de Reuniones ahora incluye dos edificios con cúpulas más pequeñas además del principal, conectados por amplios pasillos abovedados. Rose había dispuesto el arte cuidadosamente en mesas delante de los ventanales para aprovechar la luz. La sala principal albergaba objetos domésticos.

Fingí mirar el arte, esperando escuchar de manera subrepticia, pero en realidad miré las obras a pesar de mis planes y vi cosas que nunca había visto antes. El pelaje de la talla de un gato imitaba la textura de las piedras y ladrillos de una casa. Una caja cuadrada de cerámica, tallada y esmaltada, mostraba a pacifistas y hacedores de vidrio bailando juntos, y me di cuenta de que el patrón alrededor del borde eran sus pasos giratorios. Incluso reconocí el baile. La tapa tallada de una bacinilla infantil me hizo reír con ganas, pero nadie estaba de humor para reír, así que nadie pareció complacido.

—Es el patrón —expliqué.

Al principio, se parecía al intrincado patrón de líneas en un mural de azulejos de los hacedores de vidrio. Diferencias sutiles en la altura de ciertas partes del patrón revelaban una planta pequeña y baja.

—Es una planta disfrazada de excremento —dije—. Camuflada.

La gente se acercó a mirar y lo vio por sí misma por primera vez, y algunos se rieron. Señalé hacia las demás obras de arte.

—Una caja de música. Un gato doméstico. —Lentamente, más sonrisas—. Harry era un buen hombre —dije en voz alta. Me di cuenta de que podía avanzar en mi investigación si seguía hablando—. Lo echaré de menos. Echaré de menos su arte. —Señalé la copa blanca—. Ojalá hubiera podido hacer algo para ayudarlo. Ojalá lo hubiera sabido.

Tenía lágrimas en los ojos. Eso me sorprendió. Y me di cuenta de que el fruto de la inteligencia había hecho efecto. ¿Ser más inteligente me hacía menos fría?

Mi arrebato afectó a la gente. Empezaron a hablar sobre lo que estaban haciendo ese día y sobre lo que podrían haber hecho. Yo era capaz de escuchar dos, incluso tres conversaciones a la vez y recordar lo que oía. Eliminé a sesenta personas. E hice que la noche fuera un verdadero homenaje a Harry y una oportunidad para que el tejido de Pax sanara un poco, aunque cuando encuentre al asesino lo desgarraré más que nunca.

Y ahora, de nuevo en mi oficina, he estado estudiando mi manual de crímenes. En general, los asesinos encajan en dos

categorías. El primero mata por pasión —en mitad de una discusión con un ser querido, por ejemplo—, y tiende a no repetir el crimen. El segundo tipo mata por placer. Estas personas planifican el ataque, se contienen, y controlan cuidadosamente el evento. Los asesinos por placer volverán a matar.

Harry fue asesinado por el segundo tipo. No puedo permitirme perder días.

Me pregunto por Lief. ¿Está vivo? ¿Está cerca? Hace quince años, una maestra vino a verme para decirme que había visto moretones extraños en los hijos de Lief. Fui a hablar con él, y su esposa puso excusas. Lief no dijo nada, y yo dudaba respecto a cómo proceder y si hacer una queja pública formal. Pero al día siguiente anunció que planeaba explorar solo, una idea temeraria de la que nadie pudo disuadirlo. Se fue, dirigiéndose al sur. ¿Lo había enviado a su muerte? Pasé muchas noches de invierno despierta preguntándomelo.

Regresó la primavera siguiente con un fip arbóreo en el hombro e información útil sobre tierras inexploradas. Proclamó que el viaje lo había cambiado. Su familia se había vuelto menos retraída durante su ausencia y, hasta donde pude observar, seguían siendo felices. Quizás él había cambiado. Organizó más expediciones que descubrieron muchas plantas, animales y recursos útiles, así como una cascada extraordinariamente hermosa al este de las montañas que todos han visitado ya al menos una vez. Los propios

hacedores de vidrio habían construido algunos edificios con cúpulas allí, tal vez un complejo de ocio.

Pero Lief nunca volvió a hablarme después de aquella confrontación inicial. Nunca me miró a los ojos.

Lleva tres meses desaparecido, pero podría haber sobrevivido en la naturaleza durante ese tiempo.

Día 374. Rose, la moderadora, debía encontrarse con Hathor y Forrest para almorzar, pero no apareció. Ellos esperaron y luego comenzaron a buscarla, bastante enfadados. Yo estaba a punto de hablar con Stevland cuando me enteré de sus quejas. Inmediatamente organicé grupos de búsqueda.

—Quizás estás exagerando —dijo Georg. Fui a responderle, pero vio la expresión en mi rostro—. No importa. Lo siento. Dirigiré un grupo de búsqueda si quieres.

¿Qué creia que estaba pensando yo? Georg estaba alimentando el horno en la fábrica de vidrio cuando Harry murió. Era un trabajo laborioso que involucraba cooperación en equipo, asi que no era sospechoso. Su grupo de búsqueda salió en dirección al río en cuestión de minutos.

Fui a preguntarle a Stevland dónde había estado Rose. Después de revisar sus raíces, dijo que la había visto por última vez esa mañana afuera de la puerta del río con Roland, el amaestrador de fips.

Roland se había ofrecido como voluntario para unirse al grupo de búsqueda de Georg, llevando gatos rastreadores para lo que les parecería un juego de escondite. Esperé su regreso en la Casa de Reuniones, consciente de que la fruta azul que había vuelto a comer hacía que el tiempo se moviera lentamente y que recordar fuera demasiado fácil. La lista de sospechosos seguía siendo de cien personas e incluía a Roland.

Yo tenía hacia él emociones encontradas, y recuerdos vividos.

Hace varios años, después de demasiada trufa, él y yo nos escapamos de una fiesta de parto nocturna en la Casa de Reuniones y corrimos por las calles oscuras hacia las murallas de la ciudad. Los lagartos de principios de primavera piaban, buscando pareja. Roland extendió su abrigo con flecos en la pasarela de la parte superior de la muralla, y nosotros nos enredamos con lazos y botones e hicimos el amor a medio vestir.

A la mañana siguiente, lo atribuí *a* la trufa, a la fascinación que tienen los amaestradores de fips, a la leyenda del tío Higgins, a la feromona de león que impregna su ropa y excita sexualmente a los humanos, a todo lo que se me ocurrió. Era elegantemente guapo, pequeño pero fuerte, con una frondosa barba, y era un amante experimentado y excitante.

Pero no podía disculparme por haber tenido relaciones sexuales con un hombre de una generación diferente, con el pelo tan verde como sus gatos. Soy la comisaria de la paz pública.

Tal vez esa fuera su principal atracción: su edad. El desarrollo y el éxito de Ciudad del Arcoíris han permitido que las generaciones más jóvenes creen de formas que no podíamos imaginar. Harry, por ejemplo. Los jóvenes están logrando lo que Sylvia había esperado.

Varios días después, Roland y yo nos encontramos por casualidad fuera de la ciudad e hicimos el amor de nuevo en un pequeño valle rodeado de tulipanes silvestres en flor. Siguió casi un año de «accidentes». No puedo culparlo. Soy responsable de lo que hago, pero incluso ahora no sé por qué lo hice. Es sorprendente que nadie lo notara. Tal vez fue la emoción de correr un riesgo y romper la regla que prohíbe el sexo entre miembros de diferentes generaciones.

La culpa finalmente me detuvo. Dije «basta», y él me besó las manos y dijo que obedecería con pesar, y luego me sentí culpable por detenerme, y deseé tener a alguien con quien hablar al respecto, alguien con quien hablar sobre todos los secretos de mi vida y mi trabajo. En cambio, los escribo así y luego quemo lo que escribo, y las cenizas que llenan un frasco en un rincón de mi oficina me sirven de confesión.

Así que esperé noticias sobre Rose, horas amargas por los recuerdos y la duda.

El grupo de búsqueda regresó a media tarde. No encontraron nada. Roland quería cambiar de gatos y volver a intentarlo. Se apresuró a llevar a los animales cansados a sus jaulas y elegir otros nuevos, y lo seguí.

—¿Viste hoy a Rose? —pregunté, esperando de alguna manera poder descartarlo como sospechoso.

—Esta mañana... sí, Rose y yo —dijo. Hablaba en tonos suaves y tranquilizadores, dirigiendo el sonido a los gatos, pero su rostro estaba enrojecido y brillaba de sudor—. Fuimos al cobertizo cerca de los campos de algodón.

Se sentía tan sola sin Harry. Quise hacerla sentir mejor, sentirse amada, y nosotros... hicimos el amor. Luego dijo que iba a recoger lino de algunos cardos. Debería haber vuelto de inmediato.

Dejó a los gatos en el suelo y llamó a otros dos, instándolos a que vinieran rápido. Rose era de la Generación de Cuentas, no de la Generación Verde como Roland. Pensé que sentía ira, luego me di cuenta de que eran celos.

—No sé —continuó—. No hay águilas por aquí, los leones me lo dicen, pero tenemos que encontrarla. —Recogió a los gatos y me miró—. Buscamos por un camino. Ahora probaremos el otro. El camino de los nogales.

Casi salió corriendo de la ciudad. Lo seguí apresuradamente por el camino en el acantilado del río, pasando por cebollas y tulipanes, hasta llegar al cobertizo de los campos de algodón, tratando de pensar solo en encontrarla, pero en lugar de eso, me preguntaba con quién no había tenido Roland relaciones sexuales, y noté cuánto le preocupaba genuinamente, pero ¿por qué? Seguimos otro camino y nos detuvimos en un cruce. Dejó a los gatos en el suelo. Sacó la camisola de Rose de su mochila para que la olfatearan, luego ellos husmearon hasta encontrar su rastro, que siguieron hacia el bosque.

Encontramos a Rose en un claro dominado por grama y pinos bajos. Estaba tendida sobre la hierba gris rojiza con un extremo de su cinturón alrededor del cuello y el otro extremo atado a una rama de pino que aparentemente se había roto por su peso. Junto a ella había una cesta. Parecía que había vaciado los cardos de su cesta, se había subido a ella, atado el cinturón a su cuello y a la rama, y luego saltó y la rama se rompió. Los gatos la olisquearon, confusos. Roland se arrodilló y los llamó a sus brazos, la voz tensa de angustia. Me acerqué a Rose.

Vi de inmediato marcas en su cuello, moretones y abrasiones, especialmente en la nuca, que mostraban que la habían estrangulado con una cuerda o soga estrecha.

Su cinturón bordado con cuentas habría dejado marcas diferentes. Cubrí su rostro ensangrentado y su cuello

magullado con mi pañuelo. Miré sus uñas para ver si había arañado a su agresor, pero estaban limpias. ¿Lavadas? La hierba era demasiado dura para mostrar huellas de pies o signos de lucha. No pude ver de dónde se había desprendido la rama del árbol y sospeché que la habían traído desde otro lugar. Esto podría significar que el asesino carecía de fuerza para levantar el cadáver y atarlo a una rama real. Roland sí podría haberla levantado. O Lief.

Me di cuenta de que pisaba con fuerza mientras caminaba sobre la hierba tiesa y áspera, furiosa con el asesino por haber matado de nuevo y conmigo misma por no haber podido proteger a Rose. Tendría que haber actuado más rápido. Le había dado al asesino otra oportunidad.

Roland estaba sentado en el suelo, con la cabeza gacha. Los gatos en sus brazos se mecían de un lado a otro para consolarlo. Fui a la ciudad a buscar un grupo para llevar a Rose a casa.

Nadie se había suicidado antes en Pax, aunque algunos de los ancianos y enfermos habían buscado la eutanasia, pero eso era completamente diferente. Las cuadrillas dejaron su trabajo en los campos mientras avanzábamos con la camilla, y se ofrecieron á ayudar a llevarla o adelantarse con la noticia. Cuando llegamos a la puerta, cien personas esperaban.

—¿Por qué?

Escuché susurrar esa pregunta mientras entrábamos por la puerta. En la casa de baños, recluté a algunas matronas de ojos débiles que se ocuparían de su cuerpo pero que no estudiarían las marcas en su cuello. Era más probable que se preocuparan por hacer que tuviera buen aspecto. Dejé el cadáver entre las bañeras de ladrillo llenas de agua jabonosa y el aroma del algodón mojado. La madre de Rose, la exmoderadora, había muerto en la epidemia de escarlatina la primavera pasada. El padre de Rose se había enterado de la noticia antes de que yo fuera a visitarlo, y después de verlo, insté a sus parientes y amigos a que no lo dejaran solo, como si ellos mismos no se hubieran dado cuenta de eso. Si le dijera que la habían asesinado, ¿aliviaría su carga o la aumentaría?

Y luego me llamaron a la reunión del Comité de la Mancomunidad. Doce personas, incluyéndome a mí, ayudan al moderador con las decisiones cotidianas. Llegué un poco tarde. El Comité ya había decidido que yo debía convertirme en la nueva moderadora. Era lo último que esperaba escuchar.

—Al menos por el momento —añadió Bartholomew, y no fui capaz de decidir si me lo decía a mí o a los demás—. Tienes la experiencia para manejar la situación de manera eficiente. Pax lo necesita.

O tal vez Bartholomew sería un buen moderador: un verde mayor, hábil carpintero, viudo que nunca se volvió a casar y que parecía encontrar fuerza en la soledad, una reserva de

sentido común entregado con una exagerada meticulosidad que lo hacía inofensivo. Yo era mucho menos agradable. Pero no discutí. El cargo podría brindarme oportunidades para encontrar más rápido al asesino y, en cierto sentido, era solo temporal y de nombre. Le pedí a Bartholomew que ayudara al padre de Rose y que hiciera los arreglos para el velatorio de la noche, y a la jefa del Club de Filósofas que organizara una discusión abierta sobre el duelo, y me fui a hablar con Stevland.

«Ahora doy la bienvenida a Tatiana». Las palabras aparecieron antes de que yo cerrara la puerta y tuviera listos los pinceles para escribir.

«Alguien mató a Rose», escribí apresuradamente, y luego le expliqué todo, incluyendo mi propia falta de puntualidad, ignorando las interrupciones de Stevland sobre «tristeza» o «replicación del error». Terminé con: «Tú, por la mañana, ves a Roland y a Rose. Tú me contarás otras observaciones».

Discutimos sobre sospechosos y sus movimientos, y llegamos a dos conclusiones. Primero, el asesino pudo haber ocultado sus movimientos tanto a Stevland como a los pacifistas. Segundo, no podíamos descartar a Roland.

MI manual de crímenes dice que los criminales que actúan de manera organizada a menudo son sexualmente competentes, encantadores y estereotípicamente masculinos. Pueden regresar a la escena del crimen, ofrecer información

voluntariamente y prever que van a ser interrogados. Naturalmente, ese era el caso en la Tierra, pero esto era Pax.

«Roland tal vez mienta», dijo Stevland. «Te haré una fruta para la verdad. La mentira se piensa dos veces. La fruta hace que el pensamiento sea solo una vez, por lo que el pensamiento es menos inteligente. Mal desequilibrio, muy malo, pero muy temporal. Crecerá cerca de la fruta inteligente, con rayas».

«¿Quizás me explicarás el mal desequilibrio?».

«Ser menos inteligente es malo porque implica pensar menos», repitió Stevland de manera poco útil. La fruta de la inteligencia me ha estado haciendo sentir extraña, ¿qué podría hacer entonces la fruta de la verdad? Pero usaré esta nueva fruta. El asesino volverá a matar si no lo detengo.

En la Casa de Reuniones, Bartholomew y las filósofas habían hecho un buen trabajo, y los felicité. Le pedí a Roland, que sufría terriblemente, que me viera a primera hora de la mañana. Hathor y Forrest habían llegado a la conclusión de que Rose se había suicidado porque tenía el corazón roto por la muerte de Harry, y la exposición de arte, que todavía estaba en exhibición en la Casa de Reuniones, parecía respaldar esa suposición.

Hablé con muchas personas y eliminé a dos docenas de sospechosos. Habría sido fácil eliminar a más si no hubiera

querido evitar crear sospechas y advertir al asesino. La mentira sobre el corazón roto de Rose comenzó a preocuparme. No pude descubrir nada más, así que me fui.

De camino a mi oficina para empezar a escribir esta noche, vi que la fruta de la verdad se estaba desarrollando. Si Roland admite los crímenes, no sé cómo reaccionaré. Estoy furiosa con el asesino más allá de lo indecible. También estoy furiosa con Stevland. Puede hacernos más inteligentes o más sinceros, pero parece contentarse con darnos fruta que generalmente nos hace estar un poco más alerta y a veces cura nuestras enfermedades: eso nos mantiene equilibrados. Pero si alterara la fruta de vez en cuando, nunca lo notaríamos. ¿Qué hay en la pomada para mi erupción cutánea?

El manual dice que el comportamiento destructivo está motivado por el deseo de poder, y Stevland siempre ha querido poder, ser el bambú más grande y más inteligente en la historia de Pax y tener los mejores animales a su servicio. La bisabuela se equivocaba. Stevland no es de naturaleza altruista. Busca por naturaleza el control.

La verdad puede venir en una fruta, pero mentir es mi vida. Miento para proteger la privacidad de otros, ignoro las mentiras por la misma razón, miento para protegerme, y le miento a mi esposo para protegerlo de sentir que alguna insuficiencia por su parte me llevó a visitar a Roland.

Quiero estar con mi esposo ahora. Quiero fingir que no sé nada especial, que ningún asesino está acechándonos como el gigante imaginario que secuestra niños que los crios creen ver cuando alguna imperfección en un ladrillo de vidrio en un techo provoca un destello extraño. En nuestra pequeña ciudad, todos creemos conocer a todos los demás, y estamos equivocados.

Día 375. Roland llegó a mi oficina dando tumbos esta mañana temprano para hablar conmigo. Se había deteriorado durante la noche, estaba tembloroso y pálido por la falta de sueño, sin lavar ni peinar, y la trufa que olí en su aliento probablemente no lo había ayudado. Si era el asesino, ¿me atacaría? En su estado, tal vez no pudiera luchar con fuerza. Parecía dispuesto a confesar incluso antes de que le sirviera el desayuno, té y la fruta a rayas de la verdad. Yo ya había comido mi fruta especial y tenía un buen cuchillo de acero al alcance, así que estaba alerta y preparada.

—Fue culpa mía que ella muriera. Mía —balbuceó roncamente—. Yo lo hice. Yo... sé que estuvo mal. Estuvo mal contigo también. Pero es que amo a todo tipo de mujeres, sé que no debería, pero tú... tú eres alta e inteligente y no te pareces a las demás mujeres. Te preocupas por mí. Te importo, Tatiana, ¿verdad? Cuidas de mí, como ayer, y Rose se sentía tan mal que quise hacerla sentir mejor, pero sé que estuvo mal. Ella también lo sabía, y se sintió culpable, lo sé.

Tú también, sé que tú también. Pero eres fuerte. Ella... ella... ella...

Roland es de la Generación 5. Rose era de la Generación 6. Pensaba que ella se había suicidado por su culpa.

La situación empeoró a medida que la fruta iba haciendo efecto y lo volvía aún más dolorosamente sincero, y confesó haber estado con otros miembros de generaciones tabú, muchas mujeres y algunos hombres. Descuidó entrenar a los fipogatos y no hizo su parte del trabajo en el campo. No fabricó trufa. Comió raíz de loto. Cuando era niño, robó juguetes y se portó mal en la escuela.

—Tendría que haber muerto en vez de ella. Pax estaría mejor sin mí. Merece un mejor amaestrador de fips. Soy demasiado egoísta para este trabajo. Solo lo conseguí por mi aspecto.

Sollozando y consumido por la pena, parecía más atractivo que nunca, o tal vez eran de nuevo las feromonas en su ropa y su piel. Podía imaginarme fácilmente la forma de los músculos de sus hombros bajo el cuello con flecos de su abrigo, y la fuerza de sus muslos.

Pero son excusas. Solo pretendía hablar con él para disuadirlo del suicidio, y mis garantías sobre su valía se convirtieron en explicaciones de mi antiguo interés sexual en él, que nunca había cesado: un amor tabú, no apropiado

para mi cargo, pero romper ese tabú no había lastimado a nadie, ¿verdad? Él dijo, sinceramente, si es que podía confiar en la fruta de Stevland, que siempre se había sentido más real cuando estaba conmigo, más seguro de sí mismo, nunca se había sentido mejor que cuando me hacía feliz. Y yo me sentí feliz y aliviada de que no hubiera matado a Rose. La edad en realidad no significa nada, coincidimos. Para entonces ya estábamos cogidos de la mano y enrojecidos por la excitación.

Hicimos el amor en la misma mesa donde estoy escribiendo ahora. La fruta de la inteligencia no me ayudó a pensar dos veces en lo que estaba haciendo.

Me sentí estúpida en el funeral de Rose esa mañana, más tarde. El asesino estaba en alguna parte entre la gente en la plaza, a menos que fuera Lief, y ¿por qué iba a matar Lief a Rose? ¿O a Harry? Al menos a ella no la habían torturado. Tal vez. La mayoría de los cazadores no usan trampas de estrangulamiento porque creen que estrangular es cruel.

En el funeral de Rose, encendí varias de sus velas y recité las palabras tradicionales sobre los números de Pax. La elogié sinceramente, pero ¿quién, además de mí en ese momento, creía que ella tuviera fortaleza? La gente permaneció sentada en silencio, atónita. Soy cruel al dejar que piensen que murió por su propia mano. El asesino se burla de Pax y se burla de mí.

Stevland, cuando hablé con él después del entierro, dijo que deberíamos usar la fruta de la verdad con más personas, ya que Roland no había matado a Rose. Pensé un momento.

«Lo que dices significa que sabes eso de Roland».

El bambú ante mi oficina no pudo haber visto nada.

Él vaciló, y yo sabía lo suficiente sobre las vacilaciones para darme cuenta de que había hecho una pregunta que no quería responder.

«Guardarás mi secreto», ordenó. No estaba segura de hacerlo, y aún no estoy segura de que debiera. Las palabras en vitreo se desvanecieron y fueron reemplazadas por palabras en inglés. «He aprendido tu idioma. He duplicado órganos auditivos en muchos lugares alrededor de la ciudad. Son más útiles de lo que esperaba».

«¿Puedes escucharme?», escribí en vitreo, demasiado aturdida para darme cuenta de que no tenía que hacerlo.

«Sí, aunque con dificultad», dijeron las palabras en el tallo en lenguaje humano.

—¿Desde cuándo? —dije, y escribí, esta vez en inglés, dos palabras pequeñas que se sentían completamente impropias, como hacer matemáticas con un fipogato.

«Aprendí leyendo tu idioma durante muchos años. Observé aulas escolares, pero la audición es nueva este año. Siento muchos sonidos a la vez y debo separar cada uno. Esta es mi dificultad».

Me quedé callada durante un buen rato. No fue una pausa teatral. Él sabe lo que decimos, lo que hacemos, y tiene la información sobre nuestra bioquímica para controlarnos con frutas y olores. Ha estado preparado para emitir amenazas y órdenes desde hace mucho tiempo. ¿Qué me estaba haciendo el olor en el invernadero? Podría estar afectándome mucho y nunca lo sabría. Sus secretos y su poder protegerían las vidas de Pax solo mientras le sirviéramos.

«Podemos trabajar juntos mejor», escribió para romper el silencio. «Tenemos que encontrar al asesino».

—Interrogaré a más personas con la fruta —dije. Pero eso no era suficiente para Stevland, en absoluto.

«Debemos usar la fruta de la verdad con toda la población».

—No. La paz social requiere mentiras. Mentiras triviales y necesarias. Tenemos que encontrar al asesino sin destruir Pax.

«Tenemos que encontrar al asesino. Después te daré la fruta para matar a esa persona».

—El castigo será decidido por la gente de Pax —dije, y lo escribí para forzarlo a comprender, pero escribí tan rápido que mi escritura era casi ilegible.

«Quiero la sangre del asesino», dijo él.

—Ya tienes la de las víctimas.

«Hablas de lógica. Yo hablo de deseo. Estoy profundamente motivado».

—Tal vez puedas presentar tu deseo ante la gente de Pax para que decidan.

No me respondió, lo cual fue una ventaja, porque yo podría no haber respondido de manera constructiva. Después de un período de silencio incómodo, discutimos por dónde empezar mis interrogatorios. Stevland sugirió a la mejor amiga de Rose, Tami, un soplador de vidrio llamado Kung y mi esposo. No fui capaz de preguntarle por qué había elegido a mi esposo.

A la amiga de Rose, Tami, le gustó la fruta. Le gusta casi todo. No había matado a nadie, y el tema de las muertes la convirtió en un ruidoso charco de lágrimas de reproche porque debería haber visto que sus amigos estaban sufriendo y haberlos ayudado. Kung, un hombre grande y rudo de quien siempre sospeché que era más sensible de lo que parecía, disfrutó de la nueva fruta y tampoco había matado a nadie, pero se deprimió tanto por la idea de lo absurdo de la

muerte que se pasó el resto del día sentado en el muro de la ciudad mirando a la nada.

Mi esposo no había matado a nadie, pero sí había notado que últimamente me veía preocupada y enojada, y quiso asegurarme que honraba y respetaba completamente mi trabajo. Dijo que yo ayudaba a personas que a menudo me faltaban al respeto a cambio, y eso le rompía el corazón. Confesó haber tenido relaciones sexuales con Luna y suplicó mi perdón. Le aseguré que lo tenía y no mencioné que ya sabía de la aventura y difícilmente podía quejarme. Luna pertenece a nuestra generación.

Si pudiera escribir esta noche, si tuviera una pluma y papel y la tranquilidad para escribir, esto es lo que diría:

Día 376. En cierto modo, siento lástima por Jersey. Pero no mucha. En este momento, no me importaría dársela de comer a Stevland.

Tenía cosas que decirle esta mañana, y la fruta inteligente me vuelve impaciente porque el tiempo avanza tan lentamente que no lo soporto. Me abrigué para caminar hasta el invernadero a través de calles vacías mientras las nubes sobre las montañas brillaban con un débil color rosa con la salida de Sol. La humedad empañaba el techo dentro del invernadero. Encendí una vela, una que Rose había hecho, y me senté, dispuesta a hablar sobre una nueva idea para la

investigación: involucrar a más personas, pero Stevland escribió primero.

«Una raíz recolectora de una de mis avanzadillas informa de carne humana en el suelo», dijo. Explicó que la avanzadilla crecía cerca del árbol de cola de caballo gigante en el camino hacia la hermosa cascada de Lief, en las montañas del este. Las raíces de Stevland, finas como hilos, se interconectan como una red que cubre colinas y campos mucho más allá de la ciudad. Especuló que el cuerpo había sido enterrado hace algún tiempo y que la lluvia reciente había lavado su olor, como él lo llamó, a través del suelo.

Tenía que ser Lief. Me marché de inmediato para poder investigar el lugar sin que nadie preguntara a dónde iba. Fruta inteligente: falta de paciencia. Cogí una pala, pertrechos, escribí una nota para mi esposo, dejé atrás los capullos de flores de bambú especiales que crecían cerca de la puerta junto al río en homenaje a Harry, crucé el puente de cuerda y pasé ante la estatua que Harry había hecho de Tío Higgins, una roca tallada con, una figura medio humana, medio león, riendo, sosteniendo un vaso de trufa. Detrás de mí, en la ciudad, comenzó a brotar el humo blanco y fragante de la chimenea de la panadería.

A mediodía vi el árbol que se alzaba sobre el resto del bosque, el árbol más alto del mundo, pensábamos de niños, y según sabemos de adultos, es cierto. Stevland dice que es la cosa viva más antigua que conoce. Se eleva desde un

tronco gris retorcido tan grande que veinticinco personas cogidas de la mano pueden rodearlo, y muy por encima de nuestras cabezas el tronco se divide una y otra vez en abanicos que terminan en ramilletes de hojas largas y finas como cabellos humanos con puntas afiladas como agujas. Versiones más pequeñas crecen en nuestros jardines, donde parecen bonitas en lugar de grotescamente poderosas como el árbol. Stevland dice que es lento y poco curioso. Es posible que no se diera cuenta y no le importara que un ser humano hubiera sido enterrado cerca de su lado este.

El lado este del árbol incluía una gran cantidad de territorio. Supuse que un lugar fangoso detrás de algunos arbustos cerca del puesto de Stevland podría ser el lugar, pero pronto descubrí suficientes raíces de árboles antiguos para darme cuenta de que no era así. Probé en otro lugar. Encontré una madriguera antigua de un pájaro boxeador con los restos del pájaro dentro. Una sección del camino a cierta distancia del árbol tenía un área extrañamente elevada entre dos grandes raíces, como si alguien hubiera construido un puente sobre un lugar fangoso. Enterrar a Lief debajo de nuestros pies podría haber sido lo suficientemente macabro para el asesino, y lo era. Justo debajo de la tierra había muchas rocas, ninguna demasiado grande para que las retirara una abuela como yo. Debajo de ellas estaba Lief. Los restos de su ropa eran la prueba. Boca arriba. Las manos y los pies probablemente habían estado atados, según su colocación. El arco y el cuchillo junto al cuerpo.

No se podía decir mucho más. Quedaba tan poco que ni apestaba. Las lombrices esponja habían reemplazado parte de la carne, y los huesos mismos estaban siendo perforados por las termitas para obtener calcio. Volví a cubrir a Lief. Si me daba prisa, podría estar en casa antes del atardecer. Todavía quedaban ochenta sospechosos en mi lista, pero al menos él ya no estaba en ella. Comencé a repasar la lista mientras caminaba.

Un guijarro rodó detrás de mí. Una hoja muerta crujió. Un murciélago se posó en un árbol, solo para asustarse de nuevo. Me volví y no vi nada. Podría ser un águila u otro depredador, aunque era poco probable, ya que los cazadores intentan mantener los bosques despejados. Lo más probable es que el asesino me estuviera siguiendo, ya que nadie más se escondería de mí. Él o ella se daría cuenta de que estaba investigando los asesinatos. Si me apresuraba hacia la seguridad de la ciudad, no vería quién era. Si el asesino tenía la intención de matarme, tal vez podría emboscarlo.

Tenía mi cuchillo de acero, tenía la fruta que me hacía solo un poco más rápida que cualquiera y, como comprendí más tarde, me volvía demasiado confiada. Decidí intentar la confrontación.

Caminé de regreso hacia el árbol de cola de caballo. Su copa verde y peluda se alzaba como una cabeza gigante sobre los otros árboles. Lo dejé atrás y, de alguna manera, un kilómetro después, el asesino se había situado detrás de

mí. Volví a escuchar los pasos a lo lejos. Me aparté del sendero, me oculté tras un promontorio y lancé una piedra por delante para que pareciera que había continuado avanzando. Unos cangrejos pequeños de nueve patas me siseaban desde las madrigueras de las que se habían apropiado. Me agaché, esperando que mi ropa oscura pareciera una sombra.

Se acercaron pasos, un poco vacilantes. Miré alrededor del promontorio con los ojos entrecerrados. Jersey pasó de puntillas, deteniéndose en una curva del camino para mirar hacia abajo antes de continuar. Jersey. ¿Jersey?

Sí. Con su vestido matemático, con un arco y una aljaba de flechas, con todo el sigilo del que era capaz.

Esperé antes de seguirla. Tal vez pensaba en atraparme, pero yo también conocía el camino. Un bosque de bambú arcoíris crecía no mucho más adelante. Me detuve allí, esperando a que descubriera mi truco y se diera la vuelta. La avanzadilla de Stevland me vería y enviaría la noticia.

Esperé, comí una fruta inteligente, comí un poco de penmican, vacié mi cantimplora. Me dolían las caderas. Consideré qué preguntarle: ¿Por qué? ¿Por qué torturar a Harry? ¿Por qué matar a nadie? Imaginé atraparla de alguna manera y llevarla de regreso a la ciudad. ¿Cómo? Necesitaba resolverlo pronto. ¿Cómo reaccionaría la gente? Probablemente no muy bien.

La fruta inteligente me volvía impaciente. Decidí que algo estaba sucediendo por delante y tenia que saber qué era. Caminé durante largo rato. No encontré nada. De repente, Lux empezó a ponerse.

Demasiado tarde para dar marcha atrás: realmente efecto de la fruta inteligente. Un poco más adelante, sabía que encontraría un refugio construido para viajeros en el camino a la cascada. Estaría abastecido con leña y algunas ollas y mantas si ningún animal las había robado. Jersey podría estar allí, pero ¿qué elección tenía?

La pequeña fortaleza abovedada se encontraba en un claro a un lado del camino. Piedra y ladrillo se alzaban hacia un techo de vidrio de doble grosor, redondo como una casa, pero sin ventanas. Troneras en lo alto de las paredes permitían a quienes estaban dentro mirar hacia afuera y, si era necesario, disparar flechas o dardos. La rodeé lentamente. La pesada puerta se alzaba alta sobre el suelo, cerrada firmemente. La escalera para llegar a ella no estaba a la vista. Un pequeño búho asomó la cabeza en una madriguera cerca del edificio y se erizó. Un destello de verde en el cielo presagiaba auroras. No se veía luz a través del techo. Si había alguien dentro, no había encendido un fuego, pero ¿era eso un indicio de humo en el aire?

Alcancé con un palo el borde inferior de la puerta para rascarlo, como un lagarto o un cangrejo arbóreo. Silencio.

Rasqué de nuevo. Silencio. O no del todo. Un quejido, muy tenue. Tal vez era solo una polilla.

Luego el roce en el interior, como un pie en un suelo. ¿Jersey?

No quería pasar la noche a la intemperie y descubrir qué depredadores podrían estar en la zona, pero si ella estaba dentro, quizás estuviera más segura afuera. Un bosquecillo de bambú crecía al otro lado del camino. Los cardos guardianes de Stevland me proporcionarían refugio de algún modo. En casa habrían notado mi ausencia, y la de ella también.

Mañana las cosas serían diferentes... siempre y cuando sobreviviera a la noche.

Di unos pasos hacia el bosquecillo. Dentro del edificio sonó algo de madera. ¿Una barra que se levantaba en un postigo que bloqueaba una de las troneras? Algo chirrió. ¿Una bisagra de cuero? Ella llevaba consigo arco y flechas, ¿verdad? ¿Por qué no me había dado cuenta? ¿Cuándo vendría la flecha?

Me quedé quieta, la inmovilidad como mi único camuflaje, y esperé. Ninguna flecha voló. Finalmente, me di media vuelta. El resplandor verdoso de la aurora iluminaba las hojas superiores de los árboles donde brillaban los cangrejos. Todas las troneras parecían oscuras y sombrías. Miré hacia

abajo y vi mis manos verdosas y pálidas brotando de las mangas oscuras. Ella podía verme. Yo no podía verla a ella. Inspiré profundamente para hablar... ¿Para decir qué?

Ella dejó escapar una risita y susurró:

—Estás atrapada, Tatiana.

—Puedo irme.

—Shh. Las águilas te escucharán. Están más abajo en el camino. Presta atención, las oirás.

Escuché. Murciélagos cantando, pájaros ladrando, el aullido de un león al ponerse Sol, lo que sugería que las águilas no estaban cerca, lagartijas chirriantes. Una brisa en las copas de los árboles, seguida de un crujido de cangrejos renovando sus agarres con las pinzas. Pero si le seguía el juego, Jersey se quedaría adentro, atrapada por su propio miedo. Algo gorjeó al este, probablemente una araña de montaña y sus crías bajando para atiborrarse de babosas y peces antes del invierno.

—¿Eso? —susurré.

—Cantan —dijo ella—. Tienen un fuego. Si suplicas, te dejaré entrar.

Ese era su juego: atraerme adentro.

—¿Por qué? —susurré—. ¿Por qué los mataste?

Ella se rio, y deduje desde qué tronera hablaba.

—Será divertido ver cómo te devoran. Desearía poder salir. Te ataría a un árbol para que no pudieras escapar. He oído decir que les gusta cocinar su comida atándola viva a una estaca y encendiendo un fuego alrededor.

Eso era pura ficción.

—Tienes miedo, ¿verdad? —dijo—, Y frío. Intentaste atraparme, pero te atrapé yo. —Hablaba como una niña, como si estuviera jugando al quieto parado y pudiera burlarse impunemente de los jugadores congelados— ¿Jugaste limpio? ¿Jugaste según las reglas? Por supuesto que sí. Nunca dejaste de hacer tus tareas. ¿Moderadora? Yo te hice moderadora. Yo te convertiré en comida para águilas.

Paciente y generosa, así era la Jersey que conocía. Tímida y apacible en el peor de los casos. ¿Quién era esta mujer?

—Piénsalo —dijo—. Águilas malolientes con esas grandes garras. Pueden esconderse en cualquier lugar. Nunca las verás hasta que te atrapen. Mañana, diré que intentaste matarme. Me perseguiste. Me escondí, y las águilas me rescataron. Eres la asesina. Todos lo creerán. Siempre andas merodeando con todo tipo de secretos.

Cuando los niños usan ese tono de voz, me voy. Me vuelve loca. Ella nunca hablaba así, ni siquiera de niña. Pero yo podía hacerle cambiar el tono de voz y obtener respuestas sinceras.

—Al menos tengo comida —le lancé como provocación.

—¿Crees que puedes sobornar a las águilas?

—No con fruta, pero yo la tengo y tú no. ¿No tienes hambre?

—¿Qué tipo de fruta?

—Fruta de bambú.

—Si no me das algo, gritaré para que vengan las águilas.

—¿Te quedarás callada hasta el amanecer?

—Por supuesto.

Estaba mintiendo, pero eso no importaba. Ensarté cuatro frutas de la verdad en una larga ramita y las acerqué a la tronera. Ella las cogió desde dentro. Después de un momento, dijo:

—Estas son extrañas. Son venenosas. Van a matarme.

—No. Son nuevas, con vitaminas.

—Demuéstramelo. Cómete una.

Casi estuve a punto de decir que no, pero me lo pensé mejor. Luego respondí rápido, para que no sospechara nada. Necesitaba conocer la verdad.

—Claro —dije.

Una fruta voló por la ventana y cayó al suelo. Contuve mi vacilación y la recogí. Al menos era la más pequeña. Esperé poder ser emocionalmente más fuerte que Roland, o que la fruta inteligente anulara la fruta de la verdad. O que mi costumbre de nunca hablar con sinceridad permaneciera intacta. Me aseguré de que ella me viera comer la fruta, y la tragué en grandes trozos para así poder digerir menos. Tenía un sabor dulzón y ligeramente parecido a los suplementos de hierro que tomaba cuando estaba embarazada.

Esperé. No pude ver ninguna luna para calcular el tiempo. Otro cortinaje verde de luz se iluminó al norte. La aurora boreal ondeaba y se teñía de rojo. Cangrejos y estrellas titilaban. Las arañas seguían parloteando.

Me acerqué más a la tronera.

—¿Es divertido matar?

La fruta pronto haría efecto, y cuando lo hiciera, quería que ella estuviera ya hablando.

—Serás la más divertida de todas. No estoy bromeando acerca de las águilas. Vi su fuego, las escuché. Debería llamarlas ahora.

Necesitaba distraerla.

—¿Por qué a tu padre?

Risas de nuevo. La fruta de la verdad no había surtido efecto, o ella estaría melancólica.

—No sabía lo fácil que era matar. Ni lo divertido. Maté gatos, pero no son nada. No suplican. Papá suplicó.

—Comienza por el principio.

—No estás suplicando. Pensé que serías la más divertida. Tatiana, suplicando.

—¿Por qué lo mataste?

—Escucha, ahí están ya.

El parloteo de nuevo. No eran arañas. Un viento trajo un fragmento de conversación, de lenguaje, lleno de chillidos y graznidos complejos. Un olor extraño y desagradable. Empecé a asentir, ¿estaba la fruta de la verdad funcionando? Pensé detenidamente dos veces. Si ella creía que las águilas estaban cerca, las llamaría.

—Son arañas. Arañas cazando peces, enseñando a sus crías a cazar. —¡Todavía podía mentir!

—Vi su fuego.

Inspiré profundamente y volví a mentir, cada palabra un esfuerzo.

—Es la aurora boreal. La viste reflejada en un charco. Sus pasos rasparon en el suelo de piedra del edificio. Una bisagra chirrió en el interior. Camino abajo, algo hablaba. ¿Podían hablar las águilas? Tamborileaban antes de los ataques, pero no oí ningún tamborileo. Me pareció oler a humo.

Jersey regresó.

—Entonces, nada va a matarte. Tendré que matarte yo.

—¿Por qué matarme? —La pregunta salió fácilmente, ya que reflejaba mis pensamientos verdaderos.

—Nadie hace daño a nadie en Pax. Te aseguras de que no lo hagan. Eso es divertido, ¿verdad? Haces que la gente se comporte bien. Puedo actuar amablemente. Imagina hacerlos sufrir. Hacerlos morir. Puedo hacerlo. —Su tono de voz cambió, menos juguetón—. Los hago sufrir. Los sorprendo.

—Estoy sorprendida. Nunca fuiste así.

—Nunca fui así.

Guardó silencio, luego suspiró, y volvió a guardar silencio. «No dejes de hablar», quería decir eso.

—¿Cuándo cambiaste?

—No lo sé —respondió. De nuevo, silencio.

¿Qué le pasaba? La fruta de la verdad hacía que todos los demás hablaran mucho. ¿Se la había comido o no?

—¿Cómo cambiaste?

Fue una pregunta fácil y sincera. Esperé a que respondiera, esperé a pesar de estar llena de impaciencia por la fruta inteligente, y estaba a punto de preguntar de nuevo cuando ella se quejó:

—Quería hacer que se detuviera. Dejar de pensar.

La fruta de la verdad no había hecho que otras personas fueran más coherentes. Tampoco a ella, al parecer.

—¿Pensar en qué?

Ella susurró una respuesta en voz tan baja que tuve que pedirle que la repitiera.

—En lastimar a la gente.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué les hago daño a mis hijos? Los quiero. —Se había vuelto lenta, por fin—. Quiero hacerles daño. Siempre pienso en hacerles daño. Lo veo. Agarro una escoba y golpeo a Bram hasta que sangra, sus huesos se rompen, le parto los dientes, le aplasto la cara... Oh, lo oigo, lo veo, lo huelo. Siempre, siempre, siempre. En los baños quiero ahogarlos. Cuando mi marido me besa, pienso que podría morderlo, desgarrarle la garganta. Lo pienso, lo siento, lo saboreo. Es lo único en lo que pienso. Sueño con eso. Quiero hacerlo parar. Parar.

No podía recordar haberla visto jamás enojada con sus hijos. Sin embargo, estaba diciendo la verdad, ¿no?

—¿Hacerlo parar? —repetí.

—Nunca me siento bien. No importa lo buena que sea, no importa cómo trate a los niños, no importa lo bien que trate a mi esposo, no puedo dejar de pensar en hacerles daño. Mantengo mi casa ordenada, hago mi trabajo, y no sirve de nada. Puedo sentir un cuchillo en mi mano y cómo sería clavárselo a mi esposo en el pecho. Sangre, mucha sangre. Veo esto y lo siento, y me preocupo por esto todo el tiempo, todo el tiempo, cuando me despierto, cuando le escribo a Stevland; cuando estoy dormida, a veces sueño con eso y es todo matemático, una ecuación sobre cuántas veces puedo golpear a Bram hasta que muera. El número máximo.

—Pero no le has hecho daño a tus hijos —dije suavemente. —No. Pero no pude hacer que se detuviera. Lo intenté. Lo intenté. No funcionó. Maté gatos. Maté a papá y a los demás. No funcionó.

Mantuve todo tono de acusación fuera de mi voz:

—Pensaste que ayudaría si los matabas.

—Si lo hacía con alguien más, no lo haría con los niños.

—Mataste a tu padre.

—No lo planeé. Estaba buscando un arrecife de mirlos azules para prenderle fuego y lo encontré junto al árbol de cola de caballo. Se había caído y se había roto la pierna. Sé que piensas que lo odiaba, y fue malo cuando yo era joven, y pensé que lo odiaba. Pensé... pensé que quería lastimar a mis hijos por él, eso es lo que pensé cuando lo vi tirado en el suelo. Lo engañé. Le dije que lo haría sentir más cómodo y luego buscaría ayuda, y no lo hice. Amontoné piedras sobre él, una por una, hasta que ya no pudo respirar. Rogó y sufrió y fue todo lo que yo esperaba que sería. Y pensé: «Lo he hecho. No tendré que pensar en hacerlo con mis hijos». Estaba libre.

La fruta de la verdad y la fruta inteligente en mis venas me hicieron querer interrumpir y decirle que debería haber buscado ayuda psicológica. Hay un buen consejero en la clínica,

Relámpago. Me tragué el impulso y esperé a que hablara más.

—Te estoy escuchando. —Me esforcé por parecer comprensiva—. Estabas libre.

—¡No, no lo estaba! Seguía pensando en matar a mis hijos y a mi esposo. Y en papá. Lo viví una y otra vez. Cada piedra. Era mejor que pensar en mis hijos. Y luego pensé en otras personas, en matar a otras personas. Cualquiera que estuviera cerca de mí. Y pensé: «Si lo hago de nuevo, entonces me sentiré mejor, tendré más en qué pensar». Pensé: «Si elijo a alguien especial y lo hago de manera horrible, entonces será todavía mejor». Harry. Todos querían a Harry, y su trabajo era tan importante. Matarlo sería perfecto.

Ya sabía lo que necesitaba saber. Pero la fruta de la verdad hace que una persona hable. Tuve que quedarme allí y escuchar lo que realmente no quería saber.

—Me gustó verlo morir tan lentamente. Fue mejor de lo que imaginaba. Cuando llegaron las babosas, se tomaron su tiempo. Tenía miedo de que fueran a por sus ojos primero y que no pudiera ver y tener miedo, pero no lo hicieron. Pero, al día siguiente, pensé en cuánto disfrutaría si atara a mis hijos para las babosas, cómo podría amontonar piedras sobre mi esposo. No quiero hacerlo, pero no puedo dejar de pensar en cómo lo haría y lo disfrutaría, y no puedo detenerme porque sería muy divertido.

—Y entonces mataste a Rose —interrumpí.

—No lo planeé, pero tuve la oportunidad, y ella es importante, y pensé que, si mataba a alguien importante, alguien que pudiera decirme qué hacer, entonces podría decirme a mí misma qué hacer y qué no hacer. Y si te mato a ti, eres la que me persigue. Eres la que me hace sentir culpable. Eres autoritaria, siempre estás presionando a la gente. Si te mato, entonces me sentiré mejor. No tendré que preocuparme por ser descubierta. Y si puedo descansar, tendré tiempo para cambiar. Eso es todo lo que quiero. Quiero dejar de pensar. Quiero dejar de pensar en ti, en papá, en Harry, en mi familia, en todo, todo, todo. Quiero parar.

Hablaba cada vez más alto. Llamaría a las águilas, lo quisiera o no.

—Yo también quiero que te detengas —susurré.

—Lo haré después de que estés muerta. —Susurraba de nuevo. El olor a humo se había vuelto innegable—. Quiero paz. Quiero que estés muerta.

El parloteo y el piar volvieron a hacerse más fuertes, voces llamándose como si estuvieran en movimiento.

—Aquí vienen. No quiero ver. No quiero verlo esta vez. Solo quiero que suceda.

Cerró la portezuela de la tronera.

No me moví, no respiré. Algunas criaturas pueden ver el calor. Tal vez las águilas pudieran. Esperé y observé las luces de la aurora brillar en el cielo. Los animales se agitaban en los árboles. Un murciélago pasó volando y capté las palabras «fuego» y «cuidado, cuidado».

Jersey sollozó.

Y yo no pude mentirme a mí misma. Tenía miedo. ¿Cómo explicaría esto en una asamblea general de Pax? ¿Qué es la justicia? No tenemos leyes escritas sobre el asesinato.

Pero ella no está bien.

¿Qué diría? Que mentí a todos, que tenía miedo de cometer errores, miedo de perder el control de la investigación, miedo de la manipulación de Stevland, y por eso no dije nada. Rose murió porque yo guardé secretos y actué demasiado lentamente.

Nadie me respetará. Eso es por lo que realmente vivo. Respeto. Poder. Lo tengo ahora. Soy la moderadora y la comisaria de la paz pública. El cuchillo de Sylvia significa que soy especial. Soy diferente. Soy un poco mejor que todos los demás. Pero dejé morir a Rose. Luego ocupé su lugar y estuve feliz de hacerlo.

Me arrastré hasta el bosquecillo de bambú. Stevland abrió sus espinas protectoras para mí, y aquí espero el amanecer, agazapada en el bosque en la fría noche. La fruta de la verdad

y la fruta inteligente no me dejarán dormir. Tengo escalofríos y pienso. Soy diferente de Jersey solo en por qué hice lo que hice. Y en que sé cómo detenerme. La aurora ha vuelto a brillar. Casi podría leer con esta luz. Si algo me busca, me encontrará, y Stevland no puede protegerme. Es solo una planta.

La diferencia entre Jersey y yo es que yo me enfrentaré a las cosas de la manera correcta. Intentaré sobrevivir, y luego seré la mejor moderadora que pueda ser. Mentí, cometí errores, pueden destituirme como moderadora, como comisaria, y seguiré siendo yo, con cuchillo o sin él.

* * *

Día 377. Nunca había intentado prescindir de la fruta de bambú antes, y no sabía que me sentiría tan mal. Tengo hambre y sed, pero no de comida y bebida, y de hecho me siento demasiado mareada para comer. Me duele la cabeza. Siento como si algo malo fuera a suceder, algún tipo de ataque o tormenta o accidente, aunque estoy en casa, y mi esposo se ha quedado dormido viendo el fuego consumirse hasta las brasas esperando a que me acueste, y acabaré por dormirme solo porque no dormí la noche pasada.

No comeré más frutas ni usaré más ungüentos. Necesito liberarme de Stevland.

Anoche, agazapada en el bosquecillo de bambú, tenía demasiado miedo para dormir. Mis músculos se entumecieron y sintieron calambres, pero yo tenía demasiado miedo para estirarme, incluso para tiritar, y a la luz de la aurora, pude ver mi aliento. Tres veces escuché los pasos de las águilas entre las hojas y la hierba, parloteando entre ellas con silbidos y crujidos como palos rompiéndose. El humo de su fogata pasaba de vez en cuando. Estaban cocinando carne. Me quedé allí agazapada pensando en mí misma y en cómo siempre he sido fiel a lo que la gente me pedía que hiciera, no a lo que yo quería hacer. Siempre me he mentido a mí misma.

Finalmente entendí por qué me acosté con Roland. Lo usé para vengarme de todas las moderadoras a las que he servido y de Pax mismo por exigir un trabajo que me hacía sufrir. Rompí las reglas para rebelarme contra Sylvia.

Finalmente, logré atisbar a Lux a través de las copas de los árboles. El este se iluminó. Los clanes de pavos y los pájaros boxeadores comenzaron a ladrar para reclamar sus territorios. El olor a cenizas húmedas llegó con la brisa. Esperé que eso significara que las águilas habían desmontado su campamento. Esperé. Si se iban, no parecían bajar por el camino hacia mí. Finalmente, me puse en pie, o lo intenté. Mis caderas crujieron como una cerámica agrietada, débil y dolorosamente áspera en las articulaciones. Tuve que levantarme agarrándome al bambú.

Stevland estaba observando. Las espinas guardianas se relajaron para dejarme pasar. Creí oír un silbido tenue desde el norte y me quedé inmóvil. ¿Águilas? ¿Murciélagos–halcón? Lo escuché de nuevo, aún tenue pero más claro, un silbato de arcilla pacifista, dos tonos bajos. El silbato de un equipo de rescate. Stevland debía de haber enviado ayuda. Avancé lentamente entre las espinas y luego me apresuré hacia el refugio. Tenía que mantener a Jersey adentro hasta que llegara el equipo de búsqueda. Un postigo en una tronera se abrió.

—El... —dije.

—Lo he oído —me interrumpió. Apenas podía ver su rostro y un destello de cabello teñido de verde en las sombras—. Vienen de la ciudad. —Sollozó—, Esas águilas...

—Se han ido.

Algo de madera cayó al suelo dentro del edificio como si le hubieran dado una patada.

—Mátame —dijo con voz lastimera—. Quiero que me mates. Por favor. Saldré. Tienes un arco o un cuchillo o algo, ¿verdad? Úsalo, ¿quieres?

No respondí. Si la mataba, podría reclamar fácilmente defensa propia y evitaría que los ciudadanos tuvieran que decidir qué hacer con ella. En el interior, la madera raspó contra la madera mientras ella quitaba la barra de la puerta.

La bisagra de cuero chirrió al abrirse. Se detuvo en el umbral, mirándome con ojos hinchados y las manos retorciendo un mechón de pelo enredado.

Se lanzó de cabeza.

Solo eran tres metros hasta el suelo, pero su intención era evidente, y pareció caer durante una eternidad mientras yo observaba con el corazón detenido. La fruta de la verdad causa desesperación, y ella había comido mucha. Un fuerte golpe en la cabeza tan lejos de ayuda médica podría ser, y pretendía serlo, fatal. Esto era un suicidio.

Pero saltó con demasiado impulso y se volteó ligeramente mientras caía, para aterrizar sobre sus hombros. Algo se rompió: sus huesos o ramas en el suelo o ambos. Ella chilló, trató de levantarse y cayó de nuevo, jadeando. ¿Un truco? Caminé a su alrededor.

Sus dedos se clavaron en el suelo. Sus piernas se sacudían. Sus ojos suplicaban.

—Mátame. Quiero que me mates. Hazlo.

—¿Por qué? —Mantuve la distancia. Podría estar herida, pero quizás no incapacitada—. Sé que tienes un motivo.

—Estoy herida.

—Pero preferirías estar muerta. ¿Por qué?

Ella gimió y se retorció y me miró a los ojos.

—Mis hijos. Mis hijos. Ellos descubrirán por qué lo hice. No quiero que piensen que les haría daño. Si me matas, nunca lo descubrirán.

Un deseo razonable. Pero este problema le pertenecía a Pax, no a mí. Que lo resolviera Pax. Con todo, como madre, aunque fuera una madre fría, podía comprender que quisiera proteger a sus hijos. Los silbidos se hacían más fuertes.

—Diles que lo hiciste por diversión —insté—. Diles que eso es lo que me contaste. O que lo hiciste porque te enfadaste con tu padre y Harry y Rose, porque discutisteis. Diles que ni siquiera recuerdas haberlo hecho. Les diré que me contaste lo que quieras que les diga.

Me miró incrédula.

No dijo nada.

—No es mi trabajo juzgar a las personas. Mi trabajo es intentar mantener la paz. Eso es todo. La gente de Pax ya tiene trabajo que hacer.

Unas voces llamaban nuestros nombres, y les respondí con otro grito.

Roland llegó corriendo por el sendero, sudando con el frío de la mañana, sin aliento.

—¡Tatiana! ¡Estás aquí, estás a salvo!

Me abrazó con fuerza y luego miró a Jersey, aún tendida en el suelo, y después me miró a mí.

—Se cayó y se lastimó.

Llegó el resto del grupo. Un médico la examinó y luego la ataron a una camilla, haciéndome preguntas más rápido de lo que yo habría podido responder si hubiera querido hacerlo.

Con Roland y los dos hombres más fuertes del grupo, fuimos a examinar el campamento de las águilas. Nos acercamos con cautela, manteniendo el olor de la ceniza húmeda delante de nosotros, escuchando. Las águilas se habían ido, dejando atrás un claro lleno de hierba pisoteada, una fogata apagada llena de huesos pequeños, algunas heces y huellas. Huellas de pezuña hendida, no huellas de águila. Como las huellas de pezuña hendida del museo, las huellas en la cerámica que había hecho Harry.

—Hacedores de vidrio —susurró uno de los hombres, luego se volvió hacia el refugio y gritó—: ¡Hacedores de vidrio! ¡Venid a ver!

—¿Estás seguro? —preguntó Georg—. Podrían ser cangrejos ciervo.

—No, las de los cangrejos ciervo son pequeñas y en forma de «U». Mira, es una división limpia, dos rectángulos, bordes afilados. Son muchos.

Miré las huellas y los restos del campamento y acabé por darme cuenta de que había dejado de respirar. Casi había conocido a los hacedores de vidrio. Existían. Nos habíamos estado preguntando si volverían desde que Sylvia descubrió la ciudad. Y ahora lo sabíamos.

—¡Vamos a buscarlos! —Roland me miró con la cara de un niño entusiasmado.

Pensé durante un largo momento.

—No. Podrían habernos encontrado si hubieran querido, pero no lo hicieron. Si los seguimos, pensarán que los estamos persiguiendo. Podrían tener miedo de nosotros.

Roland miró al suelo.

—Sí, miedo.

—Quizás sepan que cazamos —reconoció Kung, descontento.

Yo también estaba descontenta. ¡Hacedores de Vidrio!

—Tendremos que pensar en una forma de encontrarnos con ellos. Más tarde, pero pronto.

El regreso a la ciudad nos llevó horas, ralentizado por mi agotamiento y la dificultad de cargar con la camilla, y después de que nos cansáramos de hablar de los hacedores de vidrio, surgieron preguntas sobre los asesinatos. Jersey, bajo el efecto de fuertes analgésicos, no habló. Les mostré dónde estaba enterrado Lief. Un grupo podría volver más tarde para llevar sus restos de vuelta a la ciudad y enterrarlo. Llegamos a la ciudad entre exclamaciones de alivio y confusión. Los hijos y el esposo de Jersey vinieron corriendo. Me lo llevé aparte.

—Se cayó desde la puerta de la fortaleza. —Él se quedó boquiabierto—, Diles a los niños que su madre necesita ver al médico y estará en la clínica por un tiempo. Llévalos a casa y mantenlos allí. Tu familia te ayudará.

Me obedeció mecánicamente.

Convoqué una reunión general de la Mancomunidad y expliqué, de manera breve e incompleta, lo que había sucedido, confesando que quizás había causado la muerte de Rose al mantener el secreto y actuar demasiado lentamente.

—Es vuestro deber decidir qué hacer ahora. —Murmullos—. A menos que haya objeciones, convocaré otra

reunión para mañana por la tarde, para que todos podamos tener tiempo de pensar en esto. Debemos regresar a la cosecha. —Hice una pausa. Más murmullos, muchos murmullos—. Mientras tanto, estoy disponible para responder preguntas y estaré en la Casa de Reuniones esta noche.

La madre de Jersey se levantó y habló en voz tan baja que alguien tuvo que repetir la pregunta:

—¿Por qué lo hizo?

—No lo sé, pero puede que no esté bien mentalmente.

Por la tarde, hablé con Stevland, demasiado cansada para discutir, pero discutimos de todos modos.

Me senté en el pequeño invernadero que chispeaba bajo Sol, y Stevland empezó con halagos.

«No puedo expresar lo feliz y aliviado que me siento de que estés viva y hayas encontrado a la asesina. Te observé, y fuiste muy valiente e inteligente. Las águilas matan sin motivo».

—Eran hacedores de vidrio.

«¿Hacedores de vidrio? ¿Estás segura? ¿Te vieron? ¿Te siguieron? Preguntaré a mis avanzadillas más alejadas. Esto es peor que las águilas».

—¿Peor?

«Peor. No quiero volver a verlos. Me dejaron sin una explicación, como si fueran polillas estacionales. Me dejaron sufriendo y haciéndome preguntas y esperando. No tengo interés en ellos, y ellos no tienen interés en mí. Estaban en el refugio y yo no lo sabía porque deliberadamente evitaban mis puestos avanzados. Es una conducta siniestra».

Pero nosotros sí queríamos ver a los hacedores de vidrio. Stevland tendría que acostumbrarse a la idea, y yo tenía que hacérselo comprender lentamente.

—¿No quieres averiguar por qué se fueron?

«Comprende mi situación. Mutualismo y egoísmo. Protección y abandono. Confianza y traición. Esto no es un dualismo que permita un camino intermedio. Los hacedores de vidrio me trajeron tragedia. ¿Quieren conocer las consecuencias de su irresponsabilidad? ¿El hecho de que estuve a punto de morir?».

íbamos a tener un problema. Pensé en qué decir, pero cambió de tema.

«Jersey... ¿por qué mató?».

—Creo que no está bien mentalmente —dije. Esa se estaba convirtiendo en la versión oficial.

«Puedo curar enfermedades. Quiero examinarla antes de que la condenen a muerte».

—La gente de Pax decidirá qué hacer.

«No deben permitir que viva. Los asesinos no tienen lugar en mi ciudad. Ni siquiera mató como mata un cazador, causando un sufrimiento mínimo al animal. Es como un águila dentro de las murallas. La decisión está clara».

¡Su ciudad! Consideré y descarté muchas ideas, así que cuando respondí lo hice con una idea que parecía constructiva.

—Podrías convertirte en ciudadano de Pax. Podrías votar y participar en los debates.

«No soy un animal».

Decidi no preguntar qué quería decir con eso.

—¿Alguien te ha mostrado nuestra Constitución...? ¿No? Ordenaré que alguien lo haga.

Aproveché la oportunidad para marcharme y me encaminé al taller de Bartholomew, experto en derecho, para pedirle que educara a Stevland. Le expliqué que el bambú podía escuchar y entender el inglés, especialmente si se le hablaba lentamente. Bartholomew casi dejó caer la puerta de un

armario que estaba haciendo. Me fui después de responder solo algunas de sus preguntas. Era su problema ahora.

En la clínica, dijeron que Jersey se habia roto varias vértebras, y los tejidos neurales lesionados e hinchados le provocaban parálisis y un dolor incontrolable. Le habían dado algunos analgésicos que la dejaron apenas consciente. Les dije que hicieran lo que consideraran mejor para ella.

Fui a ver a su familia. Llamé suavemente a la puerta. Su esposo me dejó entrar en la casa, pequeña y ordenada.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Bram.

—Probablemente no.

Cerró los ojos y tembló. Los niños me miraron con enojo, la portadora de malas noticias.

—Pero las dos hablamos cuando estábamos en el bosque —dije—, y ella quiere que sepas que os ama, os ama a todos, más que cualquier cosa, y significáis para ella más que nada en el mundo. No tengo forma de demostrarlo, pero es la pura verdad. No importa lo que suceda, espero que siempre lo creáis.

Los niños habían empezado a llorar. Me fui.

Estaba cansada. No había comido ninguna fruta y la falta de estimulantes comenzaba a notarse. En el invernadero, Bartholomew casi había terminado de hablar con Stevland.

—La afinidad con el espíritu significa, bueno, el artículo dos, principios y propósitos —estaba diciendo Bartholomew lenta y claramente cuando entré—. Puedo leértelo de nuevo.

«¿Cómo se demuestra la afinidad?», deletreó Stevland en su ancho y pálido tallo. «Saludos, Tatiana».

Bartholomew se volvió, sonriendo.

—Hola, Tat. De hecho, no tenemos un precedente para demostrar afinidad. Confianza mutua y apoyo, innegablemente; has brindado un apoyo innegable, pero en cuanto a la cuestión de la confianza mutua, ¿por qué has mantenido en secreto tu capacidad para escuchar y entender el inglés? No respondas ahora, solo piénsalo. Pero escucha atentamente. La Constitución dice: «Cualquier ser sentiente que haya expresado su simpatía con el espíritu de nuestra Mancomunidad y esté dispuesto a compartir sus objetivos puede declararse ciudadano». Yo diría, aunque es solo mi opinión, que todo lo que necesitas hacer es explicar por qué sientes afinidad y estás dispuesto a compartir nuestros objetivos; escribir un ensayo, supongo, con la línea final: «Por lo tanto, me declaro ciudadano de la Mancomunidad

de Pax». Mmm. Tal vez deberíamos haber tenido un procedimiento más estricto, no en tu caso, Stevland, porque no puedo imaginar objeciones, pero en alguna situación futura esto podría crear dificultades. La Constitución fue escrita por idealistas y tiene sus fallos, como darles el derecho de voto a los niños. ¿Qué opinas, Tat? ¿Qué más tiene que hacer nuestro amigo?

—Creo que tienes razón —dije, aunque en realidad me sentía insegura, y luego añadí un poco enfáticamente—: Stevland sería un ciudadano en igualdad.

«En igualdad», escribió Stevland. «No como un fipogato».

—En igualdad, por supuesto —dijo Bartholomew acariciando su verde barba trenzada—. Los seres sentientes están especificados. Los fips no son completamente no inteligentes, por supuesto, pero no parecen especialmente conscientes de sí mismos. Nunca he tenido una conversación larga con uno, al menos. Supongo que una definición operativa de la conciencia es decir que la tienes.

«¿Seré un ciudadano completo e igual?».

—Por supuesto. Como cualquier otro. Creo que podrías considerar medios adicionales de comunicación, tal vez en la Casa de Reuniones, para las responsabilidades ciudadanas.

«Con gran esfuerzo podré desarrollar otro tallo como este para mañana. Debéis abrir un espacio en el suelo».

Resolvieron los detalles, y Bartholomew se fue a arrancar las baldosas del suelo del mosaico. Me senté.

«Jersey está enferma», dijo Stevland. «Los médicos me dieron una muestra de sangre para analizar. Todavía tiene anticuerpos activos contra el parásito que causó la fiebre escarlata esta primavera. Su cuerpo está luchando contra algo. Creo que los parásitos están presentes dentro de la membrana cerebral».

—Ella me dijo que no podía controlar sus pensamientos.

«Como una infección de raíz. He tenido que destruir raíces. Es aterrador».

Me pregunté si todavía quería que la ejecutaran. No tuve la oportunidad de preguntarlo.

«Quiero que renuncies como moderadora. Cuando sea ciudadano, tomaré el puesto».

De ciudadano a líder inmediatamente. La igualdad no sería suficiente. Quería control. ¿Quizás para que no pudiéramos dejarlo como hicieron los hacedores de vidrio? ¿O para que no pudiéramos contactar con ellos? Empezó a decirme que estaba más comprometido con nuestra paz y éxito que nosotros mismos y, sobre todo, que era más inteligente, citando frases de la Constitución —¡aprendía tan rápido!—, y explicó que nuestros objetivos, como la justicia, podrían

cumplirse aún mejor ya que él estaba más allá de las relaciones interpersonales y las hipocresías que...

Me marché. Fui al taller de mi esposo y finalmente dormí a pesar del ruido del trabajo con metales. Él me despertó por la tarde y fuimos juntos a la reunión, consciente de que cada pocos pasos pasaba junto a un tallo de bambú. Stevland estaba en todas partes. En la Casa de Reuniones, se había levantado y cercado temporalmente una sección del suelo cerca de la zona delantera para protegerla de ser pisoteada, aunque ni siquiera los niños parecían estar animados. Vi un montículo y una grieta en el suelo. El nuevo tallo estaba creciendo.

Las preguntas que me hicieron se centraron en lo que había sucedido exactamente y cuándo: muchas preguntas minuciosas y conjeturas. Les hablé de la fruta de la inteligencia y la fruta de la verdad. Hathor quería saber exactamente a quiénes había considerado como sospechosos, y pareció ofenderse cuando respondí:

—Todos, al principio.

Ahora, pensé, surgirían aún más conjeturas.

Bartholomew anunció el plan de Stevland para convertirse en ciudadano.

—Debería serlo. Ha hecho mucho por nosotros —dijo Marie, una miembro del Comité que suele analizar cuidadosamente las nuevas ideas, pero ella es dentista y él trabaja estrechamente con los médicos, así que ya lo conocía como colega de confianza.

Un agricultor estuvo de acuerdo.

—Sin él, comeríamos mucho menos.

—¡Un nuevo ciudadano! —exclamó Hathor, y le dio un codazo a Forrest. Ya tenían un nuevo objetivo.

—Pero... ¿nos entiende? —preguntó Nevada—. Ni siquiera ha estado en una de estas reuniones. ¿Comprende la democracia y el voto?

Bartholomew arqueó una ceja.

—Eso es algo que estoy explorando con él. Planea hacer crecer un tallo aquí para comunicarse. —Señaló el espacio abierto en el suelo.

Los médicos dijeron que Jersey estaba estable, pero en estado grave. Pensaban que los anticuerpos que Stevland había descubierto podrían estar relacionados con un trastorno autoinmunitario o una infección. Estaban tratando de mantenerla cómoda. Sus hijos la habían visitado.

Me esperaba críticas por mi decisión de no perseguir a los hacedores de vidrio, ya que existe una pasión tangible por conocerlos. En cambio, me hicieron muchas preguntas sobre lo que había visto y oído exactamente. ¿Cómo hablaban? ¿A qué olían? Cada pequeño detalle, contado dos veces. Algunos de los cazadores sugirieron iniciar un proceso de observación y tal vez dar regalos. Nevada quería colocar copias del arte de Harry en lugares donde pudieran encontrarlas como un gesto de paz para que pudieran empezar a entendernos. Muchos estuvieron de acuerdo en que perseguirlos podría haberse malinterpretado, pero ¿por qué los hacedores de vidrio no habían iniciado el contacto? ¡Teníamos tantas ganas de conocerlos! Pero necesitábamos hacerlo correctamente.

La gente debería de haberse quejado de lo que hice. Hathor y Forrest, al menos. Pero durante la reunión, alguien comenzó a comer un trozo de fruta. Eso fue todo. Stevland los había vuelto dóciles y complacientes. Estaban drogados.

Después de responder las preguntas, llevé aparte a miembros del Comité y les dije que Stevland quería ser moderador.

—Quiere control, y es poderoso. Sabéis cuánto puede hacer, y lo que haría, incluso respecto a los pequeños detalles de nuestras vidas.

—Los moderadores solo pueden hacer lo que el Comité les permite —dijo Cedro.

—¿Puede hacer eso? —le preguntó Luna a Bartholome. No es humano.

—Técnicamente, una vez que sea ciudadano, podría ser elegido. Pero ya tenemos un moderador, así que el cargo no está disponible.

—Nunca harían eso en la Tierra, dejar que una planta dirija las cosas y sea igual —dijo Luna, como si fuera una buena razón.

—Nunca se ha considerado a sí mismo como nuestro igual, siempre como superior —dije yo.

—Pero se puede trabajar con él —dijo Cedro.

Marie frunció el ceño, lo que profundizó las arrugas de su frente.

—Moderador podría ser demasiado, pero Stevland es nuestro amigo. Tiene sus idiosincrasias, y eso es preocupante. Las plantas piensan de manera diferente y hay que admitirlo, pero se preocupa genuinamente por nosotros.

La fruta dócil estaba actuando.

—Descansa un poco —me dijo Marie—. Ya hablaremos de esto.

Mi marido, cuando se enteró de lo que Stevland quería y por qué yo no estaba comiendo fruta, retiró discretamente toda la fruta de bambú de nuestra casa para que no me tentara.

Así que termino el día en una situación peor que la de anoche. Entonces, me hallaba en peligro. Ahora, lo están todos, y no hay nada que pueda hacer.

Día 378. Notas de la reunión vespertina de la Mancomunidad. Orden del día creado en colaboración con Bartholomew y otros. Cuórum presente: 271 personas. Ausentes: los niños de Jersey, su madre, personal médico, pacientes médicos, incluyendo a Jersey, y los guardias del muro de la ciudad. Médicos y guardias representados por delegados. El esposo de Jersey estaba presente. Nunca había visto a una persona más triste, pálida y encorvada como una flor marchita, lo cual no era sorprendente dado lo que tendría que decir.

Primer punto: Declaración de ciudadanía de Stevland. Hablamos planeado previamente esta ceremonia, aunque Stevland no había sido informado de todo. El tallo había crecido alto, hinchado, pálido y sin hojas. Stevland había dicho antes que el desarrollo había sido muy agotador y que

había tenido que absorber adenina y azúcares desde cierta distancia.

La gente se acomodó en sillas y bancos, se sentó en el suelo en los pasillos y se quedó de pie a lo largo de las paredes. Las obras de arte de Harry habían sido retiradas a las esquinas.

Bartholomew explicó las disposiciones constitucionales. Stevland presentó su declaración de afinidad con el espíritu de la Mancomunidad de Pax:

«Comparto vuestra disposición natural hacia la alegría, la comunidad, la libertad y la paz, especialmente la paz...».

Libertad. Stevland y yo habíamos discutido eso aquella tarde. No creo que entendiera lo que significaba.

«Los animales son repetitivos», había dicho. «Si se puede impedir que repitan errores, sus vidas serían más libres».

Discutimos sobre eso durante un tiempo. Aún quería prohibir las carreras de barcas.

Pero en la reunión, continuó:

«Lamento la pérdida de la civilización de bambú antes de mi germinación, pero me habéis traído aspiraciones más allá de mi imaginación. Comparto vuestro amor por la belleza y la curiosidad por el mundo y el universo que nos rodea, y

vuestra esperanza de una vida más feliz. Con algunos de vosotros comparto también la vanidad, y por eso no os dije que podía escuchar y comprender vuestro idioma. Estaba esperando a tener fluidez...».

Mentiroso. Pero la libertad incluye la libertad de mentir, sobre todo a nosotros mismos. El fruto de la verdad solo había hecho que la gente se entristeciera.

«Y, por lo tanto», dijo, «yo, Stevland Jamil Barr, me declaro ahora ciudadano de la Mancomunidad de Pax».

Había reclamado el nombre completo de la primera persona de la Tierra que murió en el viaje hasta aquí. ¡Qué descaro!

Todos se levantaron para aplaudir. Los niños se acercaron para cantar y bailar la canción de bienvenida para los recién nacidos, cosa que Stevland no esperaba.

«Gracias», dijo su tallo. «Estoy muy feliz. Es el comienzo de una nueva vida».

El segundo punto del orden del día era Jersey, y todo salió según lo planeado. Los médicos informaron de que podían cuidar su parálisis, pero no su dolor, que era severo. Discutieron sobre los anticuerpos en su sangre y la probabilidad, según los textos médicos, de que la infección

hubiera afectado a su comportamiento. Su esposo, que había hablado con ella, se levantó para suplicar en su nombre, con gran dignidad, su muerte, una eutanasia suave.

Stevland, como se había planeado, se ofreció a trabajar con los médicos para investigar su condición y ver si podía ser tratada. Prometió evitar su dolor durante la investigación y su sueño final, como lo había hecho en casos anteriores de eutanasia. Su esposo dijo que nada los haría más felices a él y a Jersey que asegurarse de que nadie volviera a sufrir esa enfermedad. Los ciudadanos estuvieron de acuerdo en una votación a mano alzada.

Así que todos estaban contentos, especialmente Stevland, que la había querido muerta y la mataría. Los problemas difíciles se evitaban.

El tercer punto eran los hacedores de vidrio. Los cazadores, como habían propuesto anteriormente, se levantaron para sugerir dejar regalos para ellos e iniciar lentamente un encuentro pacífico. Stevland, que no había sido consultado, advirtió que los hacedores de vidrio podían ser caprichosos.

«Se fueron de la ciudad de repente. No sé por qué, pero ahora no tienen interés en este lugar ni en vosotros. Perderíamos nuestro tiempo y esfuerzo».

El debate fue largo, profundo y productivo, y varias personas señalaron que podríamos preguntarles por qué se

fueron si establecíamos contacto. La propuesta de los cazadores, algo modificada, fue aprobada con cincuenta y tres votos en contra, incluyendo el de Stevland, aunque la mayoría de la oposición provenía de personas que querían avanzar más rápido.

Me pregunto cómo es para una criatura acostumbrada a la soledad durante tanto tiempo descubrir los compromisos de la vida social.

En cuarto lugar, la candidatura de Stevland para moderador. Él no lo había anunciado formalmente, pero eso no importaba. El Comité tenía un plan. Bartholomew habló:

—Naturalmente, no hay vacante, aunque, por supuesto, el Comité podría votar para retirar a Tatiana, pero creo que este sería un buen momento para discutir la naturaleza del cargo en sí mismo.

Discutió en detalle las responsabilidades, restricciones y prerrogativas del cargo. Un historiador repasó las administraciones de los moderadores anteriores.

Los niños comenzaron a inquietarse, y ¿quién podría culparlos? Las conversaciones no eran para entretenerlos. Oradores desde el suelo describieron la relación del moderador con grupos como los agricultores, tejedores y cazadores. Stevland estaba escuchando, y ocasionalmente Bartholomew le preguntaba si había entendido algún tema

en particular. Marie se levantó para hablar sobre la Regla de las Generaciones. Cada generación establece sus reglas, vestimenta, hábitos y organización de la manera más libre posible.

Creo en eso, por supuesto, que era la única razón por la que permití que la reunión continuara. Cedro me había traído el plan de la Generación 6 justo después del almuerzo. Estaban preocupados por Stevland. Odio el plan, pero habían reunido una mayoría, y lo peor es que su lógica podría ser correcta. Me llevó a un campo de ñame para hablar lejos de cualquier bambú.

—Conseguirá lo que quiere de una forma u otra —dijo con acidez, pero siempre es así. Es joven, fuerte y tiene madera de líder porque se abre paso hacia la cabeza de un grupo—. Sé que tiene buenas intenciones, pero quiere mucho y en realidad no nos comprende. Estamos preocupados. Pero no podemos sobrevivir sin él, y hemos estado trabajando y viviendo con él durante mucho tiempo. Reunimos a los verdes para esto. Incluso a Marie.

Hizo una mueca. Las dos mujeres no se agradaban mutuamente. Cedro continuó:

—Marie dijo que él ha estado actuando como líder de su propio equipo durante mucho tiempo, en muchos aspectos ya es un ciudadano. Pero cada líder de equipo es responsable y eso es una especie de control. Decidimos que la mejor

manera de controlarlo es darle parte de lo que quiere, poder limitado, los límites que cualquier líder termina teniendo. Sabes a lo que me refiero. Has estado trabajando bien con Stevland. Puedes mantenerlo razonable y el Comité te respaldará.

—Puede controlarnos con drogas —respondí lentamente—. Lo hizo con la fruta inteligente y la fruta de la verdad, y podría hacerlo para que estemos de acuerdo con él.

Ella descartó mi objeción con un gesto de la cabeza.

—Marie habló con él. Dijo que no estaba contento con esa fruta. Nos necesita sanos. Sabe que sería un error «desequilibrarnos», como le gusta decir. Mira, tenemos mucho poder en esta relación, Tatiana. Le diremos que es una distribución justa de poder y responsabilidad, un equilibrio.

Cedro no había venido a explicarme el plan, había venido a darme órdenes. Ciertamente no era dócil, y tal vez realmente no hay ninguna fruta dócil, pero tenía un increíble optimismo sobre lo que yo puedo hacer. Pero no tenía una idea mejor ni los votos para que se aprobara si la tuviera, y estoy acostumbrada a hacer lo que no quiero hacer. Así que Pax esquivaría otra crisis. Acepté convertirme en co–moderadora y todos nos preguntamos cómo reaccionaría Stevland. Si se volvía en nuestra contra, estábamos muertos.

La presentación de Bartholomew tenía como objetivo convencerlo de que necesitaría un co–moderador humano para equilibrarlo.

—Ahora bien —concluyó Bartholomew—, el moderador es una persona ocupada. Quizás demasiado ocupada. Algunas responsabilidades requieren reflexión y sabiduría. Otras requieren inmediatez y acción. A medida que nuestra población crece, también lo hace la carga. Por lo tanto, propongo crear puestos de co–moderador. Sylvia y sus descendientes nos han servido bien. Stevland también lo ha hecho. ¿Quién puede dudar de sus contribuciones a nuestro éxito? ¿Qué dices, Stevland? ¿Co–moderador?

Tuve tiempo para inspirar y exhalar profunda y lentamente cinco veces antes de que Stevland respondiera. Sé lo rápido que puede responder. Estaba pensando.

«Acepto», dijo finalmente.

Me pregunto hasta qué punto era sincero. Una votación a mano alzada confirmó su elección.

Fin de la reunión. Permanecimos dentro de la abarrotada Casa de Reuniones en una especie de vigilia por Jersey, capaces de expresar nuestro pesar por su enfermedad y evitar la pregunta más difícil sobre sus malas acciones. Cosas así no ocurren en Pax.

Cedro me dio una palmadita en la espalda, haciendo sonar su chaleco de cuentas.

—Buen trabajo —me susurró al oído—. Buena suerte.

Ella y otros cuentas y verdes se habían reunido alrededor de Stevland para halagarlo. Me marché pronto de la reunión y me detuve junto a un tallo en la calle que sabía que tenía oídos.

—Hablaremos mañana.

Stevland y yo ya habíamos hablado esa misma tarde, y no había sido agradable. Stevland se había dado cuenta de que no estaba comiendo fruta.

«¿Tienes miedo de que intente controlarte?».

De repente, el invernadero se llenó de babosas que zumbaban y avanzaban retorciéndose hacia mí. Me habían atado las manos a la mesa, y los huesos ya sobresalían a través de la carne. Gusanos de termitas perforaban los huesos. Y entonces la visión desapareció.

«Es un aroma», dijeron las palabras en el tallo. «Un gas que provoca malos sueños. No tengas miedo de la fruta. La hago agradable, la hago saludable, pero no la hago para controlaros. Podría hacer mucho más, pero sería incorrecto. He aprendido a confiar en los pacifistas, y he aprendido que el liderazgo no es violencia. La fuerza es violencia. El mu–

tualismo implica confianza, así que demostraré que podéis confiar en mí. Quiero ayudar a todos los pacifistas, y puedo hacer mucho bien. El futuro puede ser una nueva forma de vivir. Te gustará».

Gracias a las estrellas, soy una mujer mayor. No tendré que tratar con Stevland eternamente.

Día 379. De modo que la crisis ha terminado y los problemas están resueltos. Me levanté esta mañana, me vestí y fui a los hornos. Nye, uno de los panaderos, trabajaba con eficiencia adolescente, sacando empanadas rellenas de lentejas de los hornos que emitían humo blanco. La harina cubría sus brazos y un collar de cuentas colgaba alrededor de su cuello. El sudor en sus mejillas humedecía los rizos de los primeros vellos de su barba. Trabajaba bajo el letrero que había tallado y colocado sobre los hornos: «El pan es la esencia de Pax. Su primer cultivo fue el trigo».

Me gusta comer pan por la mañana. Los hornos se alinean en la pared trasera de un edificio cuadrado. El hollín en las paredes y el techo lo hacen oscuro como una cueva. Las anchas puertas permanecen abiertas excepto cuando hace mal tiempo, pero ni siquiera la fría brisa del amanecer podía diluir el aire en su interior, cálido y oliendo a levadura, cortezas doradas y madera de nogal. Yo me contaba entre los madrugadores, como de costumbre, y esperaba junto a niños que bostezaban y obreras que se preparaban para ir andando hasta campos lejanos. Cedro llegó, con cuentas de

la Generación 6 enlazadas alrededor del cuello como una muñeca cubierta de rocío. Es meteoróloga además de cartógrafa, y las observaciones al amanecer son importantes para ella.

—Buena reunión anoche —dijo ella.

Algunos de los presentes asintieron.

—Todo se pensó detenidamente —dijo uno de ellos.

—Fue más un espectáculo que una discusión —dije. Stevland no tenía un tallo cercano.

—Dijimos lo que quisimos. —Cedro se encogió de hombros y sonrió—. De todos modos, ahora tienes un ayudante.

—Estoy segura de que Stevland piensa que yo soy su ayudante.

Ella miró el bambú que se alzaba sobre las casas y volvió a encogerse de hombros.

—Los fipogatos creen que estamos aquí para inventar juegos para ellos. Esta tarde vamos a recoger lino y llevárselo, y ellos competirán para limpiar el algodón de las semillas y comérselas, y nosotros usaremos el algodón para rellenar colchones. Los gatos pueden pensar lo que quieran. Lo mismo puede decirse de Stevland.

Tomé un pan recién horneado y, al salir, cogí un par de frutas de bambú rosado de una cesta colocada en un banco afuera de los hornos, una deliciosa dosis de vitaminas, minerales y tal vez algunos antibióticos junto con alcaloides ligeramente estimulantes, porque nuestra salud importa. Tal vez Cedro sería una buena moderadora algún día, y es lo suficientemente joven como para servir durante décadas. Necesito empezar a pensar en eso. Creo que el próximo co–moderador debería ser de la Generación 6, porque la idea del co–moderador provino de sus filas. Que ellos se las apañen.

Comí, caminé con mi esposo hasta su taller, me uní a un equipo para cosechar lentejas y fui a bañarme. Finalmente, me dirigí al invernadero y, aunque hacía calor dentro, cerré la puerta.

«Las reuniones del comité siempre están abiertas a la observación», escribí. «Nuestras consultas también deberían serlo, a partir de mañana. Si tienes algo privado que decir, dilo ahora».

«¿Por qué observación?».

«Porque somos responsables de lo que decidimos ante otros ciudadanos».

Esperaba que una audiencia hiciera que Stevland moderara sus arrebatos y aligerara mi carga, aunque, más

importante aún, estaría estableciendo un buen precedente. Después de todo, la intención era mantenerlo bajo control.

«Tengo algo privado que decir».

Esas palabras desaparecieron rápidamente, reemplazadas por un párrafo:

«No estoy de acuerdo con la decisión sobre los hacedores de vidrio. No entendí mucho a los hacedores porque me faltaba una sociedad de animales inteligentes para compararlos, pero os he observado ahora, y me preocupa su comportamiento. No parecían completamente inteligentes. Sin embargo, por decisión de los ciudadanos de Pax, iniciaremos el contacto, y debemos intentar la paz y la comprensión. Donaré frutas a su gusto como regalos. Creo que, si hay problemas y si están acostumbrados a la fruta, podemos usarla para controlarlos».

Las palabras se desvanecieron y el tallo permaneció en blanco.

—¿Es todo? —pregunté.

«Persis y Wolf están acosando a otros niños».

—Les gusta liderar juegos bruscos y tumultuosos. Quizás estás malinterpretando sus juegos. Pero investigaré.

«Hay un grupo de mujeres que se reúne ciertas tardes cerca de la puerta oeste en secreto», dijo. «Es sospechoso».

—El Club de Filósofas. Les gusta debatir.

«¿Por qué excluyen a otros?».

—Para mantener fuera a las personas serias. —Yo había asistido solo una vez como invitada.

«Las escucharé».

—Aprenderás cosas interesantes.

«¿Tienes algo privado que decir?», preguntó Stevland.

Quise mencionar a Vera como una advertencia contra un liderazgo autoritario, pero Stevland no lo entendería.

—Es difícil ser moderador —dije—. Tendrás pocos amigos de verdad.

«Me complace ser moderador, especialmente co–moderador. La dualidad es buena en los moderadores, animal y planta, transitorio y permanente, un liderazgo más fuerte para Pax y un equilibrio perfecto, como explicó Bartholomew. He examinado el polisacárido en mis raíces más activas y he llegado a conclusiones sobre la igualdad».

—¿Somos iguales?

«La igualdad no es un hecho, como la duración de los días. Claramente, soy superior a ti en tamaño, edad e inteligencia. La igualdad es una idea, una creencia, como la belleza. La dualidad en la raíz es barbarie y civilización. Es bárbaro que las águilas coman pacifistas. Es civilizado que los pacifistas busquen la paz con los hacedores de vidrio. Es civilizado vivir como igual con los pacifistas. Fue barbarie lo que destruyó la civilización del bambú cuando mis antepasados permitieron que sus interacciones con los animales se volvieran egoístas. La civilización gobernará mis interacciones y le dará un significado y un nuevo propósito a mi especie».

Era necesaria alguna clase de respuesta Ojalá pudiera creer en Stevland de todo corazón. Como comisaria, he escuchado a muchas personas declarar que buscarían una nueva forma de vivir y abandonarían sus malos hábitos, como maltratar a su esposo o evitar el trabajo. Pueden haberlo dicho sinceramente, pero a menudo volvían enseguida a sus viejos hábitos. A veces, solo un shock horrible podía causar un cambio permanente.

«Son nobles objetivos», escribí. «Estoy deseando compartir el cargo de moderadora contigo».

Necesitaba ser positiva, no importaba lo engañosas que pudieran ser esas palabras.

—Hasta mañana, agua y sol.

Acabo de regresar de ver a Jersey. El médico que la supervisa es escrupuloso en su cuidado. La han alimentado y se le han proporcionado todas las comodidades que una madre da a un recién nacido, incluyendo una cama suave, cálida y limpia junto a una ventana en la clínica. Los zarcillos llegan desde el bosque de bambú del exterior. Un zarcillo serpentea por su oído, otro por su nariz, ambos creciendo y explorando su cerebro, probando la sangre y el tejido mientras Stevland investiga cómo los parásitos la volvieron loca.

¿Podría curarla? Puede curar la escarlatina. Podría matar a los parásitos. Pero él la quiere muerta, no curada.

Correas de tela ancha y suave impiden que se lastime con movimientos involuntarios. Su respiración es tranquila. Su piel es rosada y cálida. Un tercer zarcillo se enrolla alrededor de su cuello, y unas raicillas proporcionan sedantes y analgésicos. Tarde o temprano, Stevland liberará suficientes sedantes para ponerla a dormir para siempre, como ha hecho en otros casos de eutanasia. La enterraremos en el cementerio, y Stevland enviará raíces más grandes para alimentarse de ella, como hará conmigo cuando la vejez me lleve.

Subí a lo alto del muro de la ciudad antes de volver a mi oficina esta noche. A través del campo, en el bosque, un árbol se sacudió repetidamente y luego cayó. Los fipoleones estaban trabajando, y Roland los lideraba en una canción.

Los murciélagos se llamaban entre sí. Un bosquecillo de bambú se alzaba junto al muro. Stevland puede escuchar, pero no puede leer los pensamientos. Ni siquiera con zarcillos en el cerebro de Jersey sabrá que ella actuó por amor, agónicamente equivocada y trágicamente valiente. ¿Cómo sabemos cuándo nuestros propios pensamientos nos llevan a errores indescriptibles?

Nos decimos a nosotros mismos que Pax es un buen lugar, y somos felices en Ciudad del Arcoíris, a salvo entre las ruinas reconstruidas de los antiguos hacedores de vidrio, donde Stevland es nuestro amigo, ayudante y líder. La cosecha es un momento alegre del año. Estamos a un largo invierno de distancia del Festival Desnudo de la primavera, pero durante el festival, quemaré algo que nadie reconocerá, y representará a Stevland. Pero no haré una promesa de cambio. Soy demasiado mayor para cambiar tanto como necesito.

NYE

AÑO 106 – GENERACIÓN 6

> *Nosotros, los ciudadanos de Pax, nos comprometemos a afirmar y promover el valor inherente y la dignidad de todos los seres sentientes y de la red interdependiente de la existencia de la cual somos parte; justicia, equidad y compasión en nuestras relaciones mutuas...*
>
> —de la Constitución de la Mancomunidad de Pax

Era de esperar. Justo en las afueras de la ciudad, Marie, Cedro y Roland empezaron a discutir.

—Tendríamos que haber seguido a los hacedores de vidrio inmediatamente —dijo Marie—, pero Tatiana dijo que no. Ahora podrían estar en cualquier lugar.

No le importaba hablar mal de la moderadora, pero solo a sus espaldas y dos semanas después de que se tomara la decisión. Con todo, Marie leía y escribía en vitreo mejor que nadie y era una completa cobarde, así que era justo lo que necesitábamos para un viaje de pacificación, a menos que aburriera hasta la muerte a los hacedores de vidrio con cotilleos.

—No en ese momento —dijo Roland—. Teníamos demasiado que hacer. Jersey estaba herida.

—Toda esa investigación fue un desastre —replicó Cedro. No soportaba a Marie ni a Tatiana. Tal vez sea una cuestión generacional—. Tatiana tendría que haber reclutado ayuda. No tenía por qué hacerlo todo ella sola.

—La ayudó Stevland —dijo Marie.

—Tatiana quiere lo mejor para Pax —añadió Roland.

—Es una lástima que sea demasiado mayor para ti —la voz de Cedro no mostraba lástima.

Roland simplemente sonrió. Siempre actúa como si pudiera tener a cualquier mujer que quiera. Tiene músculos y

una barba realmente bonita, pero no tiene que presumir de ello.

Kung y yo no dijimos nada. Kung es un verde como Roland y Marie, pero su cabello es negro y no aguanta el tinte, así que se trenza cintas verdes en el pelo. Es grande y no muy listo, pero no tiene que ser muy inteligente para mantenerse alejado de una discusión estúpida. A mí me está empezando a salir la barba, pero tenía suficiente experiencia para dejar que los políticos desperdiciaran su tiempo y energía, no el mío.

Todo lo que quería hacer, todo lo que siempre había querido hacer, era conocer a los hacedores de vidrio. Los cinco éramos los que más querían intentar encontrar a los hacedores, pero no éramos el mejor equipo de trabajo de la historia. Los hacedores de vidrio no discutirían como nosotros.

Las cosas empeoraron cuando llegamos al refugio para pasar la primera noche. Las mujeres y Roland debatieron sobre si hubiéramos tenido que darnos cuenta de que Jersey estaba enferma. Yo recogí leña y verduras, recalenté las empanadas que había traído desde la ciudad, toqué una pequeña melodía en mi flauta para ahogar la discusión y me fui a dormir. Al menos nadie se quejó de la comida ni de la música.

Al día siguiente, las mujeres debatieron si Stevland debería ser co–moderador.

—Se preocupa por nosotros —dijo Marie. Era dentista y se pasaba la vida revisando dientes enfermos—. Nos da todo lo que puede, desde analgésicos hasta flúor.

—Necesita límites estrictos —dijo Cedro—. Necesitamos pensar en toda la situación, no solo en los detalles médicos, y hacerlo responsable.

Cedro trabajaba en meteorología y geografía, y dibujaba mapas para cada ocasión, así que Stevland no podía ayudarla mucho.

Discutieron durante horas sobre por qué exactamente era una buena idea tener co–moderadores. ¡Era una buena idea, punto! Traté de disfrutar del paseo. Era otoño y había mucho que ver.

Roland, Kung y yo empezamos a quedarnos atrás y a mirar manadas de cangrejos ciervo en migración y arbustos de colonia con alas grandes y brillantes. Cintas flotantes intentaban encontrar un lugar para pasar el invierno en los árboles que ya estaban perdiendo sus hojas. Todas estas eran cosas interesantes para las que las mujeres no tenían tiempo porque se preocupaban por las personas en lugar de las cosas. Me pregunté si oían a los murciélagos cantar o el ritmo del viento.

Cuando llegamos al refugio de esa noche, habíamos subido tan alto en las colinas que el aire ya enrarecía y el agua

hirviendo no estaba tan caliente. Cociné buena comida, ahumé pájaros boxeadores y patatas, e intenté cambiar de conversación.

—Ya me siento como si fuera amigo de los hacedores de vidrio. ¿Vosotros no? —Me miraron sin ninguna expresión. Quiero decir, cuando éramos niños, teníamos todas esas muñecas y herramientas pequeñas y bloques, y jugábamos a construir la ciudad.

Cedro asintió y suspiró. Era de la Generación 6, como yo, pero llevaba tantas cuentas que flotaría si caía al agua. No era robusta como Marie, ni alta, pero tenía una manera de estar en medio que ocupaba mucho espacio.

—¿Os acordáis de los bailes? —dije.

Dos personas fingirían ser un hacedor de vidrio. Una se paraba detrás de la otra, se inclinaba y sostenía a la primera por la cintura. Luego intentaban bailar con cuatro pies. Era tonto, pero cuando era niño pensaba que era genial. Los hacedores de vidrio de verdad tenían un aspecto bastante diferente, lo sabíamos, con piernas delgadas que se doblaban hacia afuera y brazos delgados con dos codos, un cuerpo como una hogaza de pan alargada y una cabeza de forma similar. Tenían también el tamaño de los niños humanos. Solíamos hacer muñecas con palos.

Marie rio como una madre, pero ella también debió de ser una niña en algún momento. O tal vez no. Era del tipo de verde que se tiñe todo el cabello, incluido el vello púbico para el festival de primavera, pero se aseguraba de dejar que el pelo de su cabeza creciera un tiempo entre los teñidos para que todos pudiéramos ver que estaba gris. Supuestamente, la madurez significaba sabiduría, pero nunca voté por ella para el Comité, ni siquiera cuando no tenía oposición.

—Tenían una población más grande —dijo, con tono de profesora—. Y deben de tener una estructura social más compleja, ya que tienen castas morfológicas. Me gustaría ver cómo funciona.

—A mí también.

Cuerpos diferentes para trabajos diferentes.

Yo tenía muñecos de los tres tipos: las hembras grandes, la fornida casta mayor y las pequeñas obreras. Las castas mayores y las obreras eran asexuales, aunque no entendía la asexualidad cuando era niño. Quiero decir, ¿por qué llamar-las hembras si no había machos y solo daban a luz cuando les apetecía? Pero esos eran los nombres que ellas mismas usaban, según Stevland, y el bambú arcoíris tenía tres sexos, lo cual era aún más extraño.

De todos modos, quería averiguar cómo funcionaban las castas. Quería conocerlas, no estar atrapado en una cabaña con políticos chismosos. Tenía mi trabajo en el equipo: cocinar, tocar música, actuar amigablemente y hacer de adolescente, para que pudieran ver diferentes edades y sexos de humanos.

—Stevland no ha sido de mucha ayuda —dijo Cedro.

—Stevland no tenía marco de referencia para los hacedores de vidrio —respondió Marie—, y se comunicaron solo durante dos años antes de que se marcharan.

—Pobre huerfanito —dije solo para fastidiar a los verdes de Marie.

—Está muy solo —dijo ella—. No ayudó en su socialización crecer sin compañía.

Cedro usó el tono de voz de Marie:

—Bueno, ahora es uno de nosotros.

Tiene dos hijos pequeños que decía que echaba de menos. Me alegré de no ser uno de ellos.

—¿Cómo creéis que será conocer a alguien nuevo? —preguntó Roland. Me sonrió de forma taimada por algún motivo.

—Tenemos nuestras instrucciones —respondió Marie—. Somos diplomáticos. Seremos calmados y amigables.

—Calmados y amigables, seguro —dijo Roland—. Pero ¿cómo nos sentiremos? Alguien a quien nunca has conocido. No sabremos nada acerca de ellos. Totalmente nuevos.

—Ni siquiera será como conocer a un animal —dijo Kung, sonriendo con sus dientes torcidos—. Con un león, sabes lo que es un león, ¿verdad? Pero los hacedores de vidrio, no.

—Sabemos mucho sobre ellos —repuso Cedro—. Sabemos cómo construyeron la ciudad, qué comían, cómo se vestían. Conocemos su nivel de tecnología, que era más alto que el nuestro en este momento.

Tenía razón. Tenían radios y mucho más metal.

—No sabemos por qué se fueron y por qué han estado ausentes —dijo Marie. Esa era realmente la queja de Stevland, y tenia razón.

—Me muero de ganas de escuchar la música de los hacedores de vidrio —dije—. Mejor aún, puedo tocar con ellos. Un dúo. Ellos también tocaban flautas. Están en los murales, así que tenemos en común la música.

Yo había soñado con eso desde que empecé a tocar la flauta. En serio. Por eso quería que la música fuera lo mejor de mí.

—Música —Roland seguía sonriéndome. Y Cedro parecía molesta.

Traté de ignorarlos.

—Y quiero preguntar de dónde son —dije—. Puedo señalar a Sol.

—Esa es una idea maravillosa —dijo Marie, no como una madre o una maestra, por fin.

Al día siguiente me levanté feliz porque estaríamos en la cascada por la tarde. La había visto cuando tenía diez años, lo que no fue hace mucho tiempo, o al menos no lo parecía. En aquel entonces, antes de irnos, había oído hablar mucho de ella y había visto dibujos, y estaba seguro de que me gustaría, y la cascada fue todo lo que había esperado, pero el cielo fue lo mejor. Nunca había visto realmente el horizonte bajo mis pies, una línea pálida muy, muy lejos en la distancia.

Escuchamos el rugido de la cascada como una nota zumbante a un kilómetro de distancia y vimos las montañas a nuestro alrededor, tan altas que tocaban las nubes. Recorrimos un paso húmedo y pedregoso, y luego vimos la cascada de nuevo. Saltaba desde un acantilado de piedra roja y caía estrecha y recta, tanto que podías contar diez latidos antes de que aterrizara en el estanque de abajo. El camino bajaba hasta una amplia terraza cubierta de hierba junto a la cascada, y cuando el sol brillaba, se podían ver

arcoíris en la niebla que subía del estanque. Los hacedores de vidrio habían construido algunas casas iguales a las de la ciudad, con filas de bloques de vidrio de colores en los techos como arcoíris. Stevland tenía un puesto allí, veinte tallos adultos, pero no conectaban con el resto de él debido a las montañas.

Atravesamos el paso rodeado de rocas y acantilados, y el estruendo del agua que caía se hizo más fuerte. Kung rodeó el último recodo y se detuvo. Pensé que se había detenido para que pudiéramos alcanzarlo y mirar juntos, pero se detuvo por lo que veía.

El bambú había sido quemado hasta el suelo; las casas, aplastadas como huevos. Nos quedamos mirando durante mucho tiempo, y el agua parecía rugir al ritmo de mi corazón, rápido.

—Los terremotos no son imposibles —dijo Cedro, pero no parecía creer sus propias palabras.

—Los terremotos no causan incendios —expuso Roland en voz baja. Miró detrás de nosotros y luego alrededor de la terraza.

Marie suspiró.

—¿Ves algo moverse...? ¿No? Entonces, vámonos.

Kung gruñó, y nos apresuramos a bajar. Cuando terminamos la caminata, él dejó sus paquetes y comenzó a curiosear entre los edificios en ruinas. Marie contempló los restos del bambú.

—Inspeccionad la zona —dijo—. No os alejéis, y mantenneos a la vista de alguien más en todo momento. Quién sabe con qué estamos tratando.

—Osos, lobos de río y arañas de montaña. Y águilas y dragones —dijo Cedro—. Oh, y leones salvajes y babosas. —Marie la fulminó con la mirada—. Solo para mantenernos alerta.

—Gracias —respondió Marie.

Decidí que algún día intentaría usar ese tono de voz en la música. No toda la música tiene que ser hermosa. Tal vez también podría ser nerviosa, un montón de notas pequeñas, esperando que algo se convierta en una melodía, que tenga sentido.

—¿Dónde están los fipogatos?

Roland silbó llamando a la colonia que mordisqueaba la hierba. Finalmente encontró un gato escondido dentro de los restos de una casa, y le llevó un tiempo persuadirlo para que saliera.

Los cuatro inspeccionaron la zona, pero se hacía tarde, así que Marie me dijo que cocinara. Examiné la fogata. Habían quemado bambú en la hoguera recientemente, a juzgar por las cenizas, pero Stevland odia el fuego y nunca nos permite quemarlo. Quité los trozos carbonizados antes de comenzar. Horneé unos ñames y herví agua para hacer té en un cactus maduro de color amarillo que había cogido esa mañana en el camino, pero mientras lo hacía, no dejaba de pensar en los hacedores de vidrio y los edificios en ruinas, y me quemé un dedo con una brasa.

Roland sostenía al gato en su regazo mientras comíamos. Nunca había visto a un gato estarse quieto. Kung dijo que las casas se habían derrumbado cuando una excavación socavó los cimientos.

—Muchas cosas cavan —dijo Cedro—, ¿pero qué animal salvaje querría cavar lo suficiente y durante tanto tiempo como para destruir cuatro edificios?

—Las águilas podrían haber destrozado las casas, ¿no? —dijo Kung—. Tienen fuego. Se comen a los gatos.

—Tal vez fueron los hacedores de vidrio —dijo Cedro—. Después de todo, están por aquí.

—No —repuse yo—, ellos no harían eso. Esas son sus propias casas. Las construyeron ellos mismos.

A Cedro nunca le gustaba nada. Tal vez ya odiaba también a los hacedores de vidrio.

—Ahora no son sus casas —respondió, mirándome como si fuera estúpido.

—Tal vez tengan miedo de nosotros —dijo Roland.

—Puede que sí, puede que no —comentó Marie—. Stevland sabe lo que pasó, si sus raíces aún están vivas, pero en este momento debemos tomar una decisión. ¿Deberíamos irnos o quedarnos?

Habría apostado a que quería irse, ya que era una cobarde. Se suponía que debíamos esperar diez días para ver si algún hacedor de vidrio visitaba la cascada, pero podríamos irnos antes si creíamos que debíamos hacerlo. Roland quería quedarse y averiguar qué había sucedido. Kung quería quedarse y comenzar las reparaciones en las casas. Cedro dijo que nos quedáramos, pero habría dicho que nos fuéramos si Marie hubiera dicho lo contrario. Mi voto ya no importaba en ese momento, pero dije que nos quedáramos porque quería creer que los hacedores de vidrio no lo habían destrozado. Eran nuestros amigos. Yo era su amigo, al menos. Esta era mi oportunidad de conocerlos.

Así que nos pusimos a esperar. Kung construyó un techo de madera y hojas sobre los restos de una de las casas.

Sería acogedor, todos nosotros en media casa. Roland se acurrucó en el interior con el gato y se echó a dormir. Haría el turno de la noche. Cedro y yo exploramos la zona. Encontramos un gran arrecife de pájaros azules, buenas noticias porque les encantan las babosas, algunos arbustos de colonia y algunas verduras, un arbusto de cuentas con semillas enormes, y una gran sorpresa, un trozo de gruesa tela marrón rojiza en una espina.

Cedro la sacó de la espina.

—Lino. Teñido después de ser tejido. Nosotros siempre teñimos en la lana o el hilo.

—¿Entonces es de los hacedores de vidrio?

Me miró y abrió la boca para decir algo, luego apartó la mirada y soltó una risita.

—Quién sabe.

Regresamos y hablamos al respecto mientras Sol se ponía. Los hacedores de vidrio habían estado allí.

—Tal vez los hacedores vinieron más tarde, después de que las águilas o lo que sea destrozaran el lugar —dije, y Cedro rio de nuevo como si fuera un idiota, pero Marie dijo que podría ser posible.

Hice el primer turno de guardia y toqué algunas canciones de cuna con una flauta para ayudarlos a todos a calmarse. Era difícil controlar mi respiración con el fino aire de la montaña, y estaba demasiado nublado para ver auroras. Cuando supuse que era ya medianoche, desperté a Roland.

—Gracias —susurró—. Ocupa mi camastro. Está caliente, y al gato le gustará tener compañía.

Tuve un sueño húmedo, naturalmente. Los amaestradores de fips tienen esa feromona de los leones, y afecta a todo el mundo. Tendría que haberlo esperado. Roland sabía que iba a pasar y lo hizo solo para molestarme.

Al día siguiente, en el montón de piedras en ruinas en una casa, Kung encontró una pluma que podría ser de un águila. Se la mostró al gato, que entró en pánico.

Definitivamente era de un águila. Sin embargo, eso no probaba nada, dijo Cedro. Los cangrejos mercaderes usan plumas de águila para espantar a otros cangrejos de sus madrigueras. Intercambian plumas a largas distancias. Pero no vimos ningún cangrejo mercader.

Nos aburrimos. Las mujeres parloteaban entre ellas, Kung llevaba piedras y tierra, Roland mimaba al gato y exploraba, yo buscaba comida y la cocinaba, y en mi tiempo libre, tocaba la flauta, tratando de hacer que los hacedores de vidrio se dieran cuenta de nuestra presencia. Estamos *aquí.*

No nos estamos escondiendo. Escuchadnos. Venid a conocernos. Tengo flautas para compartir con vosotros.

Pensaba en los hacedores de vidrio, y los veía en mis sueños. Nos llevaban ventaja en muchos aspectos. Serían hermosos porque su ciudad era hermosa. Serían sabios porque la ciudad estaba dispuesta de manera lógica. Nosotros, los humanos, no podríamos haber construido esa ciudad. He visto el antiguo pueblo, lo que queda de él. No era nada.

Deben de haber sido más eficientes que nosotros porque tenían las tres castas para dividir el trabajo de manera lógica. No discutirían sobre grupos de trabajo, especialidades y quién se acuesta con quién. Y mantenían su tecnología en funcionamiento. Nosotros no podíamos.

En la ciudad hubo dos o tres veces más hacedores de vidrio que nosotros porque había muchas casas, pero no sabíamos cómo estaban organizados ni cómo eran sus familias. Eso era solo un pequeño detalle que aprender, y queríamos descubrirlo todo. Pronto lo haríamos.

Cuatro días a la espera, sin nada que hacer; me puse a recoger las grandes cuentas plateadas.

—Te quedarán bien —dijo Roland con su habitual sonrisa burlona cuando me vio guardándolas en mi mochila.

—Creo que las usaré para sobornar a una chica para que se acueste conmigo —dije—. No todos podemos depender de feromonas. ¿Sabes cómo celebramos los chicos cuenta la primera vez? Salimos al bosque y cocinamos y comemos un fipogato.

Pensé que se sorprendería, pero siguió sonriendo.

—Están sabrosos —añadí.

—Me alegra que hayas tenido la oportunidad de descubrirlo. Muchas mujeres te miran de cierta manera, ya sabes. Solo están esperando a que pasen unos años.

No supe si estaba bromeando, pero no iba a dejar que me afectara. No había tenido mucha suerte con las chicas y probablemente él lo sabía. A veces lo veía sentado con una sonrisa en la cara sin razón aparente, y luego me miraba y la sonrisa se volvía grande y engreída. No sabía qué hacer. No quería pelear y no se me ocurría ninguna forma de molestarle. Los verdes son como los Padres.

Y tuvimos que esperar seis días más.

Pero lo que encontramos al día siguiente nos hizo decidir marcharnos. Marie fue a cavar un nuevo agujero para los regalos cerca de lo que quedaba de Stevland, esperando que las raíces estuvieran vivas, y encontró una trampa.

—Venid a mirar —dijo—, ¡y cuidado dónde pisáis!

Lentamente, nos reunimos a su alrededor. Había retirado un paño cubierto de malas hierbas y cenizas para ocultar una abertura lo suficientemente grande como para que incluso Kung pudiera caer de bruces en ella. Unas estacas se alzaban desde el fondo. Me estremecí, tratando de no imaginármelas clavadas en mí.

—Tal vez sea obra de Jersey —dijo Roland.

—No —dijo Marie en voz baja, como si fuera una idea razonable.

—¿Está teñido después de ser tejido? —pregunté, esperando que no lo estuviera.

Cedro lo comprobó y asintió con la cabeza.

—Esto debe de ser para proteger a Stevland de las águilas o algo así, ¿no? —dije—. De las águilas o de algo parecido.

—Tal vez, o tal vez sea para cazar —respondió Marie—, Puede que haya más.

Kung exploró el suelo alrededor de Stevland y encontró otro agujero. Yo nunca lo habría advertido. De repente, tuve miedo de mover los pies. Miré hacia abajo, tratando de adivinar dónde podría ser seguro pisar, pero no lo sabía.

Marie suspiró con fuerza.

—Vámonos. Sabemos por dónde es seguro caminar, pero en caso de emergencia, no tendremos tiempo para verificar por dónde corremos. Y podría haber otros tipos de trampas. ¿Votamos?

—No necesitamos votar —dijo Cedro—. Es unánime. Nos quedamos un minuto sin movernos, mirando al suelo.

—Quería conocerlos —dije, pero no me quejaba. Teníamos que irnos.

—Quizás no seamos el objetivo —comentó Roland.

Cedro recogió el paño y lo sacudió.

—Eso no significa que no vayan a hacernos daño.

—Qué decepción —suspiró Marie—, Pero Tatiana aprueba la prudencia. Lo entenderá.

—Y también Stevland —dijo Cedro. No podía decir si estaba desafiando a Marie.

—¿Vamos a seguir dejando regalos para los hacedores de vidrio? —pregunté.

—Por supuesto —respondió Marie de una manera que me hizo sentir inteligente.

—Hay demasiado que no sabemos —dijo Kung, sacudiendo la cabeza, y sus trenzas ondularon. Caminó hacia la hoguera,

mirando dónde ponía los pies, y recogió una piedra resquebrajada por el calor. La sostenía como si fuera un hacha de mano—, Mmm. Podría ser una buena arma.

—No —dijo Marie. Caminó, lentamente y con cuidado, hacia el suelo fresco alrededor de las casas. Cogió una piedra grande, la golpeó contra una piedra angular varias veces y regresó junto a Kung—, Esta está más afilada. Los demás, recoged vuestras pertenencias, pero viajemos ligeros y rápidos. Dejad atrás lo que podáis. Roland, trae al gato. Nye, deja algunas flautas y cualquier otra cosa que pueda gustarles. Cedro, ¿se me olvida algo?

Kung contempló su nueva arma. Cedro miró a Marie, sorprendida por ser tratada de repente como la número dos. Yo estaba pensando que Marie sabía bien cómo retirarse rápidamente, justo lo que necesitábamos ahora, y tenía tantas ganas de irme como de quedarme. Pero tendría que conocer a los hacedores de vidrio en algún otro momento. Esperé que estuvieran a salvo.

—Deberíamos dejar un mensaje —dijo Cedro, sorprendida todavía.

—Gran idea. ¿Cuál? —preguntó Marie.

Lo discutimos y llegamos a una decisión sin pelearnos. Con flautas y regalos y algunos palos adicionales, escribimos en vitreo: «Deseamos vuestra amistad», usando las flautas para

la palabra «vuestra». Me quedé con una flauta, una pequeña de madera de algarrobo, mi favorita.

No nos llevó mucho tiempo recoger nuestras cosas, ya que no teníamos mucho. La mayor parte de lo que habíamos traído era comida. Reunimos lo suficiente para una marcha de dos días y pusimos el resto cerca del mensaje. Abrí la marcha. Kung se ocupó de la retaguardia, empuñando el hacha de piedra.

Acabábamos de pasar la cima del camino entre las rocas y nos dirigíamos hacia la parte de atrás de la montaña, cuando vi una huella en un poco de tierra húmeda y desnuda e hice señas para que todos se detuvieran. Los hacedores de vidrio tienen pezuñas hendidas, pero la marca no estaba clara. Roland echó un vistazo.

—Tal vez sea un cangrejo ciervo.

O tal vez no. No podía decidir si me sentía aliviado o decepcionado.

Caminamos unos minutos más. El camino giró alrededor de una roca. Al otro lado, había huellas inconfundibles de hacedores de vidrio en un parche de tierra.

—Varios individuos —dijo Roland—, Diferentes tamaños y profundidades.

—No hace mucho —observó Cedro—, los bordes apenas se han secado.

—Se dirigieron hacia allí —dijo Roland, señalando el camino en la dirección en la que íbamos. Tal vez habían hecho las trampas, pero tenían que ser amigables, como nosotros. ¡E íbamos a conocerlos!

Kung miró la piedra en su mano y la arrojó lejos.

—No lucharé contra los hacedores de vidrio. Lo prometo. —Miró a Marie—. Dile a Nye que toque algo. No los estamos persiguiendo, no nosotros, no. No estamos acechando.

Marie asintió. Saqué la flauta, tuve que intentarlo dos veces para poder inspirar de manera profunda y adecuada, y comencé una canción alegre. Estamos cerca. No nos estamos acercando *sigilosamente.* Quería que lo escucharan en la música. No *tengáis* miedo. Venid *a* conocernos. Por *fin. Estamos aquí.* Deseé que no tardaran mucho porque estaba demasiado feliz para esperar. *Conocednos. Por favor.* Y *sed lo que esperábamos, sed amigables como nosotros. Somos muy parecidos.*

Roland avanzó a toda prisa por el camino delante de mí y comenzó a marchar al ritmo de la música. Cedro y Marie aplaudieron al compás, y Kung, completamente desafinado, silbó también. ¡Aquí *venimos!*

Doscientos metros después supimos, antes de seguir el camino alrededor de otro gran peñasco, que los hacedores de vidrio esperaban al otro lado. Vi sus sombras. ¡Hacedores de vidrio! Roland señaló y sonrió, luego nos guio. Lo seguí, todavía tocando la flauta, pero demasiado ansioso para tocar bien, para respirar correctamente, para recordar la melodía o cualquier otra cosa. ¡Estaba a punto de conocer a los hacedores de vidrio!

Al otro lado del peñasco, los hacedores bloqueaban el camino. Durante un momento parecieron una maraña de tocones de árboles y ramas muertas. Luego empecé a verlos, sus cuerpos y cabezas, y sus brazos y piernas delgadas y encorvadas. Lo que en la Tierra se llamarían insectos.

Dos brazos, cuatro piernas. Todos marrones como troncos de árboles, en diferentes tonos de marrón. Quizás unos veinticinco en total. Sus grandes ojos brillaban.

Nos apuntaban con lanzas. Lanzas.

Eso no era en absoluto lo que había esperado, pero seguí tocando, mirando y tocando al mismo tiempo. Nos quedamos quietos y seguimos aplaudiendo y moviéndonos al ritmo de la música, pero apenas me movía porque me sentía a punto de caer de emoción. Con cada nota, podía decir que no era el único. Kung dejó de silbar, y alguien aplaudió fuera de ritmo.

Los hacedores de vidrio no se movieron ni emitieron ningún sonido. Había obreras y mayores, más bajos de lo que esperaba, mucho más bajos que cualquiera de nosotros. Pero no iban vestidos de manera elegante como los hacedores de vidrio de los murales. Llevaban mantas simples y raídas colgadas sobre sus espaldas, polainas de cuero en sus piernas, como nosotros, y cestas atadas a sus flancos. Algunos llevaban sombreros o collares de cuero.

Olían a hongo de árbol en descomposición, y tan intensamente que podría haberme atragantado.

Sus lanzas tenían puntas de piedra. Piedra, como nosotros. ¿Dónde estaba su tecnología?

Un mayor, con una manta a cuadros de color marrón y verde, dio un paso adelante.

Tal vez eran exploradores. Nuestros exploradores no llevaban mucho y no se vestían de manera elegante. No se bañaban mucho. Llevaban herramientas sencillas. No debería esperar que su aspecto fuera magnífico. Ni sorprenderme de que no hubiera hembras. Probablemente tenían cosas mejores que hacer.

Toqué otro estribillo, golpeando con el pie al compás, y los demás me siguieron el ritmo. El hacedor de vidrio que había dado un paso adelante golpeó uno de sus cascos delanteros durante unos compases. ¡Entendía la música! Nos habíamos

comunicado sin decir una palabra. Terminé la canción, bajé la flauta y esperé. ¡Había hecho mi trabajo! Era el turno de Marie.

Ella alzó los brazos, con los codos hacia afuera, las palmas hacia arriba, como los hacedores de vidrio en los murales. Ellos no se movieron. Deseé que bajaran sus lanzas. Me di cuenta de que sostenía mi flauta como si fuera un garrote. Lentamente, abrí los dedos y la sostuve como un bolígrafo.

Marie hizo un gesto hacia sí misma.

—Marie. —Señaló hacia nosotros—. Cedro, Nye, Kung, Roland.

Luego señaló al hacedor de vidrio que había dado un paso adelante.

Su rostro no se movió. No respondió.

—Estamos muy contentos de conoceros —dijo Marie lentamente. Por supuesto, no entenderían, pues no teníamos idea de cómo pronunciar el vitreo.

El mayor con la manta a cuadros siguió sin reaccionar.

—También hemos venido de las estrellas —dijo Marie—, y nos complace compartir este planeta con vosotros. Hay mucho que espero que podamos aprender unos de otros.

El fipogato empezó a salir de la mochila de Roland, que extendió la mano por encima del hombro y lo tomó en brazos.

—¿Qué te parece, amigo? —murmuró y lo acarició como una madre gata.

Los ojos abultados de los hacedores de vidrio estaban situados en los lados de sus cabezas y no tenían pupilas, así que no podía decir a qué estaban mirando. Y sus rostros no se movían nunca, así que no podía decir en qué estaban pensando. ¿Eran amistosos? Uno de ellos silbó algo que terminó en un sonido chasqueante.

Manta a Cuadros hizo un gesto hacia el camino detrás de nosotros y dio un paso adelante; luego repitió la acción, haciendo más gestos.

—¿Nos volvemos? —dijo Marie. Asentí. Creo que los demás también lo hicieron. Ella se dio media vuelta y caminó unos pasos, mirando por encima del hombro. El hacedor de vidrio dio un paso adelante—. Entonces, vamos.

Kung tomó la delantera y lo seguimos; Marie, la última. Los cascos resonaban detrás de nosotros.

El regreso pareció más largo que el viaje de ida, a pesar de que era todo cuesta abajo y caminar era rápido y fácil. Me pregunté si debería tocar más música. Miré por encima del hombro muchas veces. Una fila de hacedores de vidrio nos

seguía montaña abajo. Algunos mayores hacían gestos y hablaban, y a menudo pude oírlos hablar, chillidos y charlas y ruidos como «chek» o «shuk» o «cheek», ásperos e inarmónicos. Yo no podía hacer esos ruidos. Probablemente ellos no podían hacer los míos. Pero podríamos aprender a escuchar. Todos tendríamos que hacerlo, y todos queríamos hacerlo. Por eso estábamos allí.

De vuelta en la terraza, nos alineamos detrás del mensaje que habíamos dejado.

—Espero que lo puedan leer —murmuró Marie.

Formaron un círculo alrededor de nosotros, y Manta a Cuadros chirrió y chasqueó y señaló el mensaje. El aire húmedo de la cascada hacía que su apestoso olor pareciera peor.

Marie dio un paso adelante. La cabeza de Manta a Cuadros giró. Ella se agachó y recogió un bulbo de tulipán de la comida que habíamos dejado atrás. Stevland dijo que comían bulbos de tulipán. Se lo tendió.

—Tulipán —dijo.

El hacedor de vidrio lo miró, moviendo la cabeza para estudiarlo, y dio unos pasos nerviosos. Lentamente, extendió un brazo delgado con dos codos y cuatro dedos largos. Marie se quedó quieta, sonriendo ampliamente, pero con los labios cerrados. Nada de dientes, nada amenazante.

El hacedor de vidrio tocó el bulbo, pero en lugar de cogerlo, sus dedos se deslizaron alrededor de él para sujetar la mano de Marie. Dicen que Sylvia había soñado con esto, mano a mano con un hacedor de vidrio. Yo había soñado con ello de niño. ¡Pacifistas y hacedores de vidrio, amigos al fin!

El hacedor de vidrio dijo algo que sonó como un palo húmedo rompiéndose y tiró del brazo de Marie tan fuerte que ella cayó al suelo. Kung gruñó, y otros hacedores de vidrio se quedaron tiesos como si fuéramos a empezar a pelear, pero teníamos que ser amistosos, así que simplemente nos quedamos allí, y yo no sabía qué hacer de todos modos. Marie se levantó del suelo.

—¿Por qué has hecho eso?

El mayor no respondió.

Ella se levantó y le lanzó una mirada que podría haberle chamuscado el pelo. Se miraron mutuamente.

El hacedor de vidrio agarró la lanza con ambas manos.

—Intentémoslo de nuevo. —La verdadera Marie había surgido. Se inclinó y recogió el bulbo de tulipán y se lo tendió—. Esto es un tulipán. Tulipán. Es para ti. Un regalo. Tómalo.

Lo sostenía por el extremo puntiagudo en lugar de tenerlo en la palma.

—Vamos —dijo, un poco más amable—. No te haré daño.

El hacedor de vidrio dio unos pasos nerviosos, moviendo la cabeza. Ella colocó el bulbo en el suelo, cerca de sus pies, luego se volvió y señaló las palabras en el suelo.

—Deseamos vuestra amistad. —Recogió una flauta y me la entregó—. Nye, toca algo corto y amistoso.

Amistoso. Podía hacer eso. Toqué algunas notas de la canción de bienvenida para bebés, luego las repetí, y luego, pensando en sus ruidos, la toqué con notas chirriantes y ásperas. Extendí la flauta hacia Marie. Ella la cogió y la extendió de la misma manera hacia el mayor. Este hizo un gesto hacia otro mayor, que se acercó y la cogió. Sopló en la boquilla, pero no de la manera correcta, y no salió ningún sonido. Me miró y emitió un ruido similar a la melodía que yo había tocado.

Cogí otra flauta y soplé en ella, mostrando el ángulo adecuado. El hacedor lo intentó de nuevo, finalmente logró un silbido y lo repitió. Luego devolvió la flauta.

—Gracias, Nye —dijo Marie.

—Buena idea, Marie —respondí. ¡Nos habíamos comunicado! Pero ellos tendrían que haber sabido qué eran las flautas. Estaban en los murales.

Manta a Cuadros se acercó a Marie. Ella no se inmutó, pero parpadeó con fuerza. El hacedor señaló la correa de su mochila y le hizo gestos para que se la quitara. Ella la puso en el suelo y retrocedió. Dos obreras se acercaron y sacaron todo: la ropa interior, la comida, una manta, un peine, un poco de jabón envuelto en una hoja y un diccionario hacedor–pacifista. Manta a Cuadros y otros mayores fueron cogiendo cada artículo uno por uno y hablaron mucho entre ellos. Olieron el jabón y hojearon el libro, pero no parecían estar leyendo nada.

También miraron los regalos en el suelo, especialmente la talla de un hacedor de vidrio realizada por Harry. Olieron la fruta que Stevland había hecho pensando en ellos, pero la volvieron a dejar. Mientras parloteaban y silbaban, le susurré a Roland:

—¿Qué opinas? —Él entendía a los fips, así que podría entender a los hacedores de vidrio.

—Están sorprendidos por cuánto nos parecemos, nosotros y ellos.

—¿Y eso no debería ser bueno? —susurró Cedro.

Manta a Cuadros nos llamó con un «¡Chek!». Por sus gestos, quería que nos quitáramos las mochilas, y lo hicimos. Las revisaron. La carne seca en la mochila de Kung provocó un sonido como «¡kongaree!». En la mochila de Roland había

un espejo de obsidiana, algo que no creo que hubieran visto antes, y una pequeña bola de lana de león que olisquearon una y otra vez. Mi mochila no tenía nada interesante. Cuando terminaron, se agruparon y hablaron.

—Cuchillos —dijo Marie, y sacó la hoja de piedra del tamaño de un pulgar de su cinturón y la colocó en el suelo. Todos hicimos lo mismo. Esto entusiasmó a los hacedores de vidrio. Cogieron las hojas y los cuchillos y los estudiaron, y finalmente los guardaron en la cesta de una obrera. La obrera dijo algo. Manta a Cuadros la llamó para que se acercara y la golpeó tan fuerte en la boca que brotó sangre roja. No pudo haber dicho nada que mereciera eso. Miré a Roland. Los estaba observando, sosteniendo al gato con fuerza, como si quisiera protegerlo. El rostro de Marie no mostraba ninguna expresión.

Yo había visto a personas golpearse peleando, pero si ambas partes golpean, es justo. Roland tuvo que vencer al viejo Qin para asumir el liderazgo de la manada de leones, pero habían ensayado la pelea. Los pacifistas la contemplamos junto con los leones, y cuando Qin se retiró del campo con una cojera fingida y sangre falsa en la cara, lo abucheamos.

Pero los hacedores de vidrio eran personas, y las personas normales no se dejaban golpear de verdad, ni golpearían a alguien indefenso. Yo había prometido ser diplomático. Si un hacedor de vidrio me golpeaba, no podría golpearlo como respuesta. Pero nunca, jamás, había pensado antes en que

un hacedor de vidrio fuera a golpearme. ¿Cómo podrían hacerlo?

Cogieron nuestra comida, excepto la fruta de bambú, y la distribuyeron. Comieron rápidamente. No todas las obreras consiguieron algo para comer.

—¡Mirad! —murmuró Kung—. Tienen dientes en la garganta. ¿Los veis moverse?

Pero no dijimos más. A Manta a Cuadros no parecía gustarle la charla.

Recuperamos nuestras mochilas. Luego, Manta a Cuadros nos ordenó descender con ellos por la montaña.

—Como queráis —dijo Marie, pero no teníamos elección. ¿Qué harían si nos resistiéramos?

Recogí las flautas y no pude decir si estaba asustado o enojado, pero tropecé cuando me puse de pie porque mis piernas se quedaron sin fuerza durante un momento. Los hacedores de vidrio no eran lo que esperaba. Tal vez sí que habían destruido las casas y quemado a Stevland.

El camino que bajaba de la cascada era empinado y estrecho. Caminamos en fila india, casi siempre en silencio. Marie insistió en caminar con Manta a Cuadros y otros mayores. Hablaban ocasionalmente, y ella tenía su diccionario a mano. A veces el camino se volvía tan empinado que teníamos que

marchar a gatas, pero ellos no se ofrecieron a ayudarnos y parecían impacientes. A veces, un mayor golpeaba o pateaba a una obrera, como si hubiera un buen motivo, pero no pude entender por qué.

Un viento frío soplaba entre las rocas a lo largo de la base de los acantilados. Cedro, delante de mí, se ajustó la ropa. Roland comenzó a cantarle a su fip, pero Manta a Cuadros hizo un gesto, y una obrera que estaba cerca de Roland le tapó la boca con la mano. Roland dejó de cantar.

Caminamos durante todo el día y apenas nos detuvimos para orinar, y vimos que ellos orinaban desde un extremo de su cuerpo, pero nunca se detuvieron a comer, y cuando Sol se puso, ni siquiera habíamos bajado la mitad de la montaña. Acampamos en un amplio saliente donde no había más que rocas, arbustos y enredaderas. Nos tumbamos, agotados, y Kung repartió fruta de bambú seca. Mastiqué con bocados pequeños para que durara más. Los hacedores de vidrio se arrodillaron para dormir, con las piernas debajo de ellos.

—¿Puedes entenderlos? —le susurré a Marie.

—No creo que quieran que los entienda —me respondió.

—Nos tienen miedo —dijo Roland.

—Demasiado miedo para hacernos daño, ¿verdad? —dijo Kung.

—Y también demasiado miedo para dejarnos ir. Demasiado miedo para tocarnos. Tienen miedo unos de otros, o al menos algunos de ellos. Las obreras tienen miedo de ciertos mayores.

—Los golpean —susurré—. Eso no está bien.

—No, no lo está —siseó Marie.

—¿Podemos escapar? —preguntó Cedro.

—¿Podéis correr más rápido que ellos? —respondió Roland, y por supuesto que no podíamos.

A Manta a Cuadros no le gustaba que habláramos, así que no dijimos nada más, pero yo quería hacerlo. Me habría levantado y le habría gritado. Miré el cielo oscuro y nublado. Los hacedores de vidrio tampoco hablaban. El silencio me molestaba para dormir.

Al día siguiente, caminamos por un barranco ventoso hacia un bosque de árboles con troncos cuadrados. Los fipogatos arbóreos con manchas verdes en sus pelajes marrones charlaban en las ramas. Los murciélagos llamaban, pero no los entendía en absoluto. Tenían un lenguaje diferente.

Por delante, los mayores silbaban y graznaban y se detuvieron ante un bosquecillo de bambú arcoíris, probablemente de solo diez o veinte años de edad. Nuestros exploradores plantaron semillas de Stevland por todas

partes. Me recordó a casa, a la familia y amigos, y a las chicas cuenta que me ignoraban. Probablemente todos pensaban cosas bonitas acerca de los hacedores de vidrio en este momento.

Los oficiales chirriaron dando órdenes. Las obreras se apresuraron a recoger leña muerta y apilarla alrededor del bambú. Marie los miró, y su rostro y manos se movían, y supe lo que estaba pensando. Era como ver a los hacedores de vidrio preparándose para atacarnos. Tuve que dejar que me golpearan y ahora tenía que permitir que lastimaran a alguien más. Crucé los brazos para mantener mis manos quietas.

Marie casi estaba llorando cuando prendieron fuego a la madera. Yo no amaba a Stevland, pero nunca le haría daño, ni dejaría que lo lastimaran, pero tuve que hacerlo. Ella tuvo que hacerlo. Todos tuvimos que hacerlo.

Silbé como un murciélago de Ciudad del Arcoíris: —Fuego. Malo.

Creo que ella me escuchó.

El bambú estaba aún humeando cuando nos pusimos de nuevo en marcha. Los hacedores de vidrio tuvieron que ser quienes quemaron a Stevland en la cascada. Debieron de

destruir las casas, pero no tenían que haberlo hecho. No tenían motivos. Yo había prometido ser no violento, y ellos no eran como yo.

Marchamos rápido. Al anochecer, Cedro dijo que habíamos descendido dos tercios del camino de la montaña. Estaba nublado y húmedo. Nos instalamos para dormir. Incluso el suelo me pareció un alivio, tan cansado estaba. Kung repartió frutas secas, y yo tenía tanta hambre que casi me tragué la mía entera.

—El hambre hace que los hacedores de vidrio se apresuren —susurró Roland—. Quieren ir mucho más rápido.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

Nadie respondió durante un rato, luego Marie dijo:

—Aprender lo que se pueda.

Intenté dormir. Nunca había tenido tanta hambre antes, ni había estado tan furioso. No estaba aprendiendo nada.

Comenzamos de nuevo la marcha en cuanto amaneció lo suficiente para ver a través de una llovizna fría. Caminé con mi manta envuelta alrededor de mi abrigo. La lluvia creaba un triste ritmo que resonaba en la piedra desnuda. El camino cambió de pedregoso a fangoso, lo cual era mejor para los anchos pies humanos que para los estrechos cascos de los hacedores de vidrio, y luego volvió a ser pedregoso. En un

momento dado, nos hallamos en una estrecha curva contra un acantilado, tan estrecha que las cestas de los hacedores de vidrio raspaban contra la roca. La llovizna hacía que el camino fuera resbaladizo. Todos teníamos que caminar despacio y con cuidado. Traté de no mirar hacia abajo, donde había una larga caída a solo un paso de distancia.

Roland gritó, y todos nos volvimos, pero mientras lo hacía, supe que alguien había caído. Esperé egoístamente que no fuera él, simplemente porque era uno de nosotros, uno de nuestro equipo, y estábamos todos solos en este lado de la montaña. Me giré tan rápido que resbalé y por un momento terrible pensé que iba a caer, y al mismo tiempo me di cuenta de que su voz venía de abajo, no de detrás de mí.

Supe lo que iba a ver antes de mirar hacia abajo por el borde del acantilado. Roland caía. Su cuerpo rebotó en un saliente de roca, su grito terminó en un fuerte gruñido y siguió cayendo, agitando brazos y piernas. Aterrizó en el camino mucho más abajo y un crujido resonó. Esperé, atento a un gemido, un movimiento, cualquier cosa, pero él yacía boca abajo y quieto sobre las piedras mojadas como un muñeco. Luego se movió. No, era el gato en su mochila que asomaba. Salió gateando, verde como su cabello, cojeando, y acarició su rostro con el hocico.

Los hacedores de vidrio ya corrían camino abajo. Marie los siguió lo más rápido que pudo, y yo solo pude quedarme mirando.

Marie examinó a Roland. No le llevó mucho tiempo. Se volvió hacia nosotros y negó con la cabeza. Yo estaba demasiado lejos para ver la expresión en su rostro. Recogió al gato. Los mayores de los hacedores se gritaron unos a otros y le hicieron muchos gestos a Marie. Le quitaron la mochila a Roland y sacaron su manta. En diagonal, era lo bastante grande para envolverlo. Manta a Cuadros llamó a una obrera, creo que era la misma a la que había golpeado en la cascada, y la hizo quitarse las cestas, y colocaron a Roland sobre su espalda, lo cual fue complicado en el estrecho camino, y luego todos echamos a andar de nuevo.

Roland estaba muerto. Yo lo había odiado por muchas razones estúpidas. Tenía todo el sexo que podía manejar y un trabajo importante mientras yo me quemaba las manos en los hornos y apenas podía lograr que una mujer me tomara en serio. Pero eso ya no importaba. Lo había conocido toda mi vida, y aunque era molesto, nunca me había hecho daño. No podía imaginar que quisiera lastimar a nadie. No era torpe. No fue su culpa que resbalara. Fue culpa de los hacedores de vidrio. Nos estaban haciendo marchar demasiado rápido.

Descendimos hacia un valle. Las polillas nos picaban. Grupos de pequeñas aves gruñonas con plumas en forma de ramitas corrían entre la maleza, como pequeñas hierbas secas moviéndose. Un viento cálido subía por las montañas

y se condensaba en bruma. Los azulejos ladraban y se lanzaban entre nuestros pies. Las hojas en el sendero se volvieron resbaladizas debido a la niebla.

Yo estaba demasiado cansado para hacer algo más que poner un pie delante del otro. Ninguno de los hacedores de vidrio parecía encontrarse mucho mejor, pero al menos los mayores parecían demasiado cansados para golpear a alguien. El cielo se despejó y luego se nubló de nuevo. Llegamos a un prado con hierbas entrelazadas que olían a apio, y sentí más hambre que nunca. El cuerpo de Roland fue trasladado a la espalda de otra obrera.

El camino se volvió más nivelado y miré hacia atrás. Las montañas se alzaban detrás de los bosques, y la roca roja parecían paredes sosteniendo las nubes, con valles como grietas en las paredes. Había sido un descenso interminable desde la cascada de Lief, y sería una escalada interminable de regreso desde donde estábamos. Si alguna vez volvíamos.

Cruzamos algunos arroyuelos y el musgo escamoso crecía por todas partes. Me preocupaban las babosas, pero solo vi escarabajos nadando y muchas aves acuáticas. Los hacedores de vidrio querían ir más rápido, pero cuando Marie nos pidió que aceleráramos, Cedro simplemente dijo:

—Lo estoy intentando.

No iba a quejarme como Cedro, pero tampoco podía ir más rápido. Unos cuantos hacedores de vidrio se adelantaron, silbando y chirriando y chasqueando como madera rompiéndose. Fueron respondidos con llamadas que se volvieron más fuertes y se convirtieron en un canto:

—Kongareee, kongareee...

Los tambores marcaban el ritmo. Estábamos allí, donde quiera que fuese.

El camino se ensanchó, con troncos de árboles a ambos lados. Un pueblo de hacedores de vidrio, tal vez una ciudad entera, no podía estar lejos. Habría comida y agua y una oportunidad para descansar y lavarse. Alguien sería capaz de leer y escribir, y Marie podría realizar su misión diplomática. Alguien quizá supiera cómo tocar una flauta. Alguien explicaría por qué quemaron a Stevland, por qué destruyeron las casas en la cascada, por qué nos hicieron forzar tanto la marcha que Roland cayó y murió.

No pensaba que ningún motivo fuera lo suficientemente bueno.

Y allí, en un campo, apareció el pueblo de los hacedores de vidrio. Era pequeño y sombrío, tan feo que al principio pensé que tal vez era solo un área de trabajo, pero era donde vivían: unas dos docenas de tiendas con la forma de las

cúpulas de Ciudad del Arcoíris, pero eran pequeñas y estaban hechas de corteza, pieles, tela y esteras de paja, todas desgastadas y pobres. No había colores, no había arcoíris. Incluso el arrecife de azulejos estaba mejor construido que su ciudad.

—Oh —dijo Kung, y sacudió la cabeza. No había nada más que decir.

Los hacedores de vidrio nos estaban esperando, quizás unos cincuenta. Corrieron hacia nosotros agitando los brazos y cantando tan fuerte que me dolieron los oídos, y algunos golpeaban tambores. Marchamos a través de un campo de hierba verde cubierto de insectos blancos como grandes copos de nieve. El viento nos llevó un fuerte hedor a hacedor podrido. Con cada paso, los cantos y tambores parecían más fuertes. Pronto, al igual que Cedro, tuve que taparme los oídos. El gato cerró sus orejas y se tapó la nariz con las patas.

A medida que se fueron acercando, vi a un par de hembras, y eran grandes, con cabezas casi a la altura de mis ojos. Algunos hacedores de vidrio eran incluso más pequeños que las obreras, con los ojos apenas por encima de mis rodillas. Niños. Muchos ni siquiera tenían mantas sobre sus espaldas, y algunos cojeaban o parecían enfermos. Los que no estaban cantando seguían parloteando entre ellos, y dos de ellos se empujaron en algún tipo de discusión.

No eran sabios, no eran magníficos, no eran civilizados. Seguí mirando a mi alrededor, pero no sé qué buscaba. Supongo que esperaba que una verdadera ciudad estuviera escondida en alguna parte.

Nos condujeron a una tienda que era más grande y bonita que las demás, con postes de árboles jóvenes que se curvaban hacia una cúpula más alta que nosotros. Marie dedujo que era su Sala de Reuniones. El suelo de tierra tenía algunas esteras de corteza y hojas. La obrera dejó el cuerpo de Roland cerca de la puerta. Estaba rígido.

—Espero que nos den de comer —se quejó Cedro.

Poco después llegaron tres hembras con Manta a Cuadros. Supuse que una de las hembras era muy mayor porque su pelaje parecía fino y cojeaba. Todas llevaban mantas más nuevas y limpias.

Se quedaron mirándonos, y nosotros las miramos a ellas.

Yo quería sentarme, pero no me atrevía. Manta a Cuadros comenzó a dar alguna especie de explicación, señalándonos a nosotros y a Roland varias veces. Los silbidos y kaks no significaban nada para mí, pero Marie interrumpió.

—Cheek —gritó.

Todos la miraron, incluidos los hacedores de vidrio de afuera que miraban a través de las puertas abiertas. Manta

a Cuadros repitió lo que había dicho. Marie emitió el mismo sonido. Luego trató de describir con gestos y algunos sonidos el hecho de que veníamos de Ciudad del Arcoíris. Al menos, eso es lo que significó para mí. Luego usó su cantimplora para pedir algo de beber.

Una de las hembras más jóvenes respondió algo, Manta a Cuadros habló más, luego discutieron entre ellos; finalmente, la joven pareció enojarse y todas se fueron. Los guardias se quedaron en las puertas.

—¿Hablas vitreo, Marie? —Kung se sentó en el suelo lejos del cuerpo de Roland.

Marie buscó un lugar para sentarse. Yo ya me había sentado en una estera, casi caído, en realidad, estaba tan cansado, y me moví para dejarle espacio.

—Escuché mientras veníamos por el camino y aprendí algunas palabras. Dije «atención» o «escuchad», creo. Algo así.

Diez obreras vinieron para llevarse a Roland, aún envuelto en su manta.

—¿No deberíamos detenerlos? —dijo Cedro.

—¿Y qué haríamos con él? —repuso Marie.

Los hacedores de vidrio se alinearon, cuatro a cada lado del cuerpo, uno en la cabeza y otro en los pies; parecieron contar hasta tres, lo alzaron y se fueron. Marie repitió la cuenta en voz baja. Zumbido, graznido, gorgoteo. Buscó las palabras en su diccionario.

—Creo que la escritura es fonética. Espero que sí. Eso sería un gran avance.

—Pide comida —dijo Cedro.

—Pedí agua. Cuando la traigan, todos podremos pedir comida —respondió Marie. Intentó sonreír, pero estaba demasiado cansada. Pronto se quedó dormida.

Creo que yo también dormí. Después de mucho rato, me pareció oler a carne cocinándose, tal vez oso de montaña. No podía estar seguro. Malditos hacedores de vidrio. Pero al menos nos habían traído agua.

—Mmm. Tal vez sea un festín después de un funeral —dijo Kung.

—Una ejecución —corrigió Cedro. El gato dormitaba en su regazo—. Esta gente es violenta.

—Me muero de hambre —dije.

Marie se despertó.

—Intenta sobrevivir —dijo mientras sacaba un peine de su mochila y se arreglaba el pelo—. No queremos ofenderlos. Innecesariamente, al menos. Tienen costumbres extrañas y probablemente reglas aún más extrañas.

—Son violentos y primitivos —se quejó Cedro.

—Sí que lo son. Es preocupante.

—Tiene que haber verdaderos hacedores de vidrio en algún lugar —dije—. Esto debe de ser un subgrupo. Se habrán separado del grupo principal o algo así.

Marie asintió.

—Tal vez. Estos son muy decepcionantes. Pero son hacedores de vidrio, y nosotros tenemos un trabajo que hacer.

Nos asomamos a la puerta, pero todo lo que pudimos ver fueron guardias y la pared de la tienda contigua.

—Funerales —dijo Marie—. Eso será una prueba.

Por la expresión de su rostro, iba a pasar la prueba a toda costa.

—Esos hacedores de vidrio, mirad sus hombros —dijo Kung—. Se mueven hacia arriba y hacia abajo, no de lado, no así. —Hizo un gesto de lanzar algo—. Dos codos. Sus brazos

no son fuertes. ¿Pueden cavar para enterrarlo? ¿O cavamos nosotros, mmm?

Un par de hacedores de vidrio pasaron junto a la tienda llevando leña.

—He leído que algunas culturas de la Tierra quemaban a sus muertos —dijo Marie—. Estamos aquí para hacer amigos. Ellos no parecen tener mucha experiencia en eso, así que tendremos que dar ejemplo. Música, algunas palabras, podéis decir algo si estáis conmovidos, por supuesto. Yo lo haré. Nuestras despedidas, nuestros recuerdos, nuestra amistad. Establecer un ejemplo.

—¿Podemos llorar? —preguntó Cedro, desafiando a Marie una vez más.

—Por supuesto.

Cuando Lux se puso, un grupo de obreras marchando al compás vino a buscarnos, llevando lanzas y lideradas por Manta a Cuadros y un mayor que tocaba el tambor. Agarré mi mochila con las flautas. Nos llevaron al borde del pueblo, donde todos se habían reunido, y cinco hembras se colocaron al frente de la multitud. El hedor casi superaba al olor de la carne cocinándose.

Había mirado dentro de las puertas de las chozas mientras caminábamos. Lo más grande que vi fueron telares para

hacer mantas, sin muebles ni mucho más, excepto algunas patéticas cajas y cestas.

Dos esteras nos esperaban, una casi nueva y la otra llena de hojas verdes.

—Sentaos —dijo Marie, señalando, y nos acomodamos en la estera desnuda.

Pensé en qué flauta tocar y qué canción. Los inexpresivos rostros de los hacedores de vidrio nos rodeaban. Alguien empezó a tocar un tambor, y el sonido provenía de la dirección donde se cocinaba la comida. Elegí la flauta con el registro más grave y toqué una canción triste de un viejo llamado Tío Higgins que hablaba de vivir un día de más y ver fracasos que no podías evitar. Perfecto. Marie comenzó a tararear. A la segunda vez, Cedro y Kung se unieron a nosotros.

—Una vez más —susurró Marie.

Lo hice, con más sentimiento. Nunca me había caído bien Roland, y lo extrañaría exactamente por eso. Dejé la flauta.

Una hembra con mechones de pelo oscuro en la espalda, la que había discutido antes, repitió los primeros compases de la canción con un silbido ronco, casi un graznido. Toqué las primeras siete notas de nuevo y luego tendí otra flauta. Ella dio un paso adelante y la cogió. Me llevé la mía a los labios. Ella copió el gesto, aunque su boca era vertical. Soplé y produje una nota, fa. Ella sopló y produjo una nota jadeante.

Lo hizo de nuevo. Cubrí el primer agujero y soplé para hacer una nota diferente, mi. Ella me copió. Una a una, copiamos las notas y, luego, juntos, en un dueto, tocamos las siete notas iniciales en orden: fa, mi, do, mi, re, do, re.

¡Por fin, por fin, había tocado un dueto con un hacedor de vidrio!

Bajé mi flauta y me incliné solemnemente. Pero no me sentía solemne. Quería saltar y gritar. Había compartido música. Si podíamos hacer eso, podíamos hacer cualquier cosa. Estaban dispuestos, simplemente no sabían cómo, como dijo Marie, y tendríamos que proporcionar el ejemplo. Teníamos mucho que enseñarles. Más de lo que podían imaginar.

La hacedora de vidrio me miró con aquellos grandes ojos en blanco. Me devolvió la flauta, pero estaba seguro de que tocaríamos de nuevo. No todos estos hacedores de vidrio eran malos.

Si esto era un funeral, era hora de enterrar a Roland, pero no sabíamos dónde estaba. No teníamos palas. Necesitábamos un lugar para cavar. El olor de la carne cocida llegó con el viento, y yo tenía tanta hambre que no podía pensar en ninguna otra cosa más que durante un momento.

El sonido de un tambor comenzó de nuevo desde la zona de cocina. La gente se apartó para dejar paso a algo grande.

Nubes de vapor se elevaban desde ello. Un asado, un animal muy grande, tal vez un fipoleón. Nunca habia olido algo así, pero era delicioso. Lo vislumbré de nuevo entre la multitud. Tal vez era un león pequeño.

—Oso —murmuró Kung.

Lo vi mejor. No era un oso. Era un animal grande de cabeza redonda y torso plano como ningún animal que yo conociera, y la piel estaba dorada y crujiente y brillante de grasa. La multitud se abrió y pude ver claramente. No era un león, no con patas tan largas.

Cedro gimió, escondió su rostro en las manos y se dio media vuelta. La cabeza estaba boca abajo, y reconocí una oreja dorada y crujiente, una oreja humana.

Mi boca se llenó de saliva, no por hambre, sino de ganas de vomitar. Me levanté y eché a correr, cubriéndome la boca con la mano, lejos de la multitud, y me arrodillé. Marie había dicho una y otra vez que diera ejemplo. Tenía que hacerlo de alguna manera. Los hacedores de vidrio me estaban mirando. Arranqué un trozo de musgo del suelo para hacer un hoyo y vomité en él. No había nada en mi estómago excepto bilis, una especie de líquido amarillo amargo, espasmo tras espasmo. Cada vez que pensaba que había terminado, un olor... un olor hacía que mis músculos se contrajeran de nuevo.

Finalmente, la bilis me quemó la nariz y destruyó mi sentido del olfato. Esperé, jadeando. Había terminado, vacío, completamente vacío. Puse el musgo de nuevo sobre la bilis y usé mis lágrimas para lavarme la cara con la manga. La sal en mis labios limpió un poco mi boca.

Me puse en pie. Los hacedores de vidrio chillaban y silbaban. Cedro tenía la cabeza entre las manos. Avancé dando tumbos hacia Roland. Tal vez esto no significaba lo que pensaba. No, yo sabía qué aspecto tenía un asado. Se suponía que esto era comida. Kung miraba al suelo. Marie se puso en pie y miró a Manta a Cuadros mientras las lágrimas caían por su rostro. Nunca la había visto llorar antes. Nunca.

La hembra que tocaba música se puso al lado de Manta *a* Cuadros. Con los brazos abiertos, nos dijo algo y esperó nuestra respuesta. Detrás de ella, los hacedores de vidrio discutían entre ellos. Ella lo repitió y miré a Marie. Ella suspiró.

—Muchas gracias —dijo suavemente, aunque su rostro decía algo diferente. Se dirigió a los hacedores de vidrio—. Los números son una medida, y ahora somos menos.

»Vinimos en paz —continuó—. Continuaremos en paz, no importa lo que pase. Mi trabajo ahora es alabar a Roland. Fue lo que un amaestrador de fips debería ser, cautivador y amable, y siempre, siempre seguro, un león entre los hom-

bres. Fue lo que un miembro de esta misión debería ser, dispuesto a darlo todo para crear un buen primer encuentro entre nuestros pueblos. Lo dio todo.

»Voy a asumir —dijo en voz alta, aunque todavía lloraba— que tenéis buenas intenciones. De hecho, estoy segura de que os habéis comportado con respeto. No podemos aceptar vuestra amabilidad, pero os damos las gracias. No creo que Roland descanse en paz. Yo no lo haré, no durante el resto de mis días, cualquiera que sea su número. Solo puedo esperar que logremos algo a partir de nuestros muchos malentendidos. Estoy segura de que os hemos desconcertado. Seguiremos haciéndolo.

Se volvió hacia nosotros.

—¿Nye? ¿Kung? ¿Cedro? ¿Algo que añadir?

Cedro se puso en pie y le mandó a Roland un beso.

—En nombre de las mujeres de Pax —dijo, y se estremeció y se dio media vuelta.

Kung se puso rígido.

—Era amable con sus animales, siempre amable.

Me levanté, sintiéndome mareado, pero hablé de todos modos.

—No era un amigo. Por lo general, era realmente molesto, pero era un buen amaestrador de fips, y trataba de ser amistoso, y lo echaré de menos. De verdad, lo echaré de menos.

Marie cogió una cuchara que había venido con Roland y se acercó a la hembra amistosa. Hizo la pantomima de cavar, emitió algunos sonidos de hacedor de vidrio y trató de mostrar que necesitaba algo como una cuchara, pero grande.

—Vamos a enterrarlo —dijo—. Sería más fácil para todos nosotros si nos proporcionáis herramientas y elegís un lugar.

Después de mucha confusión y chasquidos, una hembra golpeó a un mayor. Hubo más gritos, tan fuertes que me dolían los oídos, y algunos gestos con los brazos, y unos cuantos golpes más. Miré a Marie.

—Les dije que los desconcertaría. —Pero no lo dijo como una broma.

Una obrera finalmente corrió hacia nosotros cargando una pala de concha de cangrejo.

—¿Dónde? —preguntó Marie una y otra vez, señalando diferentes lugares, y después de más discusiones, Manta a Cuadros señaló el borde de la zona en la que estábamos, pero no parecía feliz.

»Empieza tú —le dijo a Kung, e hizo una pantomima de beber y emitió un graznido de «¡Cheek!», y todos los hacedores saltaron, y una obrera nos trajo agua en cubos de corteza. Tenía un sabor dulce, muy dulce, y me lavé la bilis de la boca y la garganta, y supe de inmediato que no se iba a quitar. Algo que Marie había dicho había cambiado mis sentimientos, pero no sabía qué era. Ahuequé la mano y le ofrecí un poco de agua al gato. Bebió y luego fue a ayudar a Kung a cavar.

Poco después, lo relevé. Tenía que cavar. Tenía que cavar o empezaría a golpear a los hacedores de vidrio en sus rostros inmóviles de ojos grandes. No necesitaban ser tan horribles. No necesitaban cocinar a Roland. La pala se hundió en la tierra húmeda. Los hacedores de vidrio seguían gritándose entre ellos.

Si tenían miedo de nosotros, tendrían que habernos tratado mejor. Tendrían que habernos alimentado, tendrían que habernos hablado, tendrían que haber venido con nosotros a Ciudad del Arcoíris. Tendrían que vivir en una hermosa ciudad propia. No tendrían que haber quemado a Stevland. Tendrían que haber cantado, no graznado, y sus graznidos estaban haciendo que me doliera la cabeza. Deberían tener gatos y ropa, y tendrían que ser comprensibles. No deberían golpearse entre sí... y Cedro me llamó y señaló. Seis mayores se estaban golpeando y pateando mutuamente, y luego dos hembras intentaron detener la pelea, y empezaron a gritar y a golpearse entre sí también.

Marie estaba observando de una manera que sabía que significaba que estaba aprendiendo algo. Volví a cavar. Los hacedores de vidrio no eran en absoluto lo que había venido a buscar. Eran salvajes apestosos y estúpidos. Y lo que le hicieron a Roland fue horrible. No dejaba de pensar lo mismo una y otra vez.

Jadeaba con fuerza. El gato se detuvo para masticar una raíz. Los hacedores de vidrio seguían gritando, pero no peleaban.

Marie me tocó el hombro.

—Cedro cavará un rato. Necesita hacer algo —dijo en voz baja.

—¿Y si no nos dejan ir?

—Piensa en la misión. —Su voz no sonaba como si creyera sus propias palabras.

—Eso hago. Se suponía que teníamos que hacer amigos. Pero no quiero.

—Entiendo. No estoy segura de quererlos como amigos tampoco, pero necesitamos estar en paz con ellos.

Marie terminó de cavar el hoyo ella misma y sacó al gato. Cada uno de nosotros levantó una esquina de la estera donde yacía Roland y lo deslizamos dentro. Se hizo pedazos

al caer. Marie fue rápida en esparcir tierra sobre él, y el gato se unió, arrojando tierra en el agujero con sus grandes patas traseras. Fui hasta mi mochila y saqué las semillas de cuentas de plata que iba a llevar de vuelta para intentar encontrar novia y las esparcí sobre Roland.

Echamos más tierra, y terminamos por fin. El gato se sentó sobre el montículo para aplanarlo. Marie se volvió hacia los hacedores de vidrio. Los que estaban peleando se separaron en dos grupos. Comenzaron a gritarse más fuerte que nunca entre ellos y hacia nosotros, agitando las manos, algunos sosteniendo palos. Miré a mi alrededor para ver hacia dónde echar a correr si nos atacaban. Pero podrían alcanzarnos. Levanté mi mochila como escudo.

—¡Cheek! —gritó Marie. Empezaron a callarse—. ¡Cheek! —volvió a decir. Les dirigió la mirada que podía encender fuego—. Gracias por no interferir. Estoy segura de que estáis confundidos. Nosotros nos hallamos más confundidos y decepcionados de lo que podría deciros si habláramos el mismo idioma. Es poco probable que eso cambie pronto, y me preocupa mucho.

Me ordenó que tocara música de nuevo. No tenía ganas, pero lo hice de todos modos, repitiendo la canción del tío Higgins, esta vez dejando que mis sentimientos llenaran las notas. Sonaba igual que los hacedores de vidrio, exactamente igual que ellos, áspera e inarmónica. Nunca tendríamos que haber venido. Esa es la canción que toqué: viviendo un

día de más en el lugar equivocado y viendo cosas que nunca quise saber. Ellos no dejaron de discutir ni siquiera mientras yo tocaba.

Un par de obreras nos trajeron comida. Marie les dio las gracias profusamente, aunque no era mucha comida: cuatro pequeñas hogazas planas de pan de nuez, un plato de estofado con cebollas y desagradables insectos en forma de copos de nieve, y una cesta con algunas hojas de terciopelo y tomates. Le dimos las hojas al gato. Me quedé con hambre.

—¿Nos dejarán ir? —preguntó Cedro—. Si no regresamos pronto, nunca lograremos cruzar las montañas en invierno.

—Espero que sí —dijo Marie—, Nuestra tarea era conocerlos y expresar nuestra esperanza de amistad.

—Lo hemos hecho —dije.

—Sí, lo hemos hecho —replicó Marie. Parecía preocupada, tal vez incluso asustada.

En cuanto se acabó la comida, nos llevaron a una tienda pequeña. El suelo estaba cubierto de hojas de cebolla.

—Perfume —dijo Kung—. Para ellos.

Sacudió la cabeza. Las paredes de la tienda no dejaban entrar aire fresco. Yo estaba demasiado cansado para

dormir, pero me tendí en las hojas de cebolla y me quedé dormido al instante.

Cuando abrí los ojos, Kung estaba usando el orinal. El aire olía peor que nunca. Marie retorció la mano a través de la solapa de la tienda hasta que pudo alcanzar un clavo y abrirla. Amanecía. Los guardias del exterior dijeron algo.

—Necesitamos aire fresco —dijo Marie. Yo nunca habría discutido con ella.

—Ruidoso por la noche. Ruidoso ahora —se quejó Kung. Había muchos kaks y cheeks y squiks. Al parecer, todavía estaban discutiendo.

Cedro se asomó a la puerta.

—Lluvia segura. Va a llover con fuerza.

El gato se estaba comiendo las hojas de cebolla. Yo tenía sed. Marie pidió agua, la exigió en realidad, incluso emitió un chasquido que creía que significaba «agua». Olí humo de madera y nueces asándose. Tenía hambre de nuevo.

—Deberíamos ir y avisar a la ciudad —dijo Cedro—, Los hacedores de vidrio son peligrosos.

Marie no respondió.

No parecían tener prisa por hablarnos. El gato se entretenía acosando a los guardias. Al mediodía, tres hembras y Manta a Cuadros llegaron con un grupo de obreras que llevaban lanzas.

—Tenemos problemas —dijo Cedro. Pero Marie salió de la tienda y los saludó como si hubieran venido a hacer alguna especie de visita formal. Traté de imitar su confianza en sí misma y los miré, a esos idiotas apestosos.

—Observadlo todo —dijo Marie—. Aprended lo que podáis. Nye, cuenta cabezas.

Una hembra, la que había tocado la flauta, anunció algo. Los hacedores de vidrio guardaron silencio. Nos hicieron gestos para que nos uniéramos *a* una procesión, tambores delante de nosotros, tambores detrás de nosotros, todos ellos demasiado ruidosos. El gato en mis brazos trató de retorcerse y lo sujeté más fuerte y le cubrí los oídos. Empecé a contar mientras atravesábamos el feo poblado. Eran cinco hembras, unos cuarenta mayores, unas sesenta obreras, tal vez quince niños, pero corrían mucho y resultaba difícil contarlos. Tal vez ciento veinte en total, ciento veinte decepciones.

La procesión se dirigió hacia el sendero que conducía fuera del pueblo, de regreso a las montañas. Tuvimos que apresurarnos para seguirles el paso. Finalmente, se detuvieron en el borde del bosque y señalaron hacia adelante. ¡Sí!

Nos estaban enviando de vuelta a casa. Pero no teníamos nada. No podíamos caminar tan lejos sin nada. Nos estaban enviando a la muerte. Marie se aclaró la garganta.

Se oyeron cascos detrás de nosotros desde el pueblo, y llegaron las obreras con nuestras mochilas y nos las entregaron. Le dieron a Kung nuestras cantimploras llenas de agua y a Marie una gastada cesta llena de panes.

—Tenemos que darles regalos a cambio.

—El gato —dijo Kung—. Quieren el gato.

Marie asintió.

Se lo entregué, suave y cálido. Me pregunté si aprenderían algo del pobre animal o si lo cocinarían.

—Una cosa más —dije. Saqué una flauta de mi mochila y se la tendí a la hembra que había tocado antes. Manta a Cuadros la agarró, pero ella se la quitó y gritó, agitándola como un garrote. De repente, deseé que se ahogaran tratando de tocarla, si alguna vez lo hacían.

Marie los miró, impasible.

—Hemos disfrutado de vuestra hospitalidad y esperamos sinceramente volver a encontrarnos. Estoy segura de que nuestros pueblos tienen mucho que enseñarse mutuamente, y con el tiempo tendremos una relación larga, pacífica y

productiva. Ha sido un auténtico privilegio ser parte de esta misión y conocer a los hacedores de vidrio cara a cara. Puedo hablar en nombre de todos nosotros al decir que nunca olvidaremos esto.

Me pregunté hasta qué punto era sincera. Yo no creía ni una palabra.

La hembra silbó algo en respuesta, luego nos dio la espalda, y luego otra hembra se dio media vuelta, aunque Manta a Cuadros seguía mirándonos. Entendimos la indirecta y comenzamos a caminar. Muy lejos, a través de los árboles, las montañas se alzaban como muros rojos, y el cielo era gris y feo.

Después de unas dos horas, comenzó a lloviznar y el camino se volvió más empinado, y otra hora más tarde encontramos una roca que sobresalía y pudimos protegernos. Cedro dijo que pronto comenzaría a llover con fuerza. Cavé una zanja para protegernos del agua que bajaba por la colina. Las mujeres reunieron leña. Kung derribó algunas ramas de árboles para hacer un refugio y bloquear el frío viento. Nos acurrucamos alrededor de una hoguera y comimos algo de pan.

—Hicimos nuestro trabajo —dijo Kung.

—¿Qué? Fracasamos por completo —protestó Cedro, y empezó a enumerar todo lo que había salido mal— Por culpa de Marie...

—Marie lo ha hecho bien —interrumpí—. Nunca me ha caído bien, pero este era el trabajo para ella.

Marie estaba allí presente, pero no soportaba escuchar más quejas de Cedro.

—Es cierto —dije—, muchas cosas salieron mal, y odio a estos hacedores de vidrio.

Kung gruñó. Seguí hablando.

—Pero no creo que pudiéramos haber hecho algo diferente. Intentamos hacer amigos. Lo intentamos con ganas. ¿Qué más quieres?

Todos se quedaron en silencio. Marie me miró y, después de un rato, asintió. La lluvia empezó a caer con fuerza.

—Yo quería que fuesen lo que esperaba —dije—. Eso fue lo que salió mal. No eran en absoluto lo que quería. No eran los hacedores de vidrio con los que crecí.

—Aprendimos mucho —dijo Marie—. Son nómadas. Ese es un campamento temporal. Se deshicieron de nosotros porque los retrasaríamos, y no están aguantando mucho. Y

luego fuimos y desperdiciamos toda esa carne. No somos compatibles. No en este momento.

—Pero no nos comunicamos —se quejó Cedro.

—Lo hicimos. Nos vieron. Vieron que somos extraños, pero no vamos a hacerles daño.

—Tanto camino para decir eso. Y podrían habernos hecho daño.

—Les gustó la música —dijo Marie—. La música fue un éxito.

—Odié tocar para ellos —dije. Por impulso, y uno que nunca lamentaré, metí la mano en mi mochila, saqué mis flautas y las eché al fuego. Nadie me detuvo. Un error, eso fue lo que fue este viaje, mi error por haber querido venir. Un error fácil de cometer y que costó mucho. Nunca volvería a tocar la flauta. Nunca quería volver a ver a otro hacedor de vidrio en mi vida. Si tenia hijos, no los dejaría jugar con muñecos de hacedores de vidrio.

Teníamos un largo camino por delante, y el viaje sería duro, frío y miserable. Lo peor sería llegar a la ciudad, porque tendríamos que contarles a todos lo que había sucedido y cómo eran realmente los hacedores de vidrio.

LUCILLE Y STEVLAND

AÑO 107 – GENERACIÓN 7

El nombre de este planeta y la Mancomunidad será Pax como un recordatorio de nuestras aspiraciones para nosotros mismos por toda la eternidad.

—de la Constitución de la Mancomunidad de Pax

LUCILLE

¡Maldición! Cedro entró en el centro de regalos justo después de que yo lo hiciera.

—Lucille —murmuró, sin siquiera saludar ni sonreír. ¿Qué le había picado ahora?

—Qué bonita noche hace —dije. Las palabras resonaron en la cúpula del centro de regalos, y me metí en un compartimento y cerré la cortina de paja. Me senté allí, en un asiento de cerámica fría con el trasero desnudo; bonita noche si te gusta el frío. Ella y yo nos soportábamos cada día menos. Bueno, a nadie le gusta perder. Gané las elecciones como co–moderadora hace una semana y ella no.

Decidí que, si me movía rápido, podría salir mientras ella todavía estaba en su compartimento, pero escuché que abría su cortina mientras yo todavía me abrochaba los pantalones. La primavera había sido seca, lo que significaba que había poca agua subterránea, y eso hacía que el centro oliese a excrementos, pero aun así, podía esperar y ella se iría. Luego podría volver al funeral de Tatiana y pensar en qué hacer a continuación.

No hubo esa suerte.

—¿Te diste cuenta lo que dijo Stevland sobre Tatiana? —preguntó, y tenía que estar hablando conmigo porque éramos las únicas personas allí—. Dijo que discutió con él e incluso se enfadó. Piensa en eso —dijo, y sin esperar a que yo pensara, añadió—: Fue dura con él. Eso es parte del trabajo, mantenerlo responsable y razonable.

Traducción: Más vale que hagas lo mismo, chica.

Decidí volver a ajustar el nudo de mi cinturón. Era un cinturón viejo, por supuesto, ropa vieja para un funeral, y no quedaba ajustado. Respondí razonablemente:

—Es bastante sorprendente que haya arrojado flores en su tumba.

Traducción: Había algo más entre ellos de lo que piensas.

Miré a través de la cortina. Cedro estaba de pie a la luz de una lámpara de aceite, sin marcharse. Maldición.

—¿Sabes? —dijo—. Stevland piensa que él tendría que haber encontrado a los hacedores de vidrio en vez de nosotros. Todo tiene que ser obra suya.

Exactamente. Stevland tenía un ego como una montaña. De algún modo, eso lo hacía adorable.

El nudo de mi cinturón era tan perfecto como podía ser, los cordones del chaleco viejo y descolorido estaban apretados, el cuchillo de debajo no se veía, tenía los calcetines subidos y los malditos remiendos me rozaban los talones, el cuello nunca quedaba recto sin importar lo que hiciera, y parecería que la estaba evitando si me quedaba en el compartimento, así que sonreí y salí.

—Ese es el problema con nuestra defensa —dijo, parada junto al lavabo de caparazón de cangrejo—. Debemos tener una defensa, ¿verdad?

Me señaló con el dedo: Respóndeme si te atreves.

—Bueno, no puede hacer daño estar preparados —me atreví a responder. No todo el mundo estaba de acuerdo, pero había todo tipo de animales peligrosos, así que la defensa no podía hacer daño, aunque los hacedores de vidrio no fueran hostiles... ¿y quién creía que lo eran? Bueno, algunas personas sí lo creían.

Me acerqué al lavabo para lavarme las manos. Cedro apenas me dejó pasar, y aunque solo tenía diez años más que yo, parecía mayor.

—Nuestra defensa debe centrarse en lo que podemos hacer —dijo—, no en lo que Stevland puede hacer por nosotros. —Seguía agitando aquel dedo, y sus ajadas cuentas funerarias antiguas hacían ruido—. Él es parte de esto, por supuesto. Sus avanzadillas, sus observaciones, sus advertencias, eso será crucial. Pero ¿qué puede hacer durante un ataque real? No creo que comprenda la ofensiva. Él piensa en defensa, defensa, defensa, y eso no es suficiente.

—Bueno, necesitamos equilibrar sus ideas. Él estaba totalmente a favor de eso. Equilibrio, equilibrio, equilibrio.

Decidí que mis manos no estaban sucias y las enjuagué rápidamente. El agua tenía aroma a orquídeas, pero estaba helada. Saldría de allí en un momento. Habíamos hablado de

defensa en las reuniones del Comité muchas veces, ¿por qué sacarlo a colación ahora?

Cedro se inclinó hacia mí por encima del lavabo.

—Necesitamos un simulacro. Una práctica. Como un ataque real.

—Bueno, podemos hablar de eso de nuevo.

Habría de nuevo un montón de debate al respecto.

—No solo defendiendo —dijo ella—. Atacando. Como en la Batalla de Higgins.

—¿Con leones en el ataque?

—¡En serio! —Cedro nunca tuvo sentido del humor.

Unos pasos resonaron en la pasarela de madera que conducía a la puerta del centro de regalos. Alguien se acercaba, tal vez alguien que proporcionaría una distracción para que yo me pudiera escapar.

—Un simulacro completo y absoluto —dijo ella—. Con un ataque.

Marie entró. Cedro no le tenía más simpatía que a mí. Traté de parecer seria.

—Está en el orden del día de la próxima reunión del Comité. —Los hacedores de vidrio siempre estaban en el orden del día.

—Bien —se dio la vuelta y vio a Marie—. Sí, un simulacro de contraataque contra los hacedores de vidrio, en caso de que nuestro próximo encuentro no sea un éxito diplomático.

Marie era lo suficientemente diplomática como para ignorar lo que debía ser ignorado. Esperaba.

—¿Qué opinas, Marie? —dijo Cedro.

Ella la miró directamente a los ojos.

—Espero que tengamos éxito.

Marie parecía mucho más mayor que cuando partió en la misión. Había perdido peso en el viaje de regreso el otoño pasado, los cuatro lo habían hecho, y ahora tenía el cabello verde brillante, el color que se logra al teñir el cabello blanco puro. Suspiró. Este era un debate agotador. Cedro había argumentado durante todo el invierno que en realidad no sabíamos nada acerca de los hacedores de vidrio, excepto que tenían armas y se maltrataban mutuamente con frecuencia, lo que significaba que pelearían. Marie había argumentado que ahora teníamos una imagen más realista de ellos y que obviamente necesitaríamos protegernos, especialmente a Stevland, pero no necesitábamos ser

agresivos, ya que los planes agresivos harían que los actos agresivos fueran más fáciles de cometer.

Su única tregua fue el momento en que Tatiana otorgó plumas de águila a los miembros de la misión, incluyendo una para Roland, que se exhibía en el museo.

Y aquí, en el centro de regalos, Cedro le dijo a Marie:

—Los niños ya no juegan tanto con muñecos de los hacedores de vidrio. —La arrogancia rezumaba en su voz.

—Eso podría ser bueno —respondió suavemente Marie—, Esperaremos menos de ellos.

—Ya no son nuestros amigos especiales —dijo Cedro.

—Duele perder a un amigo.

—Intentaremos hacernos amigos de ellos la próxima vez que los veamos —dije, de la manera más feliz y servicial que pude. Esa había sido mi consigna de campaña: «¡La próxima vez, amigos!». Pero cuando Cedro giró la cabeza para mirarme, me di cuenta de que no debí haber sacado ese tema.

—Necesitamos hacerlo —suspiró Marie—. Casi todos nosotros todavía queremos amistad.

Traducción: La candidata de la amistad, Lucille, ganó por mayoría abrumadora, y tú no.

Trató de pasar junto a Cedro.

—Entonces deberían haber votado por ti —dijo Cedro.

Traducción: Marie también se postuló como co–moderadora y apenas obtuvo votos. Eso fue extraño.

Marie miró a Cedro durante lo que pareció mucho tiempo, suspiró nuevamente y dijo:

—Tengo insuficiencia renal, nefritis intersticial. Puede que no esté viva cuando volvamos a encontrarnos con los hacedores de vidrio. Así que les pedí a mis seguidores que votaran por Lucille.

—¿Qué? —dije yo. Fue lo más inteligente que se me ocurrió decir en ese momento.

—Eras una buena alternativa —respondió Marie, y entró en un cubículo.

Cedro me miró sin mostrar ni una pizca de amistad.

—Un simulacro —dijo, y se fue.

—¿Hiciste que votaran por mí? —le pregunté a Marie.

—Habrías ganado de todas formas —respondió Marie. Una respuesta profundamente diplomática.

—Oh —contesté, otra cosa inteligente que decir. Esperé un minuto para darle ventaja a Cedro y luego salí para volver al velatorio de Tatiana.

Sabíamos que Tatiana se estaba muriendo. Todos la habíamos visto desnuda en el festival de primavera cuando anunció su retiro. Apenas podía caminar, incluso con dos bastones, delgada como una ramita excepto por las articulaciones hinchadas a causa de una infección. Luego quemó la silla del moderador, la verdadera, en la hoguera. Eso nos sorprendió a todos.

Y ganar las elecciones como co–moderadora me sorprendió a mí, porque me postulé solo porque enseño —enseñaba— preescolar, y quería mostrarles cómo funcionan las elecciones.

—Debéis pensar muy a largo plazo —les dije a los niños—. Debéis votar por alguien con experiencia y madurez.

Ellos asintieron como si entendieran, y ¿qué hicieron? Bueno, había quince cabecitas, y luego, la noche de las elecciones, estábamos en la Casa de Reuniones, apretujados en los bancos, viendo al comité electoral sacar elegantes papelitos uno por uno de la urna, leerlos en voz alta y ponerlos en montoncitos.

—Lucille. Lucille. Cedro. Lucille. Flora. Lucille. Lucille. Bartholomew. Lucille. Marie. Lucille. Lucille. Lucille...

Yo había votado por Marie. Obtuve casi doscientos votos.

Ahora Tatiana ya no estaba allí para darme consejos. Música suave y mucha conversación llenarían la Casa de Reuniones si volvía allí. ¿Quién había votado por mí porque Marie lo dijo? Probablemente Daisy. Y Kung y Nye. —Nye regresó de la misión de manera aterradora: callado, serio, sin discutir más, sin flautas— El nuevo amaestrador de fips, Monte, ¿a quién había votado? Estaba pasando la noche con los gatos y los niños, ayudándolos a practicar baile, y era tan callado y paciente que nunca sabías lo que pensaba. Ha–thor y Forrest seguramente eran votantes de Cedro. ¿Mis padres? ¿Quién sabe? Doscientos votos para mí, nunca lo habría imaginado.

Había intentado averiguarlo. La noche de las elecciones, ayudé a Tatiana a llegar a casa y le pregunté:

—¿Por qué han votado por mí?

Ella dio varios pasos lentos y dolorosos.

—Octavo dijo hace mucho tiempo que los pacifistas eran fipogatos grandes. El pacifista perfecto es feliz y servicial. Son juguetones. Amables. Esa eres tú, Lucille, la fipogata más grande de la ciudad. Eso es lo que la gente desea ser. Quieren un fipogato que nos represente ante los hacedores de vidrio.

—Bueno, gracias, quiero decir...

—Y joven. Durarás mucho tiempo. Las elecciones son disruptivas, así que a la gente no le gustan.

—Bueno, sí —respondí, otra cosa inteligente que decir.

Fui la primera nacida de la Generación 7, mucho mayor que cualquiera de mi generación, lo suficientemente mayor como para ser co–moderadora. En cuanto llegué a la pubertad, de manera adecuadamente casta, debo agregar, ya que nadie más tenía mi edad, decidí que la pintura facial marcaría a mi generación, y comencé a pintar como loca, con nuevos colores y dibujos todos los días.

—¿Tendré que dejar de enseñar?

—Tendrás demasiado que hacer como para seguir enseñando —dijo Tatiana. Habíamos llegado a su casa y me acarició la mejilla con una mano fría y seca—. Vuelve a la fiesta de las elecciones. Bebe mucha trufa. Tus problemas comienzan mañana.

Pero ese mañana había llegado realmente hoy, una semana después, el día en que ella murió. El problema ahora llenaba la Casa de Reuniones. Mis mañanas acababan de comenzar. Así que, en lugar de regresar al velatorio, decidí ir al invernadero y dejé la puerta abierta para que Stevland y yo no estuviéramos hablando en secreto.

Me senté y puse los pies sobre la mesa.

—Oye, estuvo bien lo que dijiste en el funeral.

Después de un momento, las palabras aparecieron en su tallo.

«Saludos, Lucille. Es costumbre hablar sinceramente en los funerales».

(Había dicho: «Es como si un bosque me fuera arrebatado. Nadie excepto ella discutía conmigo. Nadie excepto ella se enojaba conmigo. Fue una práctica de igualdad que superaba la creencia y la ideación. No éramos amigos, ella y yo. No creo que le gustara, pero nunca dudó en intentar enseñarme. Soy un pacifista mejor gracias a ella»).

—Tatiana nos enseñó a todos —dije, y luego añadí—: Cedro quiere hacer un simulacro en caso de que los hacedores de vidrio ataquen.

«Así es. Tatiana me enseñó a aspirar al mutualismo con los hacedores de vidrio como el rumbo civilizado de acción, en lugar de permanecer atrapado en mis miedos y tristezas, y planeo seguir persiguiendo la civilización de manera agresiva. Juntos podemos equilibrar, Cedro y yo. Como contigo. Eres optimista y tienes buenas habilidades sociales, cosas que no son naturales en mí y que serán importantes para entablar amistad con los hacedores de vidrio y superar los miedos de los pacifistas».

Traducción: Tendré que ayudarlo con Cedro. Como si pudiera.

—Sí, soy una fipogata grande.

«Sí. Los humanos y los fipogatos son animales sociales que evitan el comportamiento violento y agresivo, y los hacedores de vidrio obviamente también son sociales. Creo que por eso poca gente apoya a Cedro».

¿Los humanos no son violentos? Eso es lo que él creía. Tatiana me había dado un cuchillo de acero y una lección de historia muy intensa. Jersey no fue la primera asesina de Pax. Pero eso no hacía que Cedro tuviera razón, ¿verdad?

¿A quién había votado Stevland? Bueno, tenía que saber lo de Marie, ya que ayudaba con la salud de todos.

Pero él quería hablar de nuevo sobre las arboledas de avanzadilla desaparecidas. Cada vez que no tenía noticias de alguna durante un par de días, se dejaba llevar por el pánico, incluso si el único problema era que el viento arrastraba el polen en la dirección equivocada. Comprensible, sin embargo. Yo tenía miedo de las babosas y los cangrejos de río, él tenía miedo del fuego y muchas otras cosas. Tatiana había dicho que él era infeliz, que ni siquiera sabía cómo ser feliz, y que ella no era nadie para enseñar felicidad. Y ahora se había ido, dejándome a mí.

Pero los fipogatos eran felices pasara lo que pasase. Escuché y le dije que los hacedores de vidrio amistosos no les prenderían fuego a los pacifistas, y esperé que con eso se sintiera mejor. Me parecía que demasiadas cosas dependían de mí.

—Agua y sol —dije, y me fui a casa.

A la mañana siguiente, me pinté la cara de verde fipogato y fui a la Casa de Reuniones para practicar los sonidos de los hacedores de vidrio con Stevland y Marie. Sol brillaba a través del techo, salpicando colores por todas partes. La mayoría de los restos del velatorio de anoche habían sido recogidos, y algunas de las obras de arte de Harry todavía decoraban la habitación. Marie y yo nos sentamos en la mesa. Me pregunté si debería preguntar por las elecciones, pero habría ganado de todos modos, ¿no?

Inspiré profundamente. Tatiana había dicho que yo podía imitar el vitreo porque no me importaba hacer el ridículo. Marie había aprendido algo de vitreo en la misión, y tarde o temprano yo tendría que hablar con los hacedores de vidrio.

—Aaah kak weeooo —grité, y luego me eché a reír. Probablemente había asustado a todos los murciélagos de la ciudad—. ¿Cómo ha estado eso?

—Repite el «kak» —dijo Marie—, Creo que lo has conseguido por fin.

–¡Kak! ¡Kak! ¡Kak! ¡Kak!

—Eso es. ¿Cómo lo haces?

—No lo sé.

«Cierras la garganta y empujas con el diafragma», dijo Stevland.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

«Entender el habla humana significa entender sus técnicas de vocalización. Le dediqué una raíz a eso, como debo hacerlo ahora para el vitreo vocalizado».

—¡Raíces! Quiero una raíz de vitreo. Necesito aprender vitreo más rápido. No podremos hacer amigos si no sabemos hablar.

«Corrección. Quieres una voz vitrea. La vocalización no es una característica de las plantas. Los cromoplastos son una característica de las plantas, y con el injerto adecuado, no tendrías que pintarte la cara nunca más. Puedo ofrecerte un arcoíris de colores».

Pensé por un momento.

—¿Desarrollaste una raíz del humor?

«Dijiste que me parecería iluminador, y tenías razón». –Oh.

Yo le había dicho hacía tiempo que se relajara y desarrollara una raíz del humor, pero como no tenía ninguna en ese momento, supongo que no entendió que era una broma.

—¿Y el «aaah»? —dije—. ¡Aaah! ¡Aaah! ¿Se parece o me estoy tirando un pedo en lugar de hacer caca?

«No he recibido ningún regalo», repuso Stevland. Esa raíz del humor estaba funcionando.

—Tensa más tus cuerdas vocales —dijo Marie.

—Moderadores, perdón —nos llamó Carl desde la puerta.

¿Tan pronto de regreso? Sí, ahí estaba, y con un par de docenas de personas detrás de él. Era nuestro mejor explorador, ágil como un gato y nervioso como un pájaro, bajo de estatura y bronceado. Podía caminar durante cuarenta horas sin descansar, sabía lo que había al final de un camino, aunque no lo hubiera visto antes, y podía acercarse sigilosamente a un búho. Había salido esa mañana para bajar por el valle del río hasta el mar, un viaje de tres semanas supuestamente para prepararse para una expedición de producción de sal, pero todos sabíamos que lo que estaba buscando no era sal.

—¡Cari! —exclamé y luego, para ser una fip juguetona, lo dije como un kak—: ¡Karl! ¡Ven! ¡Pasaaaa! ¡Tu informe! Cuéntanos todo sobre el océano. ¿Sigue húmedo? ¿Sigue

siendo grande? ¿Cómo está la sal? Es genial verte de vuelta. Viaje rápido también. ¡Todos, pasaaaad!

Cari se quitó el sombrero y entró, sudoroso, con botas pesadas y una capa de camuflaje. Los demás lo siguieron, murmurando porque sabían lo que iba a decir. Bueno, algo sobre los hacedores de vidrio, obviamente. Se sentó en la mesa del consejo para presentar un informe formal, sus dedos tamborileaban nerviosos como un pájaro sobre la mesa. Cedro entró corriendo y se detuvo cerca de las primeras filas. Ya llevaba un arco y un carcaj de flechas, así que supe lo que esperaba.

(La misión no había visto arcos y flechas entre los hacedores de vidrio, y cuando regresaron, ella practicó hasta que pudo disparar una flecha con precisión a doscientos pasos, y siempre iba sin mangas para mostrar los músculos de su brazo).

—Los hacedores de vidrio están aquí —dijo Carl. ¡Hacedores de vidrio!

Sonreí feliz como un gato porque no sabía qué otra cosa hacer. La sala se quedó completamente en silencio, y yo también por dentro, aunque no era un silencio tranquilo. Pero no podía dejar que eso se notara.

—Están en el valle, corriente abajo de la cascada. Vi, oh, diría que unos cien, llevando mucho equipo, a punto de subir

por el acantilado. Corrí de regreso, pero se mueven rápido. Estarán aquí en cualquier momento.

Todos me miraron y tenía que establecer el tono. ¿Cien? Contábamos con una misión diplomática, tal vez una media docena, y ni siquiera estábamos preparados para eso. Pero el tono: serio y calmado. La falsa calma serviría.

—Bueno... —empecé a decir.

—¡Llama a todo el mundo! —gritó Cedro.

—Bueno —intenté de nuevo—, eso es...

—Son demasiados —dijo ella—, y se mueven muy rápido. Si no son amistosos, tenemos que estar preparados.

–Yo...

—Está bien estar comprometidos con la paz, pero ahora no es el momento de correr riesgos...

—¿Stevland? —murmuró Marie—. ¿Incendios?

«No tengo raíces al este de la falla geológica que crea la cascada. No tengo observaciones».

—¡Por fin los vamos a conocer! —exclamó Daisy.

—No a cien de ellos —dijo Hathor—. ¡No tal como huelen!

—Pero queremos conocerlos, ¿verdad? —preguntó Nevada—. Ellos construyeron esta ciudad. Tienen derecho a ella. Y si nos quedamos aquí dentro, no sería amistoso.

Marie me dio un codazo.

—Cien serían todo el pueblo, si son los hacedores que conocimos.

—Bueno, sí.

Feliz, útil, juguetona... Menudo bien que hacía en este momento, con todo el mundo discutiendo. Marie tenía que haber sido elegida. Todos me miraban, esperando que yo supiera qué hacer.

—¿Qué hacemos? —le murmuré a Marie.

—Todavía hay tiempo para una misión diplomática —me susurró a su vez—. La nuestra. Reunamos a la gente como si fuera un ataque de águilas, y luego unos pocos de nosotros podemos reunirnos con ellos.

«Estoy de acuerdo», dijo el tallo de Stevland.

Me levanté.

—¡Bien! Este es el plan: Todos adentro, y luego enviaremos una misión diplomática.

—¿Adentro? —se lamentó Daisy—. ¡Pero si queremos conocerlos!

Cedro no ocultó su desprecio.

—¡Otra misión diplomática!

—Así es —dije—. Y si sale bien, todos podremos conocerlos, pero cien hacedores de vidrio, eso es todo el pueblo, ¿verdad? Si son los mismos hacedores.

Los ojos de Cedro se abrieron de par en par. Traducción: No lo había pensado.

—Ahora, todos adentro. Eh, huelen mal y son cien, así que debemos tener cuidado, ¿entendido? —Algunos asintieron—, ¡Vienen los hacedores de vidrio! ¡Preparaos! ¡Kak! ¡Kak! ¡Kak!

Sonreí como un feliz fip, una gran mentira. Me sentía como... Bueno, no sabía cómo me sentía.

La gente comenzó a moverse. Sabíamos cómo prepararnos para un ataque de águilas. Todos adentro era el primer paso. Las trompetas tocaron la llamada para ponerse a salvo, los equipos de granjeros corrieron a casa, y los murciélagos amaestrados echaron a volar en misión de reconocimiento.

Reuní a nuestros diplomáticos. Stevland ordenó que las espinas alrededor de sus arboledas estuvieran firmes y atentas. Los equipos transportaron leña, botes y todo lo valioso de las cabañas de almacenamiento y talleres de fuera de la ciudad. Monte corrió hacia la manada de leones, que pastaba a pocos kilómetros al noreste, y nos comunicaríamos con él mediante señales de humo y murciélagos entrenados para entregar mensajes a cambio de comida.

¡Los hacedores de vidrio venían! ¿Amistosos? ¿Tolerables? ¿O una maldita decepción de nuevo? Llevábamos esperando esto desde la época de Sylvia, y las leyendas, si puedes creer en las leyendas sobre ella, decían que lloró cuando vio Ciudad del Arcoíris en ruinas y se dio cuenta de que nunca conocería a uno. Ahora íbamos a conocer a todo un pueblo. Esperaba que fueran amables solo para no tener que lidiar más con Cedro.

La mayoría de la gente esperaba en lo alto de los muros. Los diplomáticos esperábamos fuera de la ciudad en el acantilado del río: Marie, Kung, Bartholomew, Carl, un par de miembros del Comité y yo. Cedro estaba en algún lugar de la muralla.

La muralla, de casi dos metros de altura, mantenía alejadas a las criaturas desagradables como las babosas, pero las águilas podían saltar por encima, y algunos tipos de cangrejos ciervo, y tal vez los hacedores de vidrio también

podrían saltarla. Habíamos reparado la muralla y añadido refugios para arqueros, pero Cedro quería más, y por una vez, probablemente tenía razón, pero no habíamos tenido tiempo para hacer más.

Fuera, en el acantilado, esperé y miré alrededor. Brillantes tulipanes dorados florecían en los campos húmedos junto al río, y sus hojas pronto brotarían. En los acantilados a ambos lados del río, más allá de los caminos, el grano y el algodón habían germinado, y los árboles de lentejas salpicaban el paisaje como lunares morados. Habíamos dispersado los árboles para que un ataque de escorpiones afectara solo a un árbol antes de que pudiéramos detenerlos. Había hojas nuevas y pálidas por todas partes en los árboles, arbustos y setos de vid de nieve en la orilla del río, y bosquecillos de bambú arcoíris se alzaban aquí y allá. Se veía bonito, ordenado y prometedor. ¿Les gustaría a los hacedores de vidrio?

Marie estaba mi lado, y las lágrimas temblaban en sus párpados inferiores. La habría abrazado, pero Kung ya le había rodeado el hombro con un brazo. Nye se hallaba en el invernadero para transmitir los mensajes de Stevland, porque no quería ver a ningún hacedor de vidrio, ¿y quién podía reprochárselo?

—Los hacedores de vidrio están en la antigua avanzadilla... —gritó—. Río arriba... en la cresta. No me están prestando mucha atención.

Traducción: No me están prendiendo fuego. La voz de Nye sonaba aliviada.

Palpé el cuchillo de acero bajo mi camisa, porque Tatiana había dicho que llevarlo la hacía sentirse valiente, pero yo no quería sentirme valiente, quería saltar como un gato sin preocupaciones. Detrás de nosotros, las cuadrillas cerraron las puertas, y las bisagras de los grandes postes crujieron en sus huecos engrasados y las barras se dejaron caer en su lugar con un golpe que vibró a través de las paredes de piedra y ladrillo.

Presté atención.

—Los hacedores de vidrio hacen ruido, ¿verdad? —les pregunté a Kung y Marie. Asintieron. No podíamos oír nada.

Finalmente, un murciélago voló por encima de nosotros. «¡Viene un gran animal!».

En la muralla, alguien gritó:

—¡Los veo!

Mucha gente comenzó a gritar.

Bueno, yo no podía verlos desde allá abajo.

—¿Dónde? —grité.

—En el camino en el acantilado del río —respondió alguien—, Cargan con algo, una caja grande.

Más gritos y señales en la muralla. Reconocí la voz de Daisy:

—¡Chik–o! —Era una especie de palabra que pensábamos que significaba «hola».

Escruté el camino y logré ver a tres o cuatro hacedores de vidrio a medio kilómetro de distancia, justo donde el camino sale de entre un par de árboles. No se movían. La caja era lo suficientemente grande como para contener un fipoleón.

—Están asustados —gruñó Kung—. Nos ven, una gran ciudad, gente gritando.

Comenzó a agitar los brazos. Yo también los agité y grité:

—¡Chik–ooo! —Amistoso, no aterrador, no asustado.

Ellos parecieron agruparse, como si todos participaran de reuniones de comité, luego recogieron la caja, uno en cada esquina, y empezaron a correr hacia nosotros. Se movían rápido, patas delgadas de dos articulaciones sostenidas lejos de su cuerpo, justo como las muñecas con las que yo solía jugar. Casta de mayores.

—¿Alguien que conozcamos? —pregunté.

—Mmm. No sé —dijo Kung—. Vamos a saludar.

—Esto es solo una misión diplomática, ¿no? Solo esos cuatro tipos y una caja. Nada más.

Los hacedores de vidrio se detuvieron de repente, dejaron la caja en el suelo, chirriaron algo en nuestra dirección y se fueron corriendo, rápidos como el rayo. Misión cumplida: Entregar la caja.

—En la caja hay algo escrito —dijo Marie—. Esperaba que algunos de ellos supieran leer.

—Vamos a leerlo —dije.

En las murallas, la gente discutía si abrir las puertas. Cedro gritaba que no. Decidí hacerme la sorda y seguí caminando, modelo de calma, por si servía de algo. La diplomacia dependía en gran medida de la mentira. Ya había aprendido eso de Marie. La puerta permaneció cerrada.

Cuando casi habíamos llegamos, Marie dijo:

—«Regalo de amistad para la ciudad». Es para nosotros. ¿Ves?

El mensaje había sido pintado en un lado de la caja con barro. La parte superior estaba abierta. Nos acercamos y nos inclinamos para mirar dentro. Treinta o cuarenta fipogatos se retorcían en el interior y nos miraban. Una celosía sobre la parte superior les impedía saltar, pero uno saltó, se agarró

a una barra con sus patas delanteras y se quedó colgando un rato. Carl gritó la noticia hacia la ciudad:

—¡Gatos!

—¿Por qué gatos? —dijo Marie.

—Porque es amistoso —iba a decir yo, pero empecé a estornudar.

Nye gritó desde la ciudad:

—¡No es un regalo! ¡No lo traigáis! ¡No lo toquéis!

Me alejé para no estornudar sobre los gatos y le hice señas a Nye para mostrarle que lo había oído.

—Huele raro —dijo Kung.

—Lucille —gritó Nye—, ¡ven a hablar con Stevland!

Volví corriendo a la ciudad. Bajaron una escalera para que pudiera trepar por la muralla, y luego bajé por el otro lado y fui al invernadero, ignorando a todas las personas que me miraban con grandes ojos dubitativos. Nye estaba sentado en el interior con la cabeza entre las manos mirando a Stevland. Las palabras ya me estaban esperando.

«Sospecho que están utilizando a los fipogatos de la misma manera en que los cangrejos infestan un arrecife de azulejos

con larvas de babosas para eliminar a las aves», dijo Stevland. «Debo aclarar que solo sospecho. No lo sé».

—¿Creen que los gatos nos comerán? —dije.

«Podríais comeros a los gatos. El veneno también puede ser absorbido a través de la piel, o inhalándolo, o los fipogatos podrían estar infectados con alguna enfermedad», respondió Stevland rápidamente. «Pero el veneno podría no afectaros. Los venenos pueden ser específicos para ciertas especies, y ellos no tienen experiencia con vuestra fisiología. No puedo aseguraros nada. Ni siquiera sé si están envenenados. No creo que debamos dejar entrar a los fipogatos, pero no sé por qué creo eso. Estoy extrapolando a partir del comportamiento de los cangrejos, pero podría haber otros comportamientos animales más parecidos. No estoy ofreciendo un comportamiento moderador ideal, ya que tengo prejuicios emocionales contra los hacedores de vidrio. Pero si el comportamiento de los hacedores de vidrio es benigno, entonces...».

Estaba divagando, así que lo interrumpí.

—¿Has visto alguna otra cosa sospechosa?

«Están esperando a cierta distancia, todavía ocultos en el bosque. Calculo que son alrededor de un centenar, probablemente una unidad social completa. Todas las castas y edades están presentes, pero con posible

sobrerrepresentación de castas no reproductoras y subrepresentación de juveniles, como ocurrió con la aldea que encontró la misión. Tienen conflictos internos evidentes. Puede que sea el mismo grupo. Ese tampoco fue armonioso».

—No tienen que ser amigos entre sí, solo con nosotros.

«Una idea interesante. Las posibilidades de diálogo pueden depender de si los fipogatos están envenenados o no. Me gustaría analizar a los fipogatos, aunque no sé si será posible».

—Los gatos me hicieron estornudar. Kung dijo que olían raro.

«Vuestro sentido del olfato es un método de análisis químico limitado pero efectivo».

—Bueno, ¿qué hacemos? No quiero actuar de manera hostil. «Una breve espera puede decirnos mucho. Lamento que esta respuesta parezca apropiada».

Me fui del invernadero, subí y bajé las escaleras de la muralla de la ciudad, corrí hacia la caja y comencé a hablar con nuestros diplomáticos. Esperar no era una idea popular, eso estaba claro.

—¿Quién envenenaría a los gatos? —dijo Carl.

—Esto podría parecer descortés —dijo Bartholomew.

Cedro había llegado corriendo detrás de mí, y sus ojos me asustaron.

—Lo sabía. Esta era su ciudad, ¿verdad? Solo somos un animal extraño que necesitan expulsar. Tiene sentido. Pero ahora es nuestra ciudad.

Mandamos llamar a Flora, la médica veterinaria, para que viniera *a* revisar a los gatos.

—Están apáticos —dijo—. Eso no es bueno.

Stevland dijo, a través de los gritos de Nye en la ciudad, que los hacedores de vidrio todavía nos estaban observando desde el bosque.

—Su respuesta a nuestra negativa de su regalo podría decirnos más que un análisis de los fipogatos. —El tono de voz de Nye presagiaba que algo malo iba a suceder pronto.

—Mirad —dijo la veterinaria—. Respiración entrecortada.

—Tenemos un gran problema —dijo Cedro—. Lucille, debemos estar preparados. Tendríamos que haber practicado.

—Están sangrando por la nariz —dijo la veterinaria.

Marie empezó a llorar.

Me toqué el chaleco y sentí el cuchillo oculto debajo de él. Fue un error elegirme, y no podía retroceder una semana atrás para cambiarlo. ¿Qué haría Tatiana?

—Vamos a entrar y comenzar a prepararnos. —Las palabras no tienen sabor, ¿verdad? Pero estas tenían sabor a excremento.

Al principio, pensé que la gente podría hacer un levantamiento como el de Sylvia en mi contra, y tal vez deberían haberlo hecho.

—¿Prepararnos para qué?

—¡Prometiste amistad!

Luego, Daisy bajó por la escalera y corrió a ver a los gatos. Volvió lloriqueando de una manera que cambió muchas opiniones.

—¡Esas pobres criaturas! ¡Ojalá pudiera ayudarlas! Pero es demasiado tarde para ellas. ¡Tenemos que salvarnos!

—Los hacedores de vidrio se preparan para moverse —anunció Stevland—. Lamento, lamento que hayan regresado. Hemos encontrado la alegría en nuestra comunidad, y no deben reemplazarla con barbarie.

Eso no mejoró el ánimo de nadie. Los padres llevaron a sus hijos rápidamente a casa.

Los verdes y los cuentas comenzaron a gritarse mutuamente sobre cómo podríamos haberlo evitado, los cuentas en la muralla y los verdes abajo, y tuve que detenerlos, así que dije:

—Escuchad, si podemos demostrarles que no pueden ganar, entonces tendrán que hablar, ¿verdad?

—¿Cómo les demostramos eso? —dijo Daisy.

—Usando flechas, estúpida—replicó un cuenta.

—No voy a matar a ningún hacedor de vidrio —gritó un verde por respuesta.

—Tenemos que hacerlo. Si hubiéramos estado preparados... —dijo otro cuenta.

Cedro bajó corriendo del muro para unirse a la discusión.

—Yo ayudé a construir el muro —dijo el verde—. No me eches la culpa.

Liderazgo. Allá vamos.

—Usemos flechas romas, ¿de acuerdo? —dije—. Al menos al principio.

—¿Qué? —exclamó Cedro—. ¿Qué demostrará eso?

—Eh, es una gran idea —dijo una joven verde—. Lucille tiene razón. ¡Flechas romas! Podríamos herirlos, pero no los mataríamos.

—¿Y si siguen peleando? —dijo Cedro.

—Si lo hacemos bien la primera vez —respondí—, verán que queremos ser amigos.

Y así seguimos, hasta que por fin conseguí que todos estuvieran en los muros, listos, y justo a tiempo.

Stevland y los murciélagos, junto con los guardias con buena vista en los muros, dijeron que los hacedores de vidrio se acercaban sigilosamente a través del bosque, y en gran número. Escuchamos el chillido del vitreo, que fue haciéndose más fuerte, y allí aparecieron.

Veinte o treinta mayores corrían por la orilla del río, y les grité:

—¡Chek–ooo!

Tal vez no fue lo más correcto, pero quería que supieran que sabíamos que estaban allí.

No se acercaron a la ciudad, corriendo a toda velocidad por el puente hacia el otro lado del río para establecer un campamento. No era el lugar ideal, pero no nos habían preguntado.

Los hacedores de vidrio seguían saliendo del bosque, dejando pesadas cestas bajas y alargadas en su nuevo campamento. Algunos de ellos comenzaron a mirar el jardín de flores de los niños alrededor de la estatua de Higgins, que marca el lugar donde él luchó contra las águilas.

El viento traía su olor. Incluso desde tan lejos, olían a podredumbre.

Una obrera con una manta negra cogió una flor. Otra corrió para quitársela, luego una tercera, y comenzó una pelea con empujones y manotazos. Los hacedores de vidrio que llegaban dejaron caer sus cestas en medio del camino y corrieron para ver. Los luchadores tenían secciones de seguidores, y pude distinguir al menos tres facciones. Pisotearon el jardín. Luego, llegó un mayor con una manta a cuadros.

—Él. Ese es, el líder —dijo Kung.

El hacedor alzó un garrote y gritó:

—Chooo–a–reeee.

La lucha cesó.

—Igual que la otra vez —dijo Cedro.

Seguían llegando por el camino. Los adultos levantaron tiendas en forma de cúpula y vaciaron sus cestas. Manta a

Cuadros gritó algo y las pequeñas obreras se apresuraron a saludar a cuatro hembras, grandes, lentas y torpes, tal como decía la misión. Con ellas había otros hacedores de vidrio, alrededor de seis, que eran tan pequeños que tenían que ser niños, y corrían por el jardín destrozando lo que quedaba de él y persiguiendo a los lagartos joya que vivían allí.

—Es el grupo que visitamos —dijo Marie. Andrajoso, como había dicho—. Hay una hembra menos y muchos menos niños. ¿Los jóvenes pueden madurar tan rápido?

—Parece que no lo crees —le dije.

—Algo está mal. No van a esperar mucho. Esa podría ser la respuesta.

Por la expresión en su rostro, no le gustaba esa respuesta. Ni a mí tampoco. ¿Pero qué estaba mal, exactamente? El ataque llegó pronto. Algunos de ellos se colaron entre los árboles con catapultas hechas con lo que pensábamos que eran postes de tiendas y comenzaron a lanzar ampollas de vidrio con veneno por encima de las murallas, y algunas cayeron sobre un anciano, Bjorn. Tuvo fiebre y casi dejó de respirar, pero los médicos actuaron rápido y lo salvaron.

Nuestros arcos los sorprendieron —o más bien, el alcance de nuestros arcos— y se retiraron rápidamente, pero algunos resultaron heridos. Incluso las flechas romas pueden causar daño. Cedro y otros tiradores expertos destruyeron

las catapultas, pero los hacedores de vidrio tenían bolas atadas a cuerdas, y podían lanzarlas bien, con dos codos girando como un látigo, así que sus ataques también tenían alcance.

—Es el momento de usar flechas de verdad —dijo Cedro. Somos más que ellos. Venceremos.

Un cuenta estuvo de acuerdo:

—Bien. Matemos a uno y veamos si asan el cadáver y se lo comen.

—No queremos venganza —respondió un verde—. Queremos paz.

—Lograremos la paz —dijo Cedro entre dientes—, venciendo.

Para decidir la cuestión, celebramos una reunión improvisada del Comité en el invernadero, que está cerca del muro. Marie lideró al grupo en contra de las flechas de verdad. Cedro la llamó «diplomática», como un insulto. Stevland no sabía lo que quería. Al final, porque ya estaba harta de gritos sin sentido, decidimos que cada uno podría decidir por sí mismo. Así que algunos dispararon flechas de verdad, otros dispararon flechas romas. Parecían igual de efectivas de ambas maneras. Cedro se entretuvo durante un tiempo lanzando al puente flechas incendiarias. Finalmente, un viejo cazador le dijo que, si seguía fallando, los hacedores

de vidrio descubrirían nuestra distancia contra nuestra precisión de la misma manera que habían hecho las arañas de la montaña, y perderíamos una ventaja.

Esta situación duró cinco días. Lanzamos flechas cuando los hacedores de vidrio intentaban acercarse sigilosamente a la muralla. Murciélagos entrenados llevaron mensajes a Monte y realizaron reconocimientos, y los murciélagos entendieron la situación, así que los malditos bichos triplicaron la cantidad de comida que exigían por viaje. La gente me miraba, preguntándose qué hacer.

¿Qué haría un fipogato? Cuando los búhos y las arañas atacan, los fipogatos corren y se esconden. Son verdes. Saben cómo quedarse quietos. Pueden cavar un agujero en cuestión de segundos. Pueden saltar lo suficientemente alto como para aterrizar en las ramas de los árboles. Pueden deslizarse por una colina de hierba mojada más rápido de lo que una pelota puede rodar. Y nosotros, los fipogatos grandes, estábamos atrapados sin forma de correr y esconder-nos. Mi trabajo era liderar, y no sabía qué hacer además de mostrarme alegre, servicial, juguetona y amable. ¿De qué servía eso? Era una inútil.

Los hacedores de vidrio habían comenzado a tocar tambores y cantar día y noche para acosarnos, cuando no estaban gritándose mutuamente. Nuestros niños se quejaban de que no podían salir de la ciudad y de que había demasiado ruido para dormir, y tenían razón. Era un ruido

interminable y ensordecedor, porque los hacedores de vidrio querían hacernos sufrir. Nuestros niños fabricaron tapones para los oídos. Nosotros, los adultos, nos preguntábamos qué hacer y debatíamos demasiado. Los viejos cazadores y Stevland se pasaban el tiempo observando: el orden social, los hábitos alimentarios y las técnicas de lucha. Y estábamos aprendiendo cosas, pero no lo suficientemente rápido. No podíamos quedarnos dentro de la ciudad para siempre. Nos volveríamos locos.

Casi hubo una pelea a puñetazos esta noche.

—Es hora de matar a los músicos —dijo Cedro en la reunión del Comité.

—El ruido también mantiene despiertos a los hacedores de vidrio —replicó Daisy.

—¿Y qué? —dijo Cedro—. ¿Quieres que sienta lástima por ellos?

—Puedes sobrevivir a la adversidad —dijo Carl.

—¿Adversidad? Esto es una tortura. Tortura para mí, para mis hijos, para todos —respondió Cedro.

—Cierto, te está volviendo loca —susurró alguien en el pasillo.

—¿Quién ha dicho eso? —Cedro se levantó de un salto, mirando fijamente a las personas en los bancos, y alguien se rio.

—No seas tonta —le dijo Carl a Cedro.

—No soy tonta.

Más risas, incluyendo a alguien en la mesa del Comité. Cedro parecía saber quién era y dio un paso en esa dirección. Era hora de ser feliz y servicial, mi único verdadero talento.

—Bueno —dije, poniéndome en pie—, yo estoy con Cedro. Quiero decir, ¿quién no quiere matar a los músicos? Votación vocal, puramente consultiva; todos los que estén a favor, aplaudan y pisoteen. ¡Vamos!

Una votación abrumadoramente a favor.

—¿Os está volviendo locos?

Aplausos y pisotones.

—Cedro dijo lo que todos pensamos, ¿verdad?

Aplausos y pisotones.

—Gracias, Cedro. Era lo que necesitábamos escuchar.

Lideré los aplausos para Cedro mientras me sentaba. Ella parecía confundida, pero también se sentó.

Nye rara vez salía de la panadería o hablaba, excepto con Stevland. Los gatos en la caja afuera se pudrían, y el olor molestaba a los gatos dentro de la ciudad. Nuestros cultivos estaban siendo saqueados o sufrían por falta de atención, pero al menos los hacedores de vidrio no le habían prendido fuego a Stevland. Les enviamos cartas atadas a flechas romas pidiendo amistad y paz, y las miraron, pero si sabían leer, ni se molestaron. ¿Qué más podíamos hacer?

STEVLAND

Mis hojas completan su giro nocturno hacia el este en previsión del amanecer. La presión del agua desde las raíces y la alta humedad de la noche provocan la gutación, y el agua se filtra de los poros de las hojas como imitando al rocío. Me duele la turgencia, pero deseo marchitarme. Luchar es un desastre, una inundación y una sequía juntos.

Con mis ojos en el bosque al otro lado del río, veo a los hacedores músicos, sus cuerpos radiando luz infrarroja en la fresca noche, mientras hacen una pausa para beber agua antes de recoger sus tambores y elevar sus voces para otra ruidosa canción. Son hacedores de vidrio pequeños, de la casta de las obreras. «La casta más explotada», sugiere mi raíz del humor, y el humor contiene verdad. Quieren dormir, pero cuando salga Sol, los enviarán a los campos a recolectar raíces de tulipán, aunque no es temporada de cosecha, y los tulipanes lo lamentarán.

De hecho, recolectarán cualquier alimento, sea temporada o no, mientras generan más resentimiento. Si bien el daño que causan a la vida de nuestro valle es triste, igualmente triste es el hecho de que las obreras solo comerán lo que las castas superiores no consuman. Los parásitos y los huéspedes constituyen una relación biológica común, pero, en este caso, el parasitismo se produce dentro de una sola especie en lugar de entre especies diferentes, una perversión del mutualismo, una relación bárbara.

¿Siempre fueron así los hacedores de vidrio? Yo tenía menos raíces cuando construyeron la ciudad y entendía muy poco, mucho menos de lo que me di cuenta en ese momento, y mi comunicación con ellos fue breve y limitada a individuos específicos. Debería de haberlo hecho, pero no reconocí completamente que los diferentes tamaños de animales, específicamente de los hacedores de vidrio, significaban algo distinto a los diferentes tamaños entre plantas. El tamaño de las plantas depende de nuestro entorno y edad. El tamaño de los animales está fijado por su tipo, como los sexos entre los humanos. El tipo puede afectar la función y la posición social. La igualdad entre tipos es una práctica ética en vez de universal. No se practica entre los hacedores de vidrio.

Arriba, en la muralla de la ciudad, una pareja de guardias pacifistas patrulla con zapatillas de suela blanda, atentos a cualquier rumor que pueda advertir de un hacedor de vidrio que intente acercarse. En el invernadero, una joven observa

mi tallo en busca de advertencias. Esta noche, el amaestrador Monte disuadió a su manada de buscar y eliminar la fuente del ruido molesto, es decir, los músicos hacedores. Fue una tragedia evitada, ya que los hacedores de vidrio habrían matado a todos los leones, pero habrían sufrido pérdidas ellos mismos, y no quiero ninguna muerte.

Esto es todo lo que puedo comunicar a la joven mientras Lux se eleva y se acerca el amanecer. Ella y yo pasamos el tiempo charlando. Los tallos que hablan son costosos de mantener y la charla agota mis reservas inmediatas de adenosina trifosfato, asi que preferiría quedarme en silencio en este momento de gran angustia, pero los pacifistas encuentran difícil la inacción, y ella debe mantenerse alerta. Cinco días de confinamiento dentro de los muros han desequilibrado a los pacifistas, que necesitan actividad.

Cactus y cintas, todavía aferrándose a sus anclajes de hibernación invernal, liberan zigosporas para convertirse en nuevas plantas aéreas. Las flores florecen por todas partes, y el polen y el perfume vuelan con los vientos. La primavera es la estación más hermosa y la más impaciente. Las plantas deben crecer rápido o perecer, incluso aquellas que hemos reclutado la ayuda de los animales para superar las estaciones. Las pérdidas de primavera rara vez se pueden recuperar, y esta ha sido una primavera seca, lo que aumenta la urgencia.

Dentro de la ciudad, los humanos lo saben. Sus propios recursos se agotan durante el invierno y deben renovarse. También son impacientes y temerosos porque pueden imaginar el desastre y la muerte. Desplazan su miedo y su furia hacia los hacedores de vidrio enfadándose entre ellos. Cedro provocó una discusión anoche cuando su propuesta de matar a los músicos hacedores fue rechazada. Sin la intervención de Lucille como agua para apagar un fuego, podría haber habido violencia.

—No podremos aguantar mucho más —confesó Lucille más tarde. Tenemos suerte de tener una co–moderadora tan ingeniosa y sociable. Tengo una idea que quizá pueda resolver la situación, aunque no será fácil.

Debo ser valiente y compartir el coraje como un regalo mental. Tengo raíces fuertes e innumerables hojas. Sale Sol. Los fotones se precipitan y empiezo a convertir el agua en oxígeno, iones de hidrógeno y energía. Soy grande. Mis raíces, colocadas una detrás de otra, llegarían hasta Sol. En cambio, están dispersas por todo nuestro valle, y sé que, a medida que avanza el día, atraerán un clamor de quejas químicas de otras plantas que aumenta a diario. Nuestro animal ayudante ha sido reemplazado por una plaga. Las plantas que miran al futuro se preocupan. Nuestro ecosistema está perturbado y furioso, además de sediento.

El más frágil soy yo, porque puedo ver las estrellas por lo que son. Son soles, y tienen sus planetas, y viajar a ellos sería

más largo y más complejo de lo que alguna vez creí, y sin embargo, cuanto más sé, más real se vuelve la idea, y estos deseos son desequilibrantes. Mis deseos ya no son simples.

Los pacifistas ven las estrellas y sueñan con viajar también. Les pregunto cuándo, y dicen: «Algún día», y lo dicen en serio. Cuando llegue ese día, iremos juntos, sus descendientes y mis semillas y plántulas y raíces. Las macetas son restrictivas, pero puedo soportar la adversidad. Esto será un dulce fruto de la civilización. Los esfuerzos combinados de los humanos y los hacedores de vidrio lo harían llegar más pronto.

Un pequeño grupo de polillas, el primer grupo migratorio, ha llegado desde el sur. Tienen por costumbre traerme trozos de carne para analizarlos a cambio de néctar, por lo que al fin he examinado en profundidad la fisiología de los hacedores de vidrio. Con esa información, esta noche he pergeñado una idea asombrosa. Se puede coaccionar al mutualismo. La civilización puede ser impuesta. Resolvería la situación sin barbarie, pero es un plan complejo que requeriría la cooperación de toda nuestra ecología y un compromiso inaudito de humanos y plantas por igual. Su fracaso causaría un desastre aún peor.

Hay una lámpara encendida en la casa de Lucille. Su compromiso con la amistad inspiró mi idea. Cedro se une a los guardias y patrulla las murallas como un águila. La restricción

que se le ha impuesto en respuesta a los ataques de los hacedores de vidrio hará posible mi plan.

Los hacedores de vidrio despiertan. Nuevos músicos toman el relevo del concierto. Las castas superiores se reúnen para planificar el acoso del día a la ciudad. Intentan torpemente duplicar los arcos y flechas humanos. Han destrozado mi arboleda, pero no le han prendido fuego.

Lucille llega a la Casa de Reuniones. Comparto las noticias de la noche sobre el drama con los fipoleones, y mi raíz humorística interviene:

«Tal vez los niños podrían hacerles tapones para los oídos». Es un sinsentido, teniendo en cuenta el aparato auditivo de los leones, pero el sinsentido es un tipo de humor. Ella se ríe y repite la broma a Bartholomew cuando llega.

Llega más gente. Comparto mis observaciones sobre los hacedores de vidrio y los arcos, y después de una discusión, Cedro llega a la conclusión de que los hacedores de vidrio carecen de experiencia para fabricar un arma verdaderamente peligrosa.

—Pero podrían aprender rápido —dice. Hay un fuerte alarido de música—. Debería poner fin al sufrimiento de las pobres criaturas.

«La casta obrera está saturada de trabajo y exhausta», digo. Cedro sonríe desagradablemente.

La reunión comienza con todos los miembros del Comité, junto con muchos ciudadanos. Sin trabajo en las granjas, tienen poco que hacer. Los cazadores se sientan en la parte de atrás, tallando cuidadosamente bordes afilados en las puntas de vidrio de las flechas.

No era la única entidad que había estado pensando durante la noche. Los cazadores de la Generación 4 proponen un ataque sorpresa contra el campamento de los hacedores de vidrio. Los maestros cazadores son pocos en número y la edad los ha vuelto frágiles como cañas secas, pero son astutos y su plan causa admiración por su audacia.

—Lo más importante es esto —dice su portavoz, Orion, cuya piel bronceada por el sol cuelga en arrugas que casi ocultan sus ojos—: Tenemos que matarlos a todos, o tendremos que lidiar con los supervivientes. Serán hostiles, ya que habremos eliminado a sus amigos y familiares.

Cuando era joven, Orion pasó muchos años observando arañas de montaña, y su conocimiento acabó por llevar a una convivencia pacífica.

—Pero creo que deberíamos matar a la menor cantidad posible de todos modos —continuó—. Tal vez solo a Manta

a Cuadros. Eso implica hacer muchos prisioneros. No es un gran plan, pero podría funcionar.

El plan tiene similitudes con el mío. La mayoría del apoyo proviene de los agricultores.

—Incluso derribaron algunos algarrobos protegidos —dice Hakon, un agricultor—, Stevland, a los árboles no les gusta eso, ¿verdad?

Aquí está mi oportunidad.

«No les gusta. Los tulipanes también están furiosos. Al igual que las piñas. El algodón. El trigo. Las lentejas. Otros. Esperan ser respetados y cuidados, pero comprenden que sus aliados animales han sido objeto de depredación. Las semillas de patatas que plantasteis en las tierras bajas arenosas río arriba se quejan mientras hablamos porque las están recolectando antes de que puedan crear una nueva generación».

—Nuestras patatas —dice Hakon.

«Se quejan», continúo, «pero no pueden actuar. Nosotros sí podemos. Tengo una propuesta. No es muy diferente de la propuesta de los cazadores. Antes del ataque, debemos deshabilitar a los hacedores de vidrio introduciendo estupefacientes en su comida. Creo que puedo persuadir a otras plantas para que lo hagan. Cuando los hacedores de vidrio estén indefensos, debemos quitarles sus armas y

posesiones. Luego, para sobrevivir, tendrán que cooperar con nosotros, y les enseñaremos a comportarse civilizadamente. Lo veo como domesticar a los hacedores de vidrio, igual que domesticasteis a los fipoleones».

Silencio. Finalmente, alguien dice:

—Pero los hacedores de vidrio huelen.

Risas.

«Se bañaban cuando vivían aquí», digo, provocando más risas, aunque el comentario no se originó en mi raíz del humor.

—¿Cooperar? —pregunta Hakon—. Claro, cooperarán lo suficiente como para obtener lo que necesitan para per-judicarnos.

«Requerirá mucho tiempo y atención», respondo. «Pero el resultado será enormemente beneficioso para todos nosotros».

—Estupefacientes —dice Marie en voz baja—. Esa es una medicación muy delicada.

Tiene razón. No respondo a esa observación.

—¿Por qué no los envenenamos sin más? —pregunta Hakon.

Marie lo mira con furia, y luego a Orion.

—Ya hemos establecido un objetivo de convivencia —dice lentamente.

Nadie se mueve.

Finalmente, Cedro dice con tono incrédulo:

—Así que los aturdimos y les quitamos sus armas.

«Les quitamos todo», digo. «Ropa, cestas, tiendas. Nuestra respuesta ha sido moderada hasta ahora. Verán que no les queremos hacer daño, pero los forzaremos a cooperar».

—Quizás no quieran cooperar —dice el viejo Orion. «Estoy de acuerdo en que el plan tiene riesgos», digo. «Su base es el desarrollo cauteloso de la confianza mutua y la cooperación a través de la no violencia impuesta. Se requerirá paciencia y esfuerzo significativos para forzarlos a ser amigos. En esencia, los reclutaremos como simbiontes».

Silencio. Añado, como estímulo:

«Esto lo hacen a menudo las plantas con los animales».

—Repasemos todo, paso a paso —dice Lucille. Parece interesada, y su interés fomentará más interés. Este plan es diferente del procedimiento que utilicé para atraer a los humanos desde su antiguo pueblo a esta ciudad y, sin

embargo, el núcleo sigue siendo el mismo. Debemos recompensar el comportamiento apropiado hasta que se convierta en un comportamiento natural.

Estamos a la mitad cuando tengo que informar de que los hacedores de vidrio se han puesto en movimiento.

Los centinelas en las murallas dan la misma advertencia casi de inmediato. Toda la fuerza de los mayores está en camino, los cuarenta, y su trayectoria parece dirigirse hacia la fuente de agua para la ciudad. Esto podría ser un desastre. El agua fluye de los manantiales a la ciudad a través de tuberías, y los manantiales son la parte más vulnerable del sistema.

«Informaré a los lirios de hoja de cuchilla», digo. Hace una década, siguiendo mi sugerencia, plantamos los lirios para proteger los manantiales y las cabezas de las tuberías. Los lirios tienen más sed de sangre que yo. Secretan anticoagulantes en las lancetas de vidrio que cubren sus hojas, y las raíces sobre el suelo están listas para absorber toda la sangre que cae. Las lancetas están ligeramente sujetas, por lo que si los hacedores de vidrio intentan cortarlas, dispersarán nubes de cuchillas de vidrio, algunas lo suficientemente pequeñas como para ser inhaladas y desgarrar los pulmones de los hacedores de vidrio desde dentro con un centenar de cortes.

—Eso nos da tiempo —dice Cedro, y entonces se da la vuelta y grita—: ¡Llamad a los combatientes!

Los arqueros y niños mensajeros en la reunión salen corriendo. Cedro me grita:

—¿Cuánto tiempo llevaría drogar a los hacedores de vidrio?

«Dos días. Debo negociar con otras especies, como los tulipanes, por ejemplo, y son pensadores superficiales y lentos. Debo ayudarles a crear los medicamentos adecuados».

—¡Dos días! —Cedro ha comenzado a ponerse su equipo de combate, al igual que otros pacifistas—. No es suficiente. Tienen cuarenta mayores, ¿verdad? Deberíamos luchar ahora. Podemos superarlos en número dos a uno, pero eso incluye a todos los que pueden usar un arco medio decentemente, incluso Lucille... No te ofendas, pero sabes a lo que me refiero. Lo sabéis todos.

Mis raíces desde el otro lado del río informan de un movimiento extraño. Las obreras han dejado de buscar alimentos y regresan al campamento. ¿Cruzarán el río para evitar que protejamos los manantiales?

—Deberíamos atacar su campamento —dice Orión mientras tanto—. Los mayores seguirán tratando de entender los lirios mientras tomamos el control.

—Si han visto lirios antes —dice Carl—, podrían rendirse de inmediato.

Empiezo a transmitir las noticias sobre los movimientos de las obreras incluso mientras continúa la discusión. Ojalá tuviera una voz, una flauta, un tambor. ¡Miradme!

—Los mayores pueden dar la vuelta y estar de regreso en poco tiempo —dice Cedro—. Tenemos que movernos.

—Así es —coincide Orión—, así que, ¿qué tal si tomamos a las hembras como rehenes?

—No, atacaremos a los mayores —dice Cedro—. ¡Ahora!

Marie lee mi tallo.

—Mirad a Stevland. ¡Las obreras están tramando algo!

Cedro me hace señas con los brazos.

—Es una treta.

«Las obreras no están cruzando el puente», informo.

—¿Cuál es la treta? —pregunta Lucille.

«Las obreras se han agrupado alrededor de las grandes tiendas que contienen a las hembras», informo. «No entiendo su comportamiento. Parece haber un conflicto».

Podría añadir que están cantando entre ellas, las hembras a las obreras, las obreras a otras obreras, pero esto es

evidente para cualquiera con oídos. Ocasionalmente reconozco una palabra que Marie me había enseñado, pero un vocabulario limitado a términos como «no», «agua» y «hola» no tiene un uso real.

Cedro pregunta por los lirios, pero estoy prestando demasiada atención al campamento para responder. Las voces se elevan como un trueno. Las obreras luchan y derraman sangre.

«Los mayores se han detenido a escuchar», informo.

—¿Realmente crees que podemos convivir con los hacedores de vidrio? —grita Cedro mientras se marcha. Es obviamente una pregunta retórica.

«Los mayores están dando la vuelta y quizás estén de regreso», le digo a Lucille. «Su velocidad es fenomenal».

—Tengo que ir a ver. Lo siento.

Lucille se marcha.

En el campamento, las hembras discuten con las hembras, las obreras con las obreras y las obreras con las hembras. A medida que los mayores se acercan, algunas obreras agarran herramientas y cortan el puente de cuerda. Los mayores se paran en el borde del río, blandiendo armas, amenazando con lanzar proyectiles y gritando a las obreras y las hembras, que gritan a su vez, y el ruido hace que mi arboleda en el

campamento se maree tanto que todo crecimiento se detiene. Los humanos de la muralla se han tapado los oídos.

Aproximadamente veinte mayores se vuelven hacia la ciudad y se dirigen animosamente a los humanos, agitando armas. Las hembras al otro lado del río también hacen gestos hacia las murallas de la ciudad y hablan con gran agitación, al igual que las obreras, pero sus comentarios se reducen a un tumulto discordante. Algunos mayores discuten con los otros. De repente, uno de los mayores que se dirige a los humanos es golpeado por detrás con una espada, un golpe experto que le corta la cabeza. Otro se lanza a pelear. Tres mayores lo agarran y un cuarto lo mata con una espada. Ambos cadáveres son empujados a patadas y sin ningún respeto hacia el río.

—¡Mostrad vuestras armas! —grita Orion. A lo largo de la muralla, los luchadores humanos alzan sus arcos.

Los hacedores de vidrio los ven, y algunos mayores saltan al río para volver nadando al otro lado.

—¡Bajad las armas! ¡Estad preparados!

Los hacedores de vidrio asimilan la advertencia y lentamente se quedan en silencio.

La exhibición de Orión es astuta, astuta, astuta. Es un fruto rico. Es un mensaje que no podría ser más sucinto, y apoyará mi plan. Podríamos matar, pero no lo haremos. Después de

un momento, la discusión entre los hacedores de vidrio se reanuda, pero de manera apaciguada. La conversación continúa durante mucho tiempo. En las murallas, los niños reparten agua y, más tarde, comida. Envío algo de glucosa a mi arboleda enferma en el campamento de los hacedores de vidrio. El ruido de la charla de los hacedores ya no es más significativo que una brisa fuerte.

Es por la tarde cuando todos los mayores nadan cruzando el río, uno por uno y sin la destreza natural de los humanos, aunque flotan bien, y se sacuden a sí mismos y a sus armas para secarse cuando salen del otro lado. Algunos mayores saludan a ciertas hembras, tocando manos y cabezas, pero la mayoría no lo hace. Las obreras que discutían se han retirado, muchas de vuelta a los campos para recolectar alimentos. Los cánticos y el tamborileo no se reanudan.

Creo que mi propuesta ha sido olvidada, y me entero de lluvias torrenciales en las montañas al oeste lejano. Estas violentas tormentas primaverales probablemente no lleguen a nuestro valle, pero si el río sube, complicaría cualquier ataque.

En la ciudad, los niños duermen la siesta y los guardias se relajan. Se prepara la cena a ambos lados del río, y de repente varios mayores se mueven rápidamente. Alzan sus armas, rodean a tres obreras y las decapitan. La sangre fluye por el suelo. Poco después saboreo el hierro. La música se reanuda.

A medida que Sol se pone, el debate comienza de nuevo en la Casa de Reuniones.

—Tenemos que hacer algo —dice Lucille.

—¿Enseñarles civilización? —replica Hakon—. Ya la tienen. Simplemente no es como la nuestra. Eso ha sido asesinato. No hay excusa.

—Ese es el tema —dice Lucille—, Eso es lo que es tan bueno en el plan de Stevland. Sin matar.

Bartholomew se levanta. Es un viejo carpintero, rechoncho y canoso, que actúa de manera quisquillosa, pero piensa con agudeza. Pregunta:

—¿Cuál es la diferencia entre hacer prisioneros a los hacedores de vidrio y domesticarlos? —Empiezo a formular una respuesta, pero él continúa—. Ninguna. La pregunta es: ¿cuántos prisioneros podemos manejar y a partir de cuándo? ¿Dijiste dos días, Stevland?

«Correcto».

¿Está argumentando a mi favor o en mi contra? Los he observado a él y a Lucille hablar durante la tarde. Bartholomew es astuto. Puede coger una idea y conseguir que haga lo inesperado, como si fuera un fipogato y él le hubiera enseñado a volar. Y esto es lo que hace. Nunca pensé que yo fuera

tan genial, y nunca antes había observado a Lucille tan esperanzada, enérgica y persuasiva. No me había dado cuenta de que mi plan tenía tantas ventajas. Casi puedo volar.

—Pax —dice Bartholomew— Es una antigua palabra de la Tierra para la paz. Nuestros antepasados vinieron aquí para crear la paz. Conocemos el precio de la guerra. Todos nosotros, humanos y bambú. La destrucción no es ni la mitad. Perderíamos lo que somos. Somos pacifistas. Es hora de estar a la altura de nuestro nombre y hacer que la paz sea real.

En cuestión de una hora, se establece el plan. Domesticaremos a los hacedores de vidrio.

Así que, a medida que la noche avanza, comenzamos. Lucille organiza grupos de planificación. Fuera de la ciudad, muchas plantas empiezan, como pueden, a reponer su pérdida de agua durante el día, por lo que el momento es ideal para enviarles mensajes a través de las raíces. Los iones de calcio llevan información de célula a célula en ondas, cada onda con sus enzimas y productos químicos particulares y cada camino entre las células creando significado. La mayoría de las plantas hablan lenguajes químicos similares, y la mayoría puede producir ciertos compuestos químicos útiles a voluntad, al igual que los animales pueden crear herramientas o construir arrecifes. Es una cuestión de conocimiento y sofisticación.

Comienzo con los tulipanes, ya que parecen ser uno de los alimentos favoritos de los hacedores de vidrio, y el único momento adecuado para hablar con ellos es por la noche cuando cierran sus flores. No tienen la suficiente inteligencia para mantener una flor y comunicarse al mismo tiempo.

«Parásitos aquí», les digo, enviando el mensaje a través de pequeñas raíces a mil tulipanes. «Parásitos. Malo».

«Malo». «Malo». «Malo». «Malo». «Malo», responden uno por uno. Mi raíz del humor observa que tienen poco que decir, pero son conversadores de todos modos. Me alegra haber cultivado la raíz del humor. Puedo soportar situaciones desagradables mejor. Los árboles de lentejas plantados entre los tulipanes también se quejan de sus propios problemas.

Intento adivinar dónde buscarán alimento los hacedores de vidrio después de los tulipanes. El comportamiento animal es demasiado flexible para estar seguro, especialmente entre animales sin compromisos previos con los cultivos, pero parece obvio suponer que saquearán los campos no cosechados más cercanos a su campamento, que son fácilmente accesibles desde caminos y senderos.

«Ayuda aquí», les digo a esos campos de tulipanes. «Ayuda química. Plaga va».

Muestro un opiáceo endógeno y transporto esa información con un poco de biotina para hacerlo más interesante. Introduje opiáceos similares hace veinte años en cantidades menores en mis frutos medicinales para causar relajación y reducir la ansiedad. Espero que este alcaloide en concentraciones más altas produzca efectos más extremos en los hacedores de vidrio.

Los tulipanes ya producen una fitohormona basada en el aminoácido fenilalanina. Con algunos pasos adicionales, pueden fabricar un núcleo heterocíclico que puede convertirse en el alcaloide. Muestro la fórmula. Repito esta explicación docenas de veces para cada planta, ya que aprenden despacio. Las moléculas se deslizan desde mis raíces hasta las suyas. Es agotador. Muevo un poco de nitrógeno del centro de regalos de la ciudad a su suelo para ayudarlos.

La mitad del nitrógeno se redirigirá para crear bases de purina y pirimidina para crear ARN y ayudar en el crecimiento propio de los tulipanes en lugar de hacer el alcaloide. Esta es una de las razones por las que han respondido tan rápido. Son estúpidos, pero el interés propio no está relacionado con la inteligencia. Espero que mañana haya un día soleado para que puedan trabajar rápido.

Las lentejas también absorben el nitrógeno y se quejan. Están esperando ser podadas. Son plantas indefensas que

necesitan ayuda para determinar la mejor manera de disponer sus hojas para recoger la luz solar.

«Ayúdame. Pódame», suplican los árboles.

Los hacedores de vidrio ignoran a las lentejas, aunque sus brotes y ramitas son comestibles, como saben los humanos y los escorpiones. Desearía que fuera diferente. Las lentejas siempre están ansiosas por ayudar.

Mientras tanto, contacto con las piñas. Son inteligentes pero testarudas. El acuerdo que negocié hace mucho tiempo entre ellas y los humanos era simple. Las piñas producen frutos en primavera y otoño. Los frutos de primavera deben ser replantados por los humanos. Los frutos de otoño pueden ser cosechados. Los humanos proporcionan protección, cultivo y trabajo. Las piñas agregan sabores y nutrientes a los frutos de otoño a cambio. Pero ahora están cosechando su fruto en primavera, y están furiosas.

Sugiero drogar el fruto de primavera para que los hacedores de vidrio puedan ser derrotados y la vida vuelva a la normalidad.

«No», escucho ochocientas veces.

«Pensadlo», les digo. «Es como darles sabor a vuestros frutos. Cumplid el contrato».

Una respuesta común dice:

«Nuestros frutos deben ser plantados en primavera, no cosechados, en ninguna circunstancia, y se los están comiendo ahora».

«No os comen los humanos».

«Los humanos deben cumplir el acuerdo. Eres su dueño». «Rogamos vuestra ayuda para vencer a los depredadores». «Nuestro contrato incluye protección contra los depredadores. Añadiremos terpenos para que nuestros frutos sean incomestibles».

«Propongo algo mejor que los terpenos, porque a los animales inteligentes podrían gustarles los terpenos, de la misma manera en que cosechan cera de pino. Pueden aprender simplemente a quemar los terpenos. Las copas de vuestros frutos harían buenas antorchas que podrían comerse».

«Veneno en su lugar», dice una planta, y se convierte en un coro: «Veneno». «Veneno». «Veneno».

«Eso está más cerca de mi idea. Pero no es necesario matar a los animales».

«Hay que matar a esos animales. Estos son parásitos. Tus animales lo aprobarían. Los humanos erradican las malas hierbas. Esto sería como eliminar las malas hierbas».

No sería como eliminar las malas hierbas. Si un campo se libera de ortigas, siempre hay ortigas en otro lugar. Si se eliminan los hacedores de vidrio, no hay otros hacedores de vidrio, y aunque los hubiera en abundancia, matarlos no sería civilizado. Pero no explico eso, ya que las piñas no entenderían que soy un pacifista. En cambio, digo:

«Deseamos domesticar a estos animales. Deseamos controlar su comportamiento. Son demasiado valiosos para destruirlos».

«Debes hacer un contrato con ellos», ordena una piña. «En efecto. Hay que enseñarlos a hacer contratos». «Los humanos hicieron un contrato con nosotros con facilidad».

«Ya había domesticado a los humanos».

«Debes domesticar a estos parásitos», dice otra piña.

«Sí, domesticarlos», intervienen otras.

«Deseo domesticarlos y necesito vuestra ayuda. Ayudadnos a ayudaros».

Espero sus respuestas.

Sobre nosotros brillan las estrellas. Los murciélagos vuelan y silban entre ellos. Los fipoleones aúllan, tal vez en protesta por la música de los hacedores de vidrio. Un león salvaje responde. Muy, muy al sur, una tormenta ruge y

relampaguea. Las flores nocturnas perfuman el aire. Los lagartos chirrían. Aíslo un grupo de arbustos de mi red de raíces durante un momento y disfruto de la noche como lo haría un humano, pequeño en tamaño pero intenso en perspectiva, completa y placenteramente alerta a nada más allá de mi entorno inmediato, un lujo que solo puedo disfrutar un momento, pero es asombroso cómo ser pequeño es una diferencia cualitativa en lugar de cuantitativa. La forma del mundo exterior cambia. Vuelvo mi atención a mi red de raíces. Las lentejas continúan quejándose. La mayoría de los pacifistas y hacedores de vidrio duermen.

Una por una, las piñas están de acuerdo y presionan a sus vecinas para unirse a la mayoría. Les muestro cómo combinar urea y ácido malónico para hacer ácido barbitúrico, y transporto un poco de urea desde el centro de regalos para cerrar el contrato.

Y así avanza la noche: puerros, patatas, ñames, lechugas. No esperaba oír a los árboles de madera de algarrobo. Su costumbre es seleccionar un portavoz en función de la antigüedad y la salud, lo que significa el más grande y agresivo. También se convierte en el único macho reproductor; su sexualidad es bipolar pero electiva. La teoría de la evolución traída por los humanos de la Tierra explica el resultado. Se seleccionan a sí mismos para una agresión creciente, y ya habían logrado un éxito significativo antes de que la protección humana hiciera posible un portavoz supermaduro.

«¿Qué conseguimos nosotros, embaucador?», pregunta el portavoz de los algarrobos. «Los intrusos nos talan. Valoramos nuestra relación con los animales de la ciudad, además. Tenemos mucho que ofrecer».

Un sabor a etileno en el mensaje hace que mis raíces se congelen mientras las auxinas son inhibidas. Como dije, es agresivo.

Intento responder con seguridad en mí mismo, pero apenas puedo expresar:

«¿Qué podéis ofrecer exactamente?». Solo producen madera decorativa y cápsulas de semillas otoñales comestibles.

«Proponemos una concesión razonable en el futuro a cambio de una plantación adicional en los bosques del sur».

«Necesitamos ayuda ahora», digo.

Él exuda más etileno.

«Cumpliremos tu solicitud razonable siempre que lo hagas. Ten cuidado, no haremos esta oferta de nuevo. Si deseas nuestra ayuda, esta es nuestra exigencia».

Estoy distraído. Las lentejas están sollozando. Con la mayor amabilidad posible, les digo a las lentejas:

«Entendemos vuestro problema y os ayudaremos pronto». Dolorosas ráfagas de etileno de varios algarrobos captan mi atención. Tatiana habría llamado a esto extorsión.

«No tengo nada que podáis hacer», digo.

«Haremos cualquier cosa razonable, pero a cambio queremos una colonia en el sur. Es importante para nosotros».

Mi raíz del humor sugiere trasladarlos a todos al sur. Una raíz antigua nota que las habilidades de comunicación del portavoz y tal vez su inteligencia han dado un salto cuántico con la edad.

«Tenemos exceso de etileno», dice el portavoz. «Eso dañaría a muchas plantas, incluyendo piñas y tulipanes».

«No tengo más remedio que aceptar. Lo sabes». «Ofrecemos un trato justo».

Si Tatiana estuviera viva, ofrecería sugerencias útiles para lidiar con la delincuencia, pero está muerta y necesito responder rápidamente antes de que mis raíces sufran daños permanentes.

«Acepto. Cuando las condiciones permitan una plantación adicional, se hará. Pero preparaos para seguir mis órdenes cuando las dé». Mi raíz del humor sugiere ordenar el suicidio.

Mientras tanto, he comenzado a comunicarme con la vid de nieve que crece a lo largo del río. Esto podría ser crucial. Puedo usar el instinto de la vid para controlar a los animales y hacer que haga lo que quiero.

«Nuevo animal para controlar», digo.

Nunca ha comprendido que se usa como dique para estabilizar las orillas del río durante las inundaciones. Tiene fácil acceso al agua, recibe atención, cree que gobierna las orillas del río y es dueña de los humanos. Los hacedores de vidrio la están usando para cultivar sus insectos con forma de copo de nieve, y a las obreras en particular les gusta comer los insectos, siempre que queden algunos después de que las castas superiores terminen de comer.

«Debes controlar los insectos», digo.

«Los insectos no comen fruta», responde. En otras palabras, ¿cómo se puede controlar a un animal si no es con fruta?

«Cambia la savia para los insectos. Así». Muestro una sustancia química. «La savia controlará a los animales».

«Los insectos no comen fruta».

«Los insectos beben savia».

«Sí», dice. «Los insectos no comen fruta».

«Cambia la savia para los insectos, porque los insectos beben savia, no comen fruta».

«Los insectos no comen fruta».

Me doy cuenta de que somos plantas relacionadas, ambos bambúes, de hecho, y nuestra fisiología compartida es la única razón por la que puedo tener una conversación de cierta complejidad. El seto a lo largo del río es demasiado pequeño para tener muchas raíces sensibles. La presencia de otras vides de nieve desencadena un crecimiento agresivo, pero este seto ha vivido solo y está contento de llevar una vida cuidadosamente recortada parasitando a sus álamos y poniendo más raíces protectoras de las que necesita, sirviendo así a los humanos sin darse cuenta. No tiene necesidad de inteligencia, ninguna en absoluto.

«Cambia la savia para los insectos», repito, esperando que la repetición por sí sola resulte persuasiva. «Los animales grandes comen insectos».

«Los insectos no comen fruta».

«Los animales grandes comen insectos».

«Los animales grandes comen insectos», repite la vid de nieve. He hecho progresos.

«Sí», digo. «Cambia la savia para los insectos».

«Los animales grandes comen insectos».

«Sí. Cambia la savia para los insectos. Así».

«Los insectos beben savia», dice. «Los insectos son parásitos».

«Los insectos son buenos. Los animales grandes comen insectos como si fueran frutas».

La vid de nieve balbucea algunos compuestos químicos sin sentido y finalmente dice:

«Los insectos son como frutas».

Esto es un progreso muy significativo.

«Los insectos son como frutas», coincido. «Los insectos comen savia. Cambia la savia. La savia controlará a dos animales».

«La savia controlará a los insectos. Los animales grandes comen insectos».

«Sí. Debes cambiar la savia para insectos y animales». «Cambiaré la savia para insectos y animales».

¡Por fin!

«Sí. Cambia la savia así». Entrego algunos compuestos químicos prototipo.

Todas estas plantas. Hace mucho tiempo, no me comportaba de manera diferente a ellas. Crecimos juntas.

Afrontamos las tormentas, sufrimos en las sequías, intercambiamos remedios para las plagas, mantuvimos alejados a los corales peligrosos y a los animales que comen raíces, negociamos por la luz solar y los nutrientes, sincronizamos nuestras floraciones para compartir polinizadores, y escalonamos la madurez de nuestros frutos para mantener a los animales dispersadores de semillas. Hablamos de manera simple porque pensar requiere energía, y los más fuertes entre nosotros podían sobrevivir lo suficientemente bien casi sin pensar porque nuestras vidas eran simples. He crecido, pero ellas no lo han hecho, y mis necesidades van de la mano con las suyas de maneras que nunca podrían imaginar.

Solo las criaturas inteligentes crean también civilización. La civilización crea la idea de la paz y también la de la guerra, y hace ambas posibles. Soy uno de los pacifistas. He elegido la idea que pretendo hacer realidad.

Sale Sol. Estoy cansado después de una noche atareada. La luz de Sol envía fotones, y en mis hojas dividen el agua en oxígeno, iones de hidrógeno y energía. Soy grande. Me renovaré de la manera más eficiente posible porque enfrentamos tiempos aún más difíciles en la campaña para domesticar a los hacedores de vidrio.

Marie llega a la Casa de Reuniones. Su color de piel es demasiado amarillento. Desearía que pudiera comer más porque la comida le daría fuerza.

—¿Qué sustancias químicas estás haciendo exactamente? —pregunta.

«Algo relacionado con la morfina, y debería tener un fuerte efecto depresivo e hipnótico en el sistema nervioso central de los hacedores de vidrio, según entiendo. También barbitúricos para deprimir la función cerebral».

—Una combinación peligrosa.

«Peligrosa porque producen fuertes reacciones. Sus efectos pueden ser acumulativos. El objetivo es incapacitarlos. Hemos visto que están dispuestos a matar».

Ella se sienta.

—Sin embargo, no podemos controlar cuánto ingieren. Las sobredosis podrían causar insuficiencia respiratoria.

«Correcto. He pensado en una preocupación adicional. Las hembras y los mayores comen primero y comen hasta saciarse. Las obreras pueden no conseguir nada. Debemos revisar el plan de ataque de Orion. Es posible que necesitemos someter físicamente a las obreras». Someter suena casi pacífico, interviene mi raíz del humor.

Ella asiente.

—Tendremos que prever heridas además de sobredosis. Probablemente perderemos a algunos. Ni siquiera sé cómo funciona su sistema circulatorio, aparte de que tienen uno.

«Suministraré antídotos para mis drogas».

—No sabemos cómo funcionarán sin pruebas, y no podemos hacer pruebas.

«Correcto. Mucho dependerá de la habilidad de los médicos».

Se echa hacia atrás, cierra los ojos y deja que la luz de Sol caiga sobre su rostro. El calor de la luz solar parece agradable para los animales.

—Lucille es buena —dice por fin—. Nos mantendrá preparados.

Abre los ojos para mirar mi tallo parlante.

«Ha demostrado ser una elección sabia», digo. «Y tus esfuerzos son vitales. Lo que has hecho por Pax es incalculable».

Tal vez debería mencionarle que, después de pasar una noche hablando con las plantas, soy más consciente de por qué me alegra tanto tener compañía inteligente. Los

humanos han hecho mi vida feliz. Desearía que vivieran más tiempo.

Evito pensar en lo que podría suceder si mi plan falla. Soy grande. Los humanos son frágiles. Todos podrían morir, pero yo sobreviviría de una forma u otra a pesar de cualquier cosa que los hacedores de vidrio pudieran hacerme, y me sentiría desolado más allá de lo imaginable.

LUCILLE

Cuando Stevland logró que las plantas comenzaran a drogar a los hacedores de vidrio, hubo una fiesta fantástica en su campamento al otro lado del río durante un día y medio. Al principio, los estupefacientes hicieron que los hacedores de vidrio se volvieran tontos y ruidosos, con mucho griterío, cantos y tropezones. Luego discutieron y comenzaron las peleas, y varios hacedores de vidrio terminaron siendo arrojados sangrando al río. Al menos uno se ahogó. Los murciélagos incluso le llevaron comida a Monte para preguntarle qué estaba pasando. Los tambores se desincronizaron. Debía de ser aterrador para cualquier hacedor de vidrio que aún pudiera pensar con claridad.

Seguí fingiendo estar alegre y optimista, tratando de equilibrar a los médicos y a Stevland, que se preocupaba por

todo tipo de detalles. Cedro veía contratiempos cada media hora: comían demasiado, comían muy poco, eran demasiado agresivos, estaban demasiado somnolientos, había demasiado optimismo de nuestra (mi) parte, demasiado pesimismo, siempre alguna maldita cosa.

Finalmente, en el segundo día, hacia el atardecer, los hacedores de vidrio comenzaron a desmayarse. Las hembras y los mayores se desplomaron durante la cena, y cuando las obreras los vieron dormir, se apresuraron a comer las sobras, y poco después cayeron con la cara en los cuencos de comida. Esa fue nuestra señal. Salimos sigilosamente de la ciudad por la puerta trasera, tendimos un puente de cuerda sobre el río en un barranco río abajo, y nos arrastramos por el camino junto al río hasta el campamento de los hacedores de vidrio. Los viejos cazadores lideraron la expedición. Y Cedro, por supuesto.

Marie caminaba justo delante de mí, encorvada bajo una mochila, y cuando tropezó con algo en la oscuridad, las botellas de vidrio llenas de antídoto tintinearon. Debía de pesar mucho, pero no pude ayudarla a llevarla, ya que no íbamos a quedarnos juntas. Yo no llevaba nada, especialmente armas.

Podrían caer en las manos equivocadas si... Bueno, no era mi trabajo pensar en el fracaso. Hathor ya había pensado en eso a fondo. Era demasiado mayor para luchar y se quedó

sana y salva en la ciudad. Yo había estado demasiado nerviosa para comer durante todo el día.

Los cien que avanzábamos sigilosamente hacia el campamento de los hacedores éramos casi todos los adultos capaces y los niños mayores de Pax. Otros cincuenta se escondieron al otro lado del río, listos para cruzarlo en botes tan pronto como pudieran. Éramos más de uno por cada uno de ellos. Ganaríamos, ellos perderían, pero ¿a qué coste?

—Paralizantes, eso es lo que había en la comida esta noche —había dicho Marie a todos antes de partir—. Las sobredosis no solo son posibles, son inevitables. También podrían ahogarse con la comida en sus cuencos y ahogarse en la sopa. Comprobad su respiración antes que nada.

No podíamos llevar linternas, por lo que no podíamos ver lo que teníamos por delante, y estaba nublado, así que ni siquiera teníamos luz de las estrellas ni auroras, pero podíamos escuchar muchos gruñidos lastimeros.

—Ronquidos —susurró Marie.

Piotr reprimió una risa. Se había pintado la cara con grandes ojos grises y una franja vertical sobre su boca y su nariz para parecerse a un hacedor de vidrio. Camuflaje, dijo.

—Escuchad —dijo—, todo está en silencio.

Cierto. Nada ladraba ni cantaba ni brillaba en la noche.

—Los lagartos comen vegetales —dijo Marie. Quise preguntar si esto les haría daño, pero esa pregunta tendría que esperar.

Estábamos cerca del campamento, en silencio por el miedo, esforzándonos por escuchar. Los viejos cazadores y los mejores luchadores habían llegado antes que nosotros. Sin mucho ruido. Traducción: Sin problemas graves... probablemente, pero yo no veía nada, así que no lo sabía.

Un ladrido como el de un mirlo nos llamó desde el matorral. Un ladrido. Bien. Era una señal de que las cosas estaban bien. Seguimos avanzando sigilosamente.

—¡Guau! —otra vez. Pero entonces un hacedor de vidrio gimió a lo lejos, algo cayó, una cuerda de arco vibró, probablemente para lanzar una flecha con tranquilizante, y los humanos susurraron enojados. Piotr jadeó y contuvo la respiración. Seguí avanzando.

Sabíamos que no todos estarían dormidos. Algunos habrían comido muy poco o no serían tan susceptibles. Pero ¿cuántos estarían despiertos? ¿Por qué nadie gritaba nada? ¿Tantas sobredosis? Algo más golpeó, algo crujió como una cesta al ser aplastada. ¿Qué? ¿Debería ladrar una pregunta?

—Guau. —Vino de justo adelante, luego muchos susurros y un gran golpe como si una tienda se derrumbara.

Con unos pocos pasos más doblamos un recodo en el camino y encontramos a Orion con un arco sobre su hombro, sosteniendo una linterna roja que parpadeaba, y a una mujer inclinada sobre un hacedor inmóvil, escuchando su respiración y desatando los cinturones con armas. Más adelante, brillaba una lámpara morada con una llamita, y sombras vagas correteaban. Alguien a mi izquierda imitó perfectamente el gemido de un mirlo, una llamada a un médico. Marie se apresuró hacia el sonido.

Seguí buscando a mi comandante de campo y allí estaba, con su linterna ámbar. El viejo cazador hizo un gesto de aprobación, todo parecía estar bien, y luego señaló a una hembra que estaba caída en una estera. Era mi tarea comprobarla, despojarla de todo lo que pudiera, incluyendo su ropa. La luz de la lámpara se reflejaba en su ojo gris. El ojo parpadeó. En realidad, era una buena señal; estaba despierta, probablemente bien, solo incapacitada. Pensé que olería mal de cerca, pero no fue así, más bien como a trufa madura y a clavos amargos, y no muy fuerte en absoluto. Debía de haberse bañado recientemente.

Le quité la manta, suave y esponjosa y doblada varias veces, más grande de lo que pensaba y realmente cálida. A la mañana siguiente, medio arrastrándola, la ayudé a subirse a una balsa y la llevé al otro lado del río. Me sentí pequeña junto a las hembras. Sus cabezas casi eran tan altas como la mía, pero sus cuerpos eran mucho más grandes, voluminosos y largos, equilibrados sobre esbeltas patas. Marie

decía que gran parte del espacio torácico estaba dedicado a los pulmones y los huesos huecos, por lo que pesábamos aproximadamente lo mismo.

Las drogas resultaron ser un poco más fuertes de lo esperado, como habíamos previsto. Perdimos a cinco mayores y nueve obreras por insuficiencia respiratoria. Dos hacedores de vidrio más resultaron heridos y murieron cuando se enfrentaron, y otros cuatro murieron a causa de las lesiones provocadas por peleas bajo los efectos de las drogas antes de desmayarse. Nuestro bando también sufrió algunos daños, incluido un cazador que se disparó accidentalmente con una flecha tranquilizante. Un niño hacedor permaneció en coma durante todo un día aterrador, y la mayoría de los hacedores de vidrio se despertaron con náuseas, vomitando y aterrados. Algunos se pusieron histéricos, incluyendo a Ojos–Grises.

Stevland se puso melancólico.

«Una pérdida del veinte por ciento es excesiva. Cometí un grave error de juicio y causé una matanza innecesaria, una repetición de la depravada historia de mi especie. He traicionado gravemente a los hacedores de vidrio y nunca aceptarán el mutualismo». Y así una y otra vez.

Solicité permiso al Comité para hablar con él a solas. El consejero–médico me miró interrogativamente, pero habló a favor, y la moción fue aprobada, con la abstención de

Stevland. Yo no sabía por qué se había abstenido, pero no importaba.

Cuando todos salieron de la Casa de Reuniones, cerré y aseguré la puerta, me senté frente al tallo de Stevland, saqué el cuchillo y comencé a hablar:

—Una buena arma, ¿verdad? Me la dio Tatiana. A ella se la dio Sylvia.

«Nunca la había visto antes. Es de metal».

—Acero. De la Tierra. Es un secreto. Es el cuchillo que Sylvia usó para matar a la antigua moderadora, Vera. ¿Conoces esa historia? Bueno, me refiero a la verdadera historia. Todos dicen que la revuelta de Sylvia fue solo una votación, dicen que la moderadora fue destituida, la primera y única vez que eso ha sucedido. Bueno, eso no es lo que sucedió. Sylvia quería venir aquí, a Ciudad del Arcoíris, pero la moderadora no quería, y los Padres tampoco, y finalmente tuvo que matar a la moderadora. Con este cuchillo. Otras personas resultaron heridas y murieron también. Sylvia incluso dejó a algunos Padres en el antiguo pueblo porque no querían venir aquí. Te tenían miedo.

Él no dijo nada. Probablemente el shock lo había dejado sin palabras. Eso era más o menos lo que esperaba.

—Sylvia le dio el cuchillo a Tatiana y ella me lo dio a mí para que supiera que ser moderadora no es ningún juego. No es

fácil. No es divertido. No somos fipogatos, felices y amables y todo eso. Bueno, tal vez lo seamos. Los gatos pueden matar si es necesario, pueden golpear algo hasta la muerte, como pequeños leones. Podemos cometer errores, pero también podemos hacer lo correcto, incluso cuando es una cosa terrible de hacer. La parte difícil es saber qué hacer.

«¿Los Padres tuvieron miedo de venir?».

—Siempre eres el que dice lo grande y poderoso que eres. Puedes ser aterrador.

«No pretendía ser aterrador».

—No te preocupes. Era cosa suya saber cuándo no tener miedo.

«Quizás deseaba demasiado que vinierais».

—Estamos contentos de haber venido.

«No he sabido hasta ahora que ella tuvo que matar para que la colonia se mudara».

—No es lo que enseñan en la escuela, ¿verdad?

«Hice todo lo que pude para que Sylvia regresara. Quería una colonia de animales de servicio aquí. No deseaba que ella matara. Eso sería enormemente incivilizado».

—Ella decidió matar a Vera, no tú. Y trataste de no matar a los hacedores de vidrio, y en su mayoría, no lo hiciste. Visité el antiguo pueblo en el gran recorrido histórico para los niños. Caminamos sobre zancos y fingimos ser terrícolas, y estudiamos las antiguas bodegas y los yermos donde crecían las viñas de nieve. No era un gran lugar para vivir. Sylvia hizo lo que tenía que hacer. Y tú también. Podemos cometer errores, pero tú no lo hiciste. Claro, algunos de ellos murieron, pero sabes lo que es una masacre y no fue una masacre.

«Hubo más muertes de las que preveía».

—Más muertes de las que esperabas. Equilibra estas palabras: previsión y esperanza.

Guardó silencio un rato.

«La diferencia es la emoción».

—Exactamente. Pero los sentimientos no son hechos. —Alcé el cuchillo—. Estoy aquí para dártelo. ¿Dónde puedo ponerlo?

«Las plantas no tienen posesiones personales».

—Los moderadores sí.

Después de un rato, cuando vio que yo no iba a cambiar de opinión, decidió que lo pusiera en una caja de vidrio, como una pieza de museo, y luego lo enterrara bajo una baldosa

del suelo de la Casa de Reuniones. Dijo que sopesaría más sentimientos contra hechos.

Y debió de hacerlo, porque pronto comenzó a dirigir autopsias de los hacedores de vidrio.

«Aprenderé de mi error, porque si puedo hacer un gran daño, también puedo hacer un gran bien. Los hacedores de vidrio verán la diferencia entre el conflicto y el mutualis–mo». Y así una y otra vez, de nuevo.

Nye y Kung organizaron elaboradas ceremonias funerarias, enterrando a los hacedores de vidrio en el bosque del cementerio a la vista de los hacedores supervivientes «para que vean que no nos los vamos a comer», dijo Nye. Marie decía que Nye nunca había perdido la esperanza en los hacedores de vidrio.

Colocamos a las hembras y los niños en nuestro lado del río bajo una carpa amplia y abierta junto a la muralla de la ciudad, al lado de un bosque de bambú con muchos ojos y oídos. Los mayores y las obreras fueron al lado opuesto, en un corral abierto, comiendo comida mezclada con tranqui-lizantes que no los calmaban lo suficiente. Se movían como si estuvieran sonámbulos. También se golpeaban, pateaban y peleaban entre sí mientras dormían. Sin dejar de mencio-nar los intentos de atacar a los guardias mientras dormían.

Dejamos de darles tranquilizantes a las hembras porque todos en la misión —incluida Cedro— pensaban que las hembras tenían roles de liderazgo y eran mucho más razonables que Manta a Cuadros. Bueno, lo eran. No se golpeaban entre sí, simplemente gritaban muy fuerte. No nos amenazaban, nos ignoraban de una manera arrogante y superior.

Comenzamos a llevar a las hembras a recorridos por la ciudad. Bueno, en realidad, tuvimos que rogarles y medio arrastrarlas para que vinieran. Comencé a llamarlas reinas. Había encontrado esa palabra en un antiguo libro de la Tierra. Significaba mujeres que gobiernan con arrogancia y actúan de manera superior. ¡Reinas!

En el cuarto día de la Operación Domesticar, quise liderar un recorrido para la de ojos grises y otra que llamábamos Chillona porque gritaba mucho. Era un poco más grande que Ojos–Grises, con una tenue pauta rayada en su pelaje marrón.

Una brisa cálida de la mañana agitaba la carpa, y los guardias nos saludaron.

—¡Chek–ooo! —llamé—. ¡Buenos días! ¡Vamos!

Los niños saltaron y corrieron para agruparse junto al bosque. Las reinas no se movieron. Ojos–Grises estaba

sentada en una esterilla. Tomé su mano de piel dura y tiré suavemente, manteniendo mis dedos alejados de sus garras.

—Vamos, será divertido. Incluso te daremos la cena.

Al principio me ignoró, pero finalmente se levantó. Le di su mano a Piotr, que a menudo me acompañaba en los recorridos junto con algunos guardias. Era nieto de Tatiana, tenía dieciséis años, pero su trabajo real era hacer de mensajero y conseguir más ayuda si la necesitábamos.

Chillona retrocedió unos pasos cuando me acerqué y dijo algo desagradable.

—No has visto nuestra ciudad —dije—. Bueno, vuestra ciudad también.

Tomé su mano y no la dejé apartarla.

—Sabes que no te haremos daño. ¡Kak, kak! Es hora de irse.

Tiré. Tiré con más fuerza. Otra reina dijo algo, y tuvieron un breve *y* hostil intercambio.

Luego Chillona comenzó a moverse.

Comenzamos a caminar hacia la puerta, y dos guardias se quedaron atrás. Chillona dio un par de pasos rápidos solo para mostrar que podía eludirnos a todos si lo intentaba.

Pero cuando atravesamos las murallas, se detuvo en seco y se quedó mirando.

—¡Eh, es hermosa! Te lo dije. Vamos, te mostraremos más.

Los niños habían puesto letreros en vitreo en los edificios para darles la bienvenida. «Clínica». «Casa de Reuniones». «Centro de Regalos». «Baños». «Casa de Comidas». «Museo de Hacedores de Vidrio». Pero las reinas parecieron no advertirlos. Ojos–Grises le gruñía ocasionalmente a Chillona, y Chillona gruñía en respuesta. No hubo ninguna reacción, hasta que finalmente inspiraron profundamente en la cocina. Estofado de cangrejo ciervo con cebollas. Olía genial, e hice que los cocineros le dieran a cada una un cuenco, que devoraron, y cuando terminaron, Chillona arrojó el suyo al suelo.

¡Había reaccionado! Claro, pensé, tonta de mí, como Ojos–Grises ya había visitado la ciudad, es posible que no estuviera impresionada, pero esta era la primera vez de Chillona, y captamos su atención. Le gustaría el museo. Fuimos allí y abrí la puerta. Está lleno de piezas de maquinaria, platos antiguos, una taza de acero, retazos de tela y otros artefactos que son bastante asombrosos. Lo mejor de todo, hay un diorama de la ciudad en ruinas en una de las salas del edificio, y en otra sala hay una galería de las dos docenas de retratos de cerámica de los hacedores de vidrio del cementerio, todo etiquetado en vitreo y en pacifista.

Chillona vería que se los honraba y que eran nuestros amigos, o al menos que podrían ser nuestros amigos.

Entramos, nuestros pasos resonando, y señalé el diorama y la galería con todo el entusiasmo que usaría para enseñar a un grupo de niños pequeños.

—Estamos especialmente orgullosos de estos. —No podían entender, pero era el ruido y el gesto lo que contaba. Esta era vuestra ciudad, y puede ser vuestra ciudad de nuevo.

A ella no le importó. No creo que mirara nada. Con esas caras que nunca se mueven, ¿quién podría saberlo? Decidí saltarme la Galería de Harry a unas cuantas casas de distancia, otro homenaje a los hacedores de vidrio. A ella no le importaría y, además, los niños y los gatos estaban esperando para bailar para ellos. Nuestro mensaje no podía ser más claro: Queremos ser vuestros amigos, así que domesticaos. Y su respuesta era clara: Morios.

Pero mientras observaba a los niños y a los gatos cantar y bailar, pensé en ver las cosas desde el punto de vista de las reinas. Después de todo lo que había sucedido, el ataque y las muertes y ahora tener que vivir desnudos en una tienda de campaña fría, era probable que Ojos–Grises odiara mis entrañas.

Los niños y los gatos terminaron el espectáculo para Ojos–Grises y Chillona, una gran actuación con algunas acrobacias sorprendentes. Todos nosotros, los pacifistas, aplaudimos y vitoreamos. Las reinas podrían haber sido estatuas. Un niño con expresión solemne les trajo collares de flores y dijo lo mejor que pudo en vitreo:

—Cong–wee, cong–wee.

Los colocamos alrededor del cuello de las reinas.

Más tarde, en una reunión del Comité en la Casa de Reuniones, dije:

–Ojos–Grises olfateó las flores. Rosas, realmente fragantes. Y Chillona dijo algo como rotrotrotrot. Y eso fue todo lo que conseguimos de ellas, que no fue prácticamente nada. Las llevé de vuelta a la tienda. Luego, todas las reinas comenzaron a gritarse entre ellas.

—Estaban revisando la visita —dijo Bartholomew—. No están de acuerdo en sus interpretaciones de los eventos. —Bartholomew se pasaba la mayor parte del tiempo en la tienda, observando y listo para comunicarse si querían intentarlo, pero no lo hacían—. Creo que Chillona tiene una opinión especialmente divergente.

—No se domestican muy rápido —dijo Cedro—. Separé a las obreras y a los mayores esta mañana en corrales diferentes. Pensamos que eso ayudaría.

—Ayudó, ¿no? —dijo Kung—. Menos peleas, más peleas justas. Y pelean las mismas, las mismas contra otras, otras concretas.

—Cierto, hay facciones —dijo Cedro, y luego imitó a Bartholomew—: Opiniones divergentes. Especialmente Manta a Cuadros, pero ¿qué esperabas?

—Entonces, separémoslos un poco más —dije—. Las diferentes facciones de mayores, como esa.

—Claro —repuso ella—, tráeme gente para construir corrales. Pero todos están trabajando en los campos, y bien que hacen, porque tenemos campos que cuidar. No tenemos suficiente gente para que esto funcione.

«Llevará tiempo», dijo Stevland, «pero las recompensas serán grandes».

—¿Cuánto tiempo? No somos tan lentos como las plantas.

Stevland respondió después de una pausa. Había estado muy callado últimamente, probablemente pensando, como solía hacer Tatiana.

«La inteligencia dificulta las predicciones, pero solo hay un resultado inteligente».

—Hay muchos resultados estúpidos —dijo ella.

«Actuando inteligentemente limitamos las oportunidades para la estupidez, como podar un árbol para dirigir su crecimiento».

—Necesito muchos más podadores si vamos a hacer que esto funcione —dijo Cedro. Algunos cuentas asintieron.

Después de una pausa, Stevland respondió:

«Sugiero dejar cojos a aquellos hacedores de vidrio inclinados a pelear para limitar su capacidad para caminar y dar patadas, tal vez atándoles las patas traseras».

—Se desatarán.

«Pegad el nudo».

Cedro se ruborizó. Supongo que no quería quedarse atrás frente a Stevland, y sabía que necesitaba mantener la reunión en movimiento. Si no le gustaba la Operación Domesticar, estaba bien, todos tenemos opiniones, pero estaba empezando a recordarme a una reina.

—Pondremos a trabajar a los curtidores en esto —dije—. Tienen algunas pieles viejas y pegamento resistente. Flora, ¿puedes trabajar con ellos?

—Debes saber —informó Cedro— que va a haber tormenta mañana. Estarán ahí afuera bajo la lluvia. No les gustará.

—Se les traba, cooperan, consiguen un techo —dijo Kung—. Puedo construir techos, techos de paja, separados, y los separaremos rápido de esa manera. Comportaos bien, os mantendréis secos.

«Ofrecer recompensas por buen comportamiento será un paso importante hacia la domesticación», dijo Stevland, y Kung sonrió. «Los médicos y yo hemos concluido que se comunican por el olor utilizando feromonas y varios productos químicos volátiles. Esto explica la relativa pobreza de su lenguaje hablado. Durante las autopsias descubrimos que sus órganos olfativos son enormes, y tienen glándulas significativas para la creación y difusión de olores. Sus habilidades sensoriales superan ampliamente las vuestras y las mías, por eso no habéis notado estos olores, y debo desarrollar órganos más sensibles rápidamente. Debemos analizar y aprender su lenguaje químico».

—Quizás también haya un lenguaje de golpes —dije, esperando que la gente se riera. Lo hicieron.

«La violencia es una forma de comunicación entre los animales, aunque vuestras habilidades para comunicaros hacen que la violencia sea demasiado burda para las relaciones sociales cotidianas».

—No tienen tantas reglas —dijo Bartholomew.

—Podrían ser simplemente desagradables por naturaleza —dijo Cedro.

—Quizás su orden social se ha desmoronado —dijo Marie diplomáticamente—. Se necesitan muchas cosas para mantener una sociedad. He estado pensando en eso. Todos están enfermos, incluso los niños. Tienen muchas enfermedades crónicas y lesiones que no han sanado bien. No hay suficientes niños, y probablemente no haya suficientes hembras. Un desequilibrio en las obreras y los mayores. Cedro, ya ves cómo se comportan. Están enfermos y su población está desequilibrada. ¿Pero por qué? Podemos tratar sus síntomas, pero no podemos curarlos si no sabemos por qué. Podría ser ambiental, como una toxina en el entorno o deficiencias nutricionales. Podría ser una epidemia. Nye y yo contamos más hacedores de vidrio el otoño pasado. Se están muriendo. Necesitan ayuda.

Se la veía más enferma, pero parecía enérgica. Stevland me había dicho que las toxinas en su sangre actuaban como estimulantes.

Hubo algunos informes más: Los agricultores estaban tratando de ayudar a que los cultivos se recuperaran, pero algunos campos necesitaban ser replantados por completo.

Los cazadores estaban demasiado ocupados custodiando a los hacedores de vidrio como para poder hacer su trabajo, por lo que los cocineros usarían carne seca o sustitutos de

carne. No hubo informes positivos. Algunos de nosotros nos quedamos después para recibir una lección sobre cómo hacer sonidos de hacedores de vidrio. ¡Waaak! ¡Tsee! ¡Chik–a–chik–a–ugh! Pero todos estábamos cansados y pronto nos fuimos a casa.

Mientras caminaba por la ciudad, las hojas de Stevland susurraban en el viento sobre mi cabeza. Las plantas también se cansaban, al igual que yo, y él seguía negociando con la otra vegetación para seguir fabricando estupefacientes en dosis más refinadas, y las plantas con las que tenía que lidiar no necesariamente eran cooperativas ni inteligentes. Imagina una planta como Cedro.

Por tanto, los hacedores de vidrio todavía eran prisioneros. No simbiontes. Ni socios. Ni domesticados. Nada parecido a esa amistosa mutualidad. Necesitábamos ser pacientes, pacientes, pacientes. Maldición, iba a convertirme en la reina de la paciencia.

Bueno, esa era la situación en el cuarto día de la Operación Domesticar, una cálida mañana de primavera, altas nubes de tormenta en el horizonte, murciélagos cantando «¡Viene la lluvia!» sobre nuestras cabezas, las calles llenas de gente comenzando su día o terminando su noche. Ni siquiera trabajamos tan duro durante la cosecha. Algunos niños marcharon por la calle, llevando leña a sus espaldas. Parloteaban como hacedores de vidrio: «Curtlcurtlcurtl». Tal vez era un juego para ellos, pero deberían de estar en la

escuela aprendiendo a multiplicar, y cuando entregaran su leña, tendrían que ir a trabajar en los campos mientras los adultos vigilaban a nuestros prisioneros.

Me encaminé a la panadería para ayudar a entregar pan. Una forma de domesticar a un animal, decía Stevland, era darle comida: pan, guisos, frutas, ensaladas, sopas, té, asados, cualquier cosa que tuviéramos.

La panadería olía a dulce humo y pan, todo maravilloso. Los tres panaderos estaban hasta los codos en masa. Todos los hornos estaban encendidos. El sudor hacía que la camisa de Nye se pegara a sus brazos y espalda mientras sacaba bandejas de piedra con pan de nueces del horno para los hacedores de vidrio. No sabía que tenía músculos así. Levantar, amasar, cargar bolsas de harina y grano, todo sumaba, supongo. Los otros dos panaderos, cuando me fijé, también tenían brazos y hombros fuertes.

—Naturalmente, nos quedaremos sin trigo —dijo una de ellos. Estaba dando forma a panes a partir de una masa del tamaño de un niño de cuatro años.

—De todos modos, nos habríamos quedado un poco cortos de trigo —dijo el panadero principal mientras moldeaba empanadas de lentejas.

—¿Cortos? —dijo ella— Tenemos suministro para diez meses, o al menos lo teníamos antes de tener que alimentar más bocas.

—Cinco días, once sacos de harina. Haz los cálculos. Si esta cosecha no llega, nos faltará.

—Leña también —dijo la mujer—. Necesitaremos leña extra.

El panadero principal levantó la vista, y su cabeza calva se arrugó cuando alzó las cejas.

—Y quizás un par de manos extra. Una cosa es trabajar todos los días, pero ¿desde el amanecer hasta el atardecer? Soy demasiado viejo para eso.

—Un aprendiz —respondió la mujer—, ¿Qué tal esa chica, Gema? Ya es lo suficientemente mayor.

—A Gema le gusta cocinar, no hornear —dijo el hombre. No es lo mismo.

Nye finalmente dijo algo.

—Una obrera. Una obrera hacedora de vidrio. Son inteligentes. Son rápidos.

Todos lo miramos. Él metió las hogazas de pan de nueces en una cesta. Habían sido horneadas a la perfección.

—Creía que no te gustaban —dijo el panadero principal.

—Que no me gusten no importa. Es lo que necesitamos. Tenemos que hacer que sean parte de nosotros. Eso significa que tienen que hacer lo que hacemos. Trabajaré con ellos, les enseñaré, comeré con ellos, hablaré con ellos. Porque tengo que hacerlo.

Nadie dijo nada durante un rato, luego el panadero principal dijo:

—Ya saben cómo hornear. Hacen pan. No les llevará mucho acostumbrarse a este lugar.

—Sí, un hacedor de vidrio —dijo la mujer.

—Bueno, eso es mutualismo —dije yo—. Queréis leña y un trabajador, y eso es lo que tendréis.

Les sonreí, especialmente a Nye. Él me ayudó a poner panes en una cesta para las reinas y los niños.

Salí de la ciudad por la puerta principal de la muralla. La manteníamos medio cerrada por si acaso. Era agradable estar afuera, ver la muralla de ladrillo esmaltado de la ciudad y el bambú arcoíris que se alzaba en su interior como un jardín gigante, y entendí por qué querían expulsarnos de allí. Era una ciudad hermosa.

Al otro lado del río, los mayores y las obreras tropezaban dentro de sus corrales, cercados por anchos setos de zarzas y espinas. Los guardias, incluyendo a Cedro, los observaban, arcos en mano, respaldados por más vigilantes en el lado opuesto del río, y Flora hablaba con los guardias, señalando a individuos para ponerles las ataduras. Kung salió del bosque con un montón de hojas de palma, paja para los techos.

Plumas de águila. Iba a tener que premiar con un montón de plumas de águila cuando esto terminara.

Necesitábamos encontrar a un trabajador para que se convirtiera en aprendiz de panadero. ¿Cómo?

Traté de no mirar el jardín de los niños pisoteado y los campos embarrados que solían brillar llenos de tulipanes. Stevland había dicho que las plantas se recuperarían rápidamente con nuestra ayuda y serían más leales que nunca, ya que habíamos demostrado que nos preocupábamos por ellas, especialmente las piñas. Esperaba que así fuera. Me sentía realmente pequeña cuando miraba los campos y el bosque a nuestro alrededor. ¿Y si todas las plantas decidieran que no les gustamos? Sabían qué hacer.

La tienda de las reinas tenía esteras en el suelo y comida. Sin ropa, sin muebles, nada extra, y pronto iba a llover y hacer frío. ¿Querrían sus mantas de vuelta? Les explicamos en una carta que solo tenían que pedirlas. La carta seguía en

el suelo, según sabíamos, sin leer. Pero alguien entre los hacedores de vidrio sabía leer y escribir, eso lo sabíamos. Todo lo que tenían que hacer era comunicarse. Ni siquiera estar de acuerdo, solo garabatear una nota. Solo preguntar. Solo llamarnos idiotas. Cualquier cosa. Malditas reinas.

—¡Chek–ooo, Bartholomew! —grité al entrar en la tienda.

—Eso es cuestión de opinión —respondió él. Estaba sentado en una estera jugando una partida de go consigo mismo. Las reinas hablaban entre ellas y no parecían mirar en nuestra dirección, ni siquiera cuando coloqué la cesta de pan en el centro de la tienda. Los niños se acercaron corriendo a coger panes en cuanto me alejé.

—Todavía me ignoran como si fuera un pedazo de mierda —dijo Bartholomew.

—La mierda es un regalo. Pregúntale a Stevland. Tú eres un regalo para los hacedores de vidrio. Simplemente no lo ven.

Un niño recogió la carta del suelo y pareció a punto de romperla, un niño aburrido buscando algo que hacer. Eran realmente lindos, esos niños, con suaves rizos y cabezas un poco desproporcionadas, como los niños humanos. Chillona chilló algo. El niño dejó la carta en el suelo. Un gato saltó y dio una voltereta. A los gatos también les gustaban los niños. Los niños y el gato comenzaron a jugar al corre que te pillo.

—No quieren admitir que existimos —dijo Bartholomew—. Pero esta mañana dos de ellas se levantaron y salieron de la tienda hacia la puerta de la ciudad. Querían ir a algún lugar, obviamente, bien, así que las escolté y fueron directamente al museo. No prestaron atención durante la primera visita, o eso creimos, pero eso fue una fachada falsa, porque sabían exactamente lo que querían ver esta vez, y fue la sección sobre el abandono de la ciudad.

—Bueno, eso es algo.

—Leyó en voz alta las etiquetas, esa. —Señaló a una hembra con una hilera de pelo negro rizado en la espalda, la que había sido más receptiva a la misión el otoño pasado—. Está escrito en vitreo y en pacifista, y riñeron por algo. Bueno, reñir es una palabra demasiado fuerte. Estaban molestas por algo. Tuvieron una discusión sobre algo. Estaban profundamente conmovidas por algo. ¿Sabes la etiqueta que comienza «Ciudad del Arcoíris fue fundada hace unos cuatrocientos años por viajeros espaciales como nosotros»? Volvieron enseguida y no han dejado de hablar desde entonces. Escucha.

—Se interrumpen mutuamente.

—Como siempre. En el museo se dice que habia mil hacedores de vidrio en la ciudad. Creo que eso es de lo que están hablando. Las he visto contar con los dedos. Están planeando algo, esa es mi conclusión.

Chillona cogió la carta y la agitó. Bartholomew y yo intercambiamos una mirada.

—Espero que no sea alguna estupidez —dije.

—No son estúpidas.

Siguieron hablando con sus rostros imperturbables, con sus voces chillonas, y la de los rizos en la espalda tenía mucho que decir. Coloqué algunas piedras de go para complicarle la partida a Bartholomew y escuché. Rizos agarró un pan y golpeó con él a Chillona en la cara. Luego gritó tan fuerte que me zumbaron los oídos.

—Les gusta la comida —dijo Bartholomew—. ¡Marie! ¡Buenos días!

Me giré, y ahí estaba ella, apresurándose hacia la tienda. La mañana no era fría, pero iba abrigada con jerséis de lana. Se la veía amarillenta y agotada.

—Buenos días, Bartholomew. ¿Cómo están comiendo? —Comen todo lo que les damos. —Bartholomew se levantó para darle un abrazo. Los verdes hacen eso.

—¿Incluso los guisos y las ensaladas?

—Les encantan los guisos.

—Bien. Stevland hizo algunos análisis durante la noche. Todos están desnutridos, gravemente desnutridos, más allá del punto de enfermedad. Están lisiados y atrofiados. Es... —Movió la cabeza—. Eso explica mucho. Os lo mostraré. Las reinas están tan mal como cualquiera, y son las líderes, supuestamente. No están en condiciones de liderar.

Las reinas seguían discutiendo e ignorándonos. Marie caminó directamente entre ellas y comenzó a señalar y hablar, gritando para hacerse oír.

—¡Mirad sus ojos! ¡Mirad las facetas individuales! ¡Algunas brillan y otras no! ¡Esta hembra, mira, está completamente ciega! —Era Ojos–Grises—. Esa, ¿ves esa zona grisácea alrededor de los bordes de sus ojos? ¿Ves lo ancha que es?

Me acerqué unos pasos y entrecerré los ojos.

—¿Así que solo ve con el centro? Eso ni siquiera es la mitad. Maldición.

Miré alrededor. Rizos tenía ojos que casi eran completamente brillantes. Y ella preparaba algún tipo de plan.

—Sí, ceguera —dijo Marie—. Pero es aún peor. Mira aquí, en la piel alrededor de sus ojos y su boca. –Ojos–Grises se estremeció bajo el toque de Marie como si un insecto se hubiera posado sobre ella—. Esas marcas que parecen arrugas en realidad son úlceras o cicatrices de úlceras. Hay más, pero no puedes verlas bajo el pelaje. Tienen los dientes

en la garganta, y en las autopsias que hice, los dientes estaban mal. Estos hacedores de vidrio no son como los del museo. Quiero decir, son los descendientes, pero su salud... Sus proporciones no parecen correctas. No hay suficientes ancianos, y si nadie llega a ser anciano, todos mueren jóvenes por algo. Si estás desnutrido, eres susceptible a todo tipo de problemas.

Señaló enojada la zanja estrecha que se usaba como centro de regalos.

—Hay sangre en algunas heces, y todo tipo de parásitos. Un simple purgante les vendría muy bien.

Se arrodilló frente a un niño, el mismo que había estado en coma por los tranquilizantes, y lo cogió de las manos.

—Mira a este niño. Los ojos ya están empeorando. El pelaje es fino, estas garras están malformadas. —Las lágrimas brillaban en sus ojos. El niño se movió nerviosamente.

Sentí que tenía que hacer algo.

—Estas llagas en las piernas no sanan —dijo Marie—. ¡Llagas ulceradas en un niño! —Tocó las articulaciones y el niño chilló. Las reinas habían dejado de hablar y Rizos se acercó para mirarla—. Articulaciones malformadas. Y odio pensar —las lágrimas resbalaban por sus mejillas— lo que esto significa para el desarrollo mental. A nosotros nos resulta difícil mantenernos bien alimentados. Requiere todas

nuestras habilidades y mucha ayuda de Stevland. No estamos hechos para este planeta, pero podemos conseguir lo que necesitamos.

Empezó a sollozar, demasiado enferma para contenerse.

—Podemos ayudarlos. Podemos lograr que los hacedores de vidrio estén bien. Si nos dejan.

Me arrodillé y la abracé. Esas palabras me impactaron: Si nos dejan. ¿Por qué estábamos esperando a que ellos decidieran? Esto era una amistad forzada. Nosotros decidiríamos lo que sucedería. Los haríamos aceptar la ayuda. Nosotros éramos los que estábamos a cargo, y las malditas reinas tenían que acostumbrarse a la idea, cuanto antes mejor.

Entonces inspiré profundamente. La ira no ayudaría.

Rizos estaba diciéndole algo a Bartholomew.

¡Se comunicaba! Aunque no podíamos entender lo que decía.

Él cogió una pizarra y comenzó a escribir.

—Ella estar triste —leyó en voz alta, señalando a Marie—. Todos vosotros estar enfermos.

La mostró a Rizos, quien la estudió, siguiendo las líneas de escritura con un dedo. ¡Sabía leer!

Él escribió un poco más.

—Necesitáis comida buena. Estamos tristes porque vosotros estar enfermos. Nosotros dar buena comida.

Rizos lo leyó y se volvió hacia las demás y comenzó a gritarles de nuevo. Bartholomew me miró y guiñó un ojo.

—¿Quieres hablar? —le grité a Rizos. Si les gustaba discutir, yo también podía hacerlo—. Quiero escuchar. ¡Chek–ooo! ¡Kak! —Ella se volvió hacia mí—. Bartholomew, dile... no, oblígala a que venga a hablar conmigo en la Casa de Reuniones. Cara a cara. Tengo cosas que decir.

—¿Obligarla?

Hice un gesto hacia el bambú arcoíris que nos rodeaba.

—Es hora de ser amistosa de manera agresiva, ¿verdad, Stevland? Ella y yo, sin más juegos estúpidos. Vamos a convertirnos en las mejores amigas. A partir de ahora.

Bartholomew miró en dirección a Marie.

—Supongo que es hora de intentar algo diferente.

—Tráela. —Yo era co–moderadora. Podía dar órdenes.

Acompañé a Marie a su casa para que descansara, aunque ella no quería, y luego fui a ver a Stevland en la Casa de Reuniones.

—Eh, agua y sol. Voy a forzar la amistad. Se acabó ser amables.

«Calor y comida». Pausa. «Eres una persona agradable, y esta nueva táctica promete, pero no te gustará la promesa que hice».

La puerta estaba abierta, así que no nos estábamos reuniendo en secreto, pero nadie había venido a la Casa de Reuniones. Todos tenían demasiado trabajo que hacer.

—Siempre te apreciaré. —Me senté. Su alegría probablemente era solo fachada, igual que la mía.

«Les prometí a los naranjos que los talaréis».

—¿Qué? Maldición, nunca entenderé a las plantas.

«No desean ser talados. Pero tampoco desean producir amentos nutritivos para los hacedores de vidrio, que necesitan ácido ascòrbico y tiamina, con cobre. Puedo transferir cobre a los naranjos para este propósito. Podéis cosechar a niveles que aún permitan la polinización. Pero se niegan a fortificar sus amentos. El equivalente animal es un león desafiando al amaestrador de fips».

—¿Al amaestrador de fips Stevland?

Lo dije en broma. Él respondió lentamente.

«Quizás no hice una analogía perfecta, aunque la imagen que evocaste es humorística. Su comportamiento es perverso. El cobre adicional permitiría una producción mejorada de enzimas citocromo y plastocianina en sus cloroplastos. Se beneficiarían de esta actividad. Se niegan porque los naranjos son naturalmente insubordinados. Rutinariamente se niegan a unirse a nosotros, otras plantas, en sincronía para compartir polinizadores o mantener frugívoros para la dispersión de semillas, quizás porque crecen en la sombra y no necesitan negociar por derechos de dosel arbóreo. Pero no les falta inteligencia. Verán que les conviene ayudarnos».

Al menos yo sabía lo que era un cloroplasto.

—Si los talamos, no podremos cosechar nada.

«Sugiero recortar uno de los naranjos hasta el nivel del suelo, lo cual se acerca a la barbarie, pero es necesario. Y debemos actuar rápido. Sus amentos están brotando ahora. Si recortas el árbol severamente, sufrirá, pero no morirá, y todo el bosque se asustará. No tenemos tiempo para esperar. Los hacedores de vidrio han estado enfermos durante mucho tiempo, y si podemos hacer que sanen, serán más receptivos. Verán que les deseamos el bien, y que compartir sus vidas con nosotros es beneficioso para todos. Debemos apelar a la inteligencia de los hacedores de vidrio.

He observado que es más fácil someter a las criaturas inteligentes bajo control, porque pueden prever los resultados de sus acciones a largo plazo».

—¿Control? —Tatiana había dicho que él quería demasiado control sobre nosotros.

«Exactamente. Con muy poco esfuerzo, vosotros, los humanos, y yo pudimos establecer el mutualismo, lo que implica control mutuo. Soy una criatura social, por lo que someterse al control social es algo deseable. Los hacedores de vidrio se someterán, pero debemos actuar rápidamente. Estoy cansado. Sé que tú también lo estás. La salud de Marie está fallando. Debéis talar un naranjo esta mañana. La madera es muy útil. Puedo dirigir a un leñador al árbol óptimo para asustar a los naranjos».

Eso no sonaba demasiado aterrador, al menos la parte del control mutuo.

«Quizás el leñador pueda llevar un león», dijo. «Los árboles temen a los leones. Los leones comen raíces. El equivalente animal es alguien atacando tu cara. Ni vosotros ni los hacedores de vidrio sois nativos de Pax. Por esa razón, no prosperáis naturalmente. He trabajado duro para manteneros saludables, y sin ayuda, los hacedores de vidrio están fracasando. Pero cuando vivieron aquí anteriormente, no fui capaz de ayudarlos como lo he hecho con vosotros. La desnutrición pudo haber llevado al colapso de la ciudad, si,

como especula Marie, conduce a la ruptura social. No lo sé. La ignorancia es otro tipo de desequilibrio. Solo puedo hacer conjeturas generales sobre sus necesidades, pero estamos aprendiendo muchas cosas rápidamente».

Fuera, empezó a llover. Pensé en cerrar la puerta, pero entonces estaríamos solos.

—Bien. Las reinas, bueno, lo viste. Están tramando algo.

«Se dan cuenta de que la situación es completamente inesperada. Esto puede brindarnos oportunidades para comunicarnos y crear nuevos equilibrios. Bartholomew ha persuadido a una reina para que venga. Creo que sus gritos y su furia eran fingidos. Los humanos son excepcionalmente buenos disimulando».

—Cierto. Yo también puedo gritar.

«Debéis equilibrar su comportamiento. Creo que este será un momento crucial. Corrección. Espero que sea un momento crucial. Todos nos beneficiaríamos si el estancamiento actual terminara de manera positiva».

—Equilibrio, equilibrio, equilibrio.

Oí la voz de Bartholomew:

—Aquí es donde vamos. Aquí. ¡No, aquí!

—¡Chek–ooo! —dije.

La reina y una obrera entraron y se detuvieron.

—¡Pasa! —dije, haciéndole señas. Bartholomew la instó desde atrás, sosteniendo un paraguas de hojas de palma, y ella se acercó, la obrera la siguió. Incluso desde el otro lado de la habitación, pude ver que la obrera estaba enferma y un poco ciega, ahora que Marie me había enseñado en qué fijarme.

Rizos miró alrededor.

Bartholomew se sentó en la mesa con un poco de teatro para demostrar cómo hacíamos las cosas en la Casa de Reuniones. Ella se acercó unos pasos.

—Insistió en traer a la obrera. Eso es lo que llevó tanto tiempo.

—No hay problema.

Cogí una pizarra y un pincel.

«Nosotros proponer amistad. Nosotros hablar del futuro. Yo Lucille», escribí fonéticamente lo mejor que pude, «y líder de la ciudad».

Me volví hacia Bartholomew. No era buena escribiendo.

—¿Está bien la gramática?

—Casi.

Corrigió una palabra. La reina inclinó la cabeza para mirar. Yo seguí sentada, a la altura de sus grandes cuerpos, al alcance de sus manos de cuatro dedos y garras.

—Bien —le dije—. Dime lo que piensas.

Empujé los materiales de escritura hacia ella. Ella los miró. Hizo un sonido que parecía ser de desacuerdo.

Me levanté.

—Diablos, no podemos esperar eternamente, ni vosotros ni nosotros. Tenemos que hacer algo. —Hice un gesto de nuevo hacia el pincel, la pizarra y el tintero, y lo más majestuosamente posible, dije—: Escribe algo, maldita sea. Estás sola, no tienes que discutir con las otras reinas, solo conmigo.

Ella miró con recelo los materiales de escritura. Recogió el pincel como si fuera una herramienta desconocida, probando cómo sostenerlo en sus cuatro dedos, dos de ellos pequeños y enfrentados, los otros dos rectos pero articulados como los dedos humanos. Una rígida línea de carne, parecida a una uña, cubría el dorso de sus dedos. Las cutículas a lo largo de ellos se habían retirado en algunos lugares y tenían costras frescas. Empezó a escribir muy despacio y formó las letras temblorosamente, como si nunca hubiera escrito mucho.

«Vosotros robáis cosas nosotros».

Traducción: Habíamos tomado todas sus posesiones. Cierto.

—Escribe esto —le dije a Bartholomew. Podía escribir más rápido y mejor que yo—. No las retendremos. Sabes que queremos amistad, no peleas. Podemos compartir la ciudad.

Ella leyó las palabras y murmuró algo, luego se sentó en un banco, con las piernas debajo de su cuerpo. La obrera se sentó en el suelo junto a ella, muy cerca.

«Quizás vosotros no necesitar amigo», escribió. Juro que escribió la palabra «amigo» con desdén.

Stevland respondió.

«No, nosotros no necesitar. Nosotros no necesitar arte. Nuestro arte hacer amigos de vosotros». Era un juego de palabras, ya que «arte» y «necesidad» se escribían casi igual.

Bartholomew señaló el tallo de Stevland. Rizos miró y dijo algo como «¡Eep!». Asintió y giró la cabeza. Los dientes rechinaban en su garganta. La obrera se acercó más a ella.

En vitreo, Stevland continuó:

«Yo ser Stevland. Tus antepasados conocer a mí. Yo complacido quizás en llamar a ti».

Traducción: ¿Cuál es tu nombre? Ella le señaló y me miró, y comenzó a decir algo, pero se detuvo.

Asentí.

—Stevland —dije, señalando—. Lucille. Bartholomew.

La señalé a ella. Ella dijo algo como «Veo vosotros». Eso es lo que repetí, de todos modos.

«Tú elegiste inteligencia para compartir ciudad de nosotros», escribió Stevland. «Tú estar enferma. Tus hermanas estar ciegas. Vuestros hijos temblar de hambre. Os alimentaremos. Os sanaremos».

Ella resopló. Con sus delgados dedos llenos de costras, sumergió el pincel en la tinta y comenzó a escribir, tal vez la palabra «nosotros», pero la tachó y escribió de nuevo, lentamente, construyendo la palabra con esfuerzo:

«Esclavos».

Cogí un pincel y escribí:

«No. Nunca esclavos».

¿Pero por qué? Miré a Bartholomew.

—Explícale la ley.

—Nuestras escrituras —escribió Bartholomew en vitreo y leyó en voz alta en pacifista— nos ordenan igualdad. Sin esclavos. ¿Te gustaría leer nuestros libros?

Se levantó y cogió la copia original de nuestra Constitución de una mesa donde estaba enmarcada bajo cristal y la colocó ante ella.

—Puedo traducir para ti.

Ella se inclinó para mirarla.

Nye entró llevando una bandeja. No me lo esperaba. Estaba llena de comida.

«Calor y luz del sol, Nye», dijo Stevland en vitreo. «Le pedí a Nye que trajera comida».

«Vosotros devolver armas nosotros», escribió ella, aparentemente ignorando a Nye.

Pensé en cómo explicarlo, pero Stevland se adelantó:

«Armas ser con igualdad; lo entenderás, porque también creemos en la precaución, y vosotros intentáis matarnos».

«Nosotros. Tú ser planta», escribió, y lo dijo en voz alta. Creo que entendí el chillido para «ser».

«Yo ser igual», dijo Stevland.

Ella resopló nuevamente mientras Nye colocaba frutas areolas, crema de nueces, carne, verduras asadas y té reddog en la bandeja. Hay mucha vitamina C en el té reddog.

Le mostré cómo tomarlo; yo no había desayunado y tenía hambre. Ella dudó, pero pronto bebió delicadamente el té de un pequeño tazón. Nye se sentó junto a la obrera y le sonrió, ofreciéndole un plato de verduras. Rayas grisáceas marcaban sus ojos, y cicatrices arrugadas brillaban en sus codos sin pelo. Sus garras crecían pequeñas y enrolladas, como una uña después de golpearla y crecer de nuevo. Le expliqué a Nye lo que significaba eso.

Él se quedó mirando al suelo durante tanto tiempo que Os–Veo lo advirtió. Finalmente, se volvió a mirar a la obrera.

—Stevland, dime qué darles de comer y lo haré.

«Pregúntales qué desean comer, y yo te ayudaré a hacerlo saludable. Comerán más si les ofrecemos alimentos que consideren deseables», respondió Stevland.

Bartholomew dejó su plato, tomó una pizarra y transmitió las preguntas de Nye a Os–Veo. ¿Más dulces? ¿Más sal? ¿Cebollas asadas? ¿Carne? ¿Qué les gusta a los niños hacedores de vidrio? Las preguntas parecieron molestarla.

«Nosotros querer ropa de nosotros», dijo ella.

—Espera —dije—. Estábamos esperando que lo pidieras. —Me levanté y saqué mantas de un baúl junto a la pared—. Coge las tuyas.

En lugar de eso, ella tomó un plato de carne de cangrejo ciervo asado, lo olió profundamente y luego lo miró. Después de un momento, me di cuenta de que las palabras de los hacedores de vidrio para diferentes alimentos decoraban el borde. Dijo algo en voz baja. El aire pareció volverse un poco más dulce. ¿Una palabra olorosa?

Cogió un punzón.

«Quizá nosotras no estar de acuerdo todas».

—Es una gramática complicada —dijo Bartholomew—, Tal vez no todas estemos de acuerdo entre nosotras, ha dicho. Es decir, las reinas discutirán, como de costumbre. Y eso nos plantea una situación interesante. O más bien, resalta la situación existente. Las hemos visto pelear entre ellas. ¿Necesitamos tratarlas a todas por igual? ¿O dividimos y conquistamos?

—Dile que aquellas que estén de acuerdo no solo obtendrán ropa y comida, obtendrán refugio.

Bartholomew me miró con una ceja levantada.

—Bueno, dije agresiva, ¿no? Va en serio. Cooperas y obtienes una casa. Mirad esa lluvia. —Alcé una manta—. ¿Esta

es tuya, Os–Veo? ¿Kak? ¡Casa, manta, refugio, comida! Incluso os dejaremos trabajar. ¿Conoces a alguien que quiera ser panadero? ¿Qué tal esta manta? ¿Sí? ¡Tseee! Aquí está.

Me acerqué y, tratando de actuar como si fuera un gran honor, y lo era, coloqué la manta verdigris sobre su cuerpo.

Un momento crucial.

Bartholomew comenzó a escribir.

«Quiero nosotros una casa», respondió ella antes de que él pudiera terminar.

Cedro entró corriendo, goteando.

—¡Me han dicho que está hablando!

Decidí asumir que le gustaría la nueva política de amistad agresiva, aunque probablemente no sería así. Arrojó su impermeable a un perchero junto a la puerta, se acercó como una amaestradora de fips que afirmara su estatus y comenzó a leer por encima de mi hombro.

«Quizás definir “nosotros”», escribió Bartholomew. «Nosotros decir familia».

—¿Cuántos? —preguntó Cedro. Yo estaba a punto de hacer la misma pregunta, pero sin su ansiedad, y Bartholomew ya lo estaba escribiendo sin mostrar ninguna ansiedad visible en absoluto.

«Tres mayores, cuatro obreras, dos niños. No atacar a vosotros», respondió Os–Veo.

—¿Por qué? —gritó Cedro.

«Ella ser quizás qué», escribió Os–Veo, volviendo la cabeza hacia Cedro. Traducción: ¿Quién se cree que es?

—Tú sabes lo que soy —dijo Cedro—. ¿Por qué no atacarán? ¿Qué te pasa? Trae, dame un pincel.

Cedro agarró el que Bartholomew tenía en la mano. Él no lo soltó. Os–Veo miró su pincel, erizó la fila de rizos en su espalda, luego sumergió la punta de fieltro en tinta y comenzó a escribir nuevamente. Despedía un aroma floral que yo conocía, pero no podía situar.

«Los que no tener madres atacar. Madres controlar cada familia, huérfanos más que familias y controlar con miedo a todos. Huérfanos ordenar atacar vosotros, tomar ciudad. Huérfanos quemar belleza de Stevland para dar miedo a vosotros. Ahora yo escapo de huérfanos, quizás lugar seguro, casa, comida, ropa, seco, cálido, descanso, paz, feliz», escribió lentamente.

Leimos en silencio, y finalmente Bartholomew aseveró:

—Eso explica mucho.

—Si te lo crees —dijo Cedro.

Os–Veo miró a Stevland, murmuró y escribió:

«Muchos morir cuando nómadas. Muchas madres. Volver nosotros o todos morir. Ciudad hacer vida saludable. Quizás». Eso era una pregunta.

—Os damos la bienvenida —dijo Nye con voz temblorosa, y me di media vuelta y vi que estaba leyendo el mensaje en vitreo en el tallo de Stevland. Nye puso un brazo alrededor de los hombros de la obrera y la abrazó. Parecía que iba a reír o llorar.

—Si las familias son tan pequeñas, eso nos deja con muchos huérfanos hostiles —dijo Cedro, sin reír.

—Pregúntale: ¿Por qué cocinaron a Roland? —dijo Nye, realmente al borde de las lágrimas—. Pregúntale eso, por favor.

Bartholomew lo hizo.

Ella inclinó la cabeza ante él antes de escribir.

«Huérfanos decir vosotros comer muertos como águilas. Yo decir que no, y si no, vosotros vivir. Yo intentar con vara

musical, pero ser robada. Yo gustar música. Gustar comida. Gustar vosotros vivos».

Soltó el pincel y se rascó una llaga en el borde del ojo. Quise cogerle la mano y hacer que se detuviera. Quería agarrarla y bailar por la habitación con ella. Quise abrazar a Stevland, porque sabía que sentía lo mismo que yo, o abrazar a Nye o Bartholomew, pero no quería asustarla. En su lugar, le cogí el pincel a Bartholomew y escribí: «Amigos».

Ese había sido mi lema: ¡La *próxima vez, amigos!* Lucille, la fipogata perfecta, feliz, servicial, juguetona, amable. Servicial...

—Eh —dije—, todos los que están adentro son nuestros amigos.

Por supuesto, no era tan fácil. A Cedro le preocupaba que las casas de las reinas tuvieran que ser vigiladas porque no debíamos confiar en ellas, lo cual era cierto. Le preocupaba qué casas y dónde, y al final solo necesitamos tres porque la cuarta reina no quería entrar.

—Chillona dice que es una trampa —dijo Bartholomew, gritó más bien, porque la lluvia se había convertido en una tormenta con ráfagas de viento que hacían que la lluvia entrara en la tienda abierta. Chillona y su hija se acurrucaron en el lugar más protegido—. Dice que será una prisionera.

El agua entró en mi impermeable.

—Dile que ya es una prisionera. Si entra, será una amiga. Recuperará su ropa. Oh, demonios, traeré mantas para ella y la cría de todos modos.

Noté que al otro lado del río los techos de paja de Rung aguantaban bien la lluvia.

Esperaba que la reunión del Comité de esa noche se convirtiera en una celebración menor. Finalmente teníamos buenas noticias.

—Las obreras y las reinas de las familias han salido de los corrales. Menos peleas —dijo Rung.

—Sí, pero casi sesenta hacedores de vidrio huérfanos están ahí afuera odiándonos —dijo Cedro—. Y quizás otros treinta hacedores dentro de las murallas que también lo hacen, y no podemos poner grilletes bajo la lluvia. No deberíamos relajarnos.

«La cautela es muy aconsejable», dijo Stevland, «y sin embargo, hemos logrado un gran progreso en la domesticación. Si los huérfanos hubieran ganado, la barbarie habría envuelto la ciudad».

—Pensaron que éramos bárbaros —dijo Bartholomew—. La diplomacia valió la pena.

Le asintió a Marie, que había estado sonriendo desde que la desperté esa tarde y le dije la noticia.

—Deberíamos registrar este día —exclamó Daisy—. Este es el día en que finalmente los hacedores de vidrio regresaron a casa. Podemos tener música para conmemorar el éxito de la misión, estudios de astronomía para recordar nuestros primeros hogares...

—Concursos de tiro con arco —dijo Cedro, sin sonreír—. Los arqueros nos salvaron.

—No, sin armas —replicó Daisy—. Queremos celebrar la amistad, ¿verdad, Lucille?

—Así es. Y podemos celebrarlo ahora. ¡La Operación Domesticar está funcionando!

—Los arqueros están trabajando en este momento bajo la lluvia —dijo Cedro.

«Tal vez un festín», sugirió Stevland. «Una comida especialmente nutritiva en esta fecha para el próximo año. Todavía hay mucho por hacer. La comida será clave para la domesticación. Los naranjos informan que han reconsiderado sus objeciones a fortificar sus cápsulas. Mis puestos avanzados informan que el río está subiendo aguas arriba. Nuestra supervisión de los huérfanos se verá complicada por una inundación primaveral».

—Justo lo que necesitamos —dijo Cedro.

Así terminó una reunión feliz. Me detuve en la casa de Os–Veo cuando volvía a la mía. El guardia abrió la puerta y me asomé al interior. La reina estaba sentada en un colchón en el suelo cerca del fuego, envuelta en su manta y con su familia acurrucada alrededor. En una mesa quedaban los restos de una gran comida sabrosa y nutritiva. La habitación olía raro, no del todo dulce, algo que no podía nombrar, pero feliz. Un olor feliz. Ella giró la cabeza hacia mí.

—Chek–ooo —dije—. Siento molestaros. Solo quería daros las buenas noches.

Saludé con la mano. Os–Veo saludó a su vez, y su familia se unió a ella, diez manos ondeando sinuosamente hacia mí, cálidas, alimentadas, secas, alojadas, seguras y descansando pacíficamente bajo mantas suaves, felices... Esperé que se sintieran felices.

Yo sí me sentía feliz mientras me daba la vuelta para irme. El guardia cerró la puerta y me miró sonriendo, y nos abrazamos y reímos en la fría noche lluviosa, celebrando.

STEVLAND

El agua es vida. Así lo dicen las plantas, al menos. No he discutido creencias espirituales con los humanos, pero

celebran equinoccios y solsticios y hacen observaciones minuciosas de las estrellas, y cada estrella es un sol. Sospecho que los humanos tienen un profundo respeto no articulado por el Sol. La luz del sol es predecible, por lo que un sol es un objeto adecuado de veneración para seres cíclicos como los animales. El agua es venerada por las plantas, no debido a su necesidad, sino debido a su imprevisibilidad: inundaciones y sequías. Crecemos y cambiamos con el tiempo, y veneramos el agua.

Mientras Sol se pone, me preparo para el culto, no muy diferente del festival del equinoccio de primavera de los humanos. Nosotras, las plantas, celebraremos. Las lluvias de primavera llegaron, dejando el suelo profundamente húmedo, motivo de gran alegría, porque canalizamos el agua hacia arriba en brotes, y nuevas hojas y tallos se despliegan a medida que el agua llena nuestras células. Crecemos. La sensación es placentera, de hecho, jubilosa.

Los humanos recuperaron el control y, hace dos días, los hacedores de vidrio comenzaron a comunicarse con los humanos, solo algunos de ellos, pero la comunicación limitada llevará a una extensa comprensión mutua. El progreso ocurrió, el clima se volvió benévolo y el desastre dio paso al optimismo y a la gloriosa primavera. La primavera es la estación más impaciente, emocionante y exultante. Celebramos la vida.

A medida que cae la oscuridad, nosotras, las plantas, nos ocupamos del catabolismo y el crecimiento, pero tenemos energía de sobra para regocijarnos y hacer regalos. Envío carburo de calcio a mis vecinos, quienes tienen agua de sobra para descomponer las moléculas en acetileno, que luego se oxida con una deslumbrante explosión de energía, entretenida y nutritiva. La lucha con los hacedores de vidrio me dejó cansado y desanimado, pero estoy recuperándome y me siento feliz por compartir, porque la victoria vino con la ayuda de mis vecinos. No puedo expresar completamente mi felicidad y mi gratitud hacia ellos. Tenemos lluvia, tenemos paz, tenemos vida. Crecemos.

«¡Me han podado! ¡Me han podado!», cantan las lentejas. «¡Bien!», cantan los tulipanes. «¡Bien!». «¡Bien!». «¡Bien!». «¡Bien!». «¡Bien!». «¡Bien!».

Las piñas me envían isoprenos.

«Dijiste que a los humanos les gustarían los terpenos», dicen. «Toma. Hazlos felices».

Los isoprenos se pueden convertir en cualquier número de terpenos útiles, como sabores, vitaminas o fragancias. He estado aprendiendo el significado de algunos de los olores de los hacedores de vidrio, y los productos químicos son completamente familiares para nosotras, las plantas, como ciertos terpenos y alcoholes, por ejemplo. Cualquier planta

puede producir docenas, incluso cientos, de olores, dependiendo de su inteligencia y de la complejidad de sus flores y otras estructuras, y a menudo el olor es la forma en que nos comunicamos con lagartos y otros polinizadores. Los hacedores de vidrio pueden ser capaces de comunicarse con otras plantas además de mí. No sé si me gustaría eso.

El portavoz de los algarrobos me da una generosa cantidad de iones de zinc. «Buen trabajo, embaucador. Buenos animales, tus humanos. No olvides nuestro acuerdo».

«¿Hasta dónde queréis ir hacia el sur?». Envío suficiente carburo de calcio para hacer estallar una raicilla.

«Trasládame más cerca de animales útiles, lejos de ti».

Me doy cuenta de que no soy la única planta con raíz del humor.

«Nombra a tu animal útil».

«Fitch».

«Extinto». Debido al bambú.

«Lagarto geco».

«Lento, estúpido y venenoso. Perfecto para ti».

«Los humanos trabajan por pasto bonito, frutal y gigantesco. ¿Qué ven en ti?».

«A los que comen frutas les gustan las frutas bonitas», le digo. «Yo los trato bien».

Él me envía un poco de fructosa, azúcar de fruta. Yo envío xilosa, azúcar de madera. Incluso antes de que desarrollara una raíz del humor, comprendía que el azúcar es una sustancia cómica porque su estructura química es extremadamente quisquillosa. El algarrobo rara vez está de tan buen humor. ¡Azúcar!

Los sauces, las palmeras, el trigo, los ñames, incluso los naranjos, todos celebramos la promesa de una temporada productiva y desplegamos brotes para estar listos para la luz del sol de mañana. Las inundaciones de primavera son rutinarias y solo molestan a la mayoría de las plantas ribereñas, pero la vid de nieve de repente siente pánico.

«¡Los insectos se han ido! ¡Los insectos se han ido! ¡Los animales grandes se comen a los insectos! ¡La savia controla a dos animales! ¡Viene el agua, los insectos se han ido!».

No se da cuenta de que los insectos se pueden reponer. Sin embargo, comparto su preocupación. Los insectos con forma de copo de nieve alimentaron y drogaron a las obreras y a los mayores. Además, las inundaciones están creando problemas logísticos. Envío un poco de carburo de calcio a la vid de nieve.

«¡Más!», dice.

Así lo hago, y digo:

«El agua se va, los insectos regresan. ¿Las raíces están bien?».

«Las raíces están bien. ¡Los insectos se han ido! ¡Los animales grandes se comen a los insectos! ¡La savia controla a dos animales! ¡Viene el agua, los insectos se han ido! ¡Los insectos se han ido!».

«El agua se va, los insectos regresan. Felicidad esta noche, felicidad mañana».

Repito esto varias veces, condimentando mi mensaje con carburo de calcio, y finalmente, la vid de nieve se calma.

Las cebollas son apenas más verbales que los tulipanes, y no están festivas esta noche. No me importan mucho las hojas individuales, pero las cebollas codician las suyas porque su crecimiento proviene de un solo bulbo. Los pacifistas cosechan solo después de que las cebollas desarrollen bulbillos para la reproducción. Las cebollas sufrieron una depredación prematura por parte de los hacedores de vidrio hasta que el «pesticida» que sugerí hizo que dejaran de cosecharlas. Pero ahora sus campos bajos están inundados, lo que retrasará su crecimiento, si no las mata. Envío la mayor cantidad de oxígeno que puedo a través de mis raíces. Ahogarse es una forma lenta y dura de morir. Quizás los agricultores puedan

levantar muros para protegerlas. La lluvia terminó esta tarde, pero el rio seguirá creciendo durante varios días.

La vida entre los humanos avanza lentamente hacia el equilibrio. Nadie languidece enfermo o herido en la clínica esta noche. La crecida del río ha dificultado la supervisión de los hacedores de vidrio huérfanos, pero también los ha aislado. Están demasiado drogados para atravesar a nado el agua revuelta, y esto significa que los guardias pueden relajarse un poco. En general, los huérfanos se han estado comportando de manera más civilizada incluso sin grilletes, y algunos incluso han ayudado a recolectar alimentos, aliviando la carga de los humanos. Chillona, la hembra aliada de los huérfanos, ha suavizado un poco su hostilidad.

¿Pero es esto una auténtica domesticación?

—No podemos saberlo —está diciendo Cedro en la reunión nocturna del Comité—. Si les damos la espalda, podría ser la oportunidad que están esperando los huérfanos.

—Estoy de acuerdo —digo yo, y Nye pronuncia las palabras por mí—. La poda aún no se ha completado.

—¿Tú estás de acuerdo? —dice ella.

«La domesticación lleva tiempo».

Debería explicarlo más a fondo, pero mi atención se centra en el festival de las plantas. El algarrobo está utilizando

azúcares aldosa y cetosa para inventar un chiste sobre el agua. El remate es... ¡el agua es plana! ¡Como los copos de nieve! Pues claro, ¿pero quién lo habría pensado de esa manera?

—Necesitamos que sigan temiéndonos —dice Cedro.

Trato de encontrar una raíz atenta.

«El miedo podará sus acciones».

—No me puedo creer que estemos de acuerdo.

«Las acciones inteligentes son pocas. Es probable que estemos de acuerdo», digo, evitando preocupaciones más profundas.

No he revisado la salud de Cedro en mucho tiempo. Ojalá pudiera. Se está comportando de manera errática, y esto podría ser un anuncio de problemas más graves. He descubierto cinco casos de la enfermedad de Jersey desde su diagnóstico. Los pacientes informaron de comportamientos obsesivo–compulsivos. Cedro está obsesionada con los hacedores de vidrio. ¿Hay una manera de llevarla a la clínica?

«Todos buscamos una solución pacífica», digo.

—A veces hay que luchar —replica. Se levanta y camina para darle más énfasis a sus palabras—. No podemos mantenerlos drogados eternamente, y en cuanto tengan la

primera oportunidad, atacarán. Si fueran águilas, querrías exterminarlos.

«Las águilas carecen de ese nivel de inteligencia», digo, tras encontrar una raíz consciente. «Además, hay pocos hacedores de vidrio. La extinción es incivilizada. Cuando sea posible, ni siquiera las águilas deben ser eliminadas, solo desviadas para cazar en otro lugar. Comen cangrejos ciervo, que comen plantas, incluyéndome a mí, así que aprecio su nicho ecológico».

—Las águilas son lo suficientemente inteligentes. Usan el fuego. No seas un tulipán. Somos nosotros contra ellos, y hay cincuenta y dos huérfanos, y tenemos como máximo cien buenos luchadores, y los hacedores de vidrio son rápidos, por lo que tienen ventaja.

—Maldición —interviene Lucille— ¿Entonces, lo que estás diciendo es que los matemos ahora?

Ella, Cedro y yo podemos leer las cejas fruncidas, los movimientos de cabeza negativos, las miradas bajas, los pequeños gestos que delatan los pensamientos del resto del Comité. Nadie quiere matarlos. Bartholomew traduce para Os–Veo, que asiste a la reunión. Su reacción es impenetrable, aunque percibo un aroma cuyo significado desconozco.

—Esto es una estupidez —dice Cedro—. Podríamos acabar de una vez. No tenemos tiempo para sentarnos y esperar.

Tenemos que plantar. Tenemos que cazar. ¿Qué tienes para ofrecer? Esperar y hablar. Eso no es un plan. Las palabras nos llevarán a todos a la muerte. —Se sienta con fuerza, una muestra de ira desplazada.

Los pacifistas han estado cazando y trabajando en los campos. Han vuelto a plantar cultivos devastados y se han puesto al día en tareas primordiales para tener tiempo para trabajos opcionales ocasionales. Han recogido anteras de azafrán para hacer especias y han colocado trampas para jóvenes plantas de cinta para cultivar sus fibras. Los cazadores han matado ciervos y aves desplazadas por la inundación, proporcionando buenas comidas. Los leñadores han atrapado troncos flotantes en el río para secarlos como leña para el invierno. Los pacifistas han logrado mucho, como informan los miembros del Comité, y el pesimismo de Cedro es discutido. Las obreras y los mayores que cooperan con las hembras han comenzado a unirse a la fuerza laboral de la ciudad.

—Los hacedores de vidrio son geniales —dice un granjero—. Podemos hacer cuatro días de trabajo en solo tres días, aunque todavía están aprendiendo y necesitamos cuidar su salud. Si podemos lograr que el resto coopere, pensad en ello. Pensad en lo que podríamos hacer.

La gente sonríe. Bartholomew traduce, y Os–Veo emite perfume. Nye asiente. Esta mañana me pidió que hiciera crecer flautas con boquillas adecuadas para los hacedores de

vidrio. Es probable que la comunicación de aromas de los hacedores de vidrio siga siendo incomprensible para los humanos, pero yo estoy desarrollando órganos sensoriales específicos y raíces especializadas para entenderlos. Os–Veo me ha dado lecciones, y estoy empezando a vislumbrar la gramática subyacente.

Por ejemplo, el alcohol etílico significa *bienvenido o relájate y es* el ingrediente activo de la trufa, que los humanos perciben como ligeramente dulce y agradable. Ven es el alcohol metílico. En contraste, cada familia de hacedores tiene su propio olor identificativo, un aceite pesado y duradero producido solo por la hembra que requiere una mayor proximidad para su detección. Bienvenido o *ven son* fáciles de fabricar y difundir rápidamente sobre un área amplia, y sus usos son muchos. La identificación es específica, controlada y duradera. Cualquiera puede decir relájate. Pocos hacedores de vidrio pueden decir eres mío. Os–Veo ha ungido a Lucille, Marie y Bartholomew, quienes comprenden y aprecian el mensaje.

«Hay muchos más olores. Esto es habla de bebés», me dijo Os–Veo después de la lección de hoy, donde hubo por medio eugenol, un fenol dulce y picante que significa ¿qué ves? «Hablas y hueles como un bebé».

Decidí interpretarlo como un elogio. He aprendido algunos conceptos básicos. Hay mucho mutualismo que celebrar.

La reunión del Comité termina. Los humanos y los hacedores de vidrio regresan a sus hogares y duermen. El festival de lluvia de las plantas concluye con la liberación masiva de tiamina para beneficiar a los hongos micorrícicos en nuestras raíces, que absorben agua y otros nutrientes del suelo y nos los proporcionan. Espero una noche de paz y crecimiento.

El polen ha llegado en ventarrones de tormenta desde uno de mis hambrientos bosques alpinos. Las águilas se han puesto en movimiento, dirigiéndose sobre las montañas del oeste hacia el valle del río. Es lógico. Las tormentas han llegado al valle y las águilas comprenden las consecuencias. El aumento del nivel del agua en los ríos desplaza a sus presas. Han venido a cazar. ¿Llegarán hasta esta zona del norte? Es poco probable, ya que han aprendido a temer a los humanos y, como señaló Cedro, son un tanto inteligentes. Pero las vigilaré. El polen no está fresco y las águilas pueden moverse con rapidez.

Relativamente pocos pólenes viajan en el viento, a pesar de ser primavera, debido al clima húmedo, pero las especies polinizadas por el viento no pueden esperar condiciones ideales, y ahora el viento sopla constantemente desde el este. Cada especie se puede identificar por la escultura del polímero de la pared externa, así como por los aceites que la protegen. Reconozco el polen de un naranjo por sus espinas externas, su forma en escamas y su capa aromática de aceites. ¿Han cumplido con su trato y mejorado sus cualidades nutricionales? Dicen que sí, y conocen la pena por

negarse, pero de todos modos empiezo a hacer un análisis del aceite y el citoplasma.

Los murciélagos vuelan y cantan. Los lagartos primaverales trinan mientras buscan pareja. Los pájaros ladran. En los valles húmedos, las babosas silban y zumban. Bajo tierra, las esponjas laten mientras filtran el sedimento. Pienso en la música y en condensar brotes para las flautas de Nye. Las plantas están en silencio. ¿Tenemos que estarlo?

Los granos de polen se descomponen rápidamente en el análisis. Los naranjos me han traicionado. No hay ácido ascórbico ni tiamina, hay un compuesto químico muy distinto, un derivado de la anfetamina. Lo verifico nuevamente usando granos frescos y procesando la información en otra raíz, esperando, esperando que los compuestos sean identificados, porque el tamaño de la traición es grande y las consecuencias podrían ser desastrosas.

Resultados confirmados. Los naranjos han producido dextroanfetamina para contrarrestar los somníferos. Los naranjos rechazan el mutualismo y desean hacernos daño a mí y a mis compañeros pacifistas. Los huérfanos han estado comiendo muchos amentos de naranjo como ingredientes de un guiso. No están tranquilos en absoluto. Podrían atacar. Debemos tomar precauciones. Ahora.

No hay nadie en el invernadero para leer mi tallo. No hay nadie en la Casa de Reuniones. El médico dormita en la

clínica. Pero los pacifistas deben conocer esta noticia. Debo encontrar una forma de alertarlos.

Observo a los huérfanos, aunque la noche está muy oscura. Las nubes ocultan las estrellas y las auroras. Veo a los huérfanos por su calor corporal, y en esta noche fresca, desnudos, brillan. Parecen lentos y adormecidos. Pero no duermen. Veo demasiados movimientos pequeños. Creo que están esperando. Pueden tener algo planeado, y no estamos preparados. Cedro dijo que atacarían a la primera oportunidad, y estoy de acuerdo con ella.

Chillona, la reina aliada de los huérfanos, se agita. Camina hacia el río. Los guardias en el muro están en otro lugar, haciendo una revisión de rutina de la puerta oeste. Se detiene y emite un sonido como el de la madera rompiéndose. Los huérfanos, que habían estado fingiendo dormir, se levantan. Incluso si los guardias estuvieran observando, ¿podrían ver esto en una noche tan oscura? Y ¿qué harán los huérfanos, separados de la ciudad por cincuenta metros de aguas rápidas? Primero deben salir de su corral. Pero lo saben, y sabemos que son hostiles.

Sin embargo, ningún humano está despierto para leer mi tallo. Orion se dirige al centro de regalos. En su interior, canta suavemente. Si pudiera contarle lo que sé, podría reaccionar aún mejor que yo, ya que es inteligente y experimentado. Puede cantar, susurrar, gritar. Yo solo puedo escuchar y observar, y lo que veo es devastador.

Al otro lado del río, las obreras huérfanas desmontan los techos construidos por Kung y utilizan las ramas y la paja para construir una especie de puente sobre la cerca espinosa que los rodea. Uno a uno, los huérfanos escapan de su corral. Tal vez entren en el bosque y huyan de la ciudad en lugar de atacar. Espero que así sea. Un mayor emite un sonido como el de la madera rompiéndose, y corren hacia el norte a lo largo de un sendero sobre la orilla del río. Llegaron desde el norte, desde el valle del río debajo de la gran cascada. Tal vez, tal vez regresen por ese camino y nos dejen a los pacifistas en paz, pero Chillona no se mueve, y no puedo imaginar que desee permanecer en la ciudad si los huérfanos se van. Tienen un plan, y no es escapar.

Los huérfanos se detienen en un desfiladero en el barranco, donde el agua corre entre acantilados de piedra, el lugar estrecho donde los humanos habían construido un puente temporal de cuerda para su asalto a los hacedores de vidrio hace siete días. Pero los hacedores no tienen cuerda, así que tal vez... Escucho el sonido de un hacha trabajando y triangulo el lugar. Es en los acantilados.

«¡Están talando a uno de nosotros! Uno de los más altos. ¿Quién?», exige el algarrobo, proporcionando la ubicación. Los árboles apenas pueden ver a la luz del día.

«Los animales parásitos han escapado de la cautividad y se han reunido en ese lugar», explico. «Si el tronco cae correctamente, servirá como un puente sobre el río, y

atacarán a mis animales domesticados en la ciudad». Intento mantener la calma, pero siento que las oscilaciones en las ondas de iones de calcio en mis raíces son bruscas y agitadas.

«¿Pueden vencer?».

«No lo sé. Pueden sorprender a mis animales, y eso podría ser decisivo».

«Estamos a tu disposición. Alertaremos a otros». Sus ondas también están agitadas.

¿Pero qué podemos hacer? Nosotras, las plantas, a menudo nos sentimos distantes: los pájaros boxeadores luchan con los dragones, las arañas compiten por el territorio, y nosotras seguimos adelante, ignorando los conflictos entre animales como trivialidades. No esta vez. Puede haber consecuencias inimaginables. Si pudiera cantar, gritar, chillar...

Chillona espera a los huérfanos, que llegan corriendo silenciosamente por el sendero sobre el río. Siento comunicación, aunque no conozco los olores. Los huérfanos se quedan bajo los árboles mientras los guardias humanos en el muro pasan de largo.

Conozco a estos guardias. Nefertiti, de veintisiete años, tiene tres hijos y un marido, y se encarga de la cosecha de trigo. Puede tocar el tambor de una manera que hace que los humanos y los fipogatos quieran bailar. Osbert, de treinta y tres años, divorciado, tiene dos hijos pequeños y, en

equipo, él y su hermano gemelo soplan hermosos recipientes de vidrio de cualquier tamaño y para cualquier uso, lo que hacen mejor. El padre de los gemelos es Bartholomew.

Conozco a todos los humanos de la ciudad. Los he conocido a todos desde su nacimiento. Todos están en peligro; los viejos, los de mediana edad y los recién nacidos por igual. Podría gritar, aullar, destrozar cosas...

Tengo cardos alrededor de las paredes. Les doy instrucciones de que se pongan en plena turgencia para que estén rígidos y altos y proporcionen el mejor obstáculo que puedan. Deben retrasar a los huérfanos brevemente. Brevemente. Brevemente.

Dentro de la ciudad, escucho movimientos en la casa de Marie. Ella sale, caminando sin luz porque, después de toda una vida en la ciudad, conoce las calles por el tacto. ¿A dónde va? ¿Quiere hablar conmigo? Solo puedo esperar que así sea. Camina lentamente y con una nueva y extraña cojera.

Un mayor grande se acerca al muro de la ciudad. Examina la distancia necesaria para superar los cardos y el muro, luego va a buscar un lugar más favorable.

Marie entra en la casa de Lucille. Escucho llanto. Trato de adivinar la razón. Marie conoce el curso de su enfermedad y puede reconocer los síntomas de la fase final. El momento

ha llegado, tal vez. Si pudiera llorar, si pudiera gritar, si pudiera redoblar como una campana...

El mayor encuentra un lugar y salta aterrizando en el muro, empuñando un tronco como un garrote. Sé lo que pasará a continuación. Desearía cortar mis raíces para no tener que mirar, pero no me atrevo. La muerte le llega a Nefertiti tan repentinamente que puede que ni siquiera haya sabido qué la mató. Su cuerpo cae fuera del muro en medio de los cardos. Sé lo que le espera a Osbert. Lo único que puedo hacer es prometer que, si mis humanos siguen siendo soberanos, encontraré una manera de hacer ruido.

Osbert cae. Las obreras huérfanas construyen una especie de puente sobre los cardos y el muro. Su velocidad es fenomenal. Las nubes comienzan a despejarse, revelando auroras verdes, intensamente brillantes, coronadas de rojo. Si el cielo se hubiera despejado unos minutos antes...

Marie y Lucille salen de la casa, Lucille sosteniendo a Marie, Lucille hablando en voz baja, suave, riendo ocasionalmente, una risa inusual que contiene varias emociones a la vez, incluida una constricción en la garganta que está cerca del sollozo. Creo que se dirigen hacia la clínica. Muy bien. Tengo un tallo parlante en la clínica. Puedo avisarlas, y aunque estén tristes, reaccionarán de inmediato.

Los huérfanos saltan desde el muro, moviéndose en silencio, liberando señales de *venid y ¿qué veis?, pero* su

avance es lento, a pesar de que la luz es brillante ahora. No conocen la ciudad. Un mayor se detiene, escucha. Oye a Lucille. Él y varios otros mayores se apresuran hacia ellas, inclinándose por las calles curvas con una gracia espantosa.

Sé lo que va a suceder a continuación... No, no matan a las mujeres, las sujetan bruscamente y les cubren la boca. Lucille lucha y tres mayores intentan someterla. Ella tiene la ventaja de la altura y sus fuertes brazos. Aparta una mano de su boca y comienza a gritar, pero la mano es reemplazada antes de que pueda hacer mucho ruido. Huelo la sangre. Tanto ella como Marie gimen y gruñen. Marie le da una patada a una botella que se rompe contra una casa. Luego llegan más huérfanos y someten a las mujeres.

Bartholomew vive en esa casa. Normalmente tiene el sueño ligero. Espero que se haya despertado. Espero que alguien despierte.

Chillona está esperando cerca de la puerta principal mientras diez obreras se apresuran a reunir algo. Madera. Están recogiendo leña de las casas exteriores y apilándola en mi arboleda que crece cerca de la puerta principal. Llevan a las mujeres hacia la arboleda. Creo que planean quemarme, lo cual sería horrible, porque ¿qué es peor que el fuego? Pyro ¿qué harán con las mujeres? Duele imaginarlo.

Bartholomew mira desde su puerta, su cálido rostro infrarrojo en la noche, un gato en sus brazos. No hay nada que

ver desde su punto de vista y poco que oír: el suave rasguño de las garras de los hacedores de vidrio en el pavimento, un susurro mientras se recoge madera, gemidos distantes. Los olores flotan más ligeros que el polen en el aire. El gato se retuerce. Bartholomew olfatea y escucha.

—Oh, no —susurra. ¡Entiende lo que está sucediendo! Creo que sí. Deja al gato, se desliza fuera de su casa y avanza a través de un jardín, luego lentamente a través de otro jardín y se encamina hacia una calle, casi tan silenciosamente como el gato, aunque no es ágil y debe sentir frío vestido solo con su camisón. Espero que despierte a alguien... Cedro. Ella es lo que necesitamos ahora.

Los hacedores de vidrio están explorando entre las casas, escuchan en las puertas y entran en edificios deshabitados. Después de buscar en un cobertizo, muestran hoces, cuchillos, palas, cuerda y horcas. De otro lugar sacan martillos, sierras y hachas. Los humanos guardan sus armas en sus hogares, sus arcos, flechas, lanzas, jabalinas y machetes, para que no caigan en manos de los hacedores de vidrio; pero una hoz o un hacha serían formidables. Los huérfanos continúan buscando, saquean el taller de rayón y salen con cuchillos y cuchillas que se utilizan para desgarrar la corteza de celulosa. Otros huérfanos se divierten sometiendo a Marie y Lucille, usando sus garras para hacer que su sujeción sean más efectiva. Tengo ojos muy cerca y veo la sangre. Me repugna.

Ojos–Grises y su familia comienzan a moverse, luego Os–Veo. Tal vez los olores en el viento los han alertado de los problemas. Os–Veo abre la puerta, olisquea y despierta al guardia humano que se ha quedado dormido en su umbral, el joven Piotr. Intenta decir algo, pero ella lo calla y le hace señas para que entre.

—Nosotros hablar —murmura.

Él mira alrededor, adormilado y confuso. Ella lo agarra del abrazo y tira de él hacia el interior. La puerta se cierra.

Creo que Bartholomew se dirige a la casa de Cedro. Corre calle abajo, mirando atrás, y sofoca un grito cuando sus pies descalzos tropiezan con algo. Bartholomew dobla una esquina y llega a la puerta de Cedro, llama suavemente, luego entra, susurrando:

—Cedro. Soy Bartholomew. Silencio. No digas nada.

Cierra la puerta. Escucho conversaciones, incluso exclamaciones. Cedro sabrá qué hacer.

Los huérfanos usan la cuerda que encontraron para inmovilizar a Lucille y Marie en la arboleda, donde están apilando leña, y continúan buscando en los edificios.

La leña es aterradora. Lucille intenta hablar, pero una mano sigue cubriendo su boca. Mira a Marie y gruñe en tono de pregunta. Marie no responde y tiene los ojos cerrados,

pero sigue respirando. Las heridas de las garras brillan con su calor. Trato de bombear agua hacia los tallos y hojas allí. Solo puedo esperar que Cedro reaccione sin dudar. Ha ansiado este momento.

Ahora los huérfanos buscan una fuente de fuego. Tres de ellos derriban la puerta de una casa donde vive una de los viejos cazadores, Beatrice, la única bisabuela de la ciudad.

La puerta de Cedro se abre y ella sale corriendo, abrochándose un protector de muñeca para usar con un arco y flechas.

—Vamos a ver —le murmura por encima del hombro a Bartholomew, que se apresura detrás de ella, pero no puede correr tan rápido.

—Pero están dentro —susurra—. Los huérfanos están dentro.

—Sí, las supuestas reinas amistosas están aquí. Las dejaste entrar. Podrían ser ellas.

Al otro lado de la ciudad, la puerta de Os–Veo se abre. Piotr sale y comienza a gritar con voz de niño:

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Los huérfanos están en la ciudad!

Tiene preparado su arco y lo acompañan los mayores de Os–Veo. Uno empuña el cuchillo de Piotr, otros dos blanden troncos de leña como garrotes. Piotr adora a Lucille. Hará todo lo que pueda para salvarla.

En la casa de la bisabuela Beatrice se oyen gritos, luego silencio. Dos huérfanos salen corriendo, uno aferrando un cuenco con brasas de la chimenea. Beatrice aparece en el umbral, apoyada en el marco. Creo que está herida.

—¡Huérfanos en la ciudad! ¡Puerta del río! —Su voz es frágil y entrecortada.

Cedro echa a correr. Detrás de ella, Bartholomew grita: —¡Huérfanos en la ciudad! ¡A las armas! ¡Puerta del río!

La gente lo oirá y reaccionará. Vendrán a rescatar a las mujeres.

Chillona grita órdenes, ya no le preocupa hacer ruido.

Los mayores sueltan la boca de Lucille, desgarrada y ensangrentada por las garras, y ella grita:

—¡Kak! —Una y otra vez—, ¡Deteneos! —Y a Marie le dice—: ¿Estás bien? ¡La ayuda está en camino!

Marie, a su lado, no se mueve.

Una obrera huérfana esparce las brasas sobre hojas secas en la leña, sopla sobre ellas, y una llama estalla. Los huérfanos aplauden y liberan benzaldehído, piridina y otros olores intensos.

Las llamas crecen. Expulso agua por los poros como rocío, suficiente para caer como gotas de lluvia, suficiente para rescatar un minuto de tiempo, aunque los huérfanos protegen el fuego con sus manos y continúan empujando yesca hacia él. Las llamas crecen y el calor se eleva, y directamente sobre él, la savia en una hoja hierve a fuego lento, una ramita hierve con vapor, y la corteza se quema. La presión del vapor evita que el agua suba por los tallos. La presión aumenta hasta que los vasos de agua estallan, y el vapor impregna mis tejidos, me cuece desde dentro y es un tormento, pero mantengo el contacto para poder observar la situación de cerca y hacer lo poco que pueda. Veinte, treinta hojas se marchitan y empiezan a quemarse. Pero las llamas aún están lejos de Marie y Lucille, quien continúa retorciéndose y gritando.

—No hagáis esto. Podemos hablar. ¡Per–zee kik kik tsee!

Los huérfanos repiten sus palabras burlándose.

Marie todavía respira, aunque en muchos lugares su ropa, al igual que la de Lucille, está manchada de sangre húmeda. Lucille se retuerce contra las cuerdas, que también están mojadas.

Cedro llega a la puerta del río, mira a su alrededor y corre a ocultarse en las sombras bajo una de mis arboledas. No hace nada, pero está sola. Los huérfanos tienen ventaja.

Pero veo a combatientes salir de sus hogares por toda la ciudad. El rescate comenzará pronto, muy pronto.

Llega Bartholomew, con una lanza en la mano. El camisón negriazul le sirve de camuflaje. Se arrastra en las sombras hacia Cedro. Susurran, pero sus palabras se ahogan en medio de los gritos de los huérfanos. Tienen que elevar las voces.

—Están quemando Stevland —dice él.

—Hay mucho Stevland.

—El fuego alcanzará a Lucille.

Ella duda y luego dice:

—¿Qué podemos hacer?

—Algo. ¿Una distracción?

Quiero decirles que estoy retrasando la propagación de las llamas; he humedecido la leña y mi propia madera está saturada. Hierve y finalmente arde, pero despacio, muy despacio.

Otros combatientes pacifistas están a cien metros de distancia y corren tan rápido como pueden. Beatrice ha sacado su arco. Piotr atraviesa un jardín y casi está aquí, con los mayores de Os–Veo detrás.

Lucille continúa suplicando.

—Es demasiado tarde —dice Cedro, pero puedo ver que no es así. Ahora es el momento. Ella mira el fuego—. Van a matarnos.

—Viene más gente —le dice Bartholomew—, Podemos luchar.

—Van a matarnos.

—¿No harás nada?

—¿Qué podemos hacer?

—¡No! —grita Bartholomew, y salta de las sombras—. ¡Deteneos! —Agita la lanza—. ¡Kak! ¡Kak!

Los huérfanos se giran hacia él, Chillona grita una orden y varios mayores cargan. Beatrice dispara flechas con rapidez, pero los huérfanos son más rápidos.

Bartholomew retrocede tambaleándose. Entonces las flechas llegan volando desde detrás de él. Los arqueros pacifistas están aquí ya. Los huérfanos se detienen.

—¡Cuidado! ¡Lucille y Marie están junto al fuego! —grita Bartholomew.

Los pacifistas cambian su objetivo y las flechas continúan volando. Los huérfanos esquivan los disparos, pero retroceden, retroceden. Los pacifistas avanzan.

Exprimo de las ramas toda el agua que puedo sobre las llamas, y el agua gotea y silba.

—¡No os preocupéis por nosotras! ¡Detenedlos! —grita Lucille. Ha liberado una mano de las cuerdas. Las llamas no se han acercado demasiado. Ella y Marie se salvarán.

Chillona da una orden. Manta a Cuadros se precipita hacia las llamas y arroja grandes botellas de vidrio. Se rompen y su contenido salpica a las mujeres. Reconozco el olor de la acetona, un solvente que han tomado del taller de rayón. El líquido estalla en llamas como semillas de hidrógeno.

Mis ojos más cercanos arden y mis ojos más lejanos ven un momento de desesperación en el rostro de Lucille antes de que quede oculto por un muro de fuego.

Más botellas siguen. Una nube de calor y fuego se eleva y quema incluso mis hojas más altas. Corto la raíz, pero el dolor es tan intenso que salta la ruptura y debo cortar la raíz nuevamente.

He fracasado. Vi el desastre desarrollándose y no pude hacer nada para evitarlo. Fui inútil. La desesperación en el rostro de Lucille amarga mis raíces, lo último que veré de ella.

Las súbitas llamas iluminan la escena como un relámpago de larga duración. Los luchadores pacifistas obstruyen las calles alrededor de la puerta del río, superando en número a los huérfanos, que echan a correr, tratando de esquivar las flechas.

El fuego provoca humo y no se ve ya a las mujeres. Huelo carne chamuscada, y la brisa lleva el olor a los pacifistas.

—¡Atacad! —grita Piotr con una voz de repente adulta y enojada, y los pacifistas comienzan a avanzar nuevamente.

Chillona grita algo y libera un aroma, un hidrocarburo de algún tipo. Los huérfanos corren hacia el muro, saltan sobre él y huyen. Algunos se bajan en cuanto están fuera del alcance de los defensores pacifistas.

—¡Cuidado ahí atrás! —grita Cedro.

—¿Dónde están? ¿Dónde? —gritan otros luchadores. Podría decirles que los huérfanos se están dispersando por la ciudad a oscuras, y temo por cualquier hogar cuyos ocupantes no puedan defenderse. Las filas pacifistas están confundidas. Cedro grita que maten a cada hacedor de vidrio a

la vista. Piotr está sujetando a los mayores de Os–Veo para protegerlos. Beatrice pide organización. Bartholomew grita:

—¡A la Casa de Reuniones! ¡Stevland lo ve todo! Hablaremos con Stevland. ¡A la Casa de Reuniones!

Sí, lo he visto todo. Tengo tanto que decir. Demasiado... Debo formular un plan, rápidamente. Soy el único moderador de la ciudad ahora, y el futuro de la ciudad depende de mí. El fuego se alza alto y humeante, y el calor se eleva y gira en el viento. Los murciélagos hablan del peligro, peligro, peligro, porque saben que yo no debería estar ardiendo. Las raíces me duelen, especialmente la que equilibraba la posición del moderador. Contiene información sobre Lucille, y ella ha muerto, y todo lo que valoro está en peligro. Todo podría ser destruido.

Otras plantas advierten el fuego, y los algarrobos han difundido la noticia. Ahora es el momento de luchar. Mi herencia como bambú es de una guerra despiadada, pero no cometeré atrocidades como mis antepasados.

Monte ha ido a las madrigueras de los fipogatos. Los gatos adultos se reúnen a su alrededor mientras los jóvenes se acurrucan en las madrigueras. Les canta:

—Guardia y defensa, pequeños, es hora de luchar, proteger y atacar. —Una melodía sombría a la que han sido entrenados para responder, y los gatos, como cualquier animal, pueden defenderse. Dice—: ¡Uno, dos, tres, adelante!

Los gatos se dispersan.

Los huérfanos tropiezan por las calles, probando las puertas, todas cerradas y con barricadas hasta ahora. Estoy seguro de que los luchadores pacifistas pueden someter a los huérfanos, si logramos formular un plan y coordinar nuestros esfuerzos.

¿Por qué Cedro no logró proteger a Lucille? Incluso ahora, está tratando de tomar el mando, ordenando a los luchadores que patrullen y maten a todos los hacedores de vidrio a la vista. Tal vez tenía miedo. Yo también tengo miedo, pero le daré uso a mi miedo. No puedo huir, así que debo luchar o morir, como lo harán todas las plantas, y no somos pacientes. Puedo verlo todo y debo pensar a lo grande, más grande de lo que Cedro puede. Restableceré el orden en la ciudad y controlaré a los animales. Debo crear un comportamiento predecible lo más rápido posible, porque no puedo controlar el caos.

Una avanzadilla al suroeste informa que las águilas están a menos de un día de camino. Si huelen a Lucille y Marie, podrían apresurarse. Las águilas buscan animales asados en incendios forestales.

Bartholomew, Piotr y otros llegan a la Casa de Reuniones. Piotr trae a los mayores de Os–Veo con él. Os–Veo conoce mejor a los huérfanos que yo; el conocimiento será crucial para el control.

«Calor y sol», digo. «Traed a todos los hacedores de vidrio amistosos a la Casa de Reuniones. Los interrogaré, y deben ser protegidos. Cedro tiene que organizar patrullas. Observo huérfanos hacedores por toda la ciudad. Cedro debería proteger a los pacifistas en lugar de perseguir a los huérfanos. Los pacifistas son los perseguidos. Debe apresurarse».

Una casa cerca de la cocina está ocupada por un joven padre y tres niños pequeños. La esposa se ha unido a las fuerzas de lucha; el padre, que se lastimó un tobillo hace dos días, se queda con los niños, y el más pequeño empieza a llorar. Los huérfanos lo oyen, y cuatro se reúnen en la puerta, que está fuertemente cerrada, pero uno tiene un hacha y comienza a cortar.

Ese ruido, a su vez, atrae a diez o veinte fipogatos; se mueven demasiado rápido para contarlos. Saltan, pateando como leones, pero con acrobacias coordinadas que llenan el aire de patas traseras con garras entrecruzadas. Los huérfanos huyen, pero no antes de que uno resulte herido. Los gatos los persiguen, pero se dispersan cuando un huérfano se gira y empuña una guadaña. Los gatos lucharon con inteligencia y valentía, pero el próximo incidente podría ser trágico. Las patrullas deben comenzar de inmediato.

Pero en la Casa de Reuniones, Cedro argumenta: —Yo debería estar dando órdenes. Debería encargarme de la defensa. —Y da un puñetazo en la mesa.

—Esto no es decisión tuya —dice Bartholomew en un tono calmado, aunque está rígido, rechazando su violencia simbólica. Pelean entre ellos cuando deberían estar protegiendo a los pacifistas. Carl parece estar organizando patrullas sin autorización, y me alivia verlo.

—Entonces, ¿de quién es la decisión? —dice ella—. ¿De una planta? Es co–moderador para que podamos controlarlo, no al revés. Sabemos cómo luchar y necesitamos hacerlo.

—Él es el moderador ahora —responde Bartholomew—, Sabe lo que está sucediendo, y a estas alturas ya deberías saber lo que puede hacer.

Bartholomew tiene razón. Puedo hacer mucho. No puedo drogar a los huérfanos ahora, pero el éxito pasado es prometedor, como una semilla.

—Quiero que todos los hacedores de vidrio salgan de la ciudad —dice ella—. No hay hacedores de vidrio buenos. Todos ellos. ¡Fuera! ¿Lo oyes, Stevland? Los hacedores de vidrio. Fuera.

Observo los rostros y poses de los demás humanos, y sospecho que algunos están de acuerdo con Cedro. Los

humanos tienen experiencia en las muertes individuales, pero no en el exterminio de toda una especie, por lo que es posible que no comprendan la atrocidad de lo que proclama Cedro.

Los huérfanos han utilizado la comunicación de olores para converger en una sola casa. Los gatos llevan a Monte allí, y él coordina el acoso, y un par de arqueros se unen al ataque, pero no pueden hacer más que retrasar a un grupo de ese tamaño.

«Cedro» digo, «cincuenta huérfanos están atacando la casa de Flora».

Ella parece sorprendida, luego sale corriendo. La mayoría de los luchadores ya se han puesto a las órdenes de Carl.

Reflexiono. El incendio podría haber sido una distracción, una forma de atraer a los luchadores fuera de sus hogares para que los huérfanos pudieran reagruparse y atacar a las familias indefensas. Si es así, entonces he descubierto un comportamiento predecible, y este es el suelo para cultivar las semillas de un plan. Mi raíz del humor agrega que todo lo que necesito ahora es agua, y tiene razón. Debo encontrar los medios de control. Una vez que tenga eso, podré intentar poner fin a la crisis. Y sin embargo, las águilas se han acercado mucho más, por lo que puede haber otra crisis pronto.

Piotr y varios arqueros escoltan a Os–Veo y su familia hacia la Casa de Reuniones. Estos hacedores de vidrio se mueven como un grupo coordinado en una nube de olores, protegiéndose de los ataques desde todas direcciones. Un mayor explorador avanza y los demás lo siguen, el aire lleno de silbidos y palabras y ráfagas de comunicación. Otro mayor escucha un susurro y se detiene, señalando a los demás. El grupo se vuelve como uno solo para enfrentarse al desafío: fipogatos. Las obreras ahuyentan a los animales y siguen su camino. Piotr y los arqueros intercambian miradas de asombro por la eficacia de los movimientos de la familia, un sentimiento que comparto. Pero los huérfanos también pueden emplear ese nivel de eficacia, lo que los hará aún más formidables.

Las piñas envían un mensaje recordándome que su contrato incluye protección contra los depredadores. Intuyo una semilla en ese mensaje. Esta noche, las piñas me enviaron isoprenos, un compuesto que podría ser la base de muchas sustancias útiles, incluidos los olores que los hacedores de vidrio usan para comunicarse.

«¡Bienvenida, Os–Veo!», digo cuando entra en la Casa de Reuniones.

La mayoría de los pacifistas han formado escuadrones para patrullar las calles, pero los pocos que quedan en el edificio la aplauden, levantando armas en señal de saludo, y sus mayores devuelven el gesto. Estoy satisfecho. Quiero que

tantos hacedores de vidrio como sea posible sigan con vida. Esa es la única acción civilizada.

«Yo desear comunicarme con los huérfanos», escribo en vitreo.

«Inútil».

«Yo desear decir a ellos mentiras».

Ella lo considera durante un segundo.

«Ayudaré».

«Deseo enviar ellos fuera de ciudad con olor». Este es mi plan, aunque necesita mucha elaboración.

«Hablas como bebé. No bastante bueno».

Está equivocada, tiene que estar equivocada.

Manta a Cuadros ha llevado a varios huérfanos a la panadería. Ahora están apilando sacos de harina en mi arboleda junto al edificio. La harina es muy inflamable. No deben quemarme de nuevo.

«Tú enseñarás a mí», escribo lentamente, con cuidado, a pesar de mi alarma. «Necesito saber ahora. Muéstrame aviso».

Ella se acerca a mi tallo.

«Tú estar demasiado seguro. Te mostraré alerta».

2–heptanona cetona alifática, un olor penetrante, lo suficientemente fácil de reproducir.

Otra hembra, Buzz, llega con su familia, y hace muchas preguntas y difunde muchos olores. Os–Veo responde. La discusión se vuelve demasiado complicada para seguir, y no tengo tiempo para sus disputas.

Los huérfanos parecen estar a punto de encender un fuego en mi arboleda junto a la panadería cuando se detienen. Manta a Cuadros olisquea. Me esfuerzo por identificar un olor, e identifico muchos, entre ellos la cetona de alerta, y alcohol metílico, que significa *venid.* Los huérfanos corren hacia algo. Hacia la casa de Violeta. Otros huérfanos están allí, y Chillona. Se mueven en silencio. El aire está cargado de olores, incluyendo el limoneno con olor a cítricos, un terpeno. Un anciano, su joven nieto y varios niños del vecindario están dentro. Los otros adultos están fuera luchando, y el anciano y los niños no podrán defenderse.

Interrumpo la discusión entre Os–Veo y Buzz.

«Quizás tú decir a mí esto», digo, y produzco limoneno. Los hacedores de vidrio en la Casa de Reuniones se sobresaltan y se agrupan.

«Tú decir que ataquemos», dice Os–Veo. «Decir que tú atacar nosotras».

«Plantas no hablar con olores», dice Buzz.

«Bartholomew», digo, «los huérfanos planean atacar la casa de Violeta».

Él hace un gesto hacia una joven con una voz cantarina extraordinaria y poderosa y ella se dirige a la puerta para anunciar la noticia. Os–Veo hace un gesto a uno de sus mayores, que se apresura a su lado para proteger a la niña en la calle. Os–Veo también produce un olor, el terpeno citronelol, un olor floral.

«Quizás tú decir a mí esto», digo, reproduciendo el citronelol.

«Defender», dice Os–Veo. Me muestra huir, un olor balsámico, el hidrocarburo monocíclico beta–pineno. Tiene sentido. Ese y el olor de alarma son sustancias químicas de menor peso molecular que el limoneno, y naturalmente un mensaje de alejaos o de alarma sería más útil en un área más grande que atacad. Ella continúa explicando algunas reglas de gramática, cómo ciertos olores deben ir acompañados de otros. Debo aprender esto con precisión o los huérfanos sospecharán un engaño.

La hembra Ojos–Grises y su familia llegan. Los olores en la habitación los llevan a un estado cercano al pánico, y Ojos–Grises, recelosa y lenta de mente, empieza a discutir con Os–Veo.

Mi arboleda en el bosque al noroeste observa que la manada de leones de la ciudad ha advertido los problemas en la ciudad. Las leonas han comenzado a moverse nerviosamente y los machos a rugir. Otra arboleda, al suroeste, dice que las águilas están aún más cerca. Han olido el humo. Las águilas y los leones son enemigos, y ambos podrían empeorar las cosas.

Tengo flores cerca de la casa de Violeta. Los pétalos producen normalmente geraniol, un fragante alcohol; rápidamente cambio la producción, elimino una molécula de agua y reorganizo los enlaces químicos, y envío beta–pineno. El estambre normalmente produce nerol, un olor cítrico, y la química es un poco más complicada, pero resto tres átomos de carbono y cuatro átomos de hidrógeno, retirando y reemplazando el átomo de oxígeno en el proceso, y obtengo 2–heptanona. Los productos químicos son livianos; incluso en una noche fresca como esta, se evaporan tan rápido como puedo producirlos. Veré si puedo comunicarme lo suficientemente bien como para mentir.

Chillona y los huérfanos olfatean y dudan, y los mayores dan vueltas, buscando la fuente de la advertencia. Todos ellos se inquietan, nerviosos, y Chillona se aleja de la casa.

Entonces, desde la calle, Cedro grita:

—¡Ahí están! ¡Vamos!

Los gatos que se arrastran en los arbustos saltan y patean las piernas de los huérfanos, derribando a algunos de ellos. El olor a *huid se* vuelve más fuerte; los propios huérfanos deben estar produciéndolo. Escapan.

Es un logro clave. He utilizado el lenguaje de olores de los hacedores de vidrio para controlar su comportamiento. Los pacifistas contraatacan. Tenemos un medio para someter a los huérfanos y restaurar la paz.

La discusión entre las hembras en la Casa de Reuniones se está calentando aún más. Bartholomew hace un gesto hacia mí. Está preocupado. Creo que puedo oler el miedo; al menos, supongo que el metanotiol, el olor de ciertas plantas en descomposición, transmite una emoción desagradable.

Le digo a Bartholomew que saque un frasco de trufa que había escondido en el escritorio donde se guardan los documentos legales. A veces bebe trufa cuando nadie lo mira. Es un hábito preocupante, pero el alcohol etílico puede relajar a los hacedores de vidrio.

Él parece infeliz.

—Lo ves todo, ¿eh?

«La trufa tiene muchas propiedades medicinales», digo. Soy consciente del valor social de las mentiras. La trufa debería estar prohibida, pero eso nunca sucederá.

Él saca un frasco pequeño. Os–Veo se acerca sigilosamente. Bartholomew quita el corcho. Ella huele. Él saca un pequeño vaso de la estantería y sirve un poco.

—Te mostraré cómo se hace. ¡Por la amistad!

Bebe el contenido, sirve más y se lo pasa.

Ella lo huele con recelo, da un sorbo y tose. Buzz y Ojos–Grises se han acercado, curiosas. Olfatean y chismean.

«Vierte un poco en un plato plano», digo. «El olor será suficiente para ellas».

Se relajan, o al menos perciben un fuerte mensaje de Bartholomew para sentirse cómodas. Espero que el olor venza a las mentiras que difundiré fuera del edificio.

He formulado ya al completo mi plan: liberaré el olor de *huir* comenzando por el lado este de la ciudad. El viento lo llevará hacia el oeste. Luego liberaré los olores de *defender y atacar* en la zona oeste, atrayéndolos hacia la puerta oeste. Pediré a las plantas leales al oeste de la ciudad que también liberen los olores y ordenaré abrir las puertas. Coordinaré a los luchadores pacifistas para expulsar a los huérfanos a través de la puerta oeste.

Les cuento esto a Bartholomew y a las hembras. Él alza la copa en un saludo.

—Excelente. —Pero no bebe. Acaricia la cabeza de la niña cantante—. Haremos que corra la voz.

«Tú ser gran mentiroso», me dice Os–Veo. Espero que esto signifique que cree que puedo tener éxito.

El plan tiene debilidades que no he comunicado. Debemos evitar que los huérfanos vuelvan a entrar en la ciudad, y eso no será fácil. Las águilas se acercan, y tal vez distraigan a los huérfanos. O tal vez no. Tal vez no lleguen. Tal vez se unan a los huérfanos. Tal vez los leones puedan ayudarnos. Podrían suceder muchas cosas. Los humanos hablan de cruzar un puente cuando llegan a él, pero quiero recuperar el control de inmediato, quiero prever el futuro ahora. Si fracaso, lo perderé todo. Todo.

Los huérfanos han comenzado a destruir todo lo que pueden mientras atraviesan la ciudad, destrozando cestas y frascos y dando tajos a la ropa colgada para secar. El ruido y el movimiento me ayudan a localizarlos... Están efectivamente en todas partes, ya que pueden moverse tan rápido. Comienzo a emitir cetonas y beta–pineno desde mis arboledas a lo largo del muro este y les pido a los tulipanes y árboles de lentejas al este de la ciudad que hagan lo mismo.

«Compuestos químicos auxiliares. Los parásitos se van, los podadores se quedan».

Tal vez si construyo un muro de olor alrededor de la ciudad, los huérfanos no intenten volver a entrar cuando sean expulsados.

La niña grita:

—Empujad a los huérfanos hacia la puerta oeste y expulsadlos.

Los luchadores escuchan y aplauden. Querían un plan. No saben lo desesperado que es.

He centrado mi atención en mi raíz de planificación, y mientras tanto, la lucha ha sido intensa en las calles. Cuento tres huérfanos muertos o heridos de gravedad, incapaces de moverse, y nueve más heridos, pero eso deja aproximadamente cuarenta listos para atacar, y la verdad es que los huérfanos tienen ventaja en velocidad y comunicación.

Están empezando a conocer el terreno y a coordinar sus movimientos. Crean emboscadas en movimiento más rápido de lo que los gatos y los murciélagos pueden detectar y emitir advertencias para ayudar a los humanos, más rápido de lo que yo puedo exudar un olor útil, más rápido de lo que los humanos pueden reaccionar.

Mientras la niña está cantando el plan, la patrulla de Cedro es rodeada por huérfanos que salen de detrás de las casas, seis huérfanos contra cinco humanos. Los pacifistas piden auxilio, pero los huérfanos completan su ataque y huyen

antes de que llegue la ayuda. Solo un humano queda en pie, y el resto, incluyendo a Cedro, están heridos o muertos.

Muevo el muro de olor hacia el oeste cincuenta metros, luego otros cincuenta metros, y el olor afrutado y floral los atrae hacia la puerta oeste. Cuanto más rápido, mejor, porque la situación ya no es caótica: los huérfanos están ganando claramente. Ellos también han desarrollado una estrategia efectiva. Una casa está en llamas bien al oeste de la línea de olor, y si sigo mi plan, no puedo evitar eventos como ese al oeste del olor porque los huérfanos tienen libertad allí. Puede pasar cualquier cosa.

Otra patrulla humana es emboscada. El ruido de la lucha hace que un niño, Fabio, abra la puerta de su casa. Dos huérfanos entran mientras llegan más para rematar a la patrulla, luego ellos también entran en la casa... Los ruidos y olores son indescriptibles y pesarosos, y se producen a un ritmo que indica crueldad deliberada.

Las patrullas atienden a los anuncios de la Casa de Reuniones, pero a veces la niña no puede salir para hacerlos porque los huérfanos están demasiado cerca. Chillona se ha dado cuenta de que la niña está transmitiendo información y emite olores para reunir un ataque contra la Casa de Reuniones. Me apresuro a mover el olor de *huir* hacia el oeste, envolviendo la Casa de Reuniones. Chillona está confundida, pero finalmente busca un nuevo objetivo, y hay muchos al

oeste de la línea de olor. Ahora es ya más de medianoche y las águilas siguen acercándose.

Una patrulla y una emboscada de huérfanos luchan hasta quedar igualadas: un muerto en cada bando, todos heridos. Muevo el olor hacia el oeste de nuevo.

En otro lugar, los huérfanos sacan a rastras de su casa a Fabio, sangrando, y lo usan como escudo contra las flechas. Los arqueros contienen su fuego, pero a los gatos les gustan los niños, y atacan, pateando alrededor del niño, aunque no pueden hacerlo con su gracia habitual, y dos gatos son golpeados hasta morir. Siguen atacando de todos modos. Los huérfanos usan sus garras para cegar y torturar al niño que grita, incluso cuando lo tienen delante de ellos como escudo. Irrumpen en otra casa y la incendian, y finalmente un mayor toma al niño por los tobillos y golpea su cabeza contra una pared de piedra. Huyen. El niño no ha muerto instantáneamente, pero morirá pronto, muy pronto. Los humanos están desconsolados, y si yo pudiera lamentarme como ellos...

Veo que la información viaja de raíz a raíz, y cada raíz se transforma. Una ola que se estaba formando en muchas raíces se fusiona en una sola comprensión. Los huérfanos, como las babosas, no son adecuados para la domesticación, pero por una razón diferente. La naturaleza de una babosa desafía la domesticación. Los huérfanos probablemente podrían ser domesticados, pero no lo merecen.

No tendré animales como esos a mi servicio. Las babosas son meras carroñeras y, a su manera, necesarias. Los huérfanos han hecho lo que yo he jurado no hacer nunca, lo que juro no permitir jamás. Sus actos los excluyen de la civilización.

Debo responder. Pero no pediré a los humanos que ayuden más allá del mínimo. Soportaré la culpa, y tengo métodos ancestrales a mi disposición.

Me pongo en contacto con las lentejas cerca de la puerta oeste, que están en flor y ansiosas por ayudar.

«Debemos matar a los parásitos», digo.

Los gritos de un huérfano que ha sido atraído hacia los lirios atraen a otros.

Manta a Cuadros se precipita, luego se da cuenta de que ha caído en una trampa y grita desesperadamente una advertencia antes de caer. Los huérfanos restantes se acurrucan, indecisos.

Llegan las águilas. Perciben el fresco olor de la sangre entre los lirios, y la manada es más grande de lo que había pensado. Se deslizan subrepticiamente a través del campo de piñas hasta que atacan.

La noche oculta mucha masacre. Los hacedores de vidrio son rápidos e inteligentes, pero las águilas son depredadores

superiores. Su tamborileo nos cuenta su éxito. Encienden un fuego, y observo cómo matan a su antojo. En comparación con los métodos de los huérfanos, es decente y rápido.

Al amanecer, las águilas bailan y tamborilean, jubilosas, alrededor de los cadáveres destrozados. Monte se ha unido a la manada de leones. Sus miembros parecen aliviados de que se les pida desafiar a las águilas, y sus machos se lanzan hacia ellas, seguidos de cerca por las hembras. Se colocan en fila, aullando y gruñendo y rasgando la tierra con sus garras.

Las águilas evalúan la amenaza y no parecen impresionadas. Entonces, treinta arqueros salen gritando a ponerse al lado de los leones. Toda la población de la ciudad está en las murallas, coreando. Algunas águilas retroceden. Un arquero dispara y alcanza a un águila, no un disparo limpio, no una herida mortal, pero las águilas toman nota y parlotean entre ellas. Una tamborilea. Ninguna responde. Luego, como si tuvieran una sola mente, se dan media vuelta y se apoderan de toda la carne que pueden, observando a los pacifistas y a los leones por encima del hombro, y corren hacia el oeste, hacia las montañas más cercanas.

Son lo suficientemente listas como para saber que han agotado las posibilidades de caza fácil. Pero también lo son como para recordar dónde encontraron la caza fácil. Volverán tarde o temprano.

A la luz del día, los pacifistas evalúan las muertes humanas y los daños. Solo encuentran a un huérfano sobreviviente, una obrera acobardada.

Veintiún humanos han muerto, muchos de ellos niños; hay al menos cincuenta heridos, algunos de gravedad, y muchas propiedades han sido destruidas. Cedro se cuenta entre los heridos. Está extrañamente callada.

Queda claro que yo maté a los huérfanos y que los humanos por sí solos no podrían haberlo hecho. Lloran sus pérdidas y me dan las gracias. Las hembras de los hacedores de vidrio también me dan las gracias.

Las plantas también se regocijan, y no solo los lirios.

«Un buen trabajo», dice el algarrobo. «Engañaste a los animales parásitos hasta la muerte».

«Hasta nunca», dicen las piñas. «No hay necesidad de malos animales».

Las naranjas permanecen en silencio.

Los huérfanos se volvieron prescindibles, pero esto no es en absoluto lo que yo quería. La mayoría de los hacedores de vidrio han muerto. Demasiados humanos han muerto, cada uno con un nombre, cada uno un tesoro, y a Lucille la echaré de menos más que a nadie. Ella decía que los moderadores

pueden hacer cosas terribles, actuaran correctamente o no, y ahora lo entiendo.

Soy la causa última de la situación. Actué por egoísmo. Quería que los hacedores de vidrio se unieran a nosotros, los pacifistas, y nos ayudaran, e ignoré mis dudas. Quería más animales de servicio para que la ciudad prosperara, para que algún día pudiéramos ir a las estrellas. En cambio, no pude controlar la situación. Fallé a mis animales y a mí mismo.

El bambú arcoíris está hecho para crear masacres. Cuando llegó el momento, pude matar tan eficazmente como mis antepasados. Como todas las plantas, soy naturalmente agresivo. Pero a diferencia de un tulipán o una vid de nieve, soy inteligente. Soy la criatura más grande y poderosa de Pax, y la más peligrosa, y he cometido errores que no puedo enmendar.

Pero tenia buenas intenciones. Quería una felicidad mayor para todos. Quería crear una vida nueva y diferente y mejor. Creí que no repetiría el pasado.

Fracasé.

BARTHOLOMEW

AÑO 107 – GENERACIÓN 5

> *Un moderador puede renunciar en cualquier momento dando aviso por escrito al Comité. Un moderador puede ser destituido por una votación de dos tercios del Comité en su totalidad en una reunión en la que esté presente no menos del setenta y cinco por ciento del Comité en su totalidad.*
>
> — de la Constitución de la Mancomunidad de Pax

—Agua y sol —dije, y me acomodé, al menos físicamente, en la silla del invernadero. ¿Respondería Stevland? Apenas había hablado desde el ataque de hace tres días, y si no respondía, tendría que hacer lo que pudiera por mi cuenta

para resolver su situación, y todos teníamos ya suficiente trabajo. Él debería ser más considerado. Y, sin embargo, nosotros, los que aún funcionábamos, teníamos que proteger a los devastados.

Organicé mis libros y papeles. La luz de Sol brillaba en los bordes rotos de la cúpula de bloques de vidrio. No era un agujero grande, pero sí lo suficiente para transformar el invernadero en un lugar nuevo e incómodo. En el exterior, cristales y vajillas rotas yacían desperdigados por las calles y jardines, y varias casas eran cascarones quemados que olían a humo. Las camas de la clínica estaban llenas.

Cerré los ojos y escuché las voces sombrías en la calle, incluyendo las risas y silbidos en vitreo. Solo hacía tres días que la destrucción había llenado la ciudad. Desde entonces, habíamos enterrado a los muertos y reanudado nuestras vidas lo mejor que pudimos, pero aún llevábamos ropa vieja de luto. La sangre manchaba las piedras del pavimento. Tardaríamos años en volver a la normalidad.

Afuera, un hacedor de vidrio chilló. Por un momento, volví a esa noche, con Chillona dando órdenes a gritos, los mayores corriendo hacia mí y Lucille suplicando... Otra vez no. Abrí los ojos de golpe. Tenía trabajo que hacer.

Yo no quería aceptar el trabajo como abogado de Stevland, pero alguien tenía que defenderlo en el próximo procedimiento legal y yo era el más adecuado para hacerlo.

Quería vencer a Cedro más que nadie. Y él necesitaba colaborar, hablar conmigo.

Inspiré profundamente para decírselo, luego recordé la costumbre de Tatiana, que en paz descanse, de nunca hablar rápido. Stevland sabía por qué estaba allí. Pero ni siquiera había pronunciado un panegírico en el funeral de Lucille, un abandono del deber, llana y simplemente. La mayoría de la gente lo había perdonado, porque, después de todo, él había salvado la ciudad, aunque no lo hubiera hecho solo. Aún hacía su trabajo en la clínica y proporcionaba informes mínimos en las reuniones nocturnas del Comité, y tal vez estaba demasiado exhausto o afligido para hacer más. El dolor había afectado a muchas personas, pero él era el moderador, y lo necesitábamos.

Ensayé unas palabras para regañarlo. Como decían los consejeros, hablar ayudaba, igual que seguir adelante con la vida. Días ocupados y llenos de trabajo, eso era lo que yo buscaba, y como carpintero tenía mucho que reparar. Otras personas podían disolver sus noches en trufa o raíz de loto, quedarse en la cama sin poder moverse o deambular por la noche sin poder dormir, llorando y saltando por nada. Sin embargo, no tenía sentido regañarlo. Todos estábamos sufriendo.

Miré de nuevo la Constitución. Era un documento defectuoso, pero tendría que hacerlo funcionar. Me imaginé en

la reunión del Comité esa noche: «Hablando en nombre de Stevland...». ¿Qué diría? Ya había esperado demasiado.

—Obviamente —empecé a decir, dispuesto a hablar conmigo mismo si fuera necesario—, no tenemos precedentes reales para destituir a un moderador. Los detalles relacionados con Vera son inaplicables...

Stevland me interrumpió:

«Vera no fue destituida».

¿Qué sabía él sobre eso? Durante el último año, yo había estado pensando en escribir una historia de Pax para que pudiéramos entender de dónde veníamos y hacia dónde íbamos. Pero si alguien más había leído los viejos libros de registros, nunca habló de eso, y yo tampoco. La revuelta de Sylvia había sido muy diferente a una votación, y la historia aceptada era mucho más que una mentira. Pero podría preguntarle a Stevland sobre eso otro día.

—Eso no es un problema ahora. Nuestra preocupación...

«Dimitiré. Me declararé culpable y dimitiré».

—No, no lo harás.

El duelo nos había trastornado a todos, y yo estaba empezando a cansarme. Recelaba. Pero no iba a entregarle una victoria a Cedro.

«No puedes decirme qué hacer», dijo él.

—Puedo decirte lo que debes hacer. Primero, no sabemos cuáles son los cargos exactos. Segundo, creo que eres incompetente para presentar una declaración.

Después de un momento, escribió:

«Entonces soy incompetente para ser moderador también».

—Una paradoja interesante. Pero irrelevante, al menos para mí. Cedro quiere que te expulsen. Mi trabajo es ser tu defensor en todo el proceso. Punto. Creo que nos salvaste de un desastre. Creo que Cedro usó el ataque para...

«Causé el desastre, y muchos humanos, hacedores de vidrio, plantas y animales murieron por mi culpa. Mi error mató a tu hijo porque no pude avisar».

—Los huérfanos mataron a mi hijo. Tú salvaste mi vida y la de mucha gente.

En su tallo empezaron a aparecer palabras.

—No voy a debatir sobre tu renuncia. —Y no iba a revivir esa noche a través de otro debate inútil.

«Entonces no hay nada que discutir».

—Sin embargo, tengo cosas que aconsejarte y tú tienes decisiones que tomar. En este punto, debemos acordar el procedimiento, que desafortunadamente la Constitución no nos brinda. Le debemos a Pax establecer el mejor precedente que podamos.

No hubo respuesta.

—Así que, en tu nombre, solicitaré un proceso paso a paso. Querremos una queja escrita específica de Cedro que será revisada por el Comité. Es posible que deseemos pedir una audiencia o un juicio. Todo lo que me digas se mantendrá en estricta confidencialidad. Te aconsejaré lo mejor que pueda.

«Sin embargo, no seguirás mis instrucciones».

—Soy tu defensor, no tu sirviente. ¿Estás de acuerdo en insistir en un proceso exhaustivo?

«Si es bueno para Pax».

—Bien. Hablaré en tu nombre en la reunión del Comité esta noche.

Empecé a recoger mis papeles, ya que tenía que hacer un trabajo de reparación y luego una visita con mis nietos.

«Hay que talar los naranjos», dijo Stevland. «Todo el bosque».

—Sí. Hemos estado ocupados, pero no lo hemos olvidado. Deberíamos usar la madera para hacer un monumento, pero no podemos decidir cómo. ¿Tienes alguna sugerencia?

Sin respuesta.

Me levanté.

—Hasta la reunión del Comité esta noche. Agua y sol.

Él no respondió con «Calor y comida». ¿Debería haberme sentido molesto o preocupado?

Cuando era pequeño, un día estaba yo pisoteando brotes de bambú arcoíris, sin ninguna razón en particular, solo como una travesura de niño, destruyendo cosas porque era posible. Porque a esa edad casi cualquier cosa era novedosa.

Porque a esa edad, pisotear una planta me parecía una forma apropiada de afirmar mi dominio sobre mi entorno.

Sylvia me vio y me alzó en vilo. Su rostro, de la misma edad entonces que el mío ahora, me pareció increíblemente viejo en ese momento, y también increíblemente triste.

—El bambú arcoíris es nuestro amigo —dijo—. Muchas plantas son nuestras amigas, pero este es nuestro amigo especial. ¿Sabías que puede hablar con nosotros?

Yo había notado cierto revuelo al respecto. Asentí con la cabeza, demasiado intimidado para hablar.

—¿Qué crees que podría decir? —Ella me dejó en el suelo y fingió pisotear mi pie—. ¡Oh, no, *me estás pisoteando!* Tienes que pensar en lo que haces. Puedes lastimar a tus amigos sin querer. Todos debemos ayudarnos mutuamente. Si nos lastimamos unos a otros, también nos lastimamos a nosotros mismos.

—Lo siento —balbuceé.

—Deberíamos decírselo al bambú —dijo ella, y me llevó a la puerta principal, donde las hojas en los tallos altos todavía tenían colores arcoíris, tallos que se alzaban sobre mí como gigantes, y supe que el bambú llenaba la ciudad y gran parte de la tierra que la rodeaba. Volví a balbucear que lo sentía, preguntándome cómo algo tan pequeño, yo, podía ser importante para algo tan grande. Era como si me interesara personalmente por cada oruga en los campos.

Y, sin embargo, Sylvia parecía segura de que el bambú estaba personalmente interesado en mí, por lo que creí que eso debía de ser cierto de algún modo, y también dejé de pisotear intencionadamente las orugas porque eran buenas para la tierra, ya que también eran nuestras amigas. Ahora Stevland y yo éramos ciudadanos iguales bajo la Constitución. El niño pequeño, ahora un hombre, lo estaba defendiendo de la misma manera que lo había hecho Sylvia.

Pero ahora sabía por qué el rostro de Sylvia mostraba tanta tristeza, y no tenía nada que ver con Stevland.

En cuanto a mi, ¿cómo podía entender la negativa de Cedro a rescatar a Lucille y Marie? Combativa, engreída, irracional, eso era Cedro, y no era el camino de Pax. Necesitaba derrotarla a la manera de Pax: pacífica, adecuada, razonable, y pronto.

Cedro no había llegado a la Casa de Reuniones cuando comenzó la reunión del Comité, pero teníamos mucho que tratar antes de su parte en el orden del día de todos modos.

La co–moderadora humana presidía las reuniones incluso en tiempos normales. Violeta, la líder del Club de Filósofas, se había ofrecido como voluntaria para el trabajo: una verde caprichosa, de aspecto juvenil; una agricultora con una mandíbula demasiado delicada, gruesas cejas teñidas de verde, dedicada a criar cactus inusuales. Tenía un jardín de cactus atados alrededor de la plaza principal, a veces dispuestos por color, forma, tamaño, edad o especie, según su capricho, que cambiaba a menudo. La mayoría de los cactus habían sobrevivido al ataque.

Si no fuera porque defendía a Stevland, me habría ofrecido como voluntario para presidir. Le había contado a Violeta lo que podía esperar de mí para que manejara adecuadamente esa parte de la reunión. Al menos no podría echarme la culpa si las cosas salían mal.

Me senté en la mesa del Comité cerca de Stevland, listo para hablar por él. Os–Veo se sentó en un banco a un lado de la sala, con Nye explicando los procedimientos. Algunas personas pensaban que ya debería tener un asiento en el Comité, evitando todo lo relacionado con la ciudadanía, pero algunos no tenían en cuenta la Constitución. Ella se merecería el asiento en algún momento, si los hacedores de vidrio realmente compartían los objetivos de la Manco-munidad, y probablemente lo hacían, pero los asuntos tenían que ser manejados adecuadamente. Stevland se había probado a sí mismo a lo largo de las generaciones.

Violeta abrió la reunión.

—Las cosas están volviendo a la normalidad, ¿no? Es lo que necesitamos. —Pero jugueteaba con su cuello, lo cual no era normal.

Y nadie charló durante la apertura, todos permanecieron sentados en un silencio sombrío. Por lo general, algunos ciu-dadanos siempre venían con preocupaciones o quejas sobre su asignación de grupo de trabajo o el procedimiento o el tamaño, pero sabía que los cuentas habían venido a ver a Cedro presentar su queja. Sin embargo, la Casa de Reuniones tenía espacio de sobra porque la mayoría de la gente tenía demasiado trabajo o no tenía la energía emocional para presentarse a una reunión conflictiva, y algunos miembros de la generación verde habían alentado la abstención para protestar contra la queja de Cedro. Eso era normal, la

división entre los verdes y los cuentas, y siendo verde yo mismo, preferiría estar en otro lugar.

Informe de los leñadores: Leña cortada y lista para los próximos tres días.

—Talaremos esos naranjos mañana —dijo el viejo jefe de leñadores—. El equipo está buscando voluntarios.

—¿Quién tiene tiempo? —susurró alguien.

—Es una pena que Harry haya muerto —dijo Violeta, ignorando el susurro—. Podría hacer un monumento adecuado. Aunque, no sé, ¿creéis que debería ser de madera de naranjo? Parece un poco despectivo.

—El desprecio está bien —dijo un cuenta.

—No es el camino de Pax —respondió un verde.

—Vamos, seamos amables —regañó Violeta.

—Pensé que querías normalidad —bromeó Hathor, y alguien se rio.

La gente murmuraba. Cedro tenía seguidores, y eran tan detestables como ella.

El amaestrador de fips informó: Dos equipos de gatos disponibles mañana. Un equipo podría ayudar con los

naranjos: si había una tarea de gatos, y la había, era cavar agujeros.

Los cocineros informaron: Los requisitos dietéticos de los hacedores de vidrio y los humanos se superponían lo suficiente como para causar problemas mínimos.

—Trilobites guisados mañana porque la inundación ha facilitado la recolección de muchos, así que venid con apetito.

—Eso sería normal —bromeó Hathor, ya que ¿a quién le gustaban realmente los trilobites?

Más murmullos, y luego la gente hizo callar a los que murmuraban porque al menos habría suficiente, y alguien dijo:

—Todavía estoy demasiado alterado para comer nada.

Más informes: Heridas sanando, algunos cultivos replantados, reparaciones urgentes en marcha, hacedores de vidrio uniéndose a equipos de trabajo, una marcha desigual hacia la recuperación..., pero Stevland seguía anormalmente callado, algo que Violeta ignoró.

Cedro todavía no había llegado.

—¿Cómo les va a los hacedores de vidrio? —preguntó Violeta con una sonrisa extraña.

Os–Veo al parecer sabía que iba a hacer esa pregunta, porque sin esperar a que Nye tradujera, silbó y chasqueó un informe, y algo de lo que dijo me recordó a las reinas discutiendo esa larga noche en la Casa de Reuniones, pero sus voces no podían ahogar los gritos de afuera, y mis ojos se llenaron de lágrimas. ¿Por miedo? O por el horrible olor que desprendían los hacedores de vidrio, el olor del miedo, y todos estábamos aterrados, pero tenía que fingir que no lo estaba. Tenía que...

Tenía que prestar atención. Estaba en la Casa de Reuniones, pero era una noche diferente ahora, y ya no estaba aterrorizado. Pero me sentía cansado, muy cansado.

—Queremos reanudar las clases de lengua —traducía Nye por Os–Veo— Deseamos formar parte de la ciudad lo más rápido posible.

Algunos asintieron. Pronto, sus voces podrían convertirse en un sonido normal, y deseaba eso quizás aún más que Violeta.

Y entonces Cedro llegó cojeando y tomó asiento en la parte delantera, aferrada a un pedazo de papel. Le susurró a Hathor y Forrest, los mellizos de la Generación 4. Probablemente podría haberlos oído si todos los demás no estuvieran susurrando... sobre ella.

—¿Qué derecho tiene ella?

—Ya era hora.

—¡Sé valiente!

—No parece estar bien.

Eso era cierto. Y:

—¿Pero qué pasa con Stevland?

Cedro tenía una expresión extraña en el rostro, tal vez enojo, tal vez tristeza, tal vez incluso miedo. O dolor. Los huérfanos la habían atacado con trituradoras de rayón, haciendo jirones su piel. Como ropa de luto, llevaba un vestido holgado y raído en lugar de sus habituales pantalones y camisetas sin mangas, una bufanda raída alrededor de la cabeza que cubría vendajes, y un montón de hilos de cuentas, maltrechas, rotas, descoloridas, algunas chamuscadas por el fuego.

Violeta golpeó con las uñas sobre la mesa y frunció el ceño. Sorprendentemente, los susurros se calmaron.

—¿Algún otro informe?

Unos cuantos: cazadores, panaderos, actividades para niños, evaluaciones de los daños causados por las inundaciones de primavera y el pronóstico del tiempo. Finalmente, llegó el momento de los nuevos asuntos. Violeta le hizo un gesto a Cedro, que se puso en pie.

—Propongo que Stevland sea destituido como co–moderador —dijo, casi en un susurro. No era la misma Cedro de tres días atrás, cuando dijo que no había buenos hacedores de vidrio, que ella debería ser la jefa de nuestra defensa, que necesitábamos controlar a Stevland. ¡Sabíamos cómo luchar y deberíamos luchar!...

Sacudí la cabeza para despejarla.

—Tengo una queja formal. Violeta dijo que trajera una.

Comenzó a leer, envarada:

—Stevland debería ser destituido de su cargo inmediatamente. No está en sintonía con el espíritu de nuestra Mancomunidad. Tiene objetivos diferentes para Pax. No entiende la cultura humana. Es un parásito para nosotros, y el mutualismo es una mentira. Puede controlamos con drogas, y lo hace, porque cree que es superior a nosotros y no confía en nosotros. Miente y guarda secretos. —Hizo una pausa, apretando los dientes—. Es tímido y paciente porque está arraigado en un solo lugar. Sus errores nos cuestan vidas y medios de vida. Es demasiado poderoso para ser controlado. Debería ser destituido de su cargo y se le debería revocar la ciudadanía.

Miró a su alrededor, con los ojos entrecerrados. El tallo de Stevland no mostraba nada. Nadie dijo nada, pero las miradas que se intercambiaban entre las personas debatían el

tema en profundidad. Para algunos, ella era una verdadera luchadora. Para otros, una molestia o algo peor.

Me puse en pie, queriendo decir que la Constitución no permitía la revocación de la ciudadanía, que sus quejas eran autocontradictorias y una pérdida de tiempo cuando teníamos cosas importantes que hacer, y sobre todo, que estaba culpando a Stevland por su propia mala conducta. Cuando él se estaba quemando, Cedro dijo que había mucho Stevland, como si lastimarlo no importara, y en cuanto a Lucille y Marie...

Con calma forzada, dije:

—Puedo hablar en nombre de Stevland. Él quisiera tener la oportunidad de presentar una refutación formal y le gustaría que tanto la queja como su respuesta sean evaluadas por el Comité y por la gente de Pax. Esta queja merece la mayor deliberación. Esto no será rápido ni fácil, y urgimos al Comité a actuar sin apresurarse.

Advertí que Os–Veo había salido de la habitación. ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Lo que quiere es perder el tiempo —dijo Cedro—. Necesitamos expulsar a Stevland ahora. No es apto para ser moderador. Debería renunciar y ahorrarnos muchos problemas.

—Pero no está haciendo nada —dijo el viejo cazador Orion, haciendo un gesto hacia el tallo en blanco de Stevland—. No hay razón para preocuparse por algo que no es nada.

—¿Cómo sabes lo que está haciendo? —dijo ella—. Y respecto a los hacedores de vidrio, no pertenecen a este lugar. Intentaron matarnos y lo volverán a intentar, y están comiendo nuestra mejor comida. Deberíamos echarlos.

Algunos cuentas aplaudieron. Era vergonzoso. Daisy, gracias a Dios, explotó.

—¿Echarlos? —Se puso en pie, con los brazos extendidos, suplicando—. Eso sería trágico, y después de tanta tragedia, ¿cómo podríamos soportar más? Stevland está tan exhausto por lo que ha sucedido que apenas es capaz de hablar. —Empezó a llorar, como de costumbre, para añadir efecto dramático—. Los hacedores de vidrio no deben ser expulsados. Hemos trabajado muy duro por la paz y ahora la tenemos.

—Cedro tenía razón respecto a los hacedores de vidrio —dijo un cuenta.

—Solo respecto a los huérfanos —respondió un verde—, y ahora todos están muertos.

Violeta debería haber llamado al orden, pero simplemente permaneció allí sentada, la mirada expectante. Fuera había comenzado a soplar el viento, luego se convirtió en un tenue

canto, lleno de silbidos y zumbidos. Los sonidos del vitreo. ¿Qué estaban haciendo? ¿Ocupaban las calles de nuevo, correteando por ellas como huérfanos preparándose para atacar? Pero las reinas querían la paz, y eran lo suficientemente inteligentes como para saber que no podían sobrevivir sin nosotros. Podíamos confiar en las reinas. ¿Pero qué estaban haciendo?

Daisy no parecía haber notado el ruido.

—Oh, ¿cómo puede Cedro siquiera pensar en algo así? ¡Son nuestros amigos!

—No son ciudadanos —respondió Cedro—, así que podemos hacer lo que queramos.

Orion inclinó la cabeza y luego tocó el hombro de Carl y realizó algunos de los gestos con las manos que los cazadores usaban para comunicarse. Nye y Violeta intercambiaron pequeñas sonrisas. Otros empezaron a escuchar el canto.

Cedro no hizo caso.

—¡Paz! ¡Hablar! —dijo—. La gente como tú va a alargar todo este proceso hasta que vuelva a ocurrir algo terrible. «¡Vamos a domesticarlos!». Y mira lo que sucedió.

El sonido en el exterior se hizo más fuerte, se convirtió en una melodía y se dividió en armonías.

—Hacedores de vidrio —anunció Orion.

Estaban cantando, pero nada parecido a las horribles canciones que habían usado para acosarnos. Esto era una dulce canción de cuna del viejo Tío Higgins. Rodeaba la Casa de Reuniones, una parte de la armonía en el lado oeste, otra en la extensión del norte, siempre en movimiento y cambiando.

Cedro miraba con ojos desorbitados de un lado a otro de la habitación. Violeta había cerrado los ojos, las cejas levantadas como si estuvieran cabalgando un sueño. Nye frunció el ceño, concentrándose.

La melodía se dividió de nuevo en más armonías y se hizo más fuerte, la canción de cuna sobre una suave nevada que nos calmaba a todos de niños, pero me recordó a tambores y cantos por la noche, a tratar de dormir durante el asedio y, porque el ruido de los hacedores de vidrio me mantenía despierto, a preocuparme hora tras hora sobre cuánto podrían empeorar las cosas...

Pero estaba despierto, en la Casa de Reuniones. Había agarrado tan fuerte mi pluma que la punta de la caña se rompió.

La canción terminó al revés de como había comenzado, con armonías fusionándose y reagrupándose, y luego la melodía se desvaneció en el viento.

—Ha sido hermoso —dijo Violeta.

Cedro miró al suelo. Hathor y Forrest se dieron codazos, con los labios fruncidos. Orion permaneció callado y sonrió. Yo inspeccioné un rasguño en mi dedo causado por una astilla de caña.

Los hacedores de vidrio entraron, las reinas liderando a sus familias por el pasillo central.

—Ha sido hermoso —repitió Violeta.

Todos aplaudieron, excepto Cedro y sus seguidores, por supuesto. Stevland seguía en blanco. Las reinas se arrodillaron con sus cuatro patas e inclinaron la cabeza, y sus familias repitieron el gesto. El aire olía a rosas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Cedro.

—Vamos, Cedro —dijo Daisy. Ya se le había pasado el momento de llanto.

—Los hacedores de vidrio cantan para honrar a nuestros muertos —anunció Nye—. La armonía se divide y se aleja para indicar vidas que nos dejan, y luego se unen para mostrar que las vidas se convierten en recuerdos preciados. Ofrecen sus condolencias y su agradecimiento por... por todo, por la oportunidad de vivir en la ciudad de nuevo.

—Ha sido hermoso —repitió Violeta una vez más—. En nombre de todos nosotros, gracias. Y gracias, Nye. —Miró alrededor—. Bien, ¿hay algo más? No lo creo.

—Mi queja —dijo Cedro—. Pero no la quieres tener en cuenta. Tenemos que tratar a Stevland amablemente, tenemos que complacerlo, tenemos que ceder ante él porque...

—Porque sin él tenemos aproximadamente las mismas posibilidades de sobrevivir que los hacedores de vidrio —interrumpió Daisy—. Oh, ¿por qué no puedes ver eso?

Violeta miró alrededor de la mesa.

—El Comité aceptará la queja, ¿de acuerdo?

No hubo objeciones. Técnicamente, por desgracia, ninguna era posible. Miró al tallo de Stevland, que seguía en blanco, y dijo algo más, pero no pude escucharla sobre el bullicio de voces, todos con algo que decir sobre la reunión, la música o Stevland. La canción de los hacedores de vidrio no había cambiado muchas mentes.

Visité a Stevland al día siguiente, llevando té reddog, pan y una pieza de su fruta, sintiéndome dolorido a pesar de haber dormido bien, o al menos eso creía. Él empezó a hablar antes de que tuviera tiempo de sentarme.

«He pasado mucho tiempo meditando estos últimos días, por eso he estado callado. He tratado de imitar la existencia

humana aislando parcelas para experimentar vuestro punto de vista, aunque aislar mi punto de vista en mi raíz del humor ofreció perspectivas de dudosa utilidad».

—Me alegro de que te encuentres mejor. —Ya era hora de que empezara a hablar.

«El mundo ofrece muchas sorpresas cuando eres un individuo pequeño, porque la conciencia concentrada es altamente sensual. La música de los hacedores de vidrio anoche causó cambios emocionales en mi parcela aislada. ¿Cómo reaccionaste tú?».

—Yo... recordé otra música. —Los consejeros nos habían dicho que el duelo causaba emociones inestables.

«La belleza es un vínculo entre los hacedores de vidrio, los humanos y yo mismo. La belleza de su arquitectura y su música muestra que consideramos el mundo de manera más similar que diferente. Estas similitudes hacen que nuestro mutualismo sea una alegría y una satisfacción».

Busqué pluma y papel.

—Permíteme tomar nota de eso para nuestra respuesta. «Debemos participar en la belleza mutua. Haré una solicitud al Comité. Durante el ataque de los huérfanos, identifiqué la necesidad de emitir sonidos de advertencia. Me gustaría tener una voz, quizás incluso la capacidad de cantar».

Una planta cantante.

«Mi raíz del humor sugiere que me estoy volviendo más parecido a un animal».

Y si estuviera ardiendo de nuevo, podría gritar. Traté de no imaginarlo.

«Tenías razón al no permitirme renunciar. La queja dice que soy paciente y tímido porque estoy enraizado en un solo lugar, pero puedo actuar de manera agresiva. Además, soy una especie dominante, y es mi naturaleza dominar. Cada uno de nosotros debe ser lo que es, tal vez incluso ser más de lo que somos. Si somos fieles a nosotros mismos, ayudaremos a que nuestras mejores naturalezas florezcan».

Los panaderos habían presumido de que el pan de la mañana lo había hecho el aprendiz hacedor de principio a fin. Le di un mordisco, y no podría haber estado más tierno.

—¿Esto significa que no vas a dimitir?

Era un alivio. Un gran cambio. Preocupante, de hecho, porque había cambiado tan rápido.

«Estaba equivocado al querer dimitir, como la queja de Cedro me ha ayudado a ver claramente. Debo a los ciudadanos de Pax lo mejor de mí. Ella tiene lesiones físicas y psicológicas, pero no una enfermedad cerebral de fiebre escarlata. Lo verifiqué mientras la trataban en la clínica.

Cedro puede ser amigable si aplico el mutualismo con suficiente rigor».

—No creo que quiera ser tu amiga. Y pienso que eso es un problema grave. Tiene seguidores.

«Ser su amiga no significa compatibilidad emocional, significa quitarle la necesidad de pelear. Es un miembro valioso de Pax, y debemos redirigir su ataque hacia un objetivo adecuado, como una amenaza ecológica. Ha proporcionado liderazgo en momentos decisivos, a pesar de sus fracasos recientes».

—¿Sabes? Tu estado de ánimo ha cambiado mucho desde ayer.

«He aislado mis desequilibrios emocionales en parcelas particulares, para que cada parcela pueda trabajar hacia el equilibrio, dejando mis principales raíces operativas más capacitadas para lidiar con problemas inmediatos. Un desequilibrio desea que el ataque de los huérfanos no hubiera sucedido en absoluto, así que lo he centrado en las raíces de la parcela que los huérfanos quemaron, donde la realidad es más innegable. ¿Te parece razonable?».

—Supongo —dije, pero yo no podía parcelar los sentimientos aquí y allá. Había aprendido eso hace mucho tiempo.

«Sin embargo, todavía estoy triste. Higgins cantó una canción sobre el pesar siempre verde. Es una metáfora rica. Cuando tu esposa fue asesinada por el coral, ¿fue como perder un brazo o un ojo?».

No quería hablar de eso. Pero él necesitaba ayuda, y ese era mi trabajo.

—Sí. Más que un brazo o un ojo. Perdí décadas de tiempo, nuestro futuro juntos.

«¿No has desarrollado otro, corrección, sanado, ya que como animal no puedes hacer crecer una parte del cuerpo perdida?».

Yo estaba en la cima del acantilado cuando el barco regresó de las llanuras de coral, el barco que Bess había tomado en un viaje río arriba. Sus compañeros de viaje la bajaron del barco, su cadáver rígido como un tronco envuelto en su manta, y con solo mirar supe lo que había sucedido, y me di la vuelta y corrí de regreso a la ciudad, sintiéndome vacío.

—No, simplemente me adapté. No puedo sustituirla.

«Por favor, explica eso de la sustitución».

Creía que me había hecho entender.

—Algunas personas cambian de pareja como... como los murciélagos cambian de refugio, uno es tan bueno como

otro, pero Bess... No puedo reemplazarla. No quiero reemplazarla. Nadie podría ser como ella. Lo que hice fue seguir amándola, aunque ya no estuviera aquí.

Después de unos instantes, él dijo:

«Nosotras, las plantas, mantenemos el coral venatoris fuera de nuestro bosque para protegeros, pero no podemos controlar las llanuras. Lamento que Bess haya muerto.

Otros la habían estimado por su amabilidad, y al observarla, aprendí mucho sobre la idea. Puede que Cedro quiera mantener a un enemigo de la misma manera que tú quieres mantener a Bess. Pero según mi equilibrio, es mejor mantener el amor que el odio. ¿Es más fácil?».

–Sí.

Bess me besó y se marchó, y cuando volví a ver su rostro, estaba en una cesta fúnebre, y por un tiempo pensé que yo había vivido un día de más, sin darme cuenta de cuánto más la amaría después de perderla. Durante el funeral de Lucille, me alegré por vez primera de no haber viajado río arriba con Bess y haberla visto morir.

—Sí, ella era amable. Gracias.

Pero se equivocaba respecto a Cedro. Tener un enemigo la alejaba de la culpa, y por eso quería uno.

Miré el ángulo del sol en el techo.

—Debería ir a ayudar con los naranjos. Agua y sol.

«Son árboles enemigos. Lamento que haya más muertes, pero espero que esto sea el fin de la matanza. El algarrobo ayudará. Calor y alimento».

Erasmus, el experto leñador, evaluó al equipo de trabajo voluntario, alrededor de veinte de nosotros más una docena de gatos jugando al salta la rana mientras esperaban; un equipo grande considerando todo lo que había que hacer, pero pequeño considerando cuánto odiaba la gente a los naranjos. Erasmus era de la Generación 4, robusto y cuadrado como un ladrillo, aunque una barba ligera y un flequillo de pelo blanco, de algún modo, lo hacían parecer frágil.

Asintió con aprobación y se volvió para evaluar los naranjos: enredos de troncos delgados y flexibles, cada uno incapaz de soportar mucho peso, por lo que cada rama enviaba una raíz colgante que acababa por convertirse en otro tronco. Grandes hojas verdes con venas negras hacían que los árboles parecieran oscuros y corpulentos, y espinas como puntas de flecha adornaban los troncos y las ramas.

Árboles feos. Árboles culpables. Otra oportunidad para luchar contra los huérfanos y vencer, utilizando un equipo de

trabajo de Pax normal y cotidiano. Un equipo emocionalmente saturado. Un equipo listo para completar la destrucción que los huérfanos habían comenzado. Una mujer ya lloriqueaba.

—Hay que hacerlo así —dijo Erasmus—. Supongamos que comenzamos a cortar en un lado y avanzamos. El árbol se inclinará y caerá sobre el leñador. Tenemos que cortar ramas además de troncos, más fácil de decir que de hacer debido a las espinas. Necesitaremos escaleras. Esa es la razón por la que no los cosechamos a menudo. El algarrobo, ese sí que es un árbol que es un placer cortar. Cooperativo, además.

—¿Por qué no les prendemos fuego? —preguntó el padre de Fabio, un hombre sumido en su sufrimiento, hacha en mano, acariciándola, soñando con cosas peores que hacer. Se volvió hacia mí—. También se llevaron a tu hijo. ¿Qué dices?

—Solo estoy aquí por justicia —dije. Fuego... Estaba tratando de no recordar el fuego.

—Fuego —dijo Erasmus—. No es una mala idea, y me gusta el sentimiento. El problema es que el fuego dañaría a otros árboles, como ese cola de caballo de allí junto a los naranjos, esos pinos, incluso estas amigables palmeras. No, no sería correcto. Pero buena idea, de todos modos.

La gente asintió. No sería el camino de Pax.

Piotr estaba a mi lado. Los suaves vellos de su labio superior se habían oscurecido en el último año. Amaba a Lucille y habría estado ciego si no lo hubiera hecho, la única mujer adulta de la Generación 7. Ella era su futuro, y había muerto ante sus ojos. ¿Podría sanar o podría reemplazarla? Si le hablaba de Bess, ¿lo entendería?

—¿Pintaste tu rostro de verde para parecerte a Lucille? —le pregunté.

Miró hacia otro lado, jugando con algo en sus bolsillos.

—No —dijo. Y luego—: Sí —con voz más aguda pero no más fuerte, al borde del chillido.

—Es un buen gesto —dije. Él asintió y trató de sonreír y falló completamente.

Quizás podríamos haber salvado a Lucille. Cedro se había negado a actuar, pero luego llegaron los pacifistas, lucharon y casi vencieron. Casi. Si la lucha hubiera comenzado un minuto antes, tal vez... No. Los huérfanos ya tenían la acetona, ya tenían un plan para quemar a las mujeres y distraernos.

Pero Cedro no lo sabía. ¿Podría perdonarla? ¿Sería bueno para Pax? ¿Sería justo?

Piotr me abrazó de repente.

—Cuídate —dijo, como si yo fuera el que necesitaba cuidados. Se dio la vuelta y se fue por un camino, silbando en algo parecido al vitreo, y dos hacedores de vidrio lo siguieron. Traerían plántulas de algarrobo para plantar en lugar de los naranjos, y los algarrobos cazarían y matarían cualquier raíz de naranjo que quedara.

Cogimos las escaleras y comenzamos a trabajar, árbol a árbol. Sostuve una escalera para el padre de Fabio e intenté mantenerla firme, pero él cortaba de manera frenética, largos movimientos con más fuerza que precisión, y estuvo casi a punto de caer de la escalera, aunque él no parecía notarlo. No podía notarlo. Estaba luchando en su propia batalla personal, ¿cómo no podría yo simpatizar con la pérdida de un hijo? Lágrimas o sudor llenaban las finas líneas alrededor de sus ojos. Mantuve mis pies firmemente plantados, mis ojos en su brazo oscilante para saber cuándo tensarme, escuchando el ritmo de otras hachas y el crujido y crepitar de la madera viva cediendo ante el asalto constante, y los sollozos y avances implacables abriendo paso para los árboles buenos.

El padre de Fabio blandió el hacha hacia otra rama. Un hacedor de vidrio habría golpeado de esa manera, hachas y mazos balanceándose al final de sus largos y sinuosos brazos. A mi alrededor, las hachas abrían la madera brillante anaranjada, demasiado parecida a carne rojo sangre. A la mañana siguiente de la batalla, habían encontrado el cuerpo de Osbert, la cabeza destrozada, arrojada entre los cardos,

en un día con tantos muertos que no teníamos suficientes cestas funerarias y los enterramos en tierra desnuda.

—¿Estás bien? Bartholomew, ¿estás bien?

El padre de Fabio estaba hablando conmigo.

—Bien. Estoy bien.

—¿Quieres cortar un rato?

—No, gracias. Estoy bien aquí abajo...

¿Pero estaba donde debería estar?

La lucha había terminado. Habíamos vencido, los huérfanos se habían ido y los hacedores de vidrio sobrevivientes no se volverían en contra de nosotros. Pero Cedro podría volverse contra ellos, y podrían perder su última oportunidad de sobrevivir. Tenía cosas más importantes que hacer que matar árboles.

Busqué en la cocina y varios talleres, y encontré a Cedro en la Casa de Reuniones. Todas las puertas estaban abiertas de par en par.

«Me complace tener la oportunidad de hablar contigo», dijo el tallo de Stevland cuando entré, probablemente dirigiéndose a Cedro. Ella levantó la vista de un texto legal.

—Deja las puertas abiertas —me dijo—, Stevland no va a poner nada en el aire para controlarme. Solo el Comité puede destituir a un moderador, ¿verdad? Pero votamos a los moderadores. Todos votan por ellos. ¿Por qué no puede todo el mundo votar para destituir a un moderador? Eso es lo que hicieron con Vera, ¿no?

Me senté frente a ella en la mesa. Quitarle su necesidad de pelear, eso fue lo que dijo Stevland. No, quitarle su capacidad, eso era. No sabía por dónde empezar, pero este sería el momento, y no había tiempo para estar cansado o dejar vagar mi mente.

—Todos sabemos contar —dije—. El Comité apoya a Stevland y a los hacedores de vidrio. La mayoría de los ciudadanos también los apoyan. Perderías en una votación.

—No por mucho —dijo ella, luego se volvió hacia Stevland—. Eso es lo que quieres, ¿verdad? Tú ganas, todos perdemos. Sigues teniendo el control.

«No deseo pelear contigo», dijo él. «Te perdono por dejar morir a Lucille».

Ella se puso roja y abrió la boca, mostrando los dientes, lista para negarlo con todas sus fuerzas.

No le di la oportunidad. La primera regla de la argumentación es apropiarse del argumento.

—No, Stevland, no la perdonarás.

«No puedes decirme qué hacer».

—Te puedo decir lo que debes hacer. Primero, el perdón no es tan fácil. Segundo, ella no lo quiere.

—¡No lo necesito! —dijo Cedro.

Algunas personas, atraídas por nuestras voces discutiendo, miraron dentro de la Casa de Reuniones, indecisas sobre si debían escuchar. Les hice un gesto de cabeza para animarlos a quedarse. Necesitaría testigos, si lograba descubrir qué hacer.

«Puedo perdonar», dijo Stevland, «porque comprendo el acto de matar. No deseaba hacer que Sylvia matara a Vera, pero lo hice».

—Sylvia hizo eso en el antiguo pueblo —dije—. Tú no estabas involucrado.

Dos personas se habían sentado ya en los bancos hacia la mitad de la sala. Algunas más permanecían al fondo, mientras que otra se inclinaba hacia fuera, haciendo señas a otros para que se acercaran.

«Lo que realmente sucedió es un secreto transmitido por los moderadores», dijo Stevland. «Tú no eres moderador, por lo tanto, no lo sabes».

Señalé el archivo de documentos.

—Los hechos están en el antiguo libro de registros, ahí para que cualquiera los lea.

El libro lo había escrito una archivera llamada Nicoletta.

«Tengo el cuchillo con el que Sylvia mató a Vera», respondió Stevland. «Lucille me dijo que Sylvia la había matado, y Lucille me perdonó porque no quise hacerla matar, por lo tanto, puedo perdonar a otros».

—¿De qué estás hablando? —exigió Cedro. Las personas de los bancos, ahora muchas más, parecían perplejas.

Traté de desentrañar su lógica o sus emociones, pero no pude.

—Voy a buscar el libro. ¿Dónde está el cuchillo, Stevland? «Debajo de la baldosa junto a la caja de música de Harry. Es de acero y proviene de la Tierra. Ha pasado de moderador a moderador, pero como un secreto».

Cedro se puso en pie lo más rápido que pudo, avanzó cojeando, y se arrodilló para levantar la piedra. Yo me subí a una silla y saqué el segundo volumen, encuadernado en cuero trabajado y polvoriento. No lo había mirado en meses. Cedro se incorporó, sosteniendo el cuchillo verticalmente como si fuera un ramo de flores: una brillante hoja de metal de color plateado grisáceo.

Ahora, unas dos docenas de personas estaban sentadas en los bancos, y más llegaban rápidamente.

Me dirigí a Stevland:

—Veamos si este registro coincide con la historia que te transmitieron. Hay un párrafo aquí, entre las anotaciones acerca de nacimientos y muertes y cosas por el estilo, escrito unos cinco años después de los eventos. Dice: «Los Padres sabían de Ciudad del Arcoíris, pero pensaron que el bambú arcoíris sería peor que las viñas de nieve. Sylvia y Julián», Julián era un joven, el primer esposo de Sylvia, creo, «descubrieron la ciudad y quisieron trasladar la colonia aquí».

Llegaron algunos hacedores de vidrio. Cedro estaba de pie cerca de la baldosa levantada, con el cuchillo en la mano, luciendo cada minuto más como su antigua yo. Continué, tratando de pensar y hablar al mismo tiempo.

—El registro dice que, para suprimir la idea de trasladar la colonia, Vera, que era la moderadora, mandó asesinar a Julian y Octavo el Hacedor de Normas, hizo que atacaran y lastimaran a Sylvia y golpeó a varias personas. Concluye diciendo: «Sylvia mató a Vera durante el funeral de Octavo y se nombró a sí misma moderadora. En realidad, era menor de edad, apenas una adolescente. Esa fue la revuelta. Hubo una votación, pero solo se tomaron en cuenta los votos a favor de Sylvia».

La sala estaba más silenciosa que si estuviera vacía.

—Stevland —pregunté—, ¿esta es la historia tal como tú la conocías?

«No sabía que Vera había matado a otros pacifistas. Esto cambia la culpabilidad de Sylvia».

—En efecto. Sylvia tuvo que protegerse a sí misma. Sin embargo, Cedro tuvo la oportunidad de intentar salvar a Lucille y Marie durante el ataque de los huérfanos, pero no lo hizo.

—Eso no es cierto —dijo Cedro, agitando el cuchillo, quizá inconscientemente—. Estábamos en desventaja.

«Lo que Bartholomew cuenta es nuevamente correcto», dijo Stevland. «Estabas escondida bajo uno de mis setos, así que pude observar. Como sugirió Bartholomew en ese momento, solo necesitabas crear una distracción, y dijiste que te matarían si lo hacías. En ese momento, creí que tenías miedo».

—¡No lo tenía!

—Ahora —dije, encarándome al público—, para perdonar, primero necesitamos entender lo que sucedió. Sylvia estaba en peligro y se protegió a sí misma. Durante el ataque de los huérfanos, Lucille y Marie necesitaban ayuda, y Cedro no actuó. Si no tenía miedo, entonces ¿qué la motivó?

—Yo... —Ella miró el cuchillo en su mano.

La gente comenzó a hacer algo más que murmurar. Violeta había llegado, y la miré desde el otro lado de la sala, esperando que se diera cuenta de que debía mantener el orden. Avanzó hacia el frente, se enfrentó a todos y dijo:

—Estamos oyendo conversaciones ajenas. Guardemos silencio y escuchemos.

Era una orden contraproducente, ya que yo me dirigía directamente a la audiencia, pero pareció funcionar.

—Si no tenías miedo —dije—, entonces ¿qué? Tenemos dos modelos de comportamiento. Sylvia actuó por el bien de Pax. Vera actuó para retener el poder. Permitir que Lucille y Marie murieran no ayudó a Pax, pero durante mucho tiempo has sentido que deberías ser la moderadora. Permitir que Lucille muriera sería un paso para obtener la posición de moderadora para ti misma, algo similar a lo que hizo Sylvia, pero...

—¡No! No quería que muriera. Yo... yo tenía miedo. Lo tenía. Tenía miedo de los hacedores de vidrio. Y tenía razón. Mira lo que hicieron. Lucille no sabía cómo defender la ciudad. La atraparon y la mataron. Marie cometió errores desde el principio de la misión. Stevland... no sabía qué hacer.

«He cometido muchos errores», dijo Stevland.

No esperé a que los enumerara.

—Tuviste miedo en ese momento. ¿Habríamos hecho lo mismo todos nosotros? Podemos perdonar actos que podríamos haber cometido. Muchos de nosotros teníamos miedo esa noche, muchos de nosotros vacilamos y todos cometimos errores, algunos grandes, otros pequeños. Algunos no crearon ninguna diferencia. ¿Podríamos haber salvado a Lucille y Marie? Los huérfanos ya tenían la acetona y planeaban usarla. Cedro podría haber intentado rescatarlas, pero habría fracasado.

Sus ojos se elevaron para encontrarse con los míos.

—¿Lucille habría muerto de todos modos? —Había alivio en su voz, quizás. Eso lo cambiaría todo. Había que confirmarlo.

—Creías que murió porque no actuaste.

—¡Había tantos huérfanos! No sabía qué armas tenían. Yo... —Hizo una pausa de nuevo, miró al cuchillo, al suelo—. No sabía qué hacer. Fingí que era valiente, que no importaba. Yo... Pero dijiste que no podía haberlas salvado. No me gustaba Lucille, pero era la moderadora. Quería salvarla, de verdad, yo... —Se quedó sin palabras.

—Entiendo —dije—. Vacilaste por miedo. Un error que todos podríamos haber cometido.

Ella asintió, todavía con la cabeza gacha. Mis propias emociones estaban cambiando lentamente, pero no había emprendido este esfuerzo por mi propio beneficio emocional. La gente había comenzado a hablar entre ella de nuevo, lo que era una buena señal.

—Tenías miedo y vacilaste —resumí una vez más para asegurarme de que todos entendieran—. Si la situación hubiera sido diferente, Lucille y Marie habrían muerto debido a lo que no hiciste, pero en este caso, su muerte era inevitable de todos modos.

Me volví hacia Violeta, que estaba sentada en primera fila.

—¿Qué debemos hacer?

Ella parpadeó unas cuantas veces.

—Esta no es la reunión adecuada, así que no podemos hacer nada. Tendremos que pensar en todo esto.

—Volvamos al trabajo —dijo Hathor, disgustada. ¿Podría perdonar a Cedro? No, ella y Forrest nunca perdonaban a nadie.

La gente se levantó para irse.

Cedro arrojó el cuchillo sobre una mesa y se marchó cojeando hacia la salida, pero miró hacia atrás, hacia mí, menos arrogante de lo habitual, quizás incluso avergonzada. No

asesina. No más agradable, pero eso ya no importaría. Yo podía perdonar el miedo. Se marchó.

Me senté en la mesa y reflexioné sobre el tallo parlante de Stevland, ahora en blanco. Había dicho que quería una voz. Había querido eliminar la capacidad de Cedro para pelear. Había querido entender el dolor. Había querido volver a estar equilibrado.

Algunos compañeros verdes se acercaron a la mesa.

—Gracias —dijo uno de ellos.

—Esto va a ayudar mucho —añadió otro.

No parecían triunfantes. Bien.

—Tenía que hacerse —dije.

—Y no heriste a nadie —añadió otro más—. Así es como se hace.

Los miré, viejos amigos, compañeros en alegrías y tristezas y en lo que sea que fuera el momento actual, quizás una satisfacción hueca.

—Cenaremos cuando se ponga Lux. ¿Nos vemos?

Asentí con la cabeza, y uno de ellos me dio una palmada en el hombro mientras se iban. Para entonces, solo quedaba

Violeta. Caminó hacia la baldosa levantada y comenzó a colocarla de nuevo en su lugar.

—Stevland —dije—, ¿qué deberíamos hacer con este cuchillo?

No respondió de inmediato, y por un momento me preocupé de que lo hubiera devuelto al silencio, pero luego dijo:

«Creo que pertenece al museo. Hiciste bien en no permitirme perdonar. Es más complejo de lo que creía. Intenté equilibrar las emociones con los hechos, pero el peso de las emociones me parece difícil de calcular».

—A nosotros también —dije—, incluso nuestras propias emociones. A veces ganan o pierden peso con el tiempo.

De repente recordé el olor a trufa en la Casa de Reuniones, una larga noche manteniendo a los hacedores tranquilos y sin ningún rastro de mi hijo, Osbert, ninguno en absoluto, pero todos sabíamos sin decirlo lo que había sucedido con los guardianes del muro y lo que podría sucedemos.

—Deberías descansar —me dijo Violeta. Se sentó y me cogió la mano—. ¿Sabes? Podrías ser moderador.

Traté de imaginar a Sylvia como una niña. Como una nueva moderadora menor de edad. Alguien que quería hacer más que sobrevivir, pero los Padres también lo querían, evidentemente, por las expectativas escritas en la Constitución:

aspiraciones a la alegría, el amor, la belleza y la comunidad. Habían pensado que tenían que dejar la Tierra para lograrlo. ¿Tenían razón?

—Stevland quiere cantar —dije. Violeta alzó las cejas. Traté de imaginar la Tierra, y no pude. Traté de imaginar escribir una historia de Pax, y había mucho que nunca sabría. Demasiado. Sin embargo, necesitaba hacerlo. Podía comenzar con lo que sabía y lo que podía aprender para que nuestra historia pudiera sobrevivir, para que pudiéramos descubrir nuestro verdadero yo. Nuestro futuro sería otro descubrimiento, o, si entendíamos cómo habíamos llegado a donde estábamos, podría ser una elección.

Me levanté. Era hora de volver al trabajo. Volver al negocio de vivir. Volver a una vida que lentamente parecería normal incluso si nunca volvía a ser igual.

Violeta también se levantó.

—Mira lo que he encontrado.

Extendió una pequeña cesta de malla, y un cactus del tamaño de una uña flotaba en su interior, azul claro por debajo, verde marrón en la parte superior, cubierto de largas espinas blancas.

—Es un *Astrophytum echinocactus caeruleus.* —Pronunció las palabras cuidadosamente—. Son comunes y pueden crecer mucho, hasta un metro de ancho, pero se camuflan y

vuelan alto, así que no los vemos mucho. Este renacuajo salió volando y por eso cayó. Las fugas pueden ser mortales, ¿sabes?

«El peligro de las fugas es la susceptibilidad a los depredadores», dijo Stevland. «Con tu protección, se recuperará».

—Oh, cuidaré de él. Como de todos mis cactus. —Me cogió de la mano—. Vamos. ¡Agua y sol, Stevland!

«Calor y comida».

Bajo un Sol cercano al mediodía, la ciudad parecía diferente. O yo era diferente. Menos dañado. La casa más cercana a la Casa de Reuniones había quedado intacta durante el ataque y su techo brillaba. Me detuve para admirarla, y Violeta se quedó conmigo, su cálida mano en la mía.

Los hacedores de vidrio habían construido esa casa, una de las pocas que habían sobrevivido completamente intactas a través de siglos y desastres. Habían hecho esos ladrillos de vidrio con bolsas de aire internas que actuaban como facetas, una técnica que nunca habíamos dominado del todo. Así, deliberadamente, el techo destellaba de colores. Lo había visto todos los días de mi vida y lo había disfrutado muchas veces. Lo había admirado desde adentro y desde arriba de los muros. Y ahora desde abajo, en el suelo de nuevo.

—Stevland me dijo que la belleza es un vínculo entre todos nosotros —dije—; un amor por la belleza, para nosotros, para él y para los hacedores de vidrio. ¿Será suficiente?

—Es un vínculo, pero supongo que necesitaremos más. ¿Qué tenemos? —Tiró de mi mano—. ¿Qué nos mantiene?

Me llevó más allá de un jardín que también había quedado intacto, lleno de flores que se convertirían en frutos y semillas con el tiempo.

—Vinimos de otro lugar y llegamos aquí. Ambos. Ambos queríamos estar aquí.

Me había llevado en la dirección opuesta a la puerta principal, donde el fuego todavía marcaba las piedras y a Stevland. Su camino evitaba también otras destrucciones. Pronto me di cuenta de que podía hacerlo con facilidad. Nos habíamos hecho más daño entre nosotros que a nuestro entorno.

—Los hacedores de vidrio también cultivaban —añadió.

—Sí. Cuando Sylvia y Julián vinieron aquí, encontraron restos de campos.

—Ya han sido muy útiles en los campos ahora, los hacedores de vidrio. Nos ayudarán mucho. Y la tecnología, tenían tecnología. Está en el museo, ¿verdad? También pueden ayudar con eso.

—No parecen recordar mucho —dije—, pero también tienen una historia.

La tenían, y no debía ser olvidada. Me ocuparía de eso. Tenía otro proyecto. O, mejor dicho, tenía un único proyecto más grande que nos uniría un poco más.

Doblamos una esquina y nos detuvimos mientras la gente pasaba de camino al trabajo, aún con ropa vieja, pero con el ocasional pañuelo nuevo en la cabeza o un collar de cuentas. Un hombre dijo algo que no pudimos escuchar, y todos a su alrededor rieron.

Violeta alzó su cactus enjaulado.

—Debería llevarlo y ponerlo con los demás.

—Necesito hacer algunas herramientas —dije, y de repente me di cuenta de algo—. Necesitaremos algunas herramientas hechas especialmente para las obreras de los hacedores de vidrio. Mangos más cortos y quizás más pequeñas en general. Tendré que hablar con ellos al respecto.

Me solté de su mano para dirigirme al taller fuera de la ciudad, donde había espacio para apilar troncos y madera. Necesitaría pasar por la puerta principal. Me detuve. No. No quería hacer eso. Muchos de nosotros aún no lo habíamos hecho. Habíamos estado saliendo por la puerta oeste.

—Iré contigo a la plaza —dije. Luego me dirigiría hacia la puerta oeste y daría un largo rodeo ante las murallas de la ciudad. Pero al final del día, volvería a entrar por la puerta principal. Vería la destrucción, pero desde un ángulo diferente y ya un poco reparada. Una vista nueva y un nuevo recuerdo.

Stevland había dicho que, en las raíces debajo de la puerta, su deseo de que nunca hubiera sucedido luchaba con la realidad. Yo no tenía ese problema.

A mi alrededor se alzaban sus tallos brillantes y sus elegantes hojas, las curvas de sus ramas reflejo de las curvas de los techos. Tenía agua y luz, y calor y comida. Algunos fragmentos de cerámica rota yacían a mis pies.

Tendría un largo capítulo que escribir sobre el encuentro entre pacifistas y hacedores de vidrio. Sin embargo, no sería el último capítulo. Ni el más largo.

—¿Realmente crees que podría ser moderador? —le pregunté a Violeta.

Alguien tenía que hacerlo, y sabía lo que implicaría. Lo había visto hacer bien. Y dejaría el cuchillo en el museo, ya nunca más un secreto.



ACERCA DE LA AUTORA

SUE BURKE (nacida en 1955) es una escritora y traductora estadounidense. Es autora de la trilogía de ciencia ficción Semiosis: *Semiosis* (2018), *Interferencia* (2019) y *Usurpación* (2024). *Semiosis* recibió una acogida favorable y figuró en numerosas listas de los mejores libros de 2018.

Premios

En 2017, Burke recibió el Premio Alicia Gordon a la Excelencia Literaria en la Traducción de la Asociación Estadounidense de Traductores por su traducción al inglés de un fragmento de *Confusión de confusiones* de Joseph de la Vega, escrito en español en 1688. El libro, el primer análisis de los mercados bursátiles jamás escrito, fue un encargo de Bolsas y Mercados Españoles como donación institucional.

Vida personal

Burke creció en Milwaukee, Wisconsin, y asistió a la Universidad de Wisconsin. Se mudó con su esposo, un empresario trilingüe, a Madrid, España, en diciembre de 1999. Se mudó a Chicago en julio de 2016.

UNA CONVERSACIÓN DE LECTURA COMUNITARIA CON SUE BURKE

Por Lynn Schuessler
25 de febrero de 2020

Ahora en su séptimo año, un diálogo estimulante siempre ha sido un rasgo distintivo de nuestra Lectura Comunitaria. Pero este año marca algunas novedades, incluyendo nuestra primera selección de ciencia ficción: *Semiosis*, de la novelista debutante Sue Burke, cuya historia del primer contacto entre colonos humanos y vida vegetal inteligente en el planeta Pax invita a las plantas (¡por primera vez!) a unirse a la conversación. El título, *Semiosis*, sugiere un medio de comunicación que trasciende el lenguaje humano y, por lo tanto, expresa la búsqueda de toda buena ciencia ficción: descubrir reinos de imaginación y posibilidades aún desconocidos.

En nuestra lectura comunitaria de 2020 y en adelante, David Sleasman, director de Servicios de Información y Biblioteca de Longwood, espera explorar la vida vegetal desde diferentes perspectivas (y voces). «La novela de Sue da vida narrativa a ideas emergentes sobre la esencia de las plantas», afirma, «incluso mientras la investigación científica avanza en nuestra comprensión de especies tan diferentes a la nuestra». Aquí, Burke comparte sus reflexiones como autora sobre la ciencia ficción, la sensibilidad de las plantas y el proceso de escritura…

Has comentado que la idea para este libro surgió de las plantas de interior que tenías en la mesa del comedor. ¿Podrías contarnos algo al respecto y sobre tu investigación para *Semiosis*?

A mi madre le encantaba la jardinería y las plantas de interior, y me transmitió ese amor. En la década de 1990, una de mis plantas de interior, un potos, se enroscó alrededor de otra, privándola de luz, y la mató. Al principio pensé que era por mi propia negligencia, pero un mes después otra planta me atacó. Empecé a sospechar. Comencé a investigar sobre las plantas y descubrí que pueden ser agresivas hasta la muerte, además de generosamente cooperativas.

Esa idea se me quedó grabada, y finalmente escribí un cuento sobre plantas asesinas. Más tarde, cuando decidí usarlo como el primer capítulo de una novela, me di cuenta de que necesitaba investigar mucho más para crear el mundo de la novela: cómo se forman los planetas, cómo se desarrolló la vida en la Tierra y cómo funcionan las plantas. En aquel entonces vivía en España, así que mi día a día era un proyecto de investigación constante sobre cultura y lengua.

¿Por qué contaste la historia a lo largo de siete generaciones? ¿Cómo decidiste quién contaría la historia de cada generación?

Somos seres de alta velocidad y alta energía. Las plantas generan su propia energía, pero en menor cantidad, por lo que realizan sus actividades más lentamente. Stevland [un bambú] necesitaría tiempo para descubrir que los humanos habían llegado a su planeta y luego averiguar qué hacer al respecto. Una forma de darle tiempo sería escribir un capítulo por generación hasta que se pusiera al día. ¿De quién debería contar la historia? Para cada capítulo, utilicé una regla sencilla que se suele enseñar en los talleres de escritura: ¿Quién tiene más que perder?

La ciencia ficción no solo nos muestra lo que es posible, sino que también critica el mundo tal como es. ¿Cuál de los temas del libro te resulta más significativo?

Escribí el libro con una pregunta que intenté poner a prueba en cada página: ¿Sobrevivirá la colonia? Para ello, consideré todas las maneras en que la colonia podría fracasar y también las maneras en que podría tener éxito. Esta pregunta también dio pie a una serie de otras preguntas. ¿Qué vale la pena sacrificar por la supervivencia? ¿Pueden la ética y la cooperación ser una fuente de supervivencia? ¿Qué tipos de peligros provienen tanto del exterior como del interior de una comunidad?

Para contar una historia, es necesario dramatizar las preguntas. Una persona (o una planta con personalidad) debe enfrentarse a esos dilemas en su vida. Tatiana odiaba su papel [como comisionada de paz pública], pero sabía lo valioso que era; los secretos la separaban de los demás, pero debía guardarlos y sacrificar su felicidad por el bien de la comunidad. Stevland, que necesitaba desesperadamente una comunidad, la encontró en seres muy diferentes a él, y no podía sobrevivir sin ellos; ambos compartían aspiraciones, lo que lo llevó a tomar decisiones éticas y a esforzarse por la cooperación.

Aunque estas cuestiones se plantean en una novela ambientada en otro planeta en un futuro lejano, nosotros mismos nos enfrentamos a las mismas preguntas, y la ficción

nos permite centrar nuestros pensamientos y explorar diferentes respuestas.

¿Consideras que *Semiosis* es una obra esperanzadora y optimista?

Los colonos llegaron con grandes ideales. Anhelaban «alegría, amor, belleza, comunidad y vida». Les llevó varias generaciones; tuvieron que afrontar dificultades y peligros; y estuvieron a punto de fracasar. Aun así, al final, lograron su objetivo.

Creo que las personas pueden alcanzar grandes metas. Longwood Gardens se rige por algunos principios clave que lo han convertido en una institución excepcional. En Chicago, donde vivo, desde la fundación de la ciudad, la orilla del lago se ha considerado un tesoro público que debe permanecer abierto y accesible, y el resultado ha sido un hermoso parque que se extiende por kilómetros.

Los planes ambiciosos pueden tener el poder mágico de despertar nuestra pasión y conducirnos a logros asombrosos. El libro, a pesar de sus conflictos y violencia, es esperanzador y optimista, y yo también lo soy.

Una parte fascinante de la semiosis es escuchar las "voces" y los pensamientos de las plantas. ¿Qué nos dirían las plantas de la Tierra?

Sobrevivir. Eso es lo que creo que la mayoría de las plantas nos dirían, no solo a nosotros, sino al reino animal en general. Muchas plantas dependen de nosotros para que las cuidemos, polinicemos sus flores, dispersemos sus semillas y creemos entornos que les permitan prosperar. Los humanos a veces hemos alterado demasiado el medio ambiente, y creo que las plantas lo señalarían con contundencia si pudieran, pero en general quieren que nosotros y otras especies estemos ahí para ellas, ahora y en el futuro. Una ecología sana nos necesita a todos.

¿Qué dato sorprendente has descubierto sobre las plantas? ¿Tienen personalidad las plantas? ¿Tienes alguna relación especial con alguna planta en casa?

He aprendido que las plantas experimentan mucho para adaptarse a su entorno. Los árboles pueden modificar sus hojas para adaptarse a los cambios climáticos. A menudo, las plantas producen semillas con pequeñas diferencias genéticas para ver qué modificaciones resultan más exitosas. Por lo tanto, cada planta es única. Nunca podemos estar completamente seguros de lo que harán. No sé si eso se

compara con la personalidad, pero hace que cada planta sea un nuevo descubrimiento.

Tengo una planta favorita. Mi madre falleció hace 26 años, pero conservo una de sus plantas, una Rhipsalis cer euscula o cactus coral, cultivada a partir de esquejes que mi hermano me envió la primavera pasada.

Cuando se publicó mi libro, recibí algunos regalos de "bambú de la suerte" porque a Stevland lo llaman bambú en el libro. Normalmente, el bambú de la suerte se cultiva en agua, pero cuando los míos crecieron demasiado para sus macetas, los trasplanté a tierra. … Una planta, a la que mi cuñada llamó "Steve II", llegó a mí como una hermosa columna en espiral de múltiples tallos. Al parecer, esta planta odiaba estar confinada, y una vez en tierra, tuvo la oportunidad de escapar de la cárcel. … El resultado no es tan hermoso, así que prefiero apreciar su nueva apariencia como una exploración salvaje de la libertad.

¿Qué significa para ti que *Semiosis* haya sido elegida para la lectura comunitaria de Longwood Gardens?

Es un honor, y también un alivio. Me esforcé mucho por que la información científica fuera precisa, y si al personal de Longwood Gardens le gusta el libro, tal vez lo logré. La ciencia ficción nos da la oportunidad de imaginar escenarios

hipotéticos. ¿Y si las plantas pudieran pensar? Con mi libro, exploré una posible respuesta a esa pregunta, pero existen muchas otras.

Para aquellos lectores que han explorado el mundo de Pax en *Semiosis*, ¿qué podemos esperar de su secuela, *Interference*?

Interferencia examina con mayor profundidad el choque cultural dentro y entre especies. Una misión antropológica de la Tierra llega para estudiar la colonia, y tanto la misión como su tecnología alteran un equilibrio estable. También exploramos más a fondo el mundo de Pax, y Stevland hace un descubrimiento que trastoca sus creencias más arraigadas sobre sí mismo. Los lectores parecen sentir especial aprecio por Stevland (yo también), y él logra hazañas que ninguna planta había conseguido antes.

Extraído de Longwood Gardens:

https://longwoodgardens.org/blog/2020-02-25/community-read-conversation-sue-burke